



ALGUIEN

ESTÁ

MINTIENDO

KAREN M. McMANUS



ALGUIEN

ESTÁ

MINTIENDO

KAREN M. McMANUS

Karen M. McManus

Alguien está mintiendo

Traducción de Sara Cano Fernández

ALFAGUARA


SÍGUENOS EN megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para Jack, que siempre me hace reír.

PRIMERA PARTE
SIMON DICE

CAPÍTULO UNO

Bronwyn

Lunes, 24 de septiembre, 14:55

Un vídeo porno casero. Un amago de embarazo. Dos puestas de cuernos. Y esas son solo las novedades de la semana. Si lo único que conocieras del Instituto Bayview fuera la aplicación de cotilleos de Simon Kelleher, seguramente te preguntarías cómo es posible que la gente encuentre tiempo para ir a clase.

—Eso está pasadísimo de moda, Bronwyn —me dice una voz por encima del hombro—. Espera a ver la actualización de mañana.

Joder. Odio que me sorprendan leyendo Malas Lenguas, sobre todo si el que lo hace es su creador. Bajo el móvil y cierro la taquilla con un sonoro portazo.

—¿A quién vas a joderle la vida ahora, Simon?

Simon aprieta el paso para alcanzarme mientras yo me abro camino por entre la marea de alumnos que se dirige hacia la salida.

—Es un servicio público —dice, haciendo un movimiento con la mano para restarle importancia—. Tú le das clases de apoyo a Reggie Crawley, ¿verdad? ¿No estarías más tranquila si supieras que tiene una cámara en su habitación?

No me molesto en contestar. Que yo esté remotamente cerca del dormitorio del constantemente fumado Reggie Crawley es tan poco probable como que a Simon le crezca una conciencia.

—Además, ellos se lo buscan. Si la gente no fuera por ahí mintiendo y poniendo los cuernos, yo no tendría nada que hacer. —Los fríos ojos azules de Simon se percatan de que mis zancadas son cada vez más largas—. ¿Adónde vas con tanta prisa? ¿A cubrirte de gloria extracurricular?

Ojalá. Como para reírse de mí, una alerta ilumina la pantalla de mi

teléfono: «Entrenamiento para las Olimpiadas Matemáticas, 15:00, Café Epoch». Después, un mensaje de uno de mis compañeros de equipo: «Ha venido Evan».

Claro que sí. El guapísimo atleta matemático —algo mucho menos contradictorio de lo que uno podría pensar— tiene tendencia a aparecer por los entrenamientos solo los días que yo no puedo ir.

—La verdad es que no —respondo. Como regla general, y más últimamente, intento compartir con Simon tan poca información como me sea posible.

Empujamos las puertas metálicas verdes para acceder a la escalera trasera, una especie de frontera que separa la mugre que recubre el edificio original del Instituto Bayview de su luminosa y espaciosa ala nueva. Cada año hay más familias ricas que huyen de la carísima San Diego y se mudan a Bayview, situada veinticinco kilómetros al este, con la esperanza de que lo que ahorran en impuestos les sirva para pagar un colegio que no tenga gotelé en las paredes y linóleo arañado en el suelo.

Para cuando llego al laboratorio del profesor Avery, en la tercera planta, Simon sigue pisándome los talones, así que me giro a medias con los brazos cruzados:

—¿No tendrías que estar en otro sitio?

—Sí. En la sala de castigo —responde Simon, y espera a que yo eche a andar de nuevo. Cuando, en lugar de eso, me ve agarrar el pomo de la puerta, rompe a reír—. Estás de coña. ¿Tú también? ¿Qué has hecho?

—Me han acusado injustamente —murmuro, y abro la puerta de un tirón.

En el aula ya hay sentados otros tres alumnos, así que me tomo un segundo para reconocerlos. No son los que esperaba encontrar. Con una excepción.

Nate Macauley echa ligeramente la silla hacia atrás y me dedica una sonrisa pícaro.

—¿Te has perdido? Esta es la sala de castigo, no el consejo de estudiantes.

Desde luego, sabe de lo que habla. Nate lleva castigado desde que estaba en quinto, que debió de ser más o menos la última vez que hablé con él. Según los rumores que corren por ahí está castigado por... algo. Quizá por conducir borracho, o puede que por traficar con drogas. Es tristemente célebre por ser un camello, pero mis conocimientos sobre la materia son puramente teóricos.

—Ahórrate el comentario. —El profesor Avery comprueba algo en una

carpeta y cierra la puerta detrás de Simon.

Las altas ventanas rematadas en arco, alineadas en la pared posterior, recortan la luz del sol de la tarde en charcos triangulares que se derraman sobre el suelo del aula mientras el leve murmullo del entrenamiento de fútbol americano se eleva desde el campo situado justo detrás de los aparcamientos que tenemos debajo.

Tomo asiento cuando Cooper Clay, que ha hecho una pelota con un folio arrugado, susurra: «Atenta, Addy», y la lanza hacia la chica que tiene justo enfrente. Addy Prentiss parpadea, le dedica una sonrisa tímida y deja que la pelota caiga al suelo.

Las agujas del reloj del aula se acercan un poco más a las tres en punto, y yo sigo su trayectoria con una impotente sensación de injusticia. Yo no debería estar aquí. Debería estar en el Café Epoch, tonteando absurdamente con Evan Neiman mientras hacemos ecuaciones diferenciales.

El profesor Avery es de esos profesores que castigan primero y no preguntan nada después, pero quizá aún haya tiempo para hacerle cambiar de idea. Me aclaro la garganta y empiezo a levantar el brazo tímidamente mientras veo que la socarrona sonrisa de Nate se ensancha hasta límites insospechados.

—Profesor Avery, el teléfono que encontró no era el mío. No tengo ni idea de cómo ha llegado a mi mochila. El mío es este —digo, mostrándole mi iPhone, protegido con una funda estampada con vetas de sandía.

La verdad es que hay que ser muy tonto para llevarse el móvil al laboratorio del profesor Avery. Tiene una política antimóviles muy estricta y pasa los primeros diez minutos de cada clase registrando exhaustivamente las mochilas como si fuera el jefe de seguridad de una aerolínea y nosotros estuviéramos en la lista negra. Mi teléfono estaba en mi taquilla, como siempre.

—¿A ti también te ha pasado? —Addy se gira hacia mí a tal velocidad que su rubia melena de anuncio de champú se derrama sobre sus hombros. Deben de haberla sometido a cirugía para separarla de su novio y conseguir que viniera sola—. Tampoco era mi teléfono.

—Pues ya somos tres —añade Cooper con un marcado acento sureño.

Addy y él intercambian una mirada de sorpresa, y yo me pregunto cómo es posible que esto les pille de nuevas cuando forman parte del mismo grupo de amigos. Igual es que la gente superpopular tiene cosas mejores que hacer que

hablar entre sí sobre castigos injustos.

—¡Alguien nos la ha jugado! —Simon se recuesta sobre el pupitre con los codos apoyados en la mesa. Da la sensación de estar sentado sobre un resorte, preparado para abalanzarse sobre los cotilleos frescos. Su mirada nos estudia rápidamente a los cuatro, apiñados en el centro del aula, por lo demás completamente vacía, y luego se posa en Nate—. Pero ¿por qué iba a querer alguien encerrar a un puñado de estudiantes con expedientes prácticamente immaculados en lo que a detenciones se refiere? Parece algo que, no sé, alguien que se pasa toda la vida aquí metido haría para divertirse.

Miro a Nate, pero no me cuadra. Amañar un castigo implica esfuerzo y todo en las pintas de Nate —desde su revuelto cabello castaño a su desgastada chaqueta de cuero— parece decir a gritos: «Me la suda todo». O, más bien, lo bosteza. Nuestros ojos se cruzan, pero él no dice nada, solo se limita a inclinar la silla un poco más. Está a un milímetro de caerse de espaldas.

Cooper se endereza en su silla y una profunda arruga surca su ceño de Capitán América.

—Un momento. Pensaba que todo esto era un malentendido, pero si a todos nos ha pasado lo mismo, es que algún imbécil nos ha gastado una broma. Y me estoy perdiendo el entrenamiento de béisbol por su culpa —habla como si fuera un cirujano cardiovascular al que le han impedido realizar una operación de vida o muerte.

El profesor Avery pone los ojos en blanco.

—Reservaos las teorías conspiranoicas para otro profesor, yo no pienso tragarme el cuento. Todos conocéis la norma de no traer móviles a clase, y todos la habéis violado. —El profesor le dedica a Simon una mirada particularmente amarga. Todos los profesores conocen la existencia de Malas Lenguas, aunque no es que puedan hacer demasiado para ponerle fin. Simon identifica a la gente usando únicamente sus iniciales, y nunca menciona abiertamente el instituto—. Ahora, escuchadme. Vais a estar aquí hasta las cuatro. Quiero que todos me escribáis una redacción de quinientas palabras sobre cómo la tecnología está echando a perder los institutos estadounidenses. Los que no se ajusten al tema o la extensión, se ganarán otro castigo para mañana.

—¿Y con qué lo escribimos? —pregunta Addy—. Aquí no hay ordenadores.

La mayoría de las clases tienen Chromebooks, pero el profesor Avery, que tiene pinta de que debería haberse jubilado hace diez años, se resiste a que entren en su aula.

El profesor Avery cruza el aula hasta el escritorio de Addy y le da un golpecito a la tapa de un cuaderno amarillo con páginas regladas. Todos tenemos uno.

—La invito a que explore la magia de la escritura manuscrita. Es un arte en vías de extinción.

El bonito rostro de Addy, que tiene forma de corazón, se convierte en la viva imagen del desconcierto.

—Pero, entonces, ¿cómo vamos a saber que hemos llegado a las quinientas palabras?

—Contando —responde el profesor Avery. Sus ojos se posan sobre el teléfono que yo aún sostengo en la mano—. Y entrégueme eso, señorita Rojas.

—¿El hecho de confiscarme el teléfono por segunda vez en un día no le da que pensar? ¿Quién tiene dos teléfonos? —pregunto. Nate sonrío con picardía, tan brevemente que casi se me pasa por alto—. En serio, profesor Avery, alguien nos ha tomado el pelo.

El profesor Avery menea su bigotillo cano para demostrar su enfado y extiende la mano con gesto insistente:

—El teléfono, señorita Rojas. A menos, claro, que quiera repetir castigo. —Se lo tiendo con un suspiro mientras él le dedica una mirada de reproche a los demás—. Los teléfonos que les requisé en clase están en mi escritorio. Los recuperarán después del castigo. —Addy y Cooper vuelven a intercambiar miradas de asombro, probablemente porque sus verdaderos teléfonos están a buen recaudo en sus mochilas.

El profesor Avery mete mi teléfono en un cajón, se sienta en la mesa del profesor, abre un libro y se dispone a ignorarnos durante la hora siguiente. Yo saco un bolígrafo, lo hago tamborilear sobre la tapa de mi cuaderno amarillo y empiezo a pensar en la redacción. ¿De verdad piensa el profesor Avery que la tecnología está echando a perder los institutos? Parece una afirmación demasiado general para hacerla a partir de unos cuantos teléfonos de contrabando. Tal vez sea una trampa y que lo que realmente quiere es que argumentemos en su contra, en lugar de darle la razón.

Miro a Nate que, inclinado sobre su cuaderno, escribe: «Los ordenadores

son la mierda», una y otra vez en letras mayúsculas.
Igual estoy dándole demasiadas vueltas.

Cooper

Lunes, 24 de septiembre, 15:05

La mano empieza a dolerme en cuestión de minutos. Supongo que resulta un poco patético, pero lo cierto es que no recuerdo la última vez que escribí a mano. Además, estoy usando la derecha, algo que sigue sin resultarme natural a pesar de los años que llevo haciéndolo. Mi padre insistió muchísimo en que aprendiera a escribir con la diestra cuando se dio cuenta de con qué mano lanzaba la bola de béisbol en segundo de Primaria. «Tu brazo izquierdo es oro», me dijo. «No lo malgastes en mierdas sin importancia». En cualquier cosa que no sea lanzar, vamos.

Fue más o menos por esa época cuando empezó a llamarme Cooperstown, como el Salón de la Fama del Béisbol. Nada como ponerle encima un poquito de presión a un niño de ocho años para que esté motivado.

Simon estira el brazo para alcanzar su mochila y empieza a revolver su contenido y a desabrochar todas las cremalleras.

—¿Dónde coño está mi botella de agua?

—Sin hablar, señor Kelleher —dice el profesor Avery sin levantar la vista.

—Ya, ya lo sé, pero... Es que no encuentro mi botella. Y tengo sed.

El profesor Avery señala hacia el lavabo que hay al fondo de la clase, lleno a rebosar de matraces y placas de Petri.

—Pues sírvase usted mismo. En silencio.

Simon se levanta, coge una taza de un montón que hay en la estantería y la llena con agua del grifo. Regresa a su asiento y coloca la taza en su pupitre, pero la metódica escritura de Nate parece distraerle.

—Tío —dice, haciendo golpear la zapatilla contra la pata del pupitre de Nate—. Venga, en serio, ¿has sido tú el que nos ha metido los móviles en la mochila para dar por culo?

El profesor Avery, ahora sí, alza la vista y frunce el ceño:

—He dicho «en silencio», señor Kelleher.

Nate se echa hacia delante y se cruza de brazos.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

Simon se encoge de hombros.

—¿Por qué haces las cosas que haces? ¿Para tener compañía durante el castigo que te has ganado por cualquiera que sea la cagada que te has marcado hoy?

—Si alguno dice una sola palabra más, vuelvo a castigaros mañana a los dos —les advierte el profesor Avery.

Simon abre la boca de todos modos. Sin embargo, antes de que pueda decir nada más, oímos un chirrido de neumáticos y el estruendo de dos coches que chocan entre sí. A Addy se le escapa un grito y yo me agarro al pupitre como si alguien acabara de atropellarme por detrás. Nate, que parece alegrarse de la interrupción, es el primero en levantarse y acercarse a la ventana.

—¿Quién es tan tonto como para darse un golpe en el aparcamiento del instituto? —pregunta.

Bronwyn mira al profesor Avery como pidiéndole permiso y, cuando ve que se levanta de su escritorio, ella también se acerca a la ventana. Addy la sigue y, por último, yo también me incorporo para ir a ver qué está pasando. Me recuesto sobre el alféizar para mirar hacia fuera y Simon se asoma por detrás de mí con una carcajada de desprecio mientras inspecciona la escena que se desarrolla abajo.

Dos coches, uno bastante viejo, de color rojo, y otro bastante corriente, de color gris, han chocado entre sí en ángulo recto. Todos observamos la escena en silencio hasta que el profesor Avery deja escapar un exasperado suspiro.

—Será mejor que vaya a comprobar que no hay ningún herido. —Sus ojos nos recorren uno a uno y reconocen a Bronwyn como la más responsable del grupo—. Señorita Rojas, asegúrese de mantener el orden en la clase hasta que vuelva.

—De acuerdo —responde Bronwyn, lanzándole una nerviosa miradita a Nate.

Todos permanecemos inmóviles junto a la ventana, contemplando la escena. Sin embargo, antes de que el profesor Avery, o cualquier otro, tenga tiempo de llegar al lugar del golpe, ambos coches arrancan de nuevo y salen del aparcamiento.

—Vaya, menudo bajón —dice Simon.

Vuelve a su escritorio y coge su taza. En lugar de sentarse, se acerca al estrado del aula e inspecciona con atención el póster con la tabla periódica de

los elementos. Se asoma al pasillo como si tuviera intención de salir de la clase, pero luego se gira hacia nosotros y levanta la taza como si quisiera dedicarnos un brindis.

—¿Alguien más quiere agua?

—Yo —dice Addy, sentándose de nuevo en su silla.

—Pues sírvete tú misma, princesa —ríe Simon con malicia. Addy pone los ojos en blanco y permanece inmóvil mientras Simon se apoya sobre el escritorio del profesor Avery—. Porque, literalmente, eres una princesa, ¿no? ¿Qué vas a hacer con tu vida ahora que ha pasado el baile de inauguración? Falta mucho para el de graduación de último curso...

Addy me mira, pero no responde. No la culpo. Los pensamientos de Simon nunca llevan a nada bueno cuando nuestro grupo de amigos anda de por medio. Actúa como si no le preocupara ser popular o no, pero la pasada primavera se hinchó como un pavo real cuando lo eligieron miembro de la corte durante el baile de graduación de los de penúltimo año. Todavía no sé cómo fue capaz de lograrlo, a menos que intercambiara votos por guardar ciertos secretos.

Sin embargo, ni siquiera quedó cerca de la corte durante el baile de inauguración del curso de la semana pasada. A mí me eligieron rey, así que imagino que soy el siguiente con el que pretende meterse, o lo que mierdas sea que esté haciendo.

—¿Adónde quieres llegar, Simon? —pregunto, sentándome al lado de Addy.

Addy y yo no somos muy amigos, la verdad, pero siento que tengo que defenderla. Lleva saliendo con mi mejor amigo desde el primer año de instituto, y es buena chica, pero no es precisamente el tipo de persona que sabe imponerse a alguien como Simon, que no tiene fin.

—Ella es una princesa y tú un deportista —dice él. Señala con la barbilla a Bronwyn, y luego a Nate—. Y tú un cerebritito. Y tú un delincuente. Sois los prototipos perfectos de una película de adolescentes.

—Y tú ¿qué? —le pregunta Bronwyn.

Hasta ahora ha permanecido junto a la ventana, pero ahora se acerca a su pupitre y se sienta encima de él. Se cruza de piernas y se echa la coleta oscura por encima del hombro. Este año, se la ve más mona. ¿Será por las gafas nuevas? ¿O porque se ha dejado el pelo más largo? De pronto, parece que domina ese rollo de empollona seductora.

—Yo soy el narrador omnisciente —dice Simon.

Las cejas de Bronwyn se levantan por encima de la montura negra de sus gafas.

—En las películas de adolescentes no hay de eso.

—Ah, Bronwyn. —Simon le guiña un ojo y se bebe el agua de un trago—. Pero en la vida real, sí.

Lo dice como si fuera una amenaza, y yo me pregunto si eso significa que tiene algo sobre Bronwyn que pretende usar en esa estúpida aplicación suya. Odio esa cosa. Casi todos mis amigos han salido en ella en un momento u otro, y a veces les ha causado verdaderos problemas. Mi amigo Luis y su novia rompieron por culpa de uno de los cotilleos que escribió Simon. Bueno, no era un cotilleo, sino la verdadera historia de cómo Luis se enrolló con la novia de su primo. Aun así, no hace falta que nadie se dedique a publicar esas cosas. Ya tenemos suficiente con los chismorreos que circulan por los pasillos.

Y, si soy sincero, me acojona bastante pensar en lo que Simon podría escribir sobre mí si se pusiera a ello.

Simon sostiene su taza con una mueca de asco:

—Esto sabe a mierda.

La taza se le cae de las manos y yo pongo los ojos en blanco cuando veo que empieza a ponerse dramático. Incluso cuando se desploma en el suelo, sigo convencido de que está fingiendo. Pero entonces empiezan los jadeos.

Bronwyn es la primera en responder y arrodillarse junto a él.

—¡Simon! —le dice, sacudiéndole el hombro—. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? ¿Puedes hablar?

Su tono de voz pasa de la preocupación al pánico, y eso hace que me levante de la silla. Sin embargo, Nate es más rápido, me adelanta y se acuclilla al lado de Bronwyn.

—Un bolígrafo —dice, inspeccionando el rostro de Simon, que se ha puesto rojo como un ladrillo—. ¿Tienes un bolígrafo? —Simon asiente violentamente, aferrándose la garganta con los dedos. Cojo el bolígrafo que tengo encima de la mesa y se lo tiendo a Nate, pensando que va a hacerle una traqueotomía de emergencia, o algo así, pero él se me queda mirando como si tuviera dos cabezas—. Un bolígrafo de epinefrina —me dice, alcanzando la mochila de Simon—. Está teniendo una reacción alérgica.

Addy se levanta y se abraza a sí misma sin decir una palabra. Bronwyn se

gira hacia mí con el rostro sonrojado.

—Voy a buscar a un profesor y a llamar a emergencias. Quédate con él, ¿de acuerdo? —Saca su teléfono del cajón del profesor Avery y echa a correr por el pasillo.

Me arrodillo al lado de Simon. Tiene los ojos fuera de las órbitas, los labios azules y de su boca brotan unos espantosos soniditos ahogados. Nate vuelca el contenido de la mochila sobre el suelo y empieza a rebuscar entre el revoltijo de libros, papeles y ropa.

—Simon, ¿dónde lo guardas? —le pregunta mientras abre de un tirón la cremallera de un pequeño compartimento y saca dos bolígrafos normales y un llavero.

No obstante, Simon ya no puede hablar. Le apoyo una palma sudorosa en el hombro, como si eso pudiera aliviarle en algo.

—Estás bien. Vas a ponerte bien. Estamos pidiendo ayuda. —Puedo oír cómo mi voz se ralentiza y se vuelve espesa como la melaza. Mi acento siempre aflora con fuerza cuando estoy estresado. Me giro hacia Nate y pregunto—: ¿Estás seguro de que no se ha atragantado con algo? —Tal vez lo que necesita es la maniobra de Heimlich, y no un maldito bolígrafo médico.

Nate me ignora y lanza a un lado la mochila vacía de Simon.

—¡Joder! —grita, estampando el puño contra el suelo—. Simon, ¿lo llevas encima? ¡Simon!

Los ojos de Simon se ponen en blanco cuando Nate empieza a rebuscarle en los bolsillos. Lo único que Nate encuentra es un pañuelo de papel arrugado.

Empiezan a oírse sirenas a lo lejos, y el profesor Avery y otros dos profesores llegan corriendo con Bronwyn detrás, aún pegada al teléfono.

—No encontramos el bolígrafo de epinefrina —informa Nate secamente, señalando hacia el montón de cosas de Simon.

El profesor Avery observa horrorizado a Simon durante un segundo, con la mandíbula desencajada, y luego se gira hacia mí.

—Cooper, en la enfermería hay bolígrafos de epinefrina. Deberían estar etiquetados y a la vista. ¡Corre!

Echo a correr por el pasillo, escuchando un ruido de pasos a mis espaldas que se desvanece a medida que llego a la escalera trasera y abro la puerta de un tirón. Subo los escalones de tres en tres hasta llegar al primer piso, y

esquivo a unos pocos estudiantes desconcertados para alcanzar la enfermería. La puerta está abierta de par en par, pero dentro no hay nadie.

La enfermería es un estrecho cuartucho con una camilla al lado de la ventana y un enorme armario de medicinas que se alza a mi izquierda. Inspecciono la habitación y mis ojos finalmente se posan sobre dos cajas blancas ancladas a la pared, en las que destacan unas letras mayúsculas rojas. En una se lee «DEFIBRILADOR DE EMERGENCIA» y, en la otra, «EPINEFRINA DE EMERGENCIA». Me peleo con el candado de la segunda y consigo abrirla.

Dentro no hay nada.

Abro la otra caja, que contiene un artilugio de plástico con un corazón dibujado. Estoy bastante seguro de que eso no es lo que busco, así que empiezo a revolver el armario gris y a sacar de las baldas cajas de vendas y aspirinas. Sin embargo, no veo nada parecido a un bolígrafo.

—Cooper, ¿los has encontrado? —La profesora Grayson, una de las que ha acompañado al profesor Avery y a Bronwyn al laboratorio, entra en la estancia. Jadea con fuerza y se agarra un costado.

Yo le señalo la caja vacía colgada de la pared.

—Deberían estar ahí, ¿verdad? Pero no están.

—Busca en el botiquín —dice la profesora Grayson, ignorando las cajas de vendas que, dispersas por el suelo, demuestran que ya lo he intentado.

Entonces, otro profesor aparece por la puerta, y los tres empezamos a registrar la enfermería mientras el sonido de las sirenas de la ambulancia se escucha cada vez más cerca. Cuando abrimos el último armario, la profesora Grayson se enjuga una gota de sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Cooper, ve a decirle al profesor Avery que todavía no hemos encontrado nada. El profesor Contos y yo seguiremos buscando.

Llego al laboratorio del profesor Avery a la vez que la gente del personal sanitario.

Son tres, vestidos con uniformes azul oscuro. Dos de ellos empujan una larga camilla blanca mientras otro corre al frente para abrir paso entre la pequeña multitud que se apiña alrededor de la puerta. Espero hasta que todos han entrado y después me escabullo tras ellos. El profesor Avery está medio desplomado junto a la pizarra de tiza, con la camisa amarilla por fuera del pantalón.

—No hemos encontrado los bolígrafos —le digo.

Se pasa una mano temblorosa por el ralo cabello cano mientras uno de los sanitarios le clava a Simon una jeringa y los otros dos lo colocan en la camilla.

—Que Dios se apiade de ese muchacho —susurra, más para sí mismo que para mí.

Addy está de pie a un lado del aula, sola, y tiene las mejillas surcadas de lágrimas. Atravieso el aula para llegar hasta ella y le paso un brazo alrededor de los hombros mientras los sanitarios maniobran con la camilla de Simon hacia el pasillo.

—¿Puede acompañarnos? —le pide uno de ellos al profesor Avery.

Él asiente y los sigue, dejando el aula vacía salvo por unos cuantos profesores conmocionados y los cuatro alumnos que estábamos castigados con Simon.

Hace apenas unos quince minutos, si no calculo mal, aunque parece que han pasado horas.

—¿Va a estar bien? —pregunta Addy, con voz ahogada.

Bronwyn sujeta el teléfono entre las palmas de ambas manos como si estuviera rezando con él. Nate está de pie con los brazos en jarras, con la mirada fija en la puerta, por la que no dejan de asomar nuevos profesores y alumnos.

—Voy a jugármela y a decir que no —responde.

CAPÍTULO DOS

Addy

Lunes, 24 de septiembre, 15:25

Bronwyn, Nate y Cooper están hablando con los profesores, pero yo no puedo. Necesito a Jake. Saco el teléfono de la mochila para escribirle un mensaje, pero las manos me tiemblan sin parar. Así que, en lugar de escribirle, le llamo.

—¿Cariño? —responde al segundo tono. Parece sorprendido.

No solemos llamarnos mucho por teléfono. Ninguno de nuestros amigos lo hace. A veces, cuando estoy con Jake y su móvil suena, me lo enseña y bromea: «¿Qué es eso de “llamada entrante”?». Por lo general es su madre.

«Jake» es lo único que consigo articular antes de empezar a sollozar. Cooper aún me rodea los hombros con el brazo, lo único que hace que aún me mantenga en pie. Llora demasiado para poder hablar, así que Cooper me coge el teléfono.

—Oye, tío, soy Cooper —dice, con un acento más marcado de lo normal—. ¿Dónde estás? —Escucha durante cinco segundos—. ¿Puedes quedar con nosotros fuera? Ha pasado... Ha pasado algo. Addy está muy afectada. No, está bien, pero... Simon Kelleher se ha puesto muy malo durante el castigo. Se lo han llevado en ambulancia y no sabemos si va a ponerse bien. —Las palabras de Cooper se funden entre sí como si fueran helado, y apenas puedo entenderlas.

Bronwyn se dirige a la profesora Grayson, que es la que está más cerca de nosotros.

—¿Hace falta que nos quedemos aquí? ¿Nos necesita para algo?

Las manos de la profesora Grayson aletean alrededor de su garganta.

—Cielos, no. No creo que sea necesario. ¿Le habéis contado a los sanitarios todo lo que ha pasado? ¿Simon bebió agua y sufrió un colapso?

¿Fue así? —Bronwyn y Cooper asintieron a la vez—. Es muy raro. Le tiene alergia a los cacahuetes, claro, pero... ¿Estáis seguros de que no comió nada?

Cooper me devuelve el teléfono y se pasa una mano por el cabello castaño y pulcramente cortado.

—Creo que no. Lo único que hizo fue beberse la taza de agua, y luego cayó redondo al suelo.

—Tal vez fue algo que comió en el almuerzo —dice la profesora Grayson—. Puede que sea una reacción retardada. —Mira en derredor del aula y sus ojos se posan en la taza de Simon, todavía tirada en el suelo—. Supongo que debería guardar esto —añade, pasando por delante de Bronwyn para recogerla—. Igual alguien necesita echarle un vistazo.

—A mí me gustaría irme —digo de repente, secándome las lágrimas de las mejillas. No puedo estar aquí ni un segundo más.

—¿Le parece bien si la acompaño? —pregunta Cooper. La profesora Grayson asiente—. ¿Tengo que volver después?

—No, está bien, Cooper. Estoy segura de que se pondrán en contacto con vosotros si necesitan algo. Ahora, marchaos a casa y actuad con normalidad. Simon está en buenas manos. —Se acerca un poco más a nosotros y, en tono más suave, añade—: Lo siento mucho. Debe de haber sido horrible.

Sin embargo, lo dice mirando casi exclusivamente a Cooper. No hay ni una sola profesora del Instituto Bayview capaz de resistirse a ese encanto puramente estadounidense.

Cooper no me aparta el brazo de los hombros mientras me acompaña. Es agradable. No tengo hermanos, pero, si los tuviera, supongo que así sería como me apoyarían si estuviera enferma. A Jake no le hace mucha gracia que casi ninguno de sus amigos se acerque mucho a mí, pero con Cooper es distinto. Cooper es un caballero. Me recuesto contra él mientras pasamos junto a los carteles del baile de inauguración de curso de la semana pasada, que aún siguen colgados en las paredes. Cooper empuja la puerta principal y, gracias a Dios, al otro lado está Jake.

Me derrumbo en sus brazos y, durante un segundo, siento que todo va a ir bien. Nunca olvidaré la primera vez que vi a Jake, durante el primer año de instituto: tenía la boca llena de bráquets y aún no había dado el estirón, ni ensanchado las espaldas, pero un solo vistazo a esos hoyuelos y esos ojos azules como el cielo de verano me bastó para saber que era para mí. Es una suerte que, con el cambio, encima haya resultado ser guapo.

Me acaricia el pelo mientras Cooper le explica en voz baja lo que ha pasado.

—Dios, Ads —dice Jake—. Qué horror. Venga, vamos a casa.

Cooper se va solo, y de repente me siento culpable de no haber hecho nada más por él. Por su tono de voz, sé que está tan afectado como yo, solo que él lo disimula mejor. Cooper es tan perfecto que puede con cualquier cosa. Su novia, Keely, es una de mis mejores amigas, de ese tipo de chicas que lo hacen todo bien: ella sabrá exactamente qué hacer. Y mucho mejor que yo, seguramente.

Me acomodo en el coche de Jake y observo cómo la ciudad pasa a nuestro lado como una mancha borrosa mientras él conduce un poco demasiado deprisa. Vivo a kilómetro y medio del colegio, así que el trayecto es corto, pero tengo que prepararme para la reacción de mi madre, que estoy segura de que ya se ha enterado de todo. Sus fuentes de información son misteriosas, pero infalibles. Por supuesto, cuando Jake aparca el coche en la entrada, ella ya está de pie en el porche. Soy capaz de intuir su estado de ánimo a pesar de que hace mucho que el bótox petrificó su expresión facial.

Espero hasta que Jake me abre la puerta para salir, y luego me acomodo bajo su brazo, como siempre. Ashton, mi hermana mayor, suele meterse conmigo diciendo que soy como uno de esos crustáceos parásitos que morirían si perdieran a su huésped. La verdad es que a mí no me hace ninguna gracia.

—¡Adelaide! —La preocupación de mi madre es puro teatro. Estira una mano cuando empezamos a subir los escalones del porche y me acaricia el brazo libre—. Cuéntame qué ha ocurrido.

No tengo ganas. Y mucho menos cuando veo que el novio de mi madre está en el vano de la puerta, detrás de ella, fingiendo que su curiosidad es preocupación sincera. Justin es doce años más joven que mi madre, cinco años mayor que su segundo marido y quince más joven que mi padre. A este ritmo, su próximo novio será Jake.

—No pasa nada —murmuro, encogiéndome al pasar junto a ellos—. Estoy bien.

—Hola, señora Calloway —saluda Jake. Mi madre usa el apellido de su segundo marido, no el de mi padre—. Voy a acompañar a Addy a su habitación. Ha sido horrible. Luego se lo cuento, cuando ella esté más tranquila.

Siempre me sorprende que Jake hable con mi madre como si fueran amigos.

Y ella le permite hacerlo. Le gusta.

—Por supuesto —contesta, sonriendo con afectación.

Mi madre opina que Jake es demasiado bueno para mí. Lleva diciendo eso desde el segundo curso del instituto, cuando él empezó a estar buenísimo y yo me quedé igual que estaba. Cuando éramos pequeñas, mi madre solía inscribirnos a Ashton y a mí en concursos de belleza infantil, pero el resultado siempre era el mismo para ambas: segundas. Princesas del baile de inauguración, nunca reinas. No es que eso sea malo, pero no es lo suficientemente bueno para atraer a ese tipo de hombres que se ocupan de ti de por vida.

No estoy segura de que eso sea un objetivo vital, o algo así, pero se supone que es lo que tenemos que hacer. Mi madre fracasó. Ashton también está fracasando en un matrimonio de apenas dos años con un marido que acaba de dejar la Facultad de Derecho y apenas pasa tiempo con ella. Las chicas Prentiss tienen algo que ahuyenta a los hombres.

—Lo siento —le murmuro a Jake mientras subimos las escaleras—. No lo estoy llevando bien. Deberías haber visto a Bronwyn y a Cooper. Han respondido genial. Y Nate..., por Dios. Nunca habría pensado que Nate Macauley podría hacerse cargo de algo así como lo ha hecho. Yo he sido la única inútil total.

—Shhh, no digas eso —me dice Jake, hablándole a mi pelo—. No es verdad.

Lo dice con determinación, porque él solo ve lo mejor de mí. Si algún día eso cambia, la verdad es que no sé qué voy a hacer.

Nate

Lunes, 24 de septiembre, 16:00

Cuando Bronwyn y yo llegamos, el aparcamiento está casi vacío y, cuando salimos por la puerta, dudamos. Conozco a Bronwyn desde la guardería, salvo por unos pocos años en la escuela Primaria en los que no hemos coincidido, pero no somos amigos. Y, aun así, no me resulta extraño estar con ella. Me resulta incluso cómodo, después del desastre por el que acabamos de

pasar.

Bronwyn mira a su alrededor como si acabara de despertarse.

—No he venido en coche —murmura—. Se suponía que iban a llevarme. Al Café Epoch. —Por cómo lo dice, da la sensación de que eso era importante, de que hay algo que no me está contando.

Yo tengo un negocio que finiquitar, pero seguramente ahora mismo no sea buen momento.

—¿Quieres que te lleve?

Bronwyn sigue la trayectoria de mi mirada, hasta mi moto.

—¿Lo dices en serio? No me montaría en esa trampa mortal ni aunque me pagaran. ¿Sabes la cantidad de muertes que provocan? No son ninguna broma. —Parece estar a punto de sacar una hoja de estadísticas para demostrármelo.

—Tú misma. —Debería dejarla aquí e irme a casa, pero creo que todavía no estoy preparado para eso. Me apoyo contra el muro del edificio y me saco una petaca de Jim Bean del bolsillo de la chaqueta. Desenrosco el tapón y se la tiendo a Bronwyn—. ¿Quieres?

Ella se cruza los brazos sobre el pecho con decisión.

—¿Estás de coña? ¿Eso es lo mejor que se te ocurre antes de montarte en esa máquina de destrucción? ¿Y dentro del colegio, además?

—Eres un poco coñazo, ¿sabes?

La verdad es que no suelo beber; la petaca se la he cogido esta mañana a mi padre y he olvidado que la tenía hasta ahora. Pero creo que hacer enfadar a Bronwyn me produce una sensación gratificante.

Estoy a punto de volver a guardármela en el bolsillo cuando Bronwyn frunce el ceño y extiende el brazo.

—¡A la mierda! —Se echa contra la pared de ladrillo rojo que hay a mi lado y se desliza hasta quedar sentada en el suelo. No sé por qué, retrocedo mentalmente a cuando estábamos en el parvulario y Bronwyn y yo íbamos al mismo colegio católico. Eso fue antes de que la vida se fuera completamente a la mierda. Todas las chicas llevaban uniformes con falditas de tablas y hoy ella lleva una falda parecida que se le sube por los muslos cuando cruza los tobillos. La verdad es que no son malas vistas.

Da un trago sorprendentemente largo.

—¿Qué coño acaba de pasar?

Yo me siento a su lado, cojo la petaca y la dejo en el suelo, entre los dos.

—No tengo ni idea.

—Daba la sensación de que se iba a morir. —A Bronwyn le tiembla tanto la mano que, cuando vuelve a coger la petaca, el metal choca contra el suelo y tintinea—. ¿A ti no te lo ha parecido?

—Sí —respondo mientras Bronwyn da otro trago y hace una mueca.

—Pobre Cooper —dice ella—. Parecía que hubiera salido del Viejo Mississippi ayer mismo. Siempre se pone así cuando está nervioso.

—No lo sabía. Pero como se llame es una inútil total.

—Addy. —El hombro de Bronwyn roza levemente el mío—. Deberías saber cómo se llama.

—¿Por qué?

La verdad es que no se me ocurre ninguna buena razón para ello. Esa chica y yo apenas nos hemos cruzado hasta hoy, probablemente no volvamos a hacerlo y estoy convencido de que es algo que a los dos nos parece perfecto. Conozco a las de su calaña. No piensan nada más que en su novio y en los jueguitos de poder que tengan planeados con sus amigas para la semana. Supongo que está bastante buena, sí, pero aparte de eso no tiene mucho más que ofrecer.

—Porque hemos vivido una situación traumática juntos —dice Bronwyn, como si eso arreglara las cosas.

—¿Eres un poco cuadrículada, no?

Había olvidado lo cansina que puede llegar a ser Bronwyn. Incluso en primaria, el peso de todas las estupideces por las que se preocupaba a diario aplastaría a cualquier ser humano normal. Siempre estaba intentando participar en cosas, empezándolas para que la gente se uniera y, luego, intentaba estar a cargo de todas las cosas en las que colaboraba o invitaba a participar.

Al menos hay que reconocer que no es aburrida.

Nos quedamos sentados en silencio, observando cómo el último coche se marcha del aparcamiento, mientras Bronwyn va dándole sorbitos a la petaca de vez en cuando. Cuando al final se la quito, me asombra lo poco que pesa. Dudo mucho que Bronwyn esté acostumbrada a los licores fuertes. Parece más una chica de vino, como mucho.

Vuelvo a guardarme la petaca en el bolsillo y ella me da un tironcito de la manga.

—¿Sabes?, me hubiera gustado decírtelo cuando ocurrió, pero sentí mucho

lo de tu madre —dice, de repente—. Mi tío también murió en un accidente de coche, más o menos por la misma época. Quise hablar contigo, pero... Tú y yo, ya sabes, nosotros no solíamos... —Al final, sus palabras se desvanecen, pero su mano sigue apoyada en mi brazo.

—Hablar —termino yo—. No pasa nada. Siento lo de tu tío.

—Seguro que la echas mucho de menos.

No quiero hablar de mi madre.

—La ambulancia ha venido muy rápido hoy, ¿no?

Bronwyn se sonroja un poco y aparta la mano, pero me sigue la corriente.

—¿Cómo sabías lo que había que hacer? ¿Por Simon?

Yo me encojo de hombros.

—Todo el mundo sabe que es alérgico a los cacahuets. Eso es lo que se hace cuando alguien es alérgico.

—Yo no sabía lo del bolígrafo —dice, haciendo un ruido a caballo entre un resoplido y una carcajada—. ¡Cooper te ha dado un bolígrafo de verdad! Como si fueras a escribirle una nota, o algo. Ay, Dios. —Se golpea la cabeza contra la pared con tanta fuerza que temo que se haya roto el cráneo—. Debería irme a casa. Lo que estamos haciendo es, cuanto menos, poco productivo.

—La oferta de llevarte en moto sigue en pie.

La verdad es que no espero que la acepte, pero ella dice:

—Claro, por qué no. —Extiende el brazo.

Se tambalea un poco cuando la ayudo a levantarse. No pensaba que el alcohol pudiera subirse en menos de quince minutos, pero creo que he subestimado lo poco que pesa Bronwyn Rojas. Seguramente debería haberle quitado la petaca bastante antes.

—¿Dónde vives? —le pregunto, montando en la moto y girando la llave de contacto.

—En la calle Thorndike. A unos tres kilómetros. Pasando el centro, giras a la izquierda por Stone Valley Terrace, después del Starbucks.

En la parte rica de la ciudad. Cómo no.

No suelo llevar a nadie en moto, así que no tengo un casco de más. Le ofrezco el mío. Lo acepta y tengo que reunir toda mi fuerza de voluntad para ser capaz de apartar los ojos de la piel desnuda de sus muslos cuando sube de un salto a mi espalda y se recoge la falda entre las piernas. Me rodea la cintura con los brazos con demasiada fuerza, pero no digo nada.

—Ve despacio, ¿vale? —me pide con voz nerviosa cuando enciendo el motor.

No me importaría hacerla enfadar un poco más, pero esta vez salgo del aparcamiento a la mitad de velocidad de lo habitual. Aunque no lo creía posible, ella se abraza a mí aún con más fuerza. Conducimos así, ella con la cabeza enfundada en el casco y apoyada contra mi espalda, y los ojos (me apostaría mil dólares, si los tuviera) fuertemente cerrados, hasta que llegamos a nuestro destino.

Su casa es justo como me la esperaba: una enorme mansión victoriana con un jardín gigante lleno de intrincados árboles y flores. En la entrada hay un Volvo SUV y a su lado mi moto —que, siendo muy generoso, podría considerarse clásica— resulta tan ridícula como debe de parecerlo Bronwyn a mi lado.

Bronwyn se baja y se pelea con el casco. Yo le ayudo a desabrocharlo y quitárselo, soltando un mechón de pelo que se ha quedado enganchado en la correa. Ella inspira hondo y se alisa la falda.

—Ha sido terrorífico —dice. Cuando su teléfono suena, da un respingo—. ¿Dónde está mi mochila?

—En tu espalda.

Se la quita, encogiéndose de hombros, y tira de la cremallera del bolsillo para sacar el teléfono.

—¿Hola? Sí, puedo... Sí, soy Bronwyn. ¿Has...? Ay, Dios. ¿Estás seguro? —La mochila se le escurre de las manos y cae a sus pies—. Gracias por llamar.

Baja el teléfono y se me queda mirando con unos ojos enormes y vidriosos.

—Nate, se ha muerto —me dice—. Simon está muerto.

CAPÍTULO TRES

Bronwyn

Martes, 25 de septiembre, 08:50

Soy incapaz de dejar de echar cuentas en mi cabeza. Son las 08:50 del martes. Hace veinticuatro horas, Simon iba a tutoría por última vez en su vida. Seis horas y cinco minutos después, los dos nos dirigíamos juntos al aula de castigo. Una hora después, estaba muerto.

Diecisiete años y muerto. Así, sin más.

Me deslizo en mi sitio, en la esquina de la fila de atrás de la clase de tutoría, y noto cómo veinticinco cabezas se giran hacia mí cuando me siento. Sin necesidad de que hubiera ninguna actualización en Malas Lenguas, anoche, a la hora de la cena, todo el mundo estaba al corriente de la muerte de Simon. Me llegaron mensajes de toda la gente a la que alguna vez le he dado mi número.

—¿Estás bien? —Mi amiga Yumiko estira el brazo y me da un apretón en la mano.

Yo asiento, pero su gesto hace que el latido constante que noto en la cabeza empeore. Resulta que beberse media petaca de whisky con el estómago vacío es una idea pésima. Menos mal que mis padres, los dos, todavía estaban trabajando cuando Nate me dejó en casa y que mi hermana, Maeve, me obligó a beber suficiente café solo como parecer medio coherente antes de que ellos llegaran. Cualquier otro efecto secundario fue inmediatamente atribuido a la situación traumática por la que acababa de pasar.

Suena la primera campana, pero no se escucha el crujido de los altavoces que, por lo general, indica el comienzo de los anuncios de la mañana. En cambio, nuestra tutora, la profesora Park, se aclara la garganta y se levanta de la mesa del profesor. Sostiene con fuerza una hoja de papel que tiembla en su

mano cuando empieza a leer.

—Este es un comunicado oficial de la gerencia del Instituto Bayview. Siento mucho tener que daros una noticia tan horrible. Ayer por la tarde, uno de vuestros compañeros, Simon Kelleher, sufrió una grave reacción alérgica. Se avisó inmediatamente a los servicios médicos, que llegaron muy deprisa, pero, por desgracia, demasiado tarde para poder ofrecerle ayuda a Simon. Murió en el hospital poco después de su ingreso.

Un murmullo ahogado vibra en el aula mientras alguien intenta disimular un sollozo. La mitad de la clase tiene el móvil en la mano. Supongo que hoy, a la mierda con el reglamento. Antes de poder evitarlo, saco el teléfono de mi mochila y entro en la aplicación de Malas Lenguas. Casi espero encontrar una notificación con las jugosas noticias de las que Simon alardeaba ayer, justo antes del castigo, pero lo único que encuentro, obviamente, son los cotilleos de la semana pasada.

Nuestro baterista fumado favorito ha empezado a hacer sus pinitos en el mundo del cine. RC ha instalado una cámara en la lámpara de su habitación, y ha estado organizando pases de estreno exclusivos para todos sus amigos. Quedáis advertidas, chicas. (Aunque este aviso llega tarde para KL).

Todo el mundo ha visto cómo tonteaban TC, nuestro encantador y loco de la cabeza bombón, y GR, el nuevo niño rico, pero ¿quién pensaba que la cosa iba a pasar a mayores? Aparentemente, el que no lo pensó fue su novio, que estaba en las gradas durante el partido del sábado, sin enterarse de nada mientras T&G le daban al tema justo debajo de él. Lo siento, JD. Eres siempre el último en enterarte de las cosas.

Lo peor de Malas Lenguas era que uno podía estar prácticamente seguro de que todo lo que estaba escrito allí era cierto. Simon empezó con la aplicación durante el segundo año de instituto, después de pasar las vacaciones de primavera en un carísimo campamento de programación de Silicon Valley, y él era el único que tenía permitido subir contenidos. Tenía fuentes por todo el instituto, y era cuidadoso y selecto sobre la información que difundía. Sus víctimas solían negarlo o ignorarlo, pero él nunca se equivocaba.

Mi nombre nunca había aparecido en la aplicación, yo era demasiado mojigata para su gusto. Solo había una cosa que Simon podría haber escrito sobre mí, pero era casi imposible que pudiera haberla averiguado.

Supongo que ahora nunca podrá hacerlo.

La profesora Park sigue hablando.

—Habrá ayuda psicológica disponible durante todo el día en el salón de

actos. Estáis autorizados a salir de clase en cualquier momento si necesitáis hablar con alguien sobre esta tragedia. El instituto está organizando un homenaje para Simon después del partido de fútbol americano del sábado, anunciaremos la hora y el lugar exactos en cuanto tengamos los detalles. También os informaremos acerca de las disposiciones que tome su familia, tan pronto nos las comuniquen.

Suena la campana y todos nos levantamos para salir, pero la profesora Park me llama antes de que me dé tiempo a recoger la mochila.

—Bronwyn, ¿puedes quedarte un momento?

Yumiko me dedica una mirada comprensiva mientras se levanta y se acomoda un mechón de su encrespado pelo negro detrás de la oreja.

—Kate y yo te esperamos en el pasillo, ¿vale?

Yo asiento y cojo mi mochila. La profesora Park aún tiene el comunicado en la mano cuando me acerco a su escritorio.

—Bronwyn, la directora Gupta quiere que todos los que estuvisteis en el aula con Simon recibáis asistencia psicológica personalizada en el día de hoy. Me ha pedido que te informe de que tienes hora a las once en punto, en el despacho del profesor O'Farrell.

El profesor O'Farrell es mi orientador. Sé perfectamente dónde está y cómo es su despacho, porque me he pasado allí los últimos seis meses, preparando mis solicitudes de entrada a la universidad.

—¿La asistencia psicológica la proporciona el profesor O'Farrell? —le pregunto. Si es así, no puede ser demasiado terrible.

En el ceño de la profesora Park se dibuja una arruga.

—Ah, no. El instituto ha contratado a una profesional.

Genial. Ayer me pasé media noche intentando convencer a mis padres de que no necesitaba ver a nadie. Les va a encantar saber que me han obligado a hacerlo.

—De acuerdo —respondo.

Espero por si acaso la profesora tiene algo más que decir, pero lo único que hace es darme unas ridículas palmaditas en el brazo.

Tal y como han prometido, Kate y Yumiko están esperándome en la puerta. Se colocan a ambos lados y me dejan caminar en medio hacia la asignatura que tenemos a primera hora, Cálculo, como si quisieran protegerme de los posibles *paparazzi*. Yumiko se aparta, sin embargo, cuando ve a Evan Neiman esperando en la puerta del aula.

—Ey, Bronwyn. —Evan lleva uno de sus polos, con las iniciales EWN bordadas justo encima del corazón, EWN. Siempre me he preguntado a qué segundo nombre corresponderá la «W». ¿Walter? ¿Wendell? ¿William? Espero, por su bien, que sea William—. ¿Recibiste el mensaje que te mandé anoche?

Lo recibí. «¿Necesitas algo? ¿Quieres compañía?». Dado que era la única vez que Evan Neiman me ha escrito un mensaje, mi lado cínico decidió que lo único que buscaba era un asiento en primera fila para el espectáculo más espantoso que ha sucedido nunca en el Instituto Bayview.

—Sí, gracias. Es que estaba muy cansada.

—Bueno, si te apetece hablar, dímelo. —Evan mira al pasillo, que está empezando a vaciarse. Es puntual como un reloj suizo—. Deberíamos entrar, ¿no?

Yumiko me sonrío mientras nos sentamos y susurra:

—Ayer, en el entrenamiento para las Olimpiadas Matemáticas, Evan no dejaba de preguntar que dónde estabas.

Ojalá pudiera compartir su entusiasmo, pero, en algún momento entre el castigo de ayer y la clase de Cálculo de hoy, mi interés por Evan Neiman se ha esfumado por completo. Tal vez sea el estrés postraumático por lo de Simon, pero ahora mismo no soy capaz de recordar lo que me resultaba atractivo de él. Tampoco es que me volviera loca. Creo que, en realidad, pensaba que Evan y yo teníamos potencial para ser una pareja estable hasta la graduación, momento en el cual romperíamos nuestra relación para ir a nuestras respectivas universidades. Y soy consciente de que no es muy ilusionante, pero es que salir con alguien en el instituto es así. Al menos, para mí.

Me paso todo Cálculo con la mente a mil años luz de las matemáticas y, de repente, me doy cuenta de que la clase se ha terminado y que voy camino a Literatura Avanzada con Kate y Yumiko. Tengo la cabeza tan saturada por lo que pasó ayer que, cuando nos cruzamos con Nate por el pasillo, me resulta de lo más natural decir: «Hola, Nate». Me detengo, para sorpresa de ambos, y él también lo hace.

—Hola —contesta.

Tiene la mata de cabello oscuro más revuelto que nunca, y estoy bastante segura de que lleva la misma camiseta que ayer. A pesar de todo, no sé cómo, le sienta bien. Demasiado bien, incluso. Su complexión alta y espigada, sus

pómulos huesudos y anchos, esos ojos enmarcados por ojeras... Todo el conjunto hace que pierda el hilo de mis pensamientos.

Kate y Yumiko también lo observan, pero de un modo distinto. Como si fuera un animal del zoo, de comportamiento impredecible y encerrado en una jaula demasiado endeble. Las conversaciones de pasillo con Nate Macauley no forman exactamente parte de nuestra rutina.

—¿Ya has tenido tu charla con la psicóloga? —pregunto.

Su rostro pierde el color por completo.

—¿Mi qué?

—Con la psicóloga, para lidiar con el duelo. Por lo de Simon. ¿No te lo ha dicho tu tutor?

—Acabo de llegar al instituto —me dice, y a mí se me ponen los ojos como platos. No esperaba que Nate tuviera premios a la puntualidad, precisamente, pero son casi las diez.

—Ah. Bueno, pues se supone que todos tenemos que tener sesiones individuales con ella. La mía es a las once.

—Dios santo —murmura Nate, pasándose la mano por el pelo.

El gesto hace que mis ojos se detengan en su brazo, donde se quedan posados hasta que Kate se aclara la garganta. Se me enciende el rostro cuando recobro la atención, demasiado tarde para procesar lo que sea que mi amiga haya dicho:

—Da igual. Nos vemos por ahí —murmuro.

Yumiko acerca su cabeza a la mía para que no pueda oírnos.

—Da la sensación de que se acaba de caer de la cama —murmura—. Y no en soledad, precisamente.

—Espero que te ducharas con desinfectante después de bajarte de su moto —añade Kate—. Está hecho un buen putón.

Yo la fulmino con la mirada.

—Eres consciente de lo machista que es llamarle putón, ¿verdad? Si quieres llamarle algo, elige un término neutro, por lo menos.

—En fin —dice Kate, restándole importancia—. Lo que digo es que es una enfermedad de transmisión sexual con patas.

No digo nada. Esa es la reputación que tiene Nate, claro, pero la verdad es que no sabemos nada sobre él. Me siento tentada de contarle a Kate lo precavido que fue cuando ayer me llevó a casa en moto, pero no lo hago porque no sé exactamente qué quiero demostrar.

Después de la clase de Literatura voy al despacho del profesor O'Farrell, que me invita a entrar cuando llamo a la puerta abierta.

—Siéntate, Bronwyn. La doctora Resnick va con un poco de retraso, pero no creo que tarde mucho en llegar.

Me siento frente a él y miro disimuladamente hacia una carpeta color mostaza, meticulosamente colocada en el centro de su escritorio, donde está garabateado mi nombre. Hago ademán de cogerla y luego dudo, porque no sé si es información confidencial, pero el profesor O'Farrell la empuja hacia mí.

—Es tu carta de recomendación del organizador de las jornadas de simulacro de las Naciones Unidas. Llega con mucha antelación para poder presentarla a la solicitud temprana de acceso a Yale.

Suelto el aire que contenía en los pulmones con un pequeño suspiro de alivio.

—¡Ay, gracias! —digo, cogiendo la carpeta.

Esta es la última carta de recomendación que estaba esperando. Ir a Yale es una tradición familiar. Mi abuelo hizo allí una estancia de investigación y se trajo a toda su familia desde Colombia a New Haven cuando fue contratado como personal fijo. Todos sus hijos, mi padre inclusive, estudiaron allí sus licenciaturas, y allí fue también donde mis padres se conocieron. Siempre dicen que nuestra familia no existiría de no ser por Yale.

—De nada. —El profesor O'Farrell se recuesta en la silla y se coloca las gafas—. ¿Por casualidad te han pitado los oídos hace un rato? El profesor Camino acaba de pasar para preguntarme si te interesaría dar clases de apoyo de Química este semestre. Hay unos cuantos estudiantes brillantes de penúltimo curso que están teniendo bastantes problemas, los mismos que tuviste tú el curso pasado. Les gustaría aprender técnicas de alguien que terminara el curso con sobresaliente.

Tengo que tragar saliva un par de veces antes de poder responder.

—Claro que me gustaría —respondo, lo más serenamente que puedo—, pero creo que estoy un poco sobrepasada. —Mi sonrisa se ensancha exageradamente, dejando asomar los dientes.

—No te preocupes. Ya tienes muchas cosas entre manos.

Química es la única asignatura que me ha dado problemas en mi vida. Tantos, que a mediados de curso tenía un suficiente de media. Cada vez que la cagaba en un examen, sentía cómo el acceso a las ocho universidades más prestigiosas del país se alejaba un poco más de mis posibilidades. Hasta el

propio profesor O'Farrell empezó a sugerir amablemente que cualquier otra de las universidades de prestigio era una buena opción.

Así que conseguí subir mis notas y, a final de curso, saqué un sobresaliente. Pero estoy prácticamente convencida de que nadie quiere que comparta mis «técnicas» con el resto de alumnos.

Cooper

Jueves, 27 de septiembre, 12:45

—¿Te veo esta noche?

Después de comer, Keely me coge la mano mientras vamos juntos hacia las taquillas y me mira con sus enormes ojos oscuros. Su madre tiene ascendencia sueca y su padre filipina, una combinación causante de que Keely sea, con diferencia, la chica más guapa del colegio. Esta semana apenas he podido verla, entre los entrenamientos de béisbol y compromisos familiares, y me da que está empezando a ponerse un poco de los nervios. Keely no es ninguna lapa, pero necesita que pasemos tiempo juntos con regularidad.

—No estoy seguro —le digo—. Voy bastante retrasado con los deberes.

Sus perfectos labios se curvan hacia abajo y está a punto de protestar cuando una voz flota en el aire desde el altavoz:

—Atención, por favor. Cooper Clay, Nate Macauley, Adelaide Prentiss y Bronwyn Rojas, por favor, preséntense en el despacho de dirección. Cooper Clay, Nate Macauley, Adelaide Prentiss y Bronwyn Rojas, al despacho de dirección.

Keely mira a su alrededor como si esperara que alguien le diera una explicación.

—¿A qué viene esto? ¿Tiene que ver con Simon?

—Supongo. —Me encojo de hombros.

Ya contesté en su momento a todas las preguntas de la directora Gupta sobre lo que pasó durante el castigo de hace un par de días, pero quizá quiera hacer otra ronda de interrogatorios. Mi padre dice que los padres de Simon tienen muchos contactos en la ciudad, quizá en el instituto estén preocupados de que los demanden si resulta que todo ocurrió por culpa de algún tipo de negligencia por su parte.

—Será mejor que me vaya. Hablamos luego, ¿vale? —Le doy un beso fugaz a Keely en la mejilla, me echo la mochila al hombro y comienzo a andar por el pasillo.

Cuando llego al despacho de la directora, la recepcionista me indica que vaya a una salita de conferencias que ya está atestada de gente: la directora Gupta, Addy, Bronwyn, Nate y un agente de policía. Cuando ocupo la última silla, la garganta se me queda un poco seca.

—Bien, Cooper. Ya podemos empezar. —La directora Gupta entrelaza las manos frente a ella y pasea la mirada por la mesa—. Quiero presentaros al agente Hank Budapest, del departamento de policía de Bayview. Tiene algunas preguntas sobre el hecho del que fuisteis testigos el pasado lunes.

El agente Budapest se presenta dándonos a cada uno un apretón de manos. Es joven, pero el pelo castaño ya le empieza a clarear, y su cara está llena de pecas. No tiene pinta de ser demasiado intimidante ni autoritario.

—Encantado de conoceros. Esto no debería llevarnos mucho, pero después de hablar con la familia Kelleher queremos investigar un poco más en profundidad la muerte de Simon. Hemos recibido los resultados de la autopsia esta mañana y...

—¿Ya? —le interrumpe Bronwyn, ganándose una mirada reprobatoria de la directora Gupta que le pasa completamente desapercibida—. ¿No suelen tardar un poco más?

—Los resultados preliminares están disponibles en un par de días —informa el agente Budapest—. En este caso, son bastante concluyentes, y muestran que Simon murió como causa de haber ingerido una sustanciosa dosis de aceite de cacahuete poco antes de su muerte. Algo que les ha parecido muy extraño a sus padres, sobre todo teniendo en cuenta lo cuidadoso que siempre era Simon con lo que bebía y comía. Todos le contasteis a la directora Gupta que Simon se bebió una taza de agua justo antes de sufrir el ataque, ¿cierto?

Todos asentimos, y el agente Budapest prosigue:

—La taza contenía trazas de aceite de cacahuete, así que parece claro que Simon murió como consecuencia de haber ingerido esa bebida. Lo que ahora mismo intentamos averiguar es cómo pudo llegar el aceite de cacahuete a la taza.

Nadie dice nada. Los ojos de Addy se cruzan con los míos, pero los aparta rápidamente mientras una arruga le cruza la frente.

—¿Alguno de vosotros recuerda de dónde sacó Simon la taza? —pregunta el agente Budapest, apoyando el bolígrafo sobre un cuaderno en blanco colocado frente a él.

—Yo no me fijé —dice Bronwyn—. Estaba escribiendo mi ensayo.

—Yo también —dice Addy, aunque juraría que ni siquiera había empezado a escribir cuando pasó todo.

Nate se estira y se queda mirando al techo.

—Yo sí lo recuerdo —me ofrezco a responder—. Cogió la taza de un montón que había al lado del lavabo.

—¿El montón estaba bocabajo o bocarriba?

—Bocabajo —respondo—. Simon cogió la que estaba en lo alto del todo.

—¿Te fijaste si salió algún líquido de la taza cuando la cogió? ¿La agitó? Yo trato de recordar.

—No. Solo la llenó de agua.

—¿Y luego se la bebió?

—Sí —respondo, pero Bronwyn me corrige.

—No —dice ella—. No bebió inmediatamente después. Estuvo hablando un rato. ¿Te acuerdas? —Se dirige a Nate—. Te preguntó si habías sido tú quién nos había metido los móviles en la mochila. Los móviles por culpa de los que nos había castigado el profesor Avery.

—Los teléfonos, claro. —El agente Budapest garabatea algo en su cuaderno. En su voz no hay deje interrogativo, pero Bronwyn se lo explica de todas maneras.

—Alguien nos gastó una broma —dice—. Por eso nos castigaron. El profesor Avery encontró en nuestras mochilas unos móviles que no eran nuestros. —Se dirige a la directora Gupta con expresión afligida—. La verdad es que fue muy injusto. Eso es algo que quería preguntar: ¿queda constancia de los castigos en el expediente?

Nate pone los ojos en blanco.

—No fui yo. A mí también me metieron un móvil en la mochila.

La directora Gupta frunce el ceño.

—Es la primera noticia que tengo al respecto.

Cuando clava sus ojos en los míos, yo me encojo de hombros. La verdad es que estos pasados días lo de los teléfonos ha sido la última de mis preocupaciones.

El agente Budapest no parece muy sorprendido.

—El profesor Avery me lo ha mencionado cuando me he entrevistado con él esta mañana. Ha dicho que ninguno de los alumnos reclamó su teléfono, así que cree que seguramente fuera una broma. —Desliza el bolígrafo entre el índice y el corazón y lo hace tamborilear rítmicamente contra la mesa—. ¿Es el tipo de broma que Simon podría haberos gastado a todos?

—No sé por qué haría eso —contesta Addy—. En su mochila también había un móvil que no era suyo. Además, yo casi ni le conocía.

—Los dos fuisteis miembros de la corte durante el baile de graduación del año pasado —le recuerda Bronwyn.

Addy parpadea, como si acabara de darse cuenta de que lo que ha dicho es cierto.

—¿Alguno de vosotros tuvo alguna vez problemas con Simon? —pregunta el agente Budapest—. He oído hablar sobre esa aplicación que creó... Malas Lenguas, ¿verdad? —Me mira a mí, así que asiento—. ¿Alguna vez habéis aparecido en ella?

Todos negamos con una sacudida de cabeza, todos menos Nate.

—Muchas veces —dice él.

—¿Por qué? —pregunta el agente Budapest.

Nate sonríe con malicia.

—Por gilipolleces... —empieza a decir, pero la directora Gupta le interrumpe.

—Cuide su lenguaje, señor Macauley.

—Tonterías... —se corrige Nate—. Por rollos que he tenido, sobre todo.

—¿Eso te molestaba? ¿Que difundiera rumores sobre ti?

—No, la verdad es que no.

Por la forma en que lo dice, parece que es cierto. Supongo que aparecer en una aplicación de rumores no es nada si lo comparas con ser arrestado. Si es que eso ocurrió de verdad. Simon nunca filtró ninguna información al respecto, así que nadie sabe exactamente en qué anda metido Nate.

Es un poco patético saber que, después de todo, Simon era nuestra fuente de noticias más fiable.

El agente Budapest se dirige al resto.

—¿Pero vosotros tres no? —Volvemos a negar con la cabeza—. ¿Alguna vez habéis tenido miedo de aparecer en la aplicación de Simon? ¿Os habéis sentido amenazados, o algo parecido?

—Yo no —respondo. Sin embargo, mi voz no suena todo lo confiada que

debería.

Aparto la vista del agente Budapest y me doy cuenta de que Addy y Bronwyn han reaccionado de forma diametralmente opuesta: Addy se ha quedado pálida como un fantasma y Bronwyn está roja como un tomate. Por su parte, Nate las observa durante unos segundos, se columpia echando la silla hacia atrás y mira al agente Budapest.

—Todo el mundo tiene secretos —dice—. ¿Verdad?

Por la noche, la rutina de entrenamiento suele alargarse un poco, pero mi padre obliga a que todo el mundo me espere para que todos podamos cenar juntos. Mi hermano, Lucas, se agarra la tripa y se tambalea hacia la mesa con mirada de sufrimiento cuando, a las siete, por fin nos sentamos a cenar.

El tema de conversación es el mismo que lleva toda la semana monopolizando nuestras conversaciones: Simon.

—Era de esperar que la policía interviniera en algún momento —dice papá, sirviéndose un montoncito de puré de patata en el plato—. Hay algo raro en la muerte de ese chico —resopla—. ¿Aceite de cacahuete en el sistema de cañerías, tal vez? Los abogados las van a pasar canutas con eso.

—¿Se le salían los ojos de las órbitas así? —pregunta Lucas, haciendo una mueca. Tiene doce años y, para él, la muerte de Simon es igual que las de uno de esos truculentos videojuegos que le gustan.

Mi abuela se estira y le da un manotazo en el dorso de la mano. Yaya mide apenas un metro y medio y tiene la cabeza llena de unos rizos canos y tiesos, pero sabe lo que se hace.

—Cierra el pico a no ser que hables de ese pobre jovencito con un poco de respeto.

Yaya vive con nosotros desde que nos mudamos desde Mississippi hace cinco años. A mí me sorprendió que lo hiciera: nuestro abuelo había muerto hacía años, pero allí tenía un montón de amigos, y era miembro de un montón de clubes que la mantenían entretenida. Ahora que llevamos aquí un tiempo, entiendo los motivos. La casa colonial en la que vivimos cuesta el triple de lo que costaba la casa en la que vivíamos en Mississippi, así que no podríamos pagarla si no fuera por el dinero de Yaya. Sin embargo, en Bayview la temporada de béisbol dura todo el año, y su programa deportivo es uno de los

mejores que hay en los institutos del país. Papá espera que, en algún momento, yo haga que la monstruosa hipoteca que paga y ese trabajo que tanto odia terminen valiendo la pena.

Y puede que sea así. Después de que mi lanzamiento rápido mejorara casi ocho kilómetros por hora durante el verano, quedé en cuarta posición en las predicciones de la cadena deportiva ESPN para la Liga de Béisbol de junio del año que viene. Los ojeadores de un montón de universidades me están tanteando, y la verdad es que no me importaría nada ir a la universidad antes de unirme a la liga. Sin embargo, el béisbol no es como el fútbol o el baloncesto: si un jugador puede acceder a la liga menor justo después del instituto, por lo general, lo hace.

Mi padre me señala con la punta del cuchillo.

—El sábado van a ir ojeadores al partido, no lo olvidés.

Como si pudiera. Hay calendarios pegados en todas las paredes de la casa.

—Kevin, ¿y si le dejamos que tenga un fin de semana libre? —murmura mi madre. No insiste demasiado. Sabe que es una batalla perdida.

—Lo mejor que puede hacer Cooperstown es jugar como siempre —dice papá—. Bajar el ritmo no le devolverá la vida a ese muchacho, que Dios lo tenga en su gloria.

Los brillantes ojillos de Yaya se posan en mí.

—Espero que seas consciente de que ni tú ni ninguno de tus compañeros podíais hacer nada por Simon, Cooper. La policía hará lo que tenga que hacer, ni más ni menos.

Yo no estoy tan seguro. El agente Budapest no dejaba de preguntarme sobre los bolígrafos de epinefrina y sobre cuánto tiempo estuve solo en la enfermería. Era como si pensara que hice algo con ellos antes de que llegara la profesora Grayson, aunque no ha llegado a decirlo. Si cree que lo que le ocurrió a Simon fue algo deliberado, no sé por qué no está investigando a Nate. Si alguien me pidiera mi opinión —que no me la ha pedido nadie—, la primera cosa que me preguntaría sería por qué alguien como Nate ni siquiera sabe qué es un bolígrafo de epinefrina.

Acabamos de recoger la mesa cuando suena el timbre y Lucas echa a correr hacia la puerta, chillando:

—¡Abro yo! —Unos segundos después, vuelve a gritar—. ¡Es Keely!

Yaya se pone de pie con mucha dificultad, usando el bastón rematado por una calavera que Lucas le eligió el año pasado, cuando no tuvo más remedio

que aceptar que ya no podía caminar sola.

—Creía que habías dicho que no habíais quedado esta noche, Cooper.

—Es que no habíamos quedado —murmuro mientras Keely entra en la cocina con una sonrisa y me echa los brazos al cuello para apretarme con fuerza.

—¿Cómo estás? —me susurra al oído. Sus suaves labios me rozan la mejilla—. Llevo todo el día pensando en ti.

—Bien —respondo.

Keely se aparta, busca en sus bolsillos, saca rápidamente un paquete envuelto en celofán y me dedica una sonrisa. Regaliz rojo, que definitivamente no forma parte de mi régimen nutricional, pero que es mi golosina preferida del mundo entero. Esta chica me entiende. A mí y a mis padres, que exigen unos cuantos minutos de educada conversación antes de salir a su cita con su equipo de bolos.

Mi teléfono suena y me lo saco del bolsillo.

«Hola, guapo».

Agacho la cabeza para ocultar la sonrisa que acaba de asomar a mis labios y respondo.

«Hola».

«¿Puedo verte esta noche?».

«Mal momento. ¿Te llamo luego?».

«Vale. Te echo de menos».

Keely está hablando con mi madre y sus ojos brillan con interés, un interés que no es fingido. Keely no solo es guapa, es lo que Yaya definiría como «una dulzura de niña». Una chica dulce de verdad. Todos los chicos de Bayview desearían estar en mi lugar.

«Yo también te echo de menos».

CAPÍTULO CUATRO

Addy

Martes, 27 de septiembre, 07:30

Debería hacer los deberes antes de que llegue Jake, pero estoy sentada frente al tocador de mi habitación, presionándome con los dedos la franja de piel donde me nace el pelo. Parece que el bulto que tengo en la sien izquierda va a acabar convertido en una de esas horribles espinillas que me salen cada par de meses. Cada vez que tengo una, es en lo único en que se fija la gente.

Voy a tener que llevar el pelo suelto un tiempo, pero bueno, así es como le gusta a Jake. El pelo es la única parte de mi anatomía de la que me siento cien por cien segura. La semana pasada estuve en el Glenn's Diner con mis amigas y me senté justo al lado de Keely frente al espejo, y ella estiró la mano para tocarme el pelo mientras le sonreía a nuestro reflejo.

—¿Nos lo podemos cambiar? Aunque solo sea por una semana —me pidió.

Yo le sonreí, pero deseé con todas mis fuerzas ser yo la que estaba sentada al otro lado de la mesa. Odio verme al lado de Keely. Es tan guapa, con su piel dorada, sus pestañas infinitas y esos labios, que son como los de Angelina Jolie. Ella sería la protagonista de la película y yo la mejor amiga genérica cuyo nombre se olvida justo antes incluso de que aparezcan los créditos.

Suena el timbre, pero tengo la certeza de que Jake no subirá inmediatamente a mi cuarto: mi madre le mantendrá secuestrado durante diez minutos, por lo menos. No se cansa de hablar de lo de Simon y, si la dejara, se pasaría toda la noche hablando también sobre la entrevista que hemos tenido con el agente Budapest.

Me divido la melena en mechones y empiezo a cepillar cada uno de ellos por separado. No dejo de pensar en Simon. Su presencia ha estado

constantemente sobrevolando nuestro grupo desde el primer año de instituto, pero nunca ha sido uno de nosotros. Su única amiga era Janae, una chica que va como de gótica. Pensaba que estaban juntos hasta que Simon empezó a pedirle salir a todas mis amigas. Por supuesto, ninguna aceptó nunca. Aunque el año pasado, antes de empezar a salir con Cooper, Keely se emborrachó muchísimo en una fiesta y dejó que Simon la besara durante cinco minutos dentro de un armario. Después de eso, tardó toda una vida en conseguir que la dejara en paz.

La verdad es que no sé qué esperaba Simon. A Keely solo le gusta un tipo de chicos: los deportistas. Debería haberse lanzado a por una chica del estilo de Bronwyn. Es bastante mona, de una forma discreta, con esos interesantes ojos grises y ese pelo que, seguramente, le quedaría genial si alguna vez se lo soltara. Además, Simon y ella debían de estar juntos en todas las asignaturas avanzadas.

Sin embargo, tengo la impresión de que a Bronwyn no le gustaba mucho Simon. O más bien nada. Cuando el agente Budapest nos contó cómo había muerto Simon, Bronwyn parecía... No sé lo que parecía, pero, desde luego, no parecía triste.

Alguien llama a la puerta y veo que la hoja se abre en el reflejo del espejo. Sigo cepillándome el pelo hasta que Jake entra. Se quita las zapatillas y se desploma en mi cama con los brazos colgando a ambos lados del cuerpo, fingiendo estar derrotado.

—Tu madre me deja frito, Ads. Nunca había conocido a nadie capaz de hacer la misma pregunta una y otra vez de tantas maneras distintas.

—A mí me lo vas a contar... —le digo, levantándome para tumbarme con él.

Jake me rodea con el brazo y yo me acurruco a su lado, apoyándole la cabeza en el hombro y la mano en el pecho. Nuestros cuerpos encajan a la perfección, y yo me relajo por primera vez desde que me han llamado al despacho de la directora Gupta esta mañana.

Deslizo los dedos por su bíceps. Jake no tiene unos músculos tan definidos como los de Cooper, que entrena tanto que prácticamente parece un superhéroe, pero en mi opinión tiene un equilibrio perfecto entre musculatura y delgadez. Y es rápido, el mejor corredor que ha tenido el Instituto Bayview en años. No tiene tantos pretendientes como Cooper, pero hay varias universidades interesadas en ficharle, y tiene todas las papeletas para ganarse

una beca.

—La señora Kelleher me ha llamado —me dice Jake.

Mi mano detiene el avance por su brazo y me quedo mirando el almidonado azul de su camiseta de algodón.

—¿La madre de Simon? ¿Para qué?

—Me ha preguntado si podía ayudar a portar el féretro en el funeral. Va a ser el domingo —dice, encogiéndose de hombros—. Le he dicho que por supuesto. Tampoco es que pudiera negarme, ¿no?

A veces olvido que Jake y Simon fueron amigos en Primaria e Infantil, antes de que Jake empezara con el deporte y Simon... con lo que sea que hiciera Simon. El primer año de instituto Jake entró en el equipo de fútbol americano del instituto y empezó a quedar con Cooper, que ya era una leyenda después de que su equipo de la escuela Primaria casi entrara en la Liga Juvenil. En segundo, los dos se habían convertido prácticamente en los reyes de nuestro curso, y Simon no era más que el rarito que solía ser amigo de Jake.

Alguna vez he llegado a pensar que Simon empezó lo de Malas Lenguas para impresionar a Jake. Simon se enteró de que uno de los del equipo rival de Jake era el que acosaba a un grupo de chicas de tercero mandándoles mensajes y fotos guarras, y lo subió a una aplicación que se llamaba Afterschool. Durante un par de semanas, aquel rumor fue superpopular... y Simon también. Puede que esa fuera la primera vez en que la gente del Bayview se fijara en él.

Probablemente, Jake se limitó a darle una palmadita en el hombro y se olvidó del tema, pero Simon hizo que la cosa fuera a más y mejor creando su propia aplicación. El hecho de difundir rumores no tiene mucho alcance como servicio público, así que Simon no tardó en empezar a colgar cosas mucho más ruines y personales que lo del escándalo del *sexting*. La gente dejó de considerarle un héroe, pero a esas alturas ya habían empezado a tenerle miedo, y supongo que para Simon, en el fondo, una cosa era tan buena como la otra.

Sin embargo, Jake solía defender a Simon cuando nuestros amigos se metían con él por Malas Lenguas.

—Tampoco cuenta ninguna mentira —observaba—. Dejad de hacer mierdas a escondidas, y dejará de ser un problema.

A veces, Jake solo es capaz de ver las cosas en blanco y negro. Algo muy

fácil, supongo, cuando nunca metes la pata.

—El plan de ir a la playa mañana por la noche sigue en pie, si te parece bien —me dice ahora, enroscando un mechón de mi pelo entre sus dedos.

Lo dice como si dependiera de mí, pero ambos sabemos que él es el que gestiona nuestra vida social.

—Claro —murmuro—. ¿Quién viene?

No digas TJ.

—Se supone que Cooper y Keely, aunque Keely no está del todo segura de que a Cooper le apetezca. Luis y Olivia. Vanessa, Tyler, Noah, Sara...

No digas TJ.

—... y TJ.

Puaj. No sé si son imaginaciones mías o si TJ, que solía orbitar alrededor de nuestro grupo como el chico nuevo, ha empezado a abrirse camino hacia el núcleo justo cuando más ganas tengo yo de que se esfume.

—Genial —digo, sin mucho entusiasmo, incorporándome para besar a Jake en la mandíbula. A estas horas, ya empieza a raspar, un cambio nuevo de este año.

—¡Adelaide! —La voz de mi madre sube flotando por las escaleras—. Vamos a salir.

Justin y ella salen al centro casi todas las noches, casi siempre a restaurantes, a veces a discotecas. Justin solo tiene treinta años, y sigue teniendo ganas de salir. Mi madre lo disfruta tanto como él, sobre todo cuando la gente se piensa que tiene su misma edad.

—¡Vale! —grito como respuesta, y la puerta se cierra de un portazo.

Un minuto después, Jake se inclina para besarme y me desliza la mano por debajo de la camiseta.

Mucha gente cree que Jake y yo llevamos acostándonos desde primero, pero no es verdad. Él quiso esperar hasta la graduación de tercero. Fue toda un acontecimiento: Jake reservó una habitación en un buen hotel, la llenó de velas y flores y me compró un conjunto de lencería alucinante de Victoria's Secret. Supongo que a mí no me habría importado que fuera un poco más espontáneo, pero sé la inmensa suerte que tengo de tener un novio que se preocupa de planificar hasta el último detalle.

—¿Te apetece? —Jake escruta mi rostro con la mirada—. ¿O prefieres que pasemos el rato juntos y ya está? —Enarca las cejas como si me lo preguntara en serio, pero su mano no deja de descender, centímetro a centímetro.

Nunca le digo que no a Jake. Como dijo mi madre la primera vez que me llevó al médico para que me recetaran la píldora: si dices mucho que no, pronto aparecerá alguien que diga que sí. De todas maneras, me apetece tanto como a él. Vivo por y para estos momentos de intimidad con Jake: si pudiera, me metería bajo su piel.

—¿A ti qué te parece? —le digo, y tiro de él para que se tumbe encima de mí.

Nate

Jueves, 27 de septiembre, 08:00

Yo vivo en «esa casa». Esa casa delante de la cual, al pasar con el coche, la gente dice: «No me explico cómo puede vivir alguien ahí». Aunque igual eso de «vivir» es demasiado generoso. Yo no la piso a menos que sea estrictamente necesario, y mi padre está medio muerto.

Nuestra casa está en la zona más alejada de Bayview, y es de esas construcciones cochambrosas que la gente rica compra para derribarlas y construir encima. Es pequeña y fea, y en la fachada solo tiene una ventana. La chimenea lleva cayéndose a pedazos desde que yo tenía diez años. Siete años después, el resto de la casa se ha solidarizado con ella: la pintura se ha descascarillado, los marcos de las ventanas se han descolgado, los peldaños de cemento de la entrada se han abierto y están agrietados. El jardín está igual de mal. La hierba llega casi a las rodillas y, después de la sequía de verano, está completamente amarilla. A veces me tomaba la molestia de cortarla, pero luego me di cuenta de que cuidar el jardín es una pérdida de tiempo y que, además, es una tarea que nunca acaba, así que dejé de hacerlo.

Cuando entro en la casa, veo que mi padre está inconsciente en el sofá, y que tiene una botella vacía de Seagram's enfrente. Mi padre piensa que caerse de una escalera mientras reparaba un tejado hace unos cuantos años, cuando aún era un alcohólico medianamente funcional, fue un golpe de suerte. La compañía de construcción que lo contrataba le indemnizó, y quedó lo suficientemente discapacitado como para recibir un subsidio de la Seguridad Social, lo que, para alguien como él, es como ganar la lotería. Ahora puede beber sin parar y seguir recibiendo sus cheques regularmente.

Sin embargo, la pasta que recibe no es mucha. A mí me gusta tener

televisión por cable, usar mi moto y, de vez en cuando, comer algo que no sean macarrones con queso. Por eso me busqué un curro de media jornada, y por eso todos los días, después del instituto, paso cuatro horas repartiendo bolsas de plástico llenas de analgésicos por todo el condado de San Diego. Evidentemente, no es lo que más me conviene hacer, sobre todo porque el verano pasado me pillaron pasando maría, y estoy en libertad condicional. Pero no he encontrado ninguna otra cosa en la que me paguen tan bien y que requiera tan poco esfuerzo.

Voy a la cocina, abro la nevera y saco una caja con sobras de comida china. Debajo de un imán hay una foto doblada y agrietada como una ventana rota. Mi padre, mi madre y yo cuando tenía once años, justo antes de que se pirara.

Mi madre era bipolar, y no muy constante tomando la medicación, así que tampoco es que tuviera una infancia idílica cuando vivía con nosotros. Uno de mis primeros recuerdos es verla romper un plato y sentarse inmediatamente después en el suelo, entre los trozos de porcelana rota, llorando. Un día me bajé del autobús del colegio y me la encontré tirando todas nuestras cosas por la ventana. Muchas veces se hacía un ovillo en la cama, y se pasaba allí días sin moverse.

Eso sí, cuando estaba en una de sus fases maníacas era un subidón. Cuando cumplí ocho años me llevó al centro comercial, me dio un carrito y me dejó llenarlo con lo que a mí me diera la gana. Cuando, con nueve años, me dio aquella obsesión con los reptiles, me instaló un terrario en el salón con un dagón barbudo. La llamamos Stan, por Stan Lee, y aún la tengo. Esos bichos no se mueren nunca.

Por aquella época, mi padre no bebía tanto, así que entre los dos se las apañaban para que yo fuera al colegio e hiciera algo de deporte. Sin embargo, mi madre abandonó el tratamiento y empezó a probar otras sustancias psicotrópicas. Sí, yo soy el capullo que trafica con drogas después de que a su madre le destrozaran la vida. Pero una cosa está clara: yo solo vendo maría y analgésicos. A mi madre no le habría pasado nada si no hubiera empezado a meterse cocaína.

Hubo una época en que volvía cada pocos meses. Luego, empezó a volver una vez al año. La última vez que la vi tenía catorce años, y mi padre ya había empezado a irse a la mierda. Me estuvo hablando de que se había mudado a no sé qué comuna en una granja en Oregón, y de lo fantástica que

era, y de que quería llevarme con ella, y de que podría ir al instituto allí con los demás niños hippies y cultivar fresas orgánicas, o lo que cojones hicieran allí.

Me invitó a un helado gigante en el Glenn's Diner, como si tuviera ocho años, y me contó todo eso.

—Te va a encantar, Nathaniel. La gente es supercomprensiva. Nadie etiqueta a nadie, no es como aquí.

Incluso entonces, todo aquello parecía una auténtica patraña, pero aun así sonaba mejor que Bayview. Así que me hice una mochila, metí a Stan en su transportín, y esperé en los escalones de la entrada a que viniera a buscarme. Creo que me pasé allí sentado media noche, como un puto perdedor, hasta que por fin me di cuenta de que no iba a aparecer.

Aquella vez, en el Glenn's Diner, fue la última que vi a mi madre.

Cuando la comida china termina de calentarse, le echo un ojo a Stan, que aún tiene unas cuantas verduras pochadas y grillos vivos de esta mañana. Levanto la tapa del terrario y pestañea para mirarme desde lo alto de su roca. Stan es bastante tranquilo, y cuidarlo es fácil, los únicos motivos por los que ha conseguido mantenerse con vida en esta casa durante ocho años.

—¿Qué hay, Stan? —Me lo pongo en el hombro, cojo mi plato de comida y me desplomo en el sillón que hay enfrente de mi comatoso padre. Tiene puesta en la tele la liga de béisbol, y la apago porque a) odio el béisbol y b) me recuerda a Cooper Clay, que me recuerda a Simon Kelleher y a esa mierda que le pasó en el castigo. Nunca me cayó bien ese tío, pero aquello fue horrible. Y, pensándolo bien, Cooper fue casi igual de inútil que la rubia. Bronwyn fue la única capaz de hacer algo que no fuera ponerse a balbucear como una idiota.

A mi madre le caía bien Bronwyn. Siempre se fijaba en ella en las funciones del colegio. Como aquella en la que hicimos una representación de un belén, cuando estábamos en cuarto, y yo fui de pastorcillo y Bronwyn de Virgen María. Alguien robó al Niño Jesús antes de entrar en el escenario, seguramente para chingar a Bronwyn, que incluso entonces ya se tomaba las cosas demasiado en serio. Bronwyn se dirigió al público, cogió una mochila, la envolvió en una manta, y la acunó como un bebé como si no hubiera pasado nada.

—A esa niña no le toma nadie el pelo —dijo mi madre, con respeto.

Vale, para ser completamente honestos, fui yo quien robó al Niño Jesús, y

lo hice para chingar a Bronwyn. Hubiera sido mucho más divertido si realmente se hubiera molestado.

Mi chaqueta empieza a pitar, y yo tanteo mis bolsillos en busca del teléfono correcto. El lunes, durante el castigo, estuve a punto de echarme a reír cuando Bronwyn dijo que nadie tiene dos móviles. Yo tengo tres: uno para la gente que conozco, otro para los proveedores y otro para los clientes. Y un par de móviles extra, para poder intercambiarlos. Pero, claro, no soy tan idiota como para llevarme ninguno a la clase de Avery.

Los móviles del curro siempre están puestos en vibración, así que sé que esta vez el mensaje es personal. Saco mi iPhone del Pleistoceno y veo un mensaje de Amber, una chica que conocí en una fiesta el mes pasado.

«¿Tienes ganas?».

Dudo. Amber está buena, y nunca intenta quedarse más tiempo del necesario, pero ya estuvo aquí hace pocas noches. Las cosas se complican cuando dejo que los rollos casuales se repitan más de una vez a la semana, pero la verdad es que estoy que me subo por las paredes. No me vendría mal distraerme con algo.

«Ven», respondo.

Estoy a punto de guardar el móvil cuando me llega otro mensaje. Es de Chad Posner, un chico del insti con el que quedo a veces.

«¿Has visto esto?».

Pincho en el enlace del mensaje, que lleva a una página de Tumblr con el encabezamiento «Malas Lenguas».

Se me ocurrió cómo matar a Simon viendo en la tele uno de esos programas de resolución de crímenes.

Ya llevaba tiempo dándole vueltas, claro. Estas cosas no se te ocurren así como así, de la noche a la mañana. Lo que me frenaba era encontrar la manera de hacerlo sin que me cogieran. No me considero precisamente una mente criminal, y tengo demasiada buena pinta como para terminar entre rejas.

En el programa, un tío mataba a su mujer. Un caso típico, ¿no? El asesino siempre es el marido. Pero resulta que mucha gente se alegró de que esa tía la palmara. Había conseguido que echaran a una compañera del trabajo, había puteado a unas cuantas personas en el Ayuntamiento, tenía un lío con el marido de una amiga... Una pesadilla de tía, básicamente.

El asesino del programa no era ningún genio. Contrató a alguien para asesinar a su mujer y fue fácil rastrear su registro de llamadas. Sin embargo, hasta ese momento su tapadera resultó ser bastante buena gracias a todos los demás sospechosos. La mujer era el tipo de persona a la que se puede asesinar fácilmente sin que te pillen: alguien a quien todo el mundo quiere ver muerto.

Asumámoslo: en el Instituto Bayview, todo el mundo odiaba a Simon. Pero yo fui la única persona que tuvo agallas para hacer algo al respecto. De nada.

El móvil casi se me cae de la mano. Mientras estoy leyendo el post, me llega otro mensaje de Chad Posner.

«La gente está de la olla».

«¿Cómo te ha llegado?», le respondo.

Posner escribe «Alguien me ha mandado el link», junto al emoji ese que se está partiendo de la risa. Seguro que piensa que esto es un chiste de mal gusto que se le ha ocurrido a alguien. Y seguramente es lo que la mayoría de la gente pensaría si no hubieran pasado una hora entera en compañía de un policía que no para de preguntar de diez maneras diferentes cómo es posible que el aceite de cacahuete haya llegado a la taza de Simon Kelleher. Con el policía, y con otras tres personas que parecían culpables de cojones.

Ninguno de ellos tiene tanta experiencia como yo en poner cara de póker cuando la mierda les llueve encima. O, al menos, a ninguno de ellos se le da tan bien como a mí.

CAPÍTULO CINCO

Bronwyn

Viernes, 28 de septiembre, 18:45

Los viernes por la tarde son un respiro.

Maeve y yo estamos en su habitación, preparadas para una maratón de *Buffy Cazavampiros* en Netflix. Esta es nuestra última obsesión, y yo llevo toda la semana esperando a que llegue este momento, pero esta noche solo prestamos atención a medias. Maeve está hecha un ovillo en el alféizar de la ventana, tecleando algo en su portátil, y yo estoy tumbada en la cama, leyendo el *Ulises* de James Joyce. Es la primera en la lista de las 100 Mejores Novelas de la plataforma Modern Library, pero es bastante lenta. Y yo soy incapaz de concentrarme.

Hoy en el instituto solo se hablaba de ese post de Tumblr. Anoche se lo mandaron a unos cuantos alumnos desde una cuenta de Gmail a nombre de «Malas Lenguas», y a la hora de comer ya lo había leído todo el mundo. Yumiko ayuda los viernes en el despacho de dirección y ha oído que están intentando localizar al autor a través de su dirección IP.

Dudo mucho que vayan a tener suerte. Nadie que tenga dos dedos de frente mandaría algo así desde su propio ordenador.

Desde el castigo del lunes, la gente ha sido considerada y extremadamente amable conmigo, pero hoy ha sido diferente. Cada vez que yo me acercaba, las conversaciones se detenían. Al final, Yumiko me ha dicho:

—La gente no piensa que lo hayas mandado tú. Solamente piensa que es raro que ayer os interrogara la policía y hoy pase esto.

Como si eso me hiciera sentir mejor.

—Imagínatelo. —La voz de Maeve me trae de vuelta a su habitación—. El año que viene, por estas fechas, estarás en Yale. ¿Qué crees que harás allí un viernes por la noche? ¿Ir a la fiesta de alguna fraternidad?

Yo pongo los ojos en blanco.

—Sí, claro, porque con la carta de admisión te regalan un trasplante de personalidad. Y, aun así, todavía tengo que entrar.

—Vas a entrar. ¿Cómo no ibas a entrar?

Yo me recuesto, inquieta, en la cama. «De muchas maneras».

—Nunca se sabe.

Maeve sigue tecleando sobre el cristal.

—Si intentas ser modesta por mí, puedes ahorrarte el esfuerzo. Estoy muy a gusto en mi papel como vaga de la familia.

—Tú no eres una vaga —protesto yo.

Ella se limita a sonreír y hace un leve gesto con una mano. Maeve es una de las personas más inteligentes que conozco, pero hasta el primer año de instituto estaba demasiado enferma como para ir a clase con cierta regularidad. Le diagnosticaron leucemia cuando tenía siete años, y no ha estado libre de la enfermedad hasta hace un par de años, con catorce.

Estuvimos a punto de perderla un par de veces. La primera, cuando estaba en cuarto, escuché que el cura del hospital le preguntaba a mis padres si se habían planteado empezar con los «preparativos». Yo incliné la cabeza y recé: «Por favor, no te la lleves. Haré lo que sea para que se quede con nosotros. Seré perfecta. Lo prometo».

Después de pasar tantos años entrando y saliendo de los hospitales, Maeve nunca ha aprendido a participar en la vida social. Yo lo hago por las dos: formo parte de asociaciones, gano premios y saco buenas notas para ir a Yale, igual que hicieron nuestros padres. A ellos les hace felices y Maeve no siente la necesidad de hacer nada que suponga demasiado esfuerzo.

Maeve vuelve a mirar a la ventana con su habitual expresión de estar a kilómetros de distancia. Parece la viva encarnación de un sueño: pálida y etérea, con un cabello tan oscuro como el mío y unos ojos de un sorprendente color miel. Estoy a punto de preguntarle en qué piensa cuando, de repente, se incorpora, forma con las manos una especie de prismáticos alrededor de los ojos y acerca la cara al cristal de la ventana.

—¿Ese es Nate Macauley? —Yo resoplo, sin moverme del sitio, pero ella dice—: Va en serio. Mira.

Me levanto y me tumbo a su lado. Lo único que distingo es la leve silueta de una moto en la entrada de nuestra casa.

—¿Pero qué narices...?

Maeve y yo intercambiamos una mirada, y ella me dedica una traviesa sonrisilla.

—¿Qué? —le pregunto. Mi tono es más susceptible de lo que debería.

—¿Qué? —me imita ella—. ¿Te piensas que no me acuerdo de lo mucho que te gustaba en Primaria? Estaba enferma, no muerta.

—Ni se te ocurra bromear con eso. Dios. Además, eso pasó hace mil años. —La moto de Nate sigue en la entrada de nuestra casa, sin moverse—. ¿Qué crees que está haciendo aquí?

—Solo hay una manera de averiguarlo. —La voz de Maeve suena irritantemente cantarina, y ella pasa ampliamente de la mirada de odio que le dedico cuando me levanto.

Mientras bajo las escaleras, el corazón se me sale del pecho. Nate y yo hemos hablado en el instituto más veces esta semana que desde que estábamos en 5.º de Primaria, aunque hay que admitir que eso no es decir mucho. Cada vez que lo veo tengo la sensación de que se moriría de ganas de estar en cualquier otra parte. Pero no dejo de encontrármelo.

Cuando abro la puerta de casa, un haz de luz se derrama frente a nuestro garaje y hace que Nate parezca estar en el centro de un escenario. Mientras me dirijo hacia él, tengo los nervios de punta y soy consciente de que voy vestida con la ropa de estar en casa con Maeve: una sudadera con capucha, unos pantalones cortos de deporte y unas chanclas. Tampoco es que él se preocupe mucho por sus pintas. Esa camiseta de Guinness ya se la he visto, por lo menos, un par de veces esta semana.

—Hola, Nate —le digo—. ¿Qué pasa?

Nate se quita el casco, y sus ojos de color azul oscuro se posan detrás de mí, en la puerta.

—Hola.

No dice nada más durante un rato que se hace incómodo. Me cruzo de brazos y espero a que lo haga. Al final, sus ojos buscan los míos con una torva sonrisa que me provoca un leve brinco en el estómago.

—La verdad es que no tengo un buen motivo para estar aquí.

—¿Quieres entrar? —digo de repente.

Él duda.

—Seguro que a tus padres les encantaría.

Ni se lo imagina. El estereotipo que mi padre más detesta en el mundo es el del narcotraficante colombiano, y no le haría ni pizca de gracia ninguna

clase de conexión por mi parte con alguien así, pero me descubro diciendo:

—No están en casa —y rápidamente añadido—: Estoy pasando el rato con mi hermana. —No quiero que piense que es otro tipo de invitación.

—Sí, vale.

Nate se baja de la moto y me sigue como si lo que estamos haciendo no fuera nada de otro mundo, y yo intento parecer igual de desenfadada. Cuando entramos, Maeve está apoyada en la encimera de la cocina, aunque estoy segura de que hace diez segundos estaba espiándonos desde la ventana de su habitación.

—¿Conoces a mi hermana, Maeve?

Nate niega con la cabeza.

—No. ¿Qué tal?

—Bien —contesta Maeve, examinándole con sincero interés.

No tengo ni idea de qué hacer, cuando veo que se encoge de hombros para quitarse la chaqueta y la deja en una silla de la cocina. ¿Cómo debería... «entretener» a Nate Macauley? Ni siquiera es algo que esté obligada a hacer, ¿no? Ha sido él quien ha aparecido en mi puerta de la nada. Yo debería seguir haciendo lo que estaba haciendo. Salvo porque lo que estaba haciendo era ver una serie antigua de vampiros en la habitación de mi hermana mientras intentaba leer *Ulises*.

Me siento completamente perdida.

Nate no percibe mi incomodidad y cruza las puertas dobles que dan a la sala de estar. Maeve me da un codazo mientras le seguimos y murmura, en español:

—*Qué boca tan hermosa.*

—Cállate —bufa yo. Mi padre nos anima a hablar en español cuando estamos en casa, pero dudo mucho que quiera que hablemos así y de esto. Además, por lo que sabemos, Nate habla español perfectamente.

Se queda parado delante del piano de cola y se gira para mirarnos.

—¿Quién sabe tocar?

—Bronwyn —dice Maeve antes de que yo tenga tiempo de abrir la boca. Me siento junto a la puerta, con los brazos cruzados, y Nate lo hace en el sofá de cuero preferido de mi padre, enfrente de la puerta corredera que da a nuestro piso—. Se le da muy bien.

—¿Ah, sí? —pregunta Nate.

—No, no es verdad —rebato yo al mismo tiempo.

—Sí que lo es —insiste Maeve.

Yo entorno los ojos y ella abre mucho los suyos en una expresión de fingida inocencia.

Nate cruza el salón hasta llegar a la librería de nogal que ocupa una pared entera y coge una foto de Maeve y de mí, con idénticas sonrisas de dientes separados frente al castillo de la Cenicienta en Disneylandia. Nos la sacaron seis meses antes de que a Maeve le diagnosticaran leucemia y, durante mucho tiempo, fue la única foto que tuvimos de nuestras vacaciones. Nate la observa durante largo rato y luego me mira a mí con una sonrisilla. Maeve tiene razón al decir que su boca es muy sexy.

—Deberías tocar algo.

Bueno, supongo que eso es más fácil que hablar con él.

Me acerco al banquito, me siento y ajusto la partitura frente a mí. Es el Canon de Pachelbel, una pieza que llevo meses ensayando. He ido a clase de piano desde los ocho años y, técnicamente, soy bastante competente. Sin embargo, nunca he conseguido que nadie sienta nada con mi música. El Canon de Pachelbel fue la primera obra que me impulsó a intentarlo. Hay algo especial en cómo va construyéndose la melodía, que empieza dulce y suave pero va creciendo en volumen e intensidad hasta casi parecer furiosa... Esa es la parte más difícil porque, llegado un cierto punto, las notas empiezan a ser cada vez más estridentes, casi discordantes, y yo me siento incapaz de reunir la fuerza suficiente para hacerlas sonar.

Llevo una semana sin tocarlo. La última vez que lo intenté me equivoqué tantas veces que hasta Maeve arrugó un poco la nariz. Parece que se acuerda, porque mira a Nate.

—Es un tema muy difícil —dice, como si de repente se arrepintiera de haberme expuesto al ridículo.

Bueno, de perdidos al río. Esta situación es demasiado surrealista para tomársela en serio. Si mañana me despertara y Maeve me dijera que lo he soñado todo, la verdad es que me lo creería.

Así que empiezo a tocar y, desde el principio, me noto diferente. Me siento más suelta, las partes difíciles me cuestan menos. Durante unos minutos, me olvido de que hay gente conmigo en el salón, y disfruto al darme cuenta de que las notas que por lo general se me resisten ahora fluyen con facilidad. Incluso en el *crescendo* no lo acometo con la dureza que debería, pero sí consigo ir más deprisa de lo que suelo hacerlo, y no me equivoco ni una sola

vez. Cuando termino, sonrío triunfalmente en dirección a Maeve. Entonces, sus ojos se posan en Nate y me acuerdo de que mi público lo integran dos personas.

Nate está apoyado contra la librería, con los brazos cruzados y, por primera vez en su vida, no parece aburrido, ni a punto de reírse de mí.

—Es lo mejor que he escuchado en mi vida —me dice.

Addy

Viernes, 28 de septiembre, 19:00

Dios. Mi madre está coqueteando con el agente Budapest. Sí, ese agente que tiene la cara rosita, llena de pecas y unas entradas bastante aparatosas.

—Por supuesto, Adelaide colaborará en cualquier cosa que necesiten —dice, con voz ronca, mientras desliza un dedo por el borde de su copa de vino.

Justin está cenando con sus padres, que odian a mi madre y nunca la invitan, y ella ha decidido castigarle así, aunque él ni siquiera lo sepa.

El agente Budapest ha aparecido justo cuando estábamos terminándonos el *pad thai* vegetariano, un plato que mi madre siempre pide cuando mi hermana Ashton viene a visitarnos. Ahora mismo, el agente no sabe muy bien adónde mirar, así que tiene los ojos clavados en un ramo de flores secas que hay colgado en la pared del comedor. Mi madre redecora la casa cada seis meses, y su última tendencia ha sido una elegancia decadente con un extraño toque playero. O lo que a simple vista podría resumirse en una decoración basada en rosas de la Provenza y conchas marinas.

—Solo quería repasar unas cuantas cosas, si no te importa, Addy —le dice.

—De acuerdo —respondo yo.

Me sorprende que haya venido, porque pensaba que ya habíamos contestado a todas sus preguntas, pero supongo que la investigación continúa. Hoy, el laboratorio del profesor Avery estaba precintado con cinta amarilla, y la policía no ha dejado de entrar y salir durante todo el día. Cooper dice que el Instituto Bayview seguramente acabará metido en un buen lío por tener aceite de cacahuete en el agua, o algo por el estilo.

Yo miro a mi madre, que tiene los ojos clavados en el agente Budapest, aunque con esa expresión distante que yo tan bien conozco. Ha desconectado

mentalmente, probablemente está decidiendo qué se va a poner este fin de semana. Ashton entra en el comedor y se sienta en el sofá que hay justo enfrente de mí.

—¿Está interrogando a todos los alumnos que estuvieron castigados ese día? —pregunta.

El agente Budapest se aclara la garganta.

—La investigación aún está en curso, pero hoy he venido porque tengo una pregunta en concreto para Addy. Estuviste en la enfermería el día que Simon murió, ¿verdad?

Yo dudo, le lanzo una mirada a Ashton y vuelvo a posarla inmediatamente en el agente Budapest.

—No.

—Sí que estuviste —dice el agente Budapest—. La enfermera lo apuntó en su registro.

Yo tengo la vista clavada en la chimenea, pero siento que los ojos de Ashton están fijos en mí. Me enrosco un mechón de pelo alrededor del dedo y tiro de él, nerviosa.

—No me acuerdo.

—¿No te acuerdas de haber ido a la enfermería el lunes?

—Bueno, es que voy mucho —me apresuro a contestar—. Por dolores de cabeza y cosas así. Seguramente fuera por eso —frunzo el ceño como si estuviera esforzándome en pensar y, finalmente, miro al agente Budapest a los ojos—. Ah, es verdad. Me vino la regla y tenía muchos calambres, así que sí, necesitaba un paracetamol.

El agente Budapest se sonroja a la mínima de cambio. Se pone como un tomate cuando le sonrío educadamente y libero mi mechón de pelo.

—¿Y la enfermera te dio lo que necesitabas? ¿Un paracetamol, nada más?

—¿Por qué quiere saberlo? —pregunta Ashton. Se recoloca el cojín en la espalda para que el estampado de estrellas marinas, hecho con conchas de verdad, no se le clave en los riñones.

—Bueno, una de las cosas que estamos investigando es por qué, aparentemente, no había ningún bolígrafo de epinefrina en la enfermería cuando Simon tuvo la reacción alérgica. La enfermera jura que esa misma mañana tenía varios, pero que todos habían desaparecido por la tarde.

Ashton se pone rígida y dice:

—¡No creerá que Addy los cogió!

Mi madre me mira con pinta de parecer levemente sorprendida, pero no dice nada.

Si el agente Budapest se ha dado cuenta de que mi hermana acaba de asumir el rol de padre, no dice nada.

—Nadie ha dicho eso. Pero ¿por casualidad te fijaste si había bolígrafos en la enfermería, Addy? Según el registro de la enfermera, estuviste allí a la una.

El corazón me late muy deprisa, pero intento que mi voz parezca tranquila.

—Ni siquiera sé cómo son los bolígrafos de epinefrina.

Me pide que le cuente, otra vez, todo lo que recuerdo sobre el poco tiempo que estuvimos castigados, y luego me hace un par de preguntas sobre los posts de Tumblr. Ashton está en guardia y se muestra totalmente interesada, echándose hacia delante e interrumpiendo constantemente, mientras mi madre va dos veces a la cocina para rellenar su copa de vino. Yo no dejo de mirar el reloj, porque se suponía que Jake y yo queríamos llegar a la playa temprano y ni siquiera he empezado a retocarme el maquillaje. Ese grano no va a disimularse solo.

Cuando el agente Budapest por fin se da por satisfecho y se dispone a salir, me tiende una tarjeta.

—Llámame si recuerdas algo más, Addy —me dice—. Nunca se sabe lo que puede terminar siendo importante.

—Vale —respondo, guardándome la tarjeta en el bolsillo trasero de los vaqueros.

El agente Budapest se despide de mi madre y de Ashton mientras yo le abro la puerta. Ashton se apoya contra el marco a mi lado y las dos nos quedamos mirando cómo se mete en su coche patrulla y empieza a dar marcha atrás lentamente para salir de la entrada de nuestra casa.

Veo que el coche de Justin está esperando detrás del agente Budapest para entrar, así que me pongo de nuevo en marcha. No me apetece tener que hablar con él sin haberme retocado el maquillaje, así que me escabullo escaleras arriba mientras Ashton me sigue de cerca. Después de la de mi madre, mi habitación es la más grande de la casa. Antes era de Ashton, hasta que se casó y yo me cambié. Cuando viene a casa, ella sigue usándola como si nunca se hubiera ido.

—No me habías contado eso del Tumblr —me dice.

Se tumba sobre el cubrecama de encaje de algodón y abre el último número de una revista de cotilleos. Ashton es aún más rubia que yo, pero

lleva el pelo cortado a capas, por el mentón, un corte que a mi madre le repatea. A mí me parece mono. Si a Jake no le gustara tanto mi pelo, tal vez me plantearía cortármelo así.

Me siento frente al tocador y me aplico una capa de corrector sobre la espinilla que tengo en el nacimiento del pelo.

—Alguien está intentando asustarnos, nada más.

—¿De verdad no te acordabas de que estuviste en la enfermería? ¿O es que no querías contestar? —me pregunta Ashton.

Yo estoy peleándome con la tapa del corrector de ojeras, y me libro de contestar a su pregunta cuando mi teléfono empieza a sonar en la mesilla de noche con el tono que uso para los mensajes de texto (*Only Girl*, de Rihanna). Ashton lo coge y me informa:

—Jake está a punto de llegar.

—¡Por Dios, Ash! —La fulmino con la mirada desde el espejo—. No deberías cotillearme el móvil. ¿Y si hubiera sido un mensaje privado?

—Perdona —me dice, con un tono de nulo arrepentimiento en la voz—. ¿Todo bien con Jake?

Yo me giro en la silla para mirarla con el ceño fruncido:

—¿Y por qué no iba a estarlo?

Ashton se defiende alzando las palmas de las manos.

—Solo preguntaba, Addy, no pretendo dar a entender nada. —Su tono se vuelve un poco más sombrío—. No hay motivos para pensar que va a pasarte lo mismo que a mí. No es que Charlie y yo estuviéramos enamoradísimos en el instituto, precisamente.

Yo parpadeo, sorprendida por la revelación. A ver, llevo tiempo pensando que Ashton y Charlie no están bien —primero, porque últimamente ella está mucho tiempo en casa y, segundo, porque el mes pasado, él estuvo toda la boda de nuestra prima intentando ligarse a una dama de honor un poco zorrón—, pero Ashton nunca ha reconocido abiertamente que tuvieran problemas.

—¿Tan mal están las cosas?

Ella se encoge de hombros, deja la revista y empieza a mirarse las uñas.

—Es complicado. El matrimonio es mucho más difícil de lo que te dicen. Pero, afortunadamente, tú no tienes que tomar ninguna decisión vital todavía. —Tensa la boca—. No dejes que mamá te coma la cabeza y lo joda todo. Disfruta de tener diecisiete años.

«No puedo. Tengo miedo de que todo se vaya a la mierda. De que todo se haya ido ya a la mierda».

Ojalá pudiera decirle a Ashton lo que realmente pienso. Me aliviaría tanto poder soltarlo. Normalmente le cuento todo a Jake, pero no puedo contarle esto. Y, aparte de él, no tengo literalmente a nadie en el mundo en quien confiar. Ni en mis amigos, ni en mi madre, desde luego, ni siquiera en mi hermana. Porque, aunque seguramente lo hace con la mejor intención, a veces se pone un poco pasivo-agresiva cuando se trata de Jake.

Suena el timbre, y a Ashton se le tuerce la boca en una media sonrisa.

—Debe de ser don Perfecto —me dice. Sarcástica, para no salirse del guion.

Paso de ella, bajo corriendo las escaleras y abro la puerta con la enorme sonrisa que no puedo evitar poner cada vez que veo a Jake. Ahí está, con su chaqueta del equipo de fútbol americano y su cabello castaño revuelto por el viento, devolviéndome exactamente la misma sonrisa.

—Hola, nena. —Estoy a punto de besarlo cuando, por el rabillo del ojo, veo que detrás de él hay alguien más. Me quedo inmóvil—. No te importa que TJ venga con nosotros en el coche, ¿verdad?

Una risilla nerviosa burbujea en mi garganta, y yo la empujo otra vez adonde sea que haya salido.

—Claro que no. —Voy a por mi beso, pero la magia del momento se ha roto.

TJ me mira de reojo, y luego clava la vista en el suelo.

—Perdona, es que se me ha roto el coche. Iba a quedarme en casa, pero Jake ha insistido, y...

Jake se encoge de hombros.

—Ya ibas de camino. No tienes por qué quedarte sin salir una noche porque se te haya roto el coche. —Sus ojos van desde mi cara a mis deportivas de tela y me pregunta—: ¿Vas a ir con eso, Ads?

No es exactamente una crítica, pero a Jake nunca le ha gustado verme con ropa ancha y yo llevo puesta la sudadera de la facultad de Ashton.

—En la playa va a hacer frío —digo tímidamente, y él ríe.

—Yo te doy calor. Arréglate un poco más, ¿vale?

Le dedico una sonrisa tensa y vuelvo dentro. Subo las escaleras arrastrando los pies porque sé que no he estado fuera el tiempo suficiente como para que Ashton se haya largado de mi habitación. Ahí está, por supuesto, ojeando la

revista en mi cama. Cuando ve que me acerco al armario, enarca las cejas.

—¿Ya has vuelto?

Saco un par de *leggings* y me desabrocho los vaqueros.

—Voy a cambiarme.

Ashton cierra la revista y me observa en silencio hasta que me cambio la sudadera por un jersey ajustado.

—Vas a pasar frío con eso. Esta noche va a refrescar. —Resopla con incredulidad cuando me quito las deportivas y me las cambio por unas sandalias de tiras de tacón bajo—. ¿Vas a ponerte eso para ir a la playa? ¿El cambio de vestuario ha sido idea de Jake?

Yo lanzo la ropa que acabo de quitarme al cesto de la ropa sucia y paso de ella.

—Adiós, Ash.

—Addy, espera. —La voz de mi hermana ha perdido su tono sarcástico, pero a mí ya me da igual.

Bajo las escaleras y salgo por la puerta antes de que pueda impedírmelo. Fuera, la brisa nocturna me arranca inmediatamente un escalofrío. Sin embargo, Jake me sonrío, como para darme el visto bueno, y me pasa el brazo alrededor de los hombros para darme calor durante el corto trayecto hasta el coche.

El viaje me pone enferma. Me pone enferma ir sentadita como si nada, cuando en realidad tengo ganas de vomitar. Me pone enferma escuchar a Jake y TJ hablando sobre el partido de mañana. Me pone enferma que en la radio suene el último tema de Fall Out Boy y TJ diga: «Me encanta esta canción», porque entonces a mí ya no me puede seguir gustando. Sin embargo, lo que más enferma me pone es que, apenas un mes después de mi significativa primera vez con Jake, me pillé una borrachera increíble y me acosté con TJ Forrester.

Cuando llegamos a la playa, Cooper y Luis ya están encendiendo la hoguera, y a Jake se le escapa un gruñido de frustración cuando gira para aparcar.

—Siempre la encienden mal —se queja, bajando del coche de un salto para ir con ellos—. ¡Tíos! ¡La estáis poniendo demasiado cerca del agua!

TJ y yo bajamos del coche más despacio, sin mirarnos. Me estoy congelando, así que me rodeo el cuerpo con los brazos para darme calor.

—¿Quieres mi chaqueta...? —empieza a decir TJ, pero no le dejo terminar.

—No —le interrumpo, y me dirijo hacia la playa.

Cuando llego a la arena, estoy a punto de tropezarme con mis ridículos zapatos.

TJ está a mi lado y estira un brazo para evitar que me caiga.

—Oye, Addy —habla en voz baja, y, durante un instante, noto su aliento mentolado junto a la mejilla—. No tiene por qué ser tan incómodo, ¿vale? Yo no voy a contar nada.

No debería enfadarme con él. No es culpa suya. Fui yo la que se volvió paranoica después de acostarme con Jake, la que empezó a pensar que ya no le gustaba tanto cada vez que tardaba demasiado en contestar a mis mensajes. Fui yo la que empezó a coquetear con TJ cuando nos encontramos en esta misma playa en verano, cuando Jake estaba de vacaciones. Fui yo la que le retó a que consiguiera una botella de ron, y la que se bebió la mitad con un poco de Coca-Cola light.

Ese día hubo un momento en que me reí tanto que se me salió el refresco por la nariz, algo que a Jake le habría molestado. Pero TJ lo único que dijo, con su brusquedad habitual, fue:

—Guau, Addy, eso me pone. Ahora mismo me has puesto a mil.

Ahí fue cuando le besé. Y también cuando le insinué que volviéramos a su casa.

Así que, en realidad, nada de lo que pasó fue culpa suya.

Llegamos al borde de la playa y vemos que Jake está apagando la hoguera con agua para volver a encenderla donde él quiere. Yo miro a TJ de reojo y veo que los hoyuelos le asoman en las mejillas cuando les hace un gesto a los chicos con la mano para indicarles que va de camino.

—Solo tienes que olvidar que pasó —me susurra.

Parece sincero, y una oleada de esperanza me inunda el pecho. Tal vez podamos mantener todo esto en secreto. El Bayview es un instituto donde los cotilleos están a la orden del día, pero al menos ya no tenemos Malas Lenguas pendiendo como una amenaza sobre nuestras cabezas.

Y, siendo completamente sincera, tengo que reconocer que... es un alivio.

CAPÍTULO SEIS

Cooper

Sábado, 29 de septiembre, 16:15

Entorno los ojos y miro al bateador. 3 bolas, 2 *strikes* y ha hecho que mis últimos dos lanzamientos sean nulos. Me lo está poniendo difícil, y eso no es bueno. En un partido de exhibición como este, contra un bateador diestro de segunda base con unas estadísticas tan mediocres..., lo normal es que a estas alturas ya hubiera arrasado.

El problema es que estoy distraído. Esta semana ha sido un infierno.

Mi padre está en las gradas, y soy perfectamente capaz de imaginar lo que está haciendo: se ha quitado la gorra y la estruja entre las manos mientras mira hacia el montículo del *pitcher*. Como si el hecho de perforarme con la mirada me sirviera de alguna ayuda.

Pongo la bola en el guante y miro a Luis, que es mi *catcher* durante la temporada oficial. También está en el equipo de fútbol americano del instituto, pero le han dado permiso para saltarse el partido de hoy y venir a este. Me hace una seña para indicarme que lance una bola rápida, pero yo niego con la cabeza. Ya he lanzado así cinco veces, y este tío las ha visto venir. Sigo rechazando las propuestas de Luis hasta que me hace la seña que busco. Acuclillado, Luis recoloca ligeramente su posición. Hemos jugado juntos durante tanto tiempo que soy capaz de leer a la perfección sus pensamientos. *Es tu funeral, tío.*

Coloco los dedos en la bola y tenso los músculos para prepararme a lanzar. No es el lanzamiento que mejor se me da. Si no lo hago bien, se convertirá en una bola lentísima muy fácil de batear, y este tío la reventará.

Tomo impulso y lanzo lo más fuerte que puedo. La bola se dirige directamente hacia el centro y el bateador se gira en un arco impaciente y triunfal. Entonces, la bola rompe su trayectoria, se desvía fuera de la zona de

bateo y cae directamente en el guante de Luis. El campo estalla en vítores, y el bateador sacude la cabeza como si no tuviera la más mínima idea de lo que acaba de pasar.

Me recoloco la gorra e intento disimular mi orgullo. Me he pasado todo el año practicando esa bola deslizante.

Elimino al siguiente bateador con tres bolas rápidas. La última alcanza los ciento cincuenta kilómetros por hora, la bola más rápida que he lanzado en mi vida. Una muerte segura para un zurdo. Después de dos entradas, mis estadísticas son: tres eliminaciones por *strike*, dos *groundouts* y un bateo largo que habría puntuado doble si el jugador del ala derecha no la hubiera pescado al vuelo. Ojalá pudiera repetir ese lanzamiento —mi bola curva no hizo ninguna curva—, pero, quitando eso, me siento bastante satisfecho con el partido.

Estoy en Petco —el estadio de los Padres de San Diego—, en un partido de exhibición para el que se requiere invitación y en el que mi padre ha insistido que jugara a pesar de que el homenaje a Simon es dentro de una hora. Los organizadores accedieron a dejarme lanzar el primero para que pudiera marcharme pronto, así que me salto la rutina habitual de después de los partidos, me doy una ducha rápida y salgo de los vestuarios con Luis para ir a buscar a mi padre.

Lo veo justo cuando oigo que alguien grita mi nombre.

—¿Cooper Clay?

El hombre que se dirige hacia mí parece un triunfador. Es la única descripción que se me ocurre. Tiene ropa elegante, un peinado elegante, el tono justo de bronceado y una sonrisa confiada que me dedica mientras me tiende la mano.

—Josh Langley, de los Padres. He hablado con tu entrenador un par de veces.

—Sí, señor. Encantado de conocerle —le digo.

Mi padre sonríe como si alguien acabara de regalarle las llaves de un Lamborghini. Consigue presentarse a Josh sin babear, aunque falta poco para que lo haga.

—Menuda bola deslizante te has marcado —me dice Josh—. Se ha salido completamente del plato.

—Gracias, señor.

—Tus bolas rápidas alcanzan también muy buena velocidad. Te has puesto

al día con eso, ¿eh?

—He estado entrenando mucho —respondo—. He intentado aumentar la fuerza del brazo.

—Mucho progreso en muy poco tiempo —observa Josh, y, durante un segundo, su afirmación flota en el aire entre nosotros como si fuera una pregunta. Después, me apoya una mano en el hombro—. Bueno, sigue así, hijo. Me alegro de tener fichado a alguien de la zona. Me facilita el trabajo, así tengo que viajar menos. —Me dedica una resplandeciente sonrisa, se despide de mi padre y de Luis con un movimiento de cabeza y se larga.

«Mucho progreso en muy poco tiempo». Es verdad. No es muy común pasar de ciento cuarenta a ciento cincuenta kilómetros por hora en cuestión de pocos meses.

De camino a casa, mi padre es incapaz de callarse y alterna entre reprocharme todo lo que he hecho mal y fanfarronear acerca de Josh Langley. Al final se inclina por el buen humor, más alegre por el interés del ojeador de los Padres que molesto por que un bateador haya estado a punto de eliminarme.

—¿La familia de Simon va a estar presente en el homenaje? —me pregunta cuando entra con el coche en el aparcamiento del instituto—. Si es así, dales el pésame de nuestra parte.

—No lo sé —le contesto—. Igual solo es una cosa del instituto.

—Quitaos la gorra, chicos —dice mi padre. Luis guarda la suya en el bolsillo de la chaqueta del equipo de fútbol americano, y mi padre araña con impaciencia el volante mientras yo dudo—. Vamos, Cooper, aunque sea al aire libre, sigue siendo un velatorio. Déjala aquí.

Obedezco y salgo del coche. Sin embargo, mientras cierro la puerta del copiloto y me paso la mano por el pelo, que se ha quedado con la forma de la gorra, pienso que ojalá la llevara puesta. Sin ella me siento desprotegido, y esta semana ya he estado tiempo suficiente en el punto de mira. Si por mí fuera, me iría a casa y pasaría una tarde tranquila viendo el béisbol por la tele con mi hermano y Yaya, pero ni de coña me puedo perder el homenaje a Simon, y mucho menos después de ser una de las últimas personas que lo vieron con vida.

Avanzamos hacia la multitud que se agolpa en el campo de fútbol americano, y le mando un mensaje a Keely para averiguar dónde están nuestros amigos. Keely me dice que están en primera fila, así que nos

agachamos por debajo de las gradas y yo intento localizarlos en la banda. Tengo los ojos clavados en la multitud y no veo a la chica que tengo delante hasta que casi me choco con ella. Está apoyada contra un poste, contemplando el campo de fútbol con las manos metidas en los bolsillos de su enorme chaqueta.

—Lo siento —me disculpo, pero entonces me doy cuenta de quién es—. Ah, hola, Leah. ¿Vas al campo?

En ese momento deseo que pudiera tragarme mis propias palabras: Leah Jackson no está aquí porque lamenta la muerte de Simon. El año pasado intentó suicidarse por su culpa. Después de que Simon escribiera que Leah se había acostado con un montón de chavales de primero, se pasaron meses acosándola por redes sociales. Se cortó las venas en el baño de su casa y faltó al instituto el resto del año.

—Sí, claro. Muy gracioso —resopla Leah. Tiene los ojos clavados en la escena que se desarrolla frente a nosotros, y la puntera de la bota clavada en el suelo—. Nadie le soportaba, pero ahora todo el mundo lleva velitas en su memoria, como si fuera un mártir, en vez de un capullo chismoso.

Tiene toda la razón del mundo, pero este no parece el momento más adecuado para un ataque de sinceridad. Aun así, no pienso intentar defender a Simon delante de Leah.

—Supongo que la gente solo quiere mostrar respeto —digo, evasivamente.

—Falsos —murmura, enterrando las manos aún más profundamente en sus bolsillos. Su expresión se transforma, y se saca el móvil de la chaqueta con una mirada maliciosa—. ¿Habéis visto lo último?

—¿Lo último de qué? —pregunto, con el corazón encogido. A veces pienso que lo mejor del béisbol es que no se puede mirar el móvil mientras juegas.

—Ha llegado otro correo con una actualización de Tumblr.

Leah desliza el dedo un par de veces sobre su móvil y me lo ofrece. Yo lo cojo de mala gana y miro la pantalla mientras Luis lee por encima de mi hombro.

Creo que es momento de aclarar un par de cosas.

Simon tenía una alergia grave a los cacahuetes, así que... ¿por qué no meterle uno en el sándwich y acabar rápidamente con esto?

Estuve observando a Simon Kelleher durante meses. Todo lo que comía estaba envuelto en un centímetro y medio de celofán y todo lo que bebía era agua de esa condenada

botellita que llevaba a todas partes.

Eso sí, Simon era incapaz de estar más de diez minutos sin darle un sorbito a la botella. Imaginé que, si no la tenía a mano, no tendría más remedio que pasarse a la tradicional agua del grifo. Así que, claro, se la robé.

Pasé mucho tiempo dándole vueltas a cómo poner aceite de cacahuete en su bebida. Tenía que ser en un recinto cerrado donde no hubiera una fuente de agua. La sala de castigo del profesor Avery parecía el lugar perfecto.

Claro que lo pasé mal viendo cómo se moría Simon, no soy un sociópata. En aquel momento en el que luchaba por respirar, cuando su cara adquirió aquel espantoso color, hubiera detenido la reacción si hubiera podido. Lo que ocurre es que fui yo quien le quitó el bolígrafo de epinefrina. Y también quien robó el último que quedaba en la enfermería.

El corazón se me acelera y el estómago me da un vuelco. El primer post ya era bastante terrible, pero este... Este es como si estuviera escrito por alguien que estuvo presente en el aula cuando Simon sufrió el *shock* anafiláctico. Uno de nosotros.

—Qué jodido —resopla Luis.

Leah me observa con atención mientras yo pongo una mueca de asco y le devuelvo el teléfono.

—Espero que descubran quién está escribiendo estas mierdas. Está mal de la cabeza.

Ella se encoge de hombros.

—Supongo. —Empieza a alejarse—. Disfrutad del luto, colegas. Yo me piro.

—Adiós, Leah.

Reprimo las ganas de seguirla y avanzo con Luis entre la multitud hasta que llegamos a la línea de diez yardas. Empiezo a abrirme paso a codazos hasta que encuentro a Keely y el resto de nuestro grupo. Cuando estoy a su altura, Keely me tiende una vela que enciende con la que ella lleva en la mano y enhebra su brazo con el mío.

La directora Gupta se coloca el micrófono y le da un par de toquitos.

—Ha sido una semana trágica para nuestro instituto —dice—, pero me emociona veros a todos reunidos aquí esta noche.

Debería estar pensando en Simon, pero tengo la cabeza llena con otras cosas. Con Keely, que me está apretando demasiado el brazo. Con Leah, que dice lo que la mayoría piensa. Con la nueva actualización del Tumblr, justo antes del homenaje a Simon. Y con Josh Langley y su resplandeciente sonrisa: «Mucho progreso en muy poco tiempo».

Eso es lo malo de progresar mucho en muy poco tiempo. Que, a veces, es demasiado bueno para ser cierto.

Nate

Domingo, 30 de septiembre, 12:30

Mi agente de la condicional no es de las peores. Tiene unos treinta años, está bastante bien y tiene sentido del humor. Pero no deja de darme por culo con el instituto.

—¿Qué tal te fue en el examen de Historia?

Estamos sentados en la cocina, haciendo nuestra reunión rutinaria de los domingos. Stan está en la mesa, pero a ella le cae bien, así que no le importa. Mi padre está en el piso de arriba, algo de lo que siempre me ocupó antes de que la agente López llegue. En parte, su trabajo consiste en cerciorarse de que tengo la supervisión parental adecuada. Supo de qué pie cojeaba mi padre nada más verlo, pero también sabe que no tengo ningún otro sitio adonde ir, y que estar bajo la tutela del Estado sería mucho peor que la irresponsabilidad de un alcohólico. Es más fácil fingir que es un buen tutor legal cuando no está inconsciente en el salón.

—Fue —respondo yo.

Ella espera, paciente, a que añada algo. Al ver que no lo hago, pregunta:

—¿Estudiaste?

—He estado un poco despistado —le recuerdo.

Se ha enterado de lo de Simon a través de sus colegas policías, y nos hemos pasado la primera media hora de su visita hablando de eso.

—Lo entiendo. Pero intentar pasar el curso es importante, Nate. Es parte del trato.

El «Trato» sale a relucir todas las semanas. El condado de San Diego ha empezado a endurecer las penas por delitos de drogas cometidos por menores, y mi agente está convencida de que tuve mucha suerte de que me dejaran en libertad condicional. Un mal informe suyo podría ponerme frente a otro juez cabreado. Si vuelven a pillarme con drogas encima, podría terminar en un reformatorio. Así que todos los domingos por la mañana, antes de que la agente López aparezca por casa, cojo todas las drogas que no he vendido y los teléfonos que uso para los negocios y, por si acaso, los escondo en el

cobertizo de nuestro vecino, que está un poco senil.

La agente López extiende la mano y se la tiende a Stan, que se arrastra hacia ella por la mesa, pero pierde el interés antes de llegar. Ella lo coge y se lo coloca sobre el brazo.

—Y, por lo demás, ¿qué tal el resto de la semana? Cuéntame algo positivo que te haya pasado. —Siempre me dice lo mismo, como si la vida estuviera llena de buenas mierdas que yo pudiera almacenar para contárselas los domingos.

—Conseguí tres mil puntos jugando al *Grand Theft Auto*.

Ella pone los ojos en blanco. Suele hacerlo cuando está en mi casa.

—¿Algo más? ¿Cómo has progresado en tus objetivos?

Dios. Mis objetivos. Me obligó a escribir una lista en nuestra primera reunión. En la lista no hay ni una sola cosa que me importe de verdad: solo es una lista de cosas que supuse que a ella le gustaría escuchar sobre el instituto y futuros trabajos. Y amigos, cosa que a estas alturas debe de haberse dado cuenta que no tengo. Conozco a gente con la que voy a fiestas, a la que vendo mercancía y con la que follo, pero la verdad es que no diría que ninguno de ellos es amigo mío.

—Ha sido una semana lenta, en cuestión de objetivos.

—¿Le has echado un vistazo al folleto de Alateen que te traje?

No. No lo he abierto. Alateen es una asociación para hijos de alcohólicos. No necesito leer ningún tríptico que me diga lo jodido que es que tu único progenitor sea un alcohólico y mucho menos hablar de ello con un puñado de lloricas en el sótano de alguna iglesia.

—Sí —miento—. Me lo estoy pensando.

Estoy seguro de que sabe perfectamente que no es verdad, porque no es idiota, pero no insiste.

—Me alegro de oírlo. Compartir tu experiencia con otros chicos que tengan padres con problemas podría resultar beneficioso para ti.

La agente López nunca se viene abajo, eso hay que reconocérselo. Podríamos estar rodeados de muertos vivientes en medio de un apocalipsis zombi, y ella seguiría intentando ver el lado bueno de las cosas: «Todavía conservas tus sesos en su sitio, ¿no? ¡No era fácil, había pocas probabilidades!». Le encantaría, aunque solo fuera una vez, oírme decir algo positivo. Por ejemplo, que pasé el viernes por la noche con la empollona de Bronwyn Rojas y no quedé en el más absoluto ridículo. Pero no es el tipo de

tema que me apetece discutir con la agente López.

No tengo ni idea de por qué me presenté allí. Estaba inquieto, no podía dejar de mirar las pastillas de Vicodin que sobraron de la entrega y de preguntarme si debería probar un par para comprobar por qué la gente flipa tanto con ellas. Nunca he querido ir por ese camino, pero estoy bastante seguro de que acabaría semiinconsciente en el salón con mi padre hasta que alguien nos echara de allí por no pagar el alquiler.

Así que fui a casa de Bronwyn. La verdad es que no esperaba que saliera. Ni tampoco que me invitara a entrar. Oírla tocar el piano me produjo una sensación extraña. Fue casi como estar... en paz.

—¿Cómo lleva la gente la muerte de Simon? ¿Ya se ha celebrado el funeral?

—Es hoy. El instituto nos ha mandado un correo. —Miro de reajo el reloj de nuestro microondas—. Es como en media hora.

Sus cejas dan un respingo.

—Nate, deberías ir. Sería algo positivo. Dar el pésame a la familia, ponerle fin a un acontecimiento traumático.

—No, gracias.

La agente se aclara la garganta y me dedica una mirada astuta.

—Deja que te lo diga de otra manera: o vas a ese maldito funeral, Nate Macauley, o la próxima vez que tenga que entregar un informe de asistencia no pasaré por alto tus ausencias injustificadas en el instituto. Iré contigo.

Así es como termino presentándome en el funeral de Simon Kelleher con mi agente de la condicional.

Llegamos tarde y la iglesia de San Antonio está a reventar de gente, así que con mucha dificultad conseguimos encontrar un hueco en el último banco. La ceremonia todavía no ha empezado, pero todo el mundo está en silencio, así que, cuando el viejo que hay enfrente de nosotros empieza a toser, el eco se escucha en toda la estancia. El olor a incienso me recuerda a cuando estaba en Primaria y mi madre me llevaba a misa todos los domingos. No he vuelto a pisar una iglesia desde entonces, pero todo sigue igual: la alfombra roja, la brillante madera oscura, los altos ventanales con vidrieras.

La única diferencia es que hoy esta está llena de polis.

No van de uniforme, pero yo los reconozco a simple vista, y la agente López también. Pasado un rato, reparo en que varios de ellos empiezan a mirarme, y me entra la paranoia de que la agente López me ha tendido una

especie de trampa. Pero no llevo nada encima. Entonces, ¿por qué no dejan de mirarme?

No solo me miran a mí. Sigo la trayectoria de sus ojos y veo que también miran a Bronwyn, que está con sus padres, y a Cooper y la chica rubia, que están sentados en el centro con sus amigos. Noto un hormigueo en la nuca, un hormigueo que no presagia nada bueno. Tenso todos los músculos, preparado para salir pitando, pero la agente Lopez me apoya una mano en el brazo. No dice nada, pero yo me quedo quieto.

Un puñado de gente sube al púlpito y habla. La única cara conocida es la de la chica gótica que seguía a Simon a todas partes, que con voz temblorosa lee un poema rarísimo e inconexo.

*El pasado y el presente se borran, los he colmado, los he agotado,
ahora me dispongo a colmar mi parte del futuro.*

*¡Tú, que me escuchas allá arriba! ¿Qué tienes que confiarme?
Comprendo que el resplandor espectral es el reflejo del mediodía.
Mira mi cara mientras aspiro el olor de la tarde.
(Habla sinceramente, nadie nos oye, solo nos queda un minuto).*

*¿Me contradigo?
Muy bien, me contradigo.
(Soy amplio, contengo multitudes).*

¿Hablarás antes que me vaya? ¿Y estás fallándome?

*Me alejo como el aire, agito mis blancos rizos hacia el sol fugitivo,
viendo mi carne en remolinos y la disperso en jirones de espuma.*

*Que el lodo sea mi heredero, quiero crecer del pasto que amo;
si quieres encontrarte conmigo, búscame bajo la suela de tus zapatos.
Apenas comprenderás quién soy yo o qué quiero decir,
pero he de darte buena salud, y a tu sangre, fuerza y pureza.*

*Si no me encuentras al principio no te descorazonas,
si no estoy en un lugar me hallarás en otro,*

en alguna parte te espero.

—*Canto a mí mismo* —murmura la agente López cuando la chica termina de leer—. Interesante elección.

Hay música, unas cuantas lecturas más, y, por fin, se termina. El sacerdote nos dice que el entierro será privado, solo para la familia. Me parece perfecto. En mi vida he tenido tantas ganas de largarme de un sitio, y estoy más que dispuesto a hacerlo antes de que el cortejo fúnebre venga por el pasillo, pero la agente López vuelve a agarrarme del brazo.

Unos cuantos alumnos de último curso sacan a hombros el féretro de Simon por la puerta de la iglesia. Un par de docenas de personas vestidas de negro los siguen. La fila la cierran un hombre y una mujer que se dan la mano. La mujer tiene la cara delgada y angulosa, como Simon. Está mirando al suelo, pero cuando pasa junto a nuestro banco alza la vista, clava sus ojos en los míos, y reprime un gemido de rabia.

La gente se amontona en las naves de la iglesia, y alguien se hace hueco en nuestro banco, junto a mí y la agente López. Es uno de los agentes de paisano, un tipo mayor con el pelo cortado a cepillo. Enseguida me doy cuenta de que no es un aficionado, como el agente Budapest. Me sonrío como si nos conociéramos.

—¿Nate Macauley? —me pregunta—. ¿Tienes un minuto, hijo?

CAPÍTULO SIETE

Addy

Domingo, 30 de septiembre, 14:05

Al salir de la iglesia, hago visera con la mano para protegerme los ojos del sol y busco entre la multitud hasta que encuentro a Jake. Él y los demás porteadores acaban de colocar el féretro de Simon sobre una especie de camilla de metal, y se hacen a un lado mientras los empleados de la funeraria lo introducen en el coche fúnebre. Yo miro al suelo, porque no quiero ver cómo meten el cuerpo de Simon dentro de un coche como si fuera una maleta demasiado grande. Alguien me da un golpecito en el hombro.

—¿Addy Prentiss? —Una mujer de mediana edad, vestida con un traje azul de corte cuadrado, me dedica una sonrisa educada, profesional—. Soy la detective Laura Wheeler, de la policía de Bayview. Me gustaría continuar la conversación que tuviste la semana pasada con el agente Budapest sobre la muerte de Simon Kelleher. ¿Podrías acompañarme a la comisaría unos minutos?

Me la quedo mirando y me humedezco los labios. Quiero preguntarle para qué quiere que la acompañe, pero parece tan tranquila y segura de sí misma (como si abordarme después de un funeral fuera lo más normal del mundo) que cuestionarla me parece de mala educación. Entonces Jake aparece a mi lado, guapísimo con su traje, y la detective Wheeler le dedica una sonrisa amable, curiosa. Yo miro primero a uno, luego a la otra y balbuceo:

—No-no... Quiero decir, ¿no podemos hablarlo aquí?

La detective Wheeler frunce el ceño.

—Demasiada gente, ¿no te parece? Además, la comisaría está a la vuelta de la esquina. —Le dedica a Jake una media sonrisa—. Detective Laura Wheeler, de la policía de Bayview. Quería que Addy viniera un rato conmigo y aclarar algunas cuestiones sobre la muerte de Simon Kelleher.

—Claro —responde él, como zanjando el tema—. Mándame un mensaje luego si necesitas que te lleve a casa, Ads. Luis y yo vamos al centro a dar una vuelta. Estamos muertos de hambre y queremos hablar sobre la estrategia de ataque para el partido del sábado que viene. Seguramente iremos al Glenn's Diner.

Supongo que ya está todo dicho. Aunque no quiero hacerlo, sigo a la detective Wheeler por el sendero de grava que discurre por detrás de la iglesia hasta la acera. Creo que es a esto a lo que Ashton se refiere cuando dice que no pienso por mí misma. La comisaría está a tres manzanas de distancia; andamos en silencio y pasamos por delante de una tienda de ordenadores, la oficina de correos y una heladería frente a la que una niña se derrite pensando si ponerle a su helado fideos de chocolate o de colores. No dejo de pensar que debería decirle a la detective Wheeler que mi madre se preocupará si no voy directamente a casa, pero no sé si soy capaz de decirlo sin echarme a reír.

Pasamos por el detector de metales que hay en la puerta de la comisaría y la detective Wheeler me lleva a la parte trasera, a una sala pequeña en la que hace muchísimo calor. Nunca había estado en la comisaría, y me la imaginaba más..., no sé. Pensaba que tendría un aspecto más oficial, pero esta sala me recuerda a la sala de reuniones de la directora Gupta, solo que aquí hay peor luz. Sobre nosotras, la luz de un tubo fluorescente tintinea, acentúa las arrugas que surcan el rostro de la detective Wheeler y hace que su piel se tiña de un tono amarillo nada favorecedor. Me pregunto qué aspecto tendrá la mía.

La detective me ofrece algo de beber y, cuando rechazo, desaparece de la sala durante unos minutos y vuelve con una cartera al hombro y seguida de una mujer bajita de cabello oscuro. Las dos se sientan frente a mí en la mesa cuadrada de metal, y la detective Wheeler deja la cartera en el suelo.

—Addy, esta es Lorna Shaloub, la funcionaria que actúa como enlace con el distrito escolar de Bayview. Está presente como adulto que vela por tu bienestar. Antes de nada, quiero dejar claro que esto no es un interrogatorio formal. No estás obligada a contestar a mis preguntas y puedes marcharte cuando quieras. ¿Lo entiendes?

La verdad es que no. Me he perdido con lo de «adulto que vela por mi bienestar». Sin embargo, aunque desearía haberme ido directamente a casa después del funeral, o que Jake me hubiera acompañado, contesto:

—Por supuesto.

—Bien. Espero que decidas quedarte. Mi instinto me dice que, de todos los chicos implicados, tú eres probablemente la que más posibilidades tiene de haberse visto involucrada sin mala intención.

—¿Sin mala qué? —pregunto, parpadeando de asombro.

—Sin mala intención. Me gustaría enseñarte algo.

Rebusca en la cartera que tiene a su lado y saca un portátil. La señorita Shaloub y yo esperamos mientras lo abre y pulsa un par de teclas. Yo me muerdo los carrillos mientras me pregunto si lo que va a enseñarme son los posts de Tumblr. Puede que la policía piense que los escribimos alguno de nosotros, en plan broma macabra. Si me preguntan quién lo ha hecho, creo que diré que Bronwyn. Todo eso parece escrito por alguien que se cree diez veces más inteligente que el resto de los mortales.

La detective Wheeler le da la vuelta al portátil para que pueda ver la pantalla. No estoy segura de qué es lo que estoy viendo, parece una especie de blog con el logotipo de Malas Lenguas centrado en la cabecera. Miro a la detective, sin entender, y ella dice:

—Este es el panel de administración desde el cual Simon gestionaba el contenido de Malas Lenguas. El texto que figura debajo de la fecha del último lunes corresponde a sus últimas actualizaciones.

Me inclino hacia delante y empiezo a leer.

Es la primera vez que BR aparece en esta aplicación. Una buena chica, que ostenta el expediente académico más impecable de todo el instituto. Lo único es que el sobresaliente en Química no lo sacó con el tradicional método de hincar los codos, a no ser que así es como se llame ahora a robar exámenes del Google Drive del profesor C. Que alguien vaya avisando a Yale...

En el extremo diametralmente opuesto, NM, nuestro delincuente favorito, está otra vez haciendo lo que mejor se le da: asegurarse de que el instituto entero se coloca todo lo que le da la gana. Estoy bastante seguro de que eso es violar la condicional, N.

MLB más CC es igual a un montón de billetes verdes en junio, ¿verdad? Parece que nada puede impedir que el sureño favorito de Bayview entre por la puerta grande en las principales ligas de béisbol pero... ¿no tienen unas leyes antidopaje bastante durillas? Porque el rendimiento de CC, sin duda, parece haber mejorado mucho durante la temporada de selección...

AP y JR son la pareja perfecta. La princesa del baile de apertura de curso y la estrella del fútbol han estado enamorados durante tres años enteros. Enteros, salvo por cierto desliz amoroso que A tuvo en verano con TF en su casa de la playa. Y lo peor de todo es que estos tíos son colegas. ¿Creéis que los dos compararán luego sus apuntes?

Se me corta la respiración. Ha salido a la luz, cualquiera puede verlo. ¿Cómo? Simon está muerto, no puede haber publicado esto. ¿Alguien ha decidido tomar el testigo? ¿La misma persona que sube las actualizaciones a Tumblr? En realidad, da igual el cómo, el por qué, el cuándo..., lo único que importa es que ha pasado. Jake lo verá, si es que no lo ha visto ya. Todo lo que he leído antes de llegar a mis iniciales, que ha ido sorprendiéndome a medida que me daba cuenta de a quién se refería y lo que eso implicaba, desaparece de mi mente. No existe nada excepto el estúpido y horrible error que cometí, publicado en blanco y negro en esa pantalla para que todo el mundo lo lea.

Jake lo sabrá. Y nunca me lo perdonará.

Estoy prácticamente doblada por la mitad, con la cabeza apoyada sobre la mesa, y al principio no entiendo lo que la detective Wheeler dice. Poco a poco, algunas palabras empiezan a cobrar sentido.

—... entiendo que te sientas atrapada... impedir que esto se publique.... Si nos cuentas qué pasó, podemos ayudarte, Addy...

Solamente retengo una frase.

—¿No está publicado?

—Todo esto estaba en la cola de actualizaciones el día que Simon murió, pero no tuvo tiempo de hacerlo —replica la detective Wheeler en tono calmado.

Salvación. Jake no lo ha visto. No lo ha visto nadie. Nadie más que... esta agente de policía, y tal vez alguno más. Las cosas que me preocupan a mí y las que le preocupan a ella son muy distintas.

La detective Wheeler se inclina hacia delante, con los labios estirados en una sonrisa que no se refleja en sus ojos.

—Seguramente ya los hayas reconocido por las iniciales, pero los otros rumores hablan sobre Bronwyn Rojas, Nate Macauley y Cooper Clay. Vosotros sois las cuatro personas presentes en el aula con Simon cuando murió.

—Es una... coincidencia un poco rara —consigo articular.

—Sí, ¿verdad? —concuerta la detective Wheeler—. Addy, ya sabes cómo murió Simon. Hemos inspeccionado exhaustivamente el aula del profesor Avery, y no se nos ocurre cómo es posible que en la taza de Simon hubiera aceite de cacahuete... a no ser que alguien lo vertiera en ella después de que él la llenara con agua del grifo. En el aula solo había seis personas, y una de

ellas está muerta. Vuestro profesor estuvo ausente durante un buen rato. Todas y cada una de las cuatro personas que estabais con Simon teníais buenas razones para querer que no abriera la boca. —El tono de su voz no se eleva, pero a mí me inunda los oídos como si fuera el zumbido de un enjambre—. ¿Entiendes adónde quiero llegar? Tal vez lo hayáis planeado en grupo, pero eso no implica que todos tengáis el mismo nivel de responsabilidad. Hay mucha diferencia entre tener una idea y llevarla a cabo.

Miro a la señorita Shaloub. He de admitir que parece interesada en todo este asunto, pero no da la impresión de que esté de mi parte.

—No entiendo a qué se refiere.

—Mentiste sobre tu visita a la enfermería, Addy. ¿Alguien te coaccionó para que lo hicieras? ¿Para que robaras los bolígrafos de epinefrina y que así nadie pudiera ayudar a Simon?

El corazón se me acelera mientras me cojo un mechón de pelo del hombro y me lo enrosco alrededor de los dedos.

—No mentí. Se me olvidó.

Dios, ¿y si me somete a un detector de mentiras? Nunca lo pasaría.

—Hoy en día, la gente de tu edad está sometida a mucha presión —dice la detective Wheeler. Su tono parece casi amigable, pero sus ojos son más impasibles que nunca—. Solo con las redes sociales... Es como si nunca pudieras cometer un error, ¿verdad? Te siguen a todas partes. Los tribunales suelen ser benévolos con los jóvenes impresionables que actúan sin pensar cuando se encuentran bajo mucha presión, sobre todo si esos jóvenes ayudan a descubrir la verdad. La familia de Simon se merece la verdad, ¿no te parece?

Yo hundo los hombros y me tiro del mechón de pelo. No sé qué hacer. Jake sabría qué hacer, pero Jake no está aquí. Me quedo mirando cómo la señorita Shaloub se coloca la corta melena detrás de las orejas y, de repente, la voz de Ashton retumba en mi cabeza. *No estás obligada a contestar ninguna pregunta.*

Es verdad. La detective Wheeler lo ha mencionado al principio. Esas palabras expulsan todo lo demás fuera de mi cerebro con una claridad y un alivio sorprendentes.

—Voy a irme ahora.

Lo digo con determinación, aunque no estoy cien por cien segura de que se me permita hacer eso. Me levanto, preparada para que la detective intente

impedírmelo, pero no lo hace. Simplemente, entorna los ojos y me dice:

—Por supuesto. Como te he dicho antes, esto no es un interrogatorio formal. Pero, por favor, comprende que la ayuda que puedo ofrecerte ahora no será la misma que si abandonas esta sala.

—No necesito su ayuda —le digo.

Salgo primero por la puerta, y luego de la comisaría. Nadie me lo impide. Pero, una vez fuera, no sé dónde ir ni qué hacer.

Me siento en un banco y, con las manos temblando, saco el móvil. No puedo llamar a Jake para esto. Pero ¿a quién, si no? Tengo la mente en blanco, es como si la detective Wheeler hubiera cogido un borrador y me la hubiera dejado completamente vacía. Todo mi mundo gira en torno a Jake y, ahora que acaba de hacerse añicos, me doy cuenta demasiado tarde de que debería haber cultivado relaciones con más gente, gente a la que pudiera importarle que una agente de policía con peinado de madre y un traje elegante acabe de acusarme de asesinato. Y, cuando digo «importar», no me refiero a una reacción del tipo: «Ay, Dios, ¿te has enterado de lo que le ha pasado a Addy?».

Estoy segura de que a mi madre le importaría, pero ahora mismo no me siento con fuerzas de soportar ni su desprecio ni sus juicios de valor.

Deslizo el dedo sobre el móvil, sobre los contactos que empiezan por A y pulso sobre un nombre. Es mi única opción. Cuando me coge el teléfono, doy en silencio gracias al cielo.

—¿Ash? —De alguna forma consigo no echarme a llorar cuando escucho la voz de mi hermana—. Necesito ayuda.

Cooper

Domingo, 30 de septiembre, 14:30

Cuando el detective Chang me enseña las actualizaciones que hay pendientes de publicación en la página de Malas Lenguas, leo las entradas de todos los demás antes que la mía. Lo de Bronwyn me sorprende; lo de Nate, no; no tengo ni idea de quién es ese tal TF con el que se supone que se ha enrollado Addy y, en lo que a mí respecta, estoy casi seguro de lo que me espera. Se me acelera el corazón cuando veo mis iniciales: «Porque el rendimiento de CC, sin duda, parece haber mejorado mucho durante la temporada de

selección...».

Ah. Mi pulso vuelve a la normalidad cuando me recuesto en la silla. No es lo que me esperaba.

Supongo que no debería sorprenderme. He mejorado demasiado, demasiado deprisa. Hasta el ojeador de los Padres lo mencionó.

El detective Chang se pasa un rato dándole vueltas al tema, lanzándome indirectas hasta que por fin comprendo que cree que los cuatro alumnos que estuvimos en el aula lo planeamos todo juntos para impedir que Simon publicara su actualización. Intento imaginármelo: Nate, las dos chicas y yo planeando un asesinato con aceite de cacahuete durante el castigo del profesor Avery. Es tan ridículo que ni siquiera daría para hacer una buena película.

Me doy cuenta de que no he dicho nada durante demasiado tiempo.

—Nate y yo nunca habíamos cruzado palabra antes de esta semana —digo, por fin—. Y ni de coña he hablado de esto con las chicas.

El detective Chang se inclina hasta llegar casi a la mitad de la mesa.

—Eres un buen chico, Cooper. Hasta ahora, tu expediente está intacto y tienes por delante un futuro brillante. Cometiste un error y te pillaron. Da miedo, lo entiendo. Pero aún no es demasiado tarde para hacer lo correcto.

No estoy seguro de a qué error se refiere: si a mi presunto dopaje, a mi presunto asesinato o a algo de lo que todavía no hemos hablado. Pero, hasta donde yo sé, nadie me ha pillado haciendo nada. Lo único que han hecho ha sido acusarme. Probablemente a Addy y a Bronwyn estén echándoles el mismo sermón en alguna otra parte. Supongo que el de Nate será un poco distinto.

—Nunca he hecho trampas —le digo al detective Chang—. Y tampoco le hice daño a Simon. —Estoy empezando a ponerme nervioso. Lo sé porque me está cambiando el acento.

Lo intenta con una táctica diferente.

—¿A quién se le ocurrió lo de meter los móviles en las mochilas para hacer que os castigaran a todos a la vez?

Me inclino hacia delante, con las palmas de las manos apoyadas sobre la lana negra de mis pantalones de vestir. No me los pongo casi nunca, y ahora mismo me pican y me dan muchísimo calor. El corazón me retumba otra vez contra las costillas.

—Escuche, no sé quién lo hizo, pero... ¿no se supone que deberían estar

investigándolo? ¿No había huellas dactilares en los teléfonos? Porque a mí me da la impresión de que alguien está intentando incriminarnos.

El otro tipo presente en la sala, una especie de representante del distrito escolar de Bayview, que no ha dicho una palabra en todo el rato, asiente como si yo acabara de decir algo muy sensato. La expresión del detective Chang no cambia lo más mínimo.

—Cooper, examinamos los teléfonos en cuanto empezamos a sospechar que había algo oculto. No hay pruebas forenses que involucren a ninguna otra persona. Nuestra investigación se centra en vosotros cuatro, y así es como espero que siga siendo.

Y eso me lleva a decir, por fin:

—Quiero llamar a mis padres.

Lo de que «quiero» hacerlo no es técnicamente cierto, pero todo esto me sobrepasa. El detective Chang deja escapar un suspiro, como si le hubiera decepcionado, pero dice:

—De acuerdo. ¿Llevas el móvil encima? —Cuando asiento, me dice—: Puedes llamar desde aquí mismo.

Permanece en la sala mientras yo llamo a mi padre, que coge el teléfono mucho más rápido que yo cuando el detective me llamó.

—Ponme con ese detective con el que estás hablando —escupe—. Ahora mismo. Y Cooperstown, espera... ¡Cooper! Aguanta. No le digas ni una maldita palabra más a nadie.

Le tiendo mi móvil al detective Chang, y él se lo lleva al oído. No escucho todo lo que le dice mi padre, pero se lo grita con la suficiente intensidad como para que me haga una idea general. El detective Chang intenta encajar unas cuantas palabras en la conversación (además de la típica frase de que en el estado de California es completamente legal interrogar a menores sin que sus padres se encuentren presentes), pero, básicamente, se limita a dejar que mi padre vocifere. En un momento dado, dice:

—No, puede marcharse.

A mí me empiezan a pitar los oídos. No se me había ocurrido que pudiera irme.

El detective Chang me devuelve el teléfono y la voz de mi padre chisporrotea en mi oído.

—Cooper, ¿estás ahí? Ven a casa echando leches. No estás acusado de nada, y no vas a contestar ni una sola pregunta más sin que estemos presentes

yo y un abogado.

Un abogado. ¿De verdad necesito uno? Cuelgo y miro al detective Chang:

—Mi padre ha dicho que me vaya.

—Tienes derecho a hacerlo —responde el detective Chang. Ojalá lo hubiera sabido desde el principio. Igual me lo ha dicho. La verdad es que no me acuerdo—. Pero, Cooper, todos tus amigos están siendo interrogados ahora mismo en esta comisaría. Alguno va a querer cooperar con nosotros, y esa persona recibirá un tratamiento muy distinto al de los demás. Creo que esa persona deberías ser tú. Me gustaría ofrecerte esa oportunidad.

Me gustaría decirle que se equivoca de pleno, pero mi padre me ha dicho que no diga nada más. Aunque soy incapaz de irme sin decir nada. Así que termino estrechándole la mano al detective Chang y diciendo:

—Gracias por su tiempo, señor.

Acabo de sonar como el lameculos del siglo. Las secuelas de años de condicionamiento aprendido.

CAPÍTULO OCHO

Bronwyn

Domingo, 30 de septiembre, 15:07

Me siento infinitamente agradecida de que mis padres estuvieran conmigo en la iglesia cuando la detective Mendoza me llevó a un lado y me pidió que la acompañara a la comisaría. Pensaba que sería para hacerme unas cuantas preguntas y completar el interrogatorio del agente Budapest. No estaba preparada para lo que pasó después, y no habría sabido qué hacer. Mis padres reaccionaron enseguida y se negaron a dejar que yo contestara sus preguntas. Consiguieron sacarle un montón de información al detective sin darle nada a cambio. Parecían auténticos expertos.

Sin embargo, ahora saben lo que he hecho.

Bueno, aún no. Saben lo que dicen los rumores. Y ahora, mientras vamos en el coche de camino a casa, se dedican a despotricar sobre lo injusto que es todo. Bueno, la que despotrica es mi madre, en realidad. Toda la atención de mi padre está centrada en la carretera, pero incluso su manera de poner los intermitentes tiene un deje inusualmente agresivo.

—A ver —dice mi madre, con un tono impaciente con el que deja claro que esto no ha hecho más que empezar—. Lo que le ha pasado a Simon ha sido horrible. Entiendo que sus padres quieran tener respuestas. Pero coger un post lleno de rumores de instituto y convertirlo en la base de una acusación como esa es absurdo. No sé cómo a alguien se le puede pasar por la cabeza que Bronwyn mataría a un chico porque estaba a punto de publicar una mentira sobre ella.

—No es mentira —digo, en voz demasiado baja como para que me escuche.

—La policía no tiene nada. —Mi padre lo dice como si evaluara una empresa que está considerando comprar y se hubiera dado cuenta de que

tiene alguna deficiencia—. Pruebas circunstanciales sin ninguna solidez. Ninguna evidencia forense, desde luego. De lo contrario, no habrían reaccionado así: ha sido una maniobra totalmente desesperada. —El coche que nos precede se detiene bruscamente en un semáforo en ámbar. Cuando también frena, oigo que mi padre maldice en voz baja en español—. Bronwyn, no quiero que te preocupes por esto. Contrataremos al mejor abogado, pero no es más que una formalidad. Puede que demande al departamento de policía cuando todo termine. Especialmente si algo se hace público y afecta a tu reputación.

Noto la garganta como si estuviera empujando las palabras a través del barro.

—Lo hice. —Apenas se me oye. Me apoyo la palma de la mano contra la mejilla ardiente y obligo a que mi voz brote con más fuerza—. Copié. Lo siento.

Mi madre se inclina en el asiento.

—No te escucho, cielo. ¿Qué has dicho?

—Copié en el examen.

Las palabras se tropiezan fuera de la boca: les cuento que usé un ordenador en el laboratorio justo después de que lo hiciera el profesor Camino y me di cuenta de que no había salido de su sesión de Google Drive. Allí había un fichero con las preguntas de los exámenes de Química de todo el resto del curso. Me lo descargué en una memoria USB sin pensarlo siquiera. Y lo usé para sacar las mejores notas durante el resto del año.

No tengo ni idea de cómo se enteró Simon. Pero, como de costumbre, estaba en lo cierto.

Los cinco minutos siguientes son un infierno. Mi madre se gira por completo y me fulmina con una mirada cargada de decepción. Mi padre no puede hacer lo mismo, pero no deja de escudriñar por el espejo retrovisor como si deseara ver algo distinto. Me doy cuenta de lo heridos que parecen los dos. *No eres quien creíamos que eras.*

Mis padres son dos grandes amantes de conseguir las cosas por méritos propios. Mi padre ya era uno de los directores financieros más jóvenes de California antes incluso de que nosotras nacióéramos, y la clínica dermatológica de mi madre va tan bien que lleva años sin poder atender a pacientes nuevos. Llevan machacándonos con el mismo mensaje desde que estábamos en la guardería: «Trabaja duro, esfuérsate al máximo, y todo lo

demás vendrá solo». Y yo siempre lo he hecho, hasta que tuve Química.

Supongo que no supe cómo enfrentarme a eso.

—Bronwyn. —Mi madre sigue mirándome, y su voz es grave y tensa—. Ay, Dios. Nunca hubiera pensado que serías capaz de algo así. Esto es terrible por muchas razones, pero la peor de todas es que te da un móvil.

—¡Yo no le hice nada a Simon! —se me escapa.

La dura expresión de su boca se aligera un poco mientras me responde con una sacudida de cabeza:

—Me has decepcionado, Bronwyn, pero no pretendía llegar tan lejos. Lo digo porque es la verdad. Si no puedes negar que Simon mintiera, esto puede complicarse mucho. —Se frota los ojos con una mano—. ¿Cómo se enteró de que habías copiado? ¿Tiene alguna prueba?

—No lo sé. Simon no solía... —callo durante un momento, pensando en todas las actualizaciones de Malas Lenguas que he leído a lo largo de los años—. Simon nunca demostraba nada. La gente simplemente... le creía porque nunca se equivocaba. Al final, todo se terminaba sabiendo.

Y yo pensaba que me había librado porque me había descargado los archivos del profesor Camino en marzo. Lo que no entiendo es por qué, sabiendo eso, Simon no lo hizo público inmediatamente.

Era perfectamente consciente de que lo que hice estaba mal (incluso llegué a pensar que quizá era algo ilegal), aunque técnicamente yo no violé la contraseña de la cuenta del profesor Camino porque ya estaba abierta. Pero la verdad es que todo eso me parecía casi irreal. Maeve usa constantemente sus habilidades de cerebritito informático para piratear cosas por diversión: si hubiera querido, probablemente podría haberle pedido que se descargara los archivos del profesor Camino. O que, incluso, me cambiara la nota. Sin embargo, no fue algo premeditado. Aquel archivo estaba delante de mis narices en ese momento, y lo cogí.

Y, durante los meses que siguieron, elegí conscientemente usar su contenido, autoconvenciéndome de que no pasaba nada, de que una asignatura un poco difícil no tenía por qué arruinarme el futuro entero. Algo que resulta ser tremendamente irónico, si tenemos en cuenta lo que acaba de pasar en la comisaría.

Me pregunto si todo lo que Simon escribió sobre Cooper y Addy también es verdad. El detective Mendoza nos ha enseñado todas las entradas, y ha intentado dar a entender que alguno de los otros podía estar confesando en

aquel momento y llegando a un acuerdo con la policía. Yo siempre había creído que el talento de Cooper era natural y que Addy estaba demasiado obsesionada con Jake para mirar siquiera a otro tío, pero seguramente ellos tampoco me habrían imaginado nunca a mí copiando.

Lo de Nate no me sorprende. Nunca ha fingido ser alguien distinto a quien realmente es.

Mi padre entra en el aparcamiento de casa y apaga el motor del coche, saca las llaves del contacto y se gira para mirarme.

—¿Hay alguna otra cosa que no nos hayas contado?

Regreso mentalmente a la claustrofóbica salita de la comisaría, donde mis padres me flanquean mientras el detective Mendoza me lanza preguntas como si fueran granadas. «¿Competías con Simon? ¿Has estado alguna vez en su casa? ¿Sabías que estaba escribiendo una entrada sobre ti?».

«¿Además de esto, tenías algún motivo para que Simon no te cayera bien, o para estar resentida con él?».

Mis padres dijeron que no tenía que responder a ninguna de sus preguntas, pero esa sí que la contesté.

—No —dije entonces.

—No —digo ahora, mirando a mi padre a los ojos.

Si se da cuenta de que estoy mintiendo, no lo demuestra.

Nate

Domingo, 30 de septiembre, 17:15

Creo que me quedaría muy corto si dijera que el viaje a casa en el coche de la agente López fue tenso.

Eso ocurrió horas después de que terminara el funeral de Simon. El agente Pelorrapado me cogió por banda y me llevó a la comisaría para preguntarme, de media docena de maneras diferentes, si lo había matado yo. La agente López preguntó si podía estar presente durante el interrogatorio. A Pelorrapado le pareció bien, y a mí también, pero la situación se puso un poquito incómoda cuando salió el tema de que Simon pretendía acusarme de traficar con drogas.

Vale, eso es verdad, pero no puede demostrarlo. Hasta yo lo sé. Mantuve la calma cuando me dijo que las circunstancias que rodeaban la muerte de

Simon daban a la policía motivos más que suficientes para registrar mi casa en busca de drogas, y que ya tenían una orden. Me había deshecho de todo por la mañana, así que tenía la total certeza de que no iban a encontrar absolutamente nada.

Menos mal que mis reuniones con la agente López son los domingos. Si no, seguramente ya estaría en chirona. Se lo debo, aunque ella no lo sepa. Y también le debo que se haya puesto de mi parte durante el interrogatorio, algo que no me esperaba. Le he mentado a la cara en todas las reuniones que hemos tenido, y estoy bastante seguro de que ella lo sabe. Pero cuando el agente Pelorrapado empezó a calentarse, ella le frenó. Tengo la sensación de que lo único que tienen son pruebas circunstanciales sin ningún fundamento, y que lo único que esperaban era poder presionar a alguien hasta que confesara.

Yo he contestado un par de preguntas. Las que sabía que no me iban a causar problemas. A todo lo demás, he respondido con diferentes versiones de «No lo sé» o «No me acuerdo». Algunas veces, hasta era verdad.

La agente López no abre la boca desde la comisaría hasta la puerta de mi casa. Ahora me mira con una cara que deja claro que ni siquiera ella es capaz de verle el lado positivo a lo que acaba de pasar.

—Nate, no voy a preguntar si lo que he presenciado en la comisaría es verdad. Esa conversación tendrás que tenerla con tu abogado, llegado el caso. Pero quiero que entiendas algo. Si, de ahora en adelante, traficas con drogas de alguna manera o forma, no podré ayudarte. Ni yo, ni nadie. No lo digo en broma. Te enfrentas a un posible delito de asesinato. Sois cuatro los involucrados en esta investigación, y todos, menos tú, cuentan con el respaldo de unos padres que se interesan por ellos y con situaciones económicas bastante desahogadas, eso si directamente no son personas ricas e influyentes. Eres el único que llama la atención, el chivo expiatorio más evidente. ¿Me explico?

Dios. No podía ir más de frente.

—Sí —lo pillo. He estado todo el camino pensando exactamente en lo mismo.

—Vale. Te veo el domingo que viene. Llámame si me necesitas antes.

Salgo del coche de un salto sin ni siquiera darle las gracias. Es una actitud de mierda, pero es que no me sale ser agradecido. Entro en nuestra cocina, que no puede tener el techo más bajo, y el olor me llega inmediatamente: la

peste a vómito rancio se me mete por la nariz y la garganta, y me provoca arcadas. Busco el origen del olor, y supongo que hoy es mi día de suerte, porque mi padre ha conseguido llegar al fregadero, solo que luego no se ha molestado en abrir el grifo para aclararlo. Me tapo la nariz con una mano y, con la otra, intento limpiarlo con el agua del grifo, pero ya no hay nada que hacer. Esta mierda se ha solidificado, y no va a ir a ningún sitio a menos que empiece a frotar.

Debemos de tener un estropajo en algún sitio. Seguramente está en el armario que hay debajo del fregadero. Pero, en lugar de mirar dentro, le doy una patada. Y es de lo más liberador, así que le doy otras cinco, o diez más, cada vez más fuerte hasta que la madera se astilla y se rompe. Estoy jadeando, aspirando bocanadas de un aire que apesta a vómito, y estoy tan harto de todo que podría matar a alguien.

Hay gente que es demasiado tóxica para merecer seguir viviendo. Lo es, y punto.

Desde el salón me llega un familiar sonido de arañazos: es Stan, que está clavando las uñas en el cristal del terrario y buscando comida. Vierto media botella de lavavajillas en el fregadero y echo otro chorro de agua. Ya me ocuparé del resto después.

Saco de la nevera un recipiente con grillos vivos, los echo a la jaula de Stan y observo cómo dan saltos por el interior sin tener ni idea de lo que les espera. Mi respiración se tranquiliza y la cabeza se me despeja un poco, pero eso no es necesariamente bueno. Si no pienso en una de las tormentas de mierda que se me viene encima, no tengo más remedio que pensar en la otra.

Asesinato en grupo. Es una teoría interesante. Supongo que debería estar agradecido de que la poli no haya querido echarme el muerto a mí solito. Podrían haberle pedido a los otros tres que me acusaran para librarse de la trena. No me cabe duda de que Cooper y la rubita habrían estado encantados de seguirles el juego.

Aunque probablemente Bronwyn no.

Cierro los ojos y apoyo las manos sobre la tapa del terrario de Stan mientras pienso en la casa de Bronwyn. En lo limpia y reluciente que estaba y en cómo su hermana y ella hablaban como si lo más interesante que decían fuera, precisamente, lo que no decían. Tiene que ser agradable, que volver a casa sea volver a un sitio así, después de que te acusen de asesinato.

Cuando salgo de la mía y me monto en la moto, me doy cuenta de que no

sé adónde voy, así que conduzco sin rumbo durante casi una hora. Cuando, al final, termino en la entrada de la casa de Bronwyn, es la hora a la que la gente decente suele cenar, y no espero que nadie salga a recibirme.

Me equivoco. Sí que sale alguien. Es un hombre alto con una chaqueta de lana y una camisa a cuadros, con el pelo oscuro muy corto y gafas. Parece un tío acostumbrado a mandar. Se acerca a mí con actitud tranquila y medida.

—Nate, ¿verdad? —Tiene los brazos en jarras. En una de sus muñecas, un enorme reloj emite destellos brillantes—. Soy Javier Rojas, el padre de Bronwyn. Lo siento mucho, pero no puedes estar aquí.

No parece enfadado, lo dice como si fuera evidente. Pero suena como si fuera lo más serio que ha pronunciado en su vida.

Me quito el casco para poder mirarle a los ojos.

—¿Está Bronwyn en casa?

Es la pregunta con menos sentido del mundo. Pues claro que está en casa, y claro que no va a dejarme verla. Ni siquiera sé por qué quiero hacerlo, solo sé que no puedo. Ni tampoco sé por qué quiero preguntarle: «De todo esto, ¿qué es verdad? ¿Qué hiciste? ¿Qué no hiciste?».

—No puedes estar aquí —repite Javier Rojas—. Estoy seguro de que no quieres que la policía se involucre más de lo que ya lo ha hecho.

La verdad es que finge bastante bien que un tío como yo no sería su peor pesadilla aunque no estuviera implicado en la investigación de un asesinato en el que también lo está su hija.

Supongo que de eso se trata. Las cosas están claras. Yo soy el único que llama la atención, el chivo expiatorio más evidente. No hay mucho más que decir, así que doy media vuelta en la entrada de su casa y pongo rumbo a la mía.

CAPÍTULO NUEVE

Addy

Domingo, 30 de septiembre, 17:30

Ashton me abre la puerta de su apartamento, en el centro de San Diego. Solo tienen un dormitorio, porque Charlie y ella no pueden permitirse nada más grande. Básicamente porque aún deben un año de la Facultad de Derecho, el negocio de diseño gráfico de mi hermana todavía no ha arrancado y porque Charlie ha decidido ponerse a rodar documentales en lugar de ser abogado.

Pero no he venido a hablar de eso.

Ashton prepara café en la cocina, que es pequeña pero muy cuca: armarios blancos, encimeras de reluciente granito negro, electrodomésticos de acero inoxidable e iluminación con un cierto aire retro.

—¿Dónde está Charlie? —le pregunto mientras echa leche y azúcar al café. Blanco y dulce, como a mí me gusta.

—Escalando —me dice Ashton mientras me tiende la taza y aprieta los labios en una fina línea. Charlie tiene un montón de aficiones que Ashton no comparte, y todas ellas son caras—. Le pediré que te busque un abogado. Igual alguno de sus antiguos profesores conoce a alguien.

Ashton se ha emperrado en llevarme a comer algo después de salir de la comisaría, y se lo he contado todo en el restaurante. Bueno, casi todo. Lo de que el rumor de Simon es verdad, básicamente. Ha intentado llamar a nuestra madre mientras veníamos hacia aquí, pero le ha saltado el buzón de voz y le ha dejado un críptico «Llámame en cuanto escuches esto».

Y mi madre ha pasado del mensaje. O puede que no lo haya escuchado. Tal vez debería concederle el beneficio de la duda.

Sacamos los cafés al balcón y nos sentamos en unas sillas de un rojo intenso, cada una en un extremo de la mesa. Cierro los ojos y le doy un sorbo al líquido caliente y dulce mientras intento relajarme. No funciona, pero sigo

dando sorbitos hasta que me lo termino. Ashton coge el móvil y le deja un mensaje bastante tenso a Charlie. Después, vuelve a intentarlo con mi madre.

—Sigue saltando el buzón de voz —suspira, apurando su taza de café.

—Estamos solas en casa —digo yo y, no sé por qué, se me escapa la risa. Una risa un poco histérica. Igual se me está empezando a ir la olla.

Ashton apoya los codos en la mesa y entrelaza las manos bajo la barbilla.

—Addy, tienes que contarle a Jake lo que pasó.

—Simon no llegó a publicar la actualización —digo en voz baja, pero Ashton sacude la cabeza.

—Acabará por saberse. Puede que se entere del rumor, o puede que la policía hable con él para presionarte. En cualquier caso, es un problema en tu relación, y tienes que resolverlo a toda costa. —Titubea un momento y se coloca el pelo detrás de la oreja—. Addy, ¿crees que, en el fondo, una parte de ti deseaba que Jake lo supiera?

Una oleada de rencor me recorre todo el cuerpo. Ashton no es capaz de dejar de lado su campaña anti-Jake ni siquiera en medio de una crisis.

—¿Y por qué iba a querer que se enterara?

—Siempre tiene que llevar la voz cantante en todo, ¿no? Igual te has cansado de eso. Yo me cansaría.

—Claro, porque tú eres la experta en relaciones —le suelto—. Llevo un mes sin veros a Charlie y a ti juntos.

Ashton frunce los labios.

—Esto no va de mí. Tienes que hablar con Jake cuanto antes. No creo que quieras que se entere de esto por otras personas.

Mi espíritu combativo se esfuma inmediatamente, porque sé que tiene razón. Lo único que voy a conseguir si espero es empeorar las cosas. Y, como mi madre todavía no nos ha devuelto la llamada, lo mejor que puedo hacer es quitarme la tirita de una vez.

—¿Me llevarías a su casa?

Me han llegado un montón de mensajes de Jake preguntándome que cómo han ido las cosas en la comisaría. Probablemente debería centrarme en el aspecto puramente criminal de todo este asunto, pero, como siempre, en lo único en lo que puedo pensar es en Jake. Saco el móvil, abro los mensajes y le escribo: «¿Puedo ir a contártelo en persona?».

Jake responde inmediatamente. La canción de *Only Girl* suena a todo volumen. Resulta muy poco apropiada para la conversación que estamos a

punto de tener.

«Claro».

Enjuago las tazas mientras Ashton saca las llaves del bolso. Ya en el pasillo, Ashton cierra la puerta y tira del picaporte para asegurarse de que no se ha quedado abierta. Camino detrás de ella hacia el ascensor, con los nervios de punta. No debería haberme tomado ese café, aunque fuera fundamentalmente leche.

Ya hemos recorrido la mitad del camino a Bayview cuando Charlie llama. Intento evadirme de la conversación tensa y entrecortada que Ashton mantiene con él, pero en un espacio tan pequeño es imposible.

—No te lo estoy pidiendo por mí —dice en un momento dado—. ¿Podrías ser el maduro de la relación, aunque solo sea por una vez?

Me recuesto en el asiento y saco el móvil para leer los mensajes. Keely ha mandado media docena sobre los disfraces de Halloween y Olivia está agonizando porque no sabe si debería volver con Luis... otra vez. Ashton por fin cuelga y, con alegría forzada, dice:

—Charlie va a llamar a un par de personas para lo del abogado.

—Genial. Dale las gracias de mi parte.

Tengo la sensación de que debería añadir algo más, pero no sé el qué, así que volvemos a quedarnos en silencio. A pesar de lo incómodo que me resulta, preferiría pasar así horas en el coche de mi hermana que cinco minutos en la casa de Jake, que aparece demasiado deprisa en el horizonte.

—No sé cuánto puede durar esto —le digo a Ashton cuando me deja en la entrada—. Y puede que necesite que alguien me lleve a casa después.

Las náuseas se arremolinan en mi estómago. Si no hubiera hecho lo que hice con TJ, Jake insistiría en estar a mi lado en lo que sea que vaya a pasar a partir de ahora. La situación seguiría siendo terrorífica, por supuesto, pero no tendría que enfrentarme a ella sola.

—Estaré en el Starbucks de la calle Clarendon —me dice Ashton mientras salgo del coche—. Llámame cuando hayas terminado.

En ese instante me siento mal por haberle contestado indebidamente y haber metido el dedo en la llaga con lo de Charlie. Si no hubiera venido a buscarme a la comisaría, no sé qué habría hecho. Antes de que me dé tiempo a decir nada, ella sale de la entrada de casa de Jake, así que yo me dirijo con paso lentísimo hacia la puerta.

Cuando llamo al timbre, me abre su madre. Me sonrío con tanta

normalidad que casi pienso que todo va a salir bien. La señora Riordan siempre me ha caído bien. Trabajó como representante de famosos hasta que Jake empezó el instituto, momento en el que decidió bajar un poco el ritmo y centrarse en la familia. Aunque no lo diga, creo que a mi madre le gustaría ser como la señora Riordan: una mujer con una buena carrera que ya no necesita desempeñar y un marido atractivo y triunfador.

Sin embargo, el señor Riordan puede llegar a intimidar un poco. Es uno de esos hombres que no conciben que las cosas se hagan de manera distinta a como ellos las hacen. Cada vez que hago algún comentario sobre eso, Ashton empieza a rezongar en voz baja que de tal palo, tal astilla.

—Hola, Addy. Yo ya me iba, pero Jake está esperándote abajo.

—Gracias —le digo, pasando frente a ella y cruzando el recibidor.

Escucho que la puerta de la casa se cierra a sus espaldas, y el portazo de la del coche mientras bajo las escaleras hasta la habitación de Jake. Los Riordan tienen un sótano que, básicamente, es el dominio de Jake. Es enorme, y tiene una mesa de billar y una pantalla gigante y un montón de sillones y sofás mullidos, así que es el lugar en el que casi siempre quedamos con nuestros amigos. Como siempre, Jake está tumbado en el sofá más grande, con el mando de la Xbox en la mano.

—Hola, cielo. —Pone el juego en pausa y se sienta en cuanto me ve—. ¿Cómo ha ido?

—Nada bien —digo, y empiezo a temblar. A Jake se le pone una cara de preocupación que no me merezco. Se incorpora e intenta abrazarme, pero yo, por primera vez desde que estamos juntos, me resisto. Me siento en un sillón que hay al lado del sofá—. Creo que debería sentarme aquí para contarte esto.

Una profunda arruga surca el ceño de Jake. Vuelve a sentarse, ahora al borde del sofá, con los codos apoyados en las rodillas y sin quitarme ojo de encima.

—Estás empezando a asustarme, Ads.

—Ha sido un día terrorífico —le digo, enroscándome un mechón de pelo alrededor del dedo. Siento la garganta seca como el polvo—. La detective quería hablar conmigo porque piensa que... Piensa que los que estuvimos castigados con Simon aquel día fuimos quienes lo... matamos. Creen que le echamos aceite de cacahuete en el agua a propósito, para que se muriera.

A medida que las palabras salen de mis labios, se me ocurre que quizá no es esto, precisamente, lo que debería estar contándole. Pero es que estoy

acostumbrada a contárselo todo a Jake.

Jake se me queda mirando, parpadea y deja escapar una especie de risilla.

—Dios, Addy, eso no tiene gracia. —Casi nunca me llama por mi nombre completo.

—No estoy de broma. La policía piensa que lo hicimos porque Simon estaba a punto de publicar una actualización en Malas Lenguas, una actualización en la que aparecíamos nosotros cuatro y en la que contaba un montón de cosas horribles que no queríamos que se supieran. —Me siento tentada de contarle antes los otros rumores (*para que veas que no soy tan mala persona*), pero no lo hago—. También había uno sobre mí, un rumor que es cierto y sobre el que tengo que hablarte. Debería haberlo hecho cuando ocurrió, pero tenía tanto miedo... —Miro al suelo, con los ojos clavados en una hebra suelta de la alfombra de pelo azul. Seguro que si tirara de ella, se descosería una zona entera.

—Adelante —dice Jake. Soy incapaz de interpretar su tono de voz.

Dios. ¿Cómo puede ser que el corazón me lata tan deprisa y que no me haya muerto todavía? Ya se me debería haber salido del pecho.

—Cuando terminó el curso pasado y tú estabas de vacaciones en Cozumel con tus padres, me encontré con TJ en la playa. Compramos una botella de ron y terminamos borrachísimos. Y fui a casa de TJ y..., esto..., me enrollé con él. —Las lágrimas se derraman por mis mejillas y me salpican la clavícula.

—¿Cómo os enrollasteis? —me pregunta Jake con voz impasible. Yo titubeo un momento, dudando si hay alguna forma de decirlo que suene menos horrible de lo que es. Pero entonces Jake repite—: ¿Cómo os enrollasteis? —Su tono es tan imperioso que las palabras se me salen solas.

—Nos acostamos. —Estoy llorando tanto que casi no puedo hablar—. Lo siento, Jake. Cometí un error estúpido, un error horrible, y lo siento. Lo siento muchísimo.

Jake se queda callado durante un minuto, y luego dice, con voz gélida:

—Así que lo sientes, ¿eh? Qué bien. Entonces no pasa nada, si estás arrepentida.

—Sí que lo estoy —empiezo a decir.

Antes de poder continuar, Jake se levanta del sillón como propulsado por un resorte y le da un puñetazo a la pared que hay detrás de él. Soy incapaz de contener un grito de susto. La escayola se agrieta y una lluvia de polvo

blanco se derrama sobre la alfombra azul. Jake se sacude el puño y vuelve a golpear la pared, todavía más fuerte.

—Joder, Addy. Te follaste a mi amigo hace meses, llevas mintiéndome desde entonces... ¿Y dices que lo sientes? ¿Pero qué coño te pasa? Te trato como a una reina.

—Lo sé —sollozo, mirando las manchas de sangre que sus nudillos han dejado en la pared.

—Me has dejado seguir quedando con un tío que se está partiendo el culo a mis espaldas mientras tú saltas de su cama a la mía como si nada. Y haciendo como que te importo una mierda. —Jake casi nunca dice palabrotas delante de mí y, si lo hace, suele disculparse después.

—¡Claro que me importas! Jake, te quiero. Siempre te he querido. Te quiero desde la primera vez que te vi.

—¿Y por qué lo has hecho? ¿Por qué?

Llevo meses haciéndome la misma pregunta, y las únicas excusas que se me ocurren no tienen ningún sentido. «Me emborraché, fui una estúpida, me sentía insegura». Supongo que la última es la que más se acerca a la verdad: al final, tantos años de sentir que no era suficiente han acabado por pasarme factura.

—Fue un error. Haría lo que fuera por repararlo. Si pudiera retirarlo, lo haría.

—Pero no puedes, ¿verdad? —me pregunta Jake. Se queda callado otro minuto, jadeando. Yo no me atrevo a decir nada más—. Mírame. —Yo mantengo la cara oculta tras las manos todo lo que puedo—. Mírame, Addy. Joder, al menos me debes eso.

Así que le miro, pero ojalá no lo hubiera hecho. Su cara —su atractiva cara, de la que llevo enamorada desde mucho antes de que fuera así de atractiva— está contraída en una mueca de absoluta furia.

—Lo has mandado todo a la mierda. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. —Mis palabras son un gemido, como el de un animal atrapado en un cepo. Si pudiera arrancarme mi propia pata a mordiscos para escapar de esta situación, lo haría.

—Vete. Vete de mi casa de una puta vez. No soporto verte.

No sé cómo soy capaz de subir las escaleras, y mucho menos de salir por la puerta. Cuando llego a la entrada, revuelvo el contenido del bolso en busca de mi móvil. No pienso quedarme ni de coña en la entrada de la casa de Jake

mientras espero a Ashton. Necesito ir a la calle Clarendon a buscarla. Entonces el coche que hay aparcado enfrente pita ligeramente, y a través de una cortina de lágrimas veo que mi hermana baja la ventanilla.

Cuando me acerco, su boca languidece.

—Me imaginaba que esto podía terminar así. Vamos, entra. Mamá nos está esperando.

SEGUNDA PARTE
EL ESCONDITE

CAPÍTULO DIEZ

Bronwyn

Lunes, 1 de octubre, 07:30

El lunes me preparo para ir al instituto igual que lo hago siempre. Me levanto a las seis y salgo media hora a correr. A las seis y media, avena con frutos rojos y zumo de naranja, ducha diez minutos después. Me seco el pelo, elijo la ropa, me echo crema solar. Le echo un vistazo a las noticias del *New York Times* durante diez minutos. Compruebo si tengo correo electrónico, meto los libros en la mochila, me aseguro de tener la batería del móvil cargada al cien por cien.

La única diferencia es que hoy, a las siete y media, tengo una reunión con una abogada.

Se llama Robin Stafford y, según mi padre, es una brillante y exitosa abogada defensora especializada en casos criminales. Sin embargo, no es demasiado famosa. No es de ese tipo de abogados que la gente asocia inmediatamente con gente rica y culpable que intenta librarse de la justicia comprándola con dinero. Llega puntual como un reloj y me dedica una amplia y cálida sonrisa cuando Maeve la lleva a la cocina.

Sería incapaz de adivinar a simple vista su edad, pero, según la biografía que mi padre me enseñó anoche, tiene cuarenta y un años. Lleva un traje color crema que contrasta con el tono oscuro de su piel, joyas de oro muy discretas y unos zapatos que parecen caros, pero no al nivel de unos Jimmy Choo.

Se sienta en la isla de la cocina, frente a mis padres y yo.

—Un placer, Bronwyn. Hablemos de lo que podrías encontrarte hoy y de cómo deberías lidiar con el instituto.

Claro, en eso se ha convertido ahora mi vida. El instituto es algo con lo que hay que lidiar.

La abogada entrelaza las manos frente a sí.

—No estoy segura de que la policía crea realmente que los cuatro planeasteis esto juntos. Sin embargo, lo que sí creo es que pretendían pillaros por sorpresa y presionaros para hacer que alguno de vosotros les proporcionara información útil o valiosa. Eso da a entender que las pruebas que tienen son puramente circunstanciales, si es que tienen alguna. Si no os acusáis entre vosotros y vuestras versiones coinciden, su investigación no llegará a ninguna parte y estoy convencida de que terminarán por cerrar el caso como una muerte accidental.

La tenaza que lleva toda la mañana oprimiéndome el pecho se afloja un poco.

—¿Incluso aunque Simon estuviera a punto de publicar todos esos horribles rumores sobre nosotros? ¿Incluso con todo lo que está pasando en Tumblr?

Robin se encoge levemente de hombros, con gesto elegante.

—Al fin y al cabo, eso no son más que cotilleos y amenazas virtuales. Sé que vosotros, los adolescentes, os los tomáis muy en serio, pero en el mundo de la justicia no se tienen demasiado en cuenta a no ser que haya pruebas sólidas que los respalden. Lo mejor que podéis hacer es no hablar del asunto. Ni con la policía, eso desde luego, ni tampoco con la gerencia del instituto.

—¿Y si nos preguntan?

—Diles que has pedido asesoramiento legal y que no puedes contestar a sus preguntas sin que tu abogada esté presente.

Intento imaginar la conversación con la directora Gupta. No sé qué sabe el instituto de todo esto, pero me huelo que el hecho de que me acoja a la quinta enmienda activará todas las alarmas.

—¿Te llevas bien con los demás alumnos a los que castigaron aquel día?
—me pregunta Robin.

—La verdad es que no. Cooper y yo tenemos algunas asignaturas juntos, pero...

—Bronwyn —me interrumpe mi madre, ligeramente alarmada—, te llevas lo suficientemente bien con Nate Macauley como para que anoche se presentara en la puerta de nuestra casa. Por tercera vez consecutiva.

Robin se endereza en su silla y yo me sonrojo. Cuando ayer mi padre le pidió a Nate que se fuera, aquel fue el tema de conversación de la noche. Papá estaba convencido de que se había enterado de dónde vivíamos porque

nos acosaba, o algo igual de siniestro, así que tuve que hacer un par de aclaraciones.

—¿Por qué ha estado Nate aquí tres veces, Bronwyn? —me pregunta Robin con aire interesado y cortés.

—Por tonterías. Me trajo a casa en moto después de que Simon muriera. Vino el viernes para pasar un rato conmigo. Y no sé por qué vino anoche, porque nadie me dejó hablar con él.

—Lo de que pasara un rato contigo justo cuando tus padres no están en casa es lo que me preocupa... —empieza a decir mi madre, pero Robin la interrumpe.

—Bronwyn, ¿qué tipo de relación tienes con Nate?

No tengo ni idea. Igual tú puedes ayudarme a averiguarlo. ¿Eso está incluido en el anticipo que te han dado?

—Apenas le conozco. Hasta la semana pasada, hacía años que no hablaba con él. Los dos nos vimos involucrados en esta extraña situación y... Bueno, a veces ayuda estar con gente que ha pasado por lo mismo que tú.

—Te recomiendo que mantengas las distancias con los demás —dice Robin, ignorando la mirada de enfado que mi madre lanza en mi dirección—. Mejor no darle a la policía munición con la que alimentar sus teorías. Si quisieran revisar tu correo y tu teléfono, ¿encontrarían alguna evidencia de que has estado en contacto recientemente con los otros tres alumnos?

—No —respondo, y es verdad.

—Eso es bueno. —Mira brevemente su reloj, un Rolex de oro de cadena fina—. Esto es lo máximo que podemos abordar ahora, si es que quieres llegar puntual al instituto, y deberías. Actúa con normalidad. —Me deslumbra de nuevo con su cálida sonrisa—. Hablaremos con mayor profundidad más adelante.

Me despido de mis padres, incapaz aún de mirarlos a los ojos, y llamo a Maeve mientras cojo las llaves del Volvo. Me paso todo el trayecto preparándome para encontrarme algo horrible cuando lleguemos al instituto, pero todo está extrañamente normal. No hay policías haciendo cola para detenerme. Nadie me mira de forma distinta a como lo hacen desde que se publicó el primer post de Tumblr.

A pesar de ello, solo soy capaz de prestar atención a medias a la conversación que Kate y Yumiko mantienen después de tutoría. Mis ojos están clavados en el pasillo: solo hay una persona con la que me apeetece a

hablar, precisamente la única persona de la que se supone que tengo que mantenerme alejada.

—Nos vemos luego, ¿vale, chicas? —murmuro, e intercepto a Nate justo cuando veo que se escabulle por la escalera trasera.

Si se sorprende de verme, no lo demuestra.

—Bronwyn. ¿Qué tal la familia?

Me apoyo contra la pared que hay a su lado y bajo la voz.

—Quería pedirte perdón por que mi padre te dijera que te fueras anoche. Está un poco nervioso con todo esto.

—Pues no sé por qué. —Nate también baja la voz—. ¿A ti no te han registrado? —Los ojos se me abren de par en par, y él deja escapar una risa lúgubre—. Eso me parecía. A mí, sí. Seguramente no deberías estar hablando conmigo, ¿verdad?

No puedo evitar mirar hacia la escalera vacía. Ya venía paranoica de casa, y Nate no me está ayudando en absoluto. Hace falta que me recuerde constantemente que no hemos estado conspirando juntos para cometer un asesinato.

—¿Por qué viniste?

Sus ojos se clavan en los míos, como si estuviera a punto de hacer una profunda revelación sobre la vida, la muerte y la presunción de inocencia.

—Iba a pedirte perdón por haberte robado al Niño Jesús.

Yo retrocedo un paso. No tengo ni idea de qué está hablando. ¿Está haciendo alguna especie de alegoría religiosa?

—¿Qué?

—En cuarto, en el belén viviente de la iglesia de St. Pius. Te robé al Niño Jesús y tuviste que salir con una bolsa envuelta en mantas. Quería pedirte perdón por eso.

Me lo quedo mirando durante un segundo. La tensión me abandona, y yo me siento relajada y levemente alegre. Le doy un puñetazo en el hombro que le sorprende tanto que se echa a reír.

—Sabía que habías sido tú. ¿Por qué lo hiciste?

—Para sacarte de quicio. —Me dedica una sonrisa pícara. Por un instante, me olvido de todo y lo único que me importa es que Nate Macauley sigue teniendo una sonrisa preciosa—. También quería hablar contigo de... todo esto. Pero supongo que ya es muy tarde. A estas alturas, seguramente ya tienes un abogado, ¿no?

Su sonrisa se desvanece.

—Sí, pero... yo también quiero hablar contigo.

Suena la campana y yo saco mi teléfono. Entonces recuerdo que Robin me ha preguntado si la policía podría encontrar algún registro de que intercambiamos mensajes y vuelvo a guardármelo en la mochila. Nate se da cuenta de lo que acabo de hacer y resopla al tiempo que deja escapar otra carcajada triste.

—Sí, darnos los números ahora es una idea de mierda. A no ser que quieras usar este. —Rebusca en su mochila y me tiende un teléfono.

Lo cojo con reticencia.

—¿Qué es?

—Un teléfono de repuesto. Tengo unos cuantos. —Recorro la carcasa con el pulgar mientras me hago una sombría idea de para qué puede servir, y Nate añade, bruscamente—: Es nuevo. No va a llamarte nadie, ni nada. Pero yo tengo el número. Solo yo puedo llamarte. Puedes contestar si quieres. Si no, no. Tú decides —calla durante un momento y luego dice—: Lo único que tienes que hacer es no dejarlo por ahí a la vista. Pueden pedir una orden para registrar tu teléfono y tu ordenador, pero no pueden tocar nada más. No pueden registrar toda tu casa.

Estoy bastante segura de que mi carísima abogada me diría que no me deje aconsejar por Nate Macauley en materia legal. Y, seguramente, tendría algo que opinar sobre el hecho de que Nate disponga de un suministro infinito de móviles baratos de prepago, idénticos a los que usaron para tendernos la trampa que la semana pasada nos llevó a la sala de castigo. Observo cómo se aleja hacia las escaleras, consciente de que debería tirar el teléfono a la próxima papelera que me encuentre. En cambio, me lo guardo en la mochila.

Cooper

Lunes, 1 de octubre, 11:00

Estar en el instituto es casi un alivio. Desde luego, es mucho mejor que estar en casa, donde mi padre lleva horas despotricando sobre que Simon era un mentiroso, todos los polis unos incompetentes, que el instituto debería pagar por esto y que los abogados cuestan un dineral que no tenemos.

Lo que no me ha preguntado es si los rumores son ciertos.

Ahora estamos en una especie de limbo muy extraño. Todo es distinto, pero parece igual. Salvo por Jake y Addy, que van por la vida como si, respectivamente, quisieran matar a alguien y morirse. Bronwyn me dedica la sonrisa menos convincente del universo cuando me la cruzo por el pasillo, los labios tan fuertemente apretados que casi ni se le ven. A Nate no le he visto el pelo.

Supongo que todos estamos esperando a que pase algo.

Efectivamente, después de la clase de Educación Física, pasa algo, pero no está relacionado conmigo. Mis amigos y yo vamos a los vestuarios después de jugar un partido de fútbol, rezagados del grupo principal, mientras Luis nos cuenta que le ha echado el ojo a una chica nueva de tercero. Nuestro profesor de Educación Física abre la puerta para dejar entrar a unos cuantos chavales y, de repente, Jake se da media vuelta, agarra a TJ del hombro y le da un puñetazo en la cara.

Claro. El «TF» de Malas Lenguas es TJ Forrester. La ausencia de la «J» es lo que me tenía despistado.

Agarro a Jake de los brazos, y lo aparto de TJ antes de que pueda soltarle otro puñetazo, pero está tan furioso que casi se me escapa antes de que Luis venga a ayudarme. Incluso así, entre los dos, apenas conseguimos retenerlo.

—Cabronazo —le escupe Jake a TJ, que se tambalea, pero no se cae.

TJ se lleva la mano a la nariz ensangrentada y probablemente rota. No hace el más mínimo amago de enfrentarse a Jake.

—Jake, tío, vamos —le digo mientras el profesor de Educación Física viene a toda pastilla hacia nosotros—. Te van a expulsar.

—Merecidamente —dice Jake con amargura.

Así que hoy la comidilla no ha sido la muerte de Simon, sino la expulsión de Jake Riordan por darle un puñetazo a TJ Forrester después de la clase de Educación Física. Y, como Jake se ha negado a hablar con Addy antes de que lo mandaran a casa, y ella va prácticamente llorando por las esquinas, a poca gente le quedan dudas de lo que ha pasado.

—¿Cómo ha podido? —murmura Keely cuando hacemos cola en el comedor mientras Addy deambula por la sala como una sonámbula.

—No sabemos lo que ha pasado —le recuerdo.

Supongo que es bueno que Jake no esté aquí, porque así Addy se sienta a comer con nosotros, como siempre. Estoy seguro de que, si él estuviera aquí, no se atrevería. Pero no habla con nadie, y nadie habla con ella. Además, lo

hacen de forma demasiado evidente. Vanessa, que tiene fama de ser la chica con más mala leche del grupo, le da físicamente la espalda a Addy cuando ella se sienta a su lado. Ni siquiera Keely se esfuerza por incluir a Addy en la conversación.

Menuda pandilla de hipócritas. Luis apareció en la aplicación de Simon por el mismo puto motivo y Vanessa intentó hacerme una paja en la fiesta de la piscina del mes pasado, así que no son los más indicados para juzgar a nadie.

—¿Cómo te va, Addy? —pregunto yo, ignorando las miraditas que me lanzan desde el resto de la mesa.

—No hace falta que seas majo conmigo. —Mantiene la cabeza gacha, y habla en voz tan baja que apenas puedo escucharla—. Si eres majo es peor.

—Addy. —Toda la frustración y el miedo que he sentido durante los pasados días afloran a mi voz. Cuando Addy alza la vista, una descarga de comprensión nos conecta. Hay un millón de cosas sobre las que deberíamos estar hablando ahora mismo, pero no podemos mencionar ninguna—. Todo se arreglará.

Keely me apoya la mano en el brazo y me pregunta:

—¿Tú qué opinas? —Me doy cuenta de que me he perdido toda la conversación.

—¿De qué?

—¿De Halloween! ¿De qué deberíamos ir disfrazados a la fiesta de Vanessa?

Me siento un poco desorientado, como si alguien acabara de arrastrarme a una versión del mundo en plan videojuego donde todo brilla demasiado y yo no entiendo las reglas.

—Dios, Keely, no sé. De cualquier cosa. Falta casi un mes.

Olivia chasquea la lengua en tono de reproche.

—Típico de los tíos. No tenéis ni idea de lo difícil que es encontrar un disfraz que sea sexy pero no de putilla.

Luis menea las cejas hacia ella.

—Pues, entonces, ve de putilla —sugiere, y Olivia le da una palmada en el brazo.

Hace demasiado calor en la cafetería, es casi sofocante. Tengo que secarme el ceño húmedo con el dorso de la mano mientras cruzo otra mirada con Addy.

Keely me da un toque.

—Dame tu móvil.

—¿Qué?

—Quiero ver la foto que sacamos la semana pasada. ¿La de Seaport Village? Una de una mujer con un vestido estilo años veinte. Le quedaba genial. Igual podría hacerme algo así. —Me encojo de hombros y saco el teléfono, lo desbloqueo y se lo tiendo. Me aprieta el brazo cuando abre mi galería—. Ibas a estar cañón con uno de esos trajes de gánster.

Le tiende el teléfono a Vanessa, que suelta un exagerado «Ohhhh», mientras Addy sigue revolviendo la comida alrededor del plato sin ni siquiera llevarse el tenedor a la boca. Estoy a punto de preguntarle si quiere que le traiga alguna otra cosa cuando, de repente, me suena el teléfono.

En lugar de devolvérmelo, Vanessa se lo queda y resopla:

—¿Quién llama a la hora de comer? ¡Toda la gente que conoces está aquí! —Mira la pantalla y luego me mira a mí—. Oh, Cooper, ¿quién es Kris? ¿Tiene Keely motivos para estar celosa?

Tardo un par de segundos más de lo que debería en contestar y, cuando por fin consigo reaccionar, respondo demasiado deprisa.

—Es solo..., esto..., un tío que conozco. De béisbol.

Noto que la cara se me pone caliente e irritada mientras le quito el teléfono a Vanessa y redirijo la llamada al buzón de voz. No hay nada que me apetezca más que responder, pero ahora no es un buen momento.

Vanessa enarca una ceja.

—¿Un chico que escribe Chris con K?

—Sí. Es... alemán. «Dios. Cierra el pico». —Me guardo el teléfono en el bolsillo y me giro hacia Keely, que tiene los labios entreabiertos como si estuviera a punto de preguntarme algo—. Luego le llamo. Así que años veinte, entonces, ¿eh?

Estoy a punto de irme a casa después de que suene la campana del final de las clases, cuando el entrenador Ruffalo me para en el pasillo.

—No te has olvidado de la reunión de hoy, ¿verdad?

Resoplo frustrado porque, sí, se me había olvidado por completo. Mi padre ha pedido permiso en el trabajo para salir antes y que podamos quedar con un

abogado, pero el entrenador Ruffalo quiere que hablemos sobre las universidades que podrían estar interesadas en ficharme. Dudo, porque estoy bastante seguro de que papá va a querer que la reunión con el abogado sea a la misma hora. Como eso es imposible, sigo al entrenador Ruffalo mientras pienso que tendré que aligerar. Su despacho está justo al lado del gimnasio y huele como si hubieran pasado por él veinte generaciones del equipo de atletismo. En otras palabras, apesta.

—Van a quemarme el teléfono de tanto preguntarme por ti, Cooper —me dice cuando me siento enfrente de él en una silla metálica que chirría bajo el peso de mi cuerpo—. UCLA, Louisville e Illinois han hecho ofertas de becas completas. Todas presionan para que empieces el curso en noviembre, incluso cuando ya les he dejado claro que es imposible que tomes una decisión antes de primavera —se percata de mi expresión y añade—: Es bueno que mantengas abiertas todas las opciones que puedas. Por supuesto, la selección está ahí y es una posibilidad real, pero cuanto más interesadas estén las universidades, mejor impresión dejarás de cara a las ligas más importantes.

—Sí, señor.

Lo que me preocupa no es cómo encarar la selección. Lo que de verdad me preocupa es cómo reaccionarían las universidades si salieran a la luz las publicaciones de Simon. O si toda esta situación diera un giro inesperado y la policía empezara a investigarme. Supongo que todas las ofertas desaparecerían de un plumazo. ¿Me considerarán inocente a menos que se pruebe lo contrario? No sé si debería contarle todo esto al entrenador Ruffalo.

—El problema es que me cuesta un poco llevar la cuenta.

Coge un pequeño pliego de papeles grapados y lo agita en dirección a mí.

—Ya lo he hecho yo por ti. Aquí tienes una lista de todas las universidades que han contactado conmigo, y de las ofertas que han puesto sobre la mesa. He subrayado las que, en mi opinión, son más adecuadas o las que pueden resultar más impresionantes para las ligas mayores. No pondría necesariamente Cal State o la Universidad de Santa Bárbara en la selección de las mejores, pero ambas son locales y ofrecen visitas guiadas para futuros estudiantes. Si quieres que organicemos una visita con ellas algún fin de semana, dímelo.

—De acuerdo. Yo... tengo un par de asuntos familiares en los que tengo que centrarme, así que puede que esté ocupado un tiempo.

—Claro, claro. No hay prisa, no quiero presionarte. Depende completamente de ti, Cooper.

La gente siempre me dice eso, pero yo no tengo la sensación de que sea verdad. Nunca.

Le doy las gracias al entrenador Ruffalo y echo a andar por el pasillo, que ya está prácticamente vacío. En una mano llevo mi teléfono y en la otra la lista del entrenador y voy tan ensimismado examinando el uno y la otra que por poco me choco con alguien por el camino.

—Lo siento —digo cuando me fijo en una delgada silueta abrazada a la caja—. Eh... Hola, profesor Avery. ¿Necesita ayuda con eso?

—No, gracias, Cooper. —Como soy mucho más alto que él, cuando bajo la vista veo que en el interior de la caja solo hay carpetas. Supongo que no tendrá problemas para transportarla. El profesor Avery enarca sus lagrimosos ojillos cuando ve mi móvil—. No querría interrumpir tus mensajes.

—Solo estaba... —dejo la frase sin terminar. Explicarle que estoy a punto de llegar tarde a una cita con un abogado no es que vaya a hacerme ganar puntos, precisamente.

El profesor Avery resopla y sujeta la caja con fuerza.

—De verdad que no os entiendo, muchachos. Tan obsesionados con las pantallas y los cotilleos...

Pone cara de asco, como si la palabra le supiera mal, y la verdad es que yo no sé qué contestar. ¿Se referirá a Simon? Me pregunto si este fin de semana la policía habrá interrogado también al profesor Avery, o si habrán decidido descartarle por no tener ningún móvil para asesinarle. Que ellos sepan, al menos.

El profesor se sacude, como si ni él mismo supiera de qué está hablando.

—En fin, da igual. Si me disculpas, Cooper...

Lo único que tiene que hacer para pasar es esquivarme, pero supongo que espera que el que se haga a un lado sea yo.

—Claro —digo, apartándome de su camino.

Me quedo mirando cómo se arrastra por el pasillo y después decido dejar mis cosas en la taquilla e ir directamente al coche. Ya llevo bastante retraso.

Estoy parado en el último semáforo en rojo que hay antes de llegar a mi casa cuando me suena el teléfono. Lo miro, esperando encontrar un mensaje de Keely, porque, no sé cómo, pero he terminado prometiéndole que quedaríamos esta noche para planear todo ese rollo de los disfraces de

Halloween.

Pero el mensaje es de mi madre.

«Ven al hospital. A Yaya le ha dado un infarto».

CAPÍTULO ONCE

Nate

Lunes, 1 de octubre, 23:50

Esta noche he hecho una ronda de llamadas a mis clientes para decirles que voy a estar un tiempo sin mover mercancía. Después de hacerlas, he tirado el teléfono. Todavía me quedan un par más. Por lo general, lo que hago es comprar unos cuantos en Walmart, pagarlos en efectivo y alternarlos durante unos meses antes de cambiarlos por otros distintos.

Después, he visto todas las pelis de terror japonesas que he podido. Ya es casi medianoche, así que saco un móvil nuevo y llamo al que le he dado a Bronwyn. Suena seis veces antes de que ella responda. Parece nerviosa de cojones.

—¿Hola?

Me siento tentado de fingir que soy otra persona y preguntarle si puedo comprarle una bolsita de heroína para fastidiarla, pero si hago eso lo más probable es que tire el teléfono y no vuelva a hablar conmigo.

—Hola.

—Es tarde —me dice, en tono acusador.

—¿Estabas durmiendo?

—No —reconoce—. No puedo.

—Yo tampoco.

Ninguno de los dos dice nada durante un minuto. Estoy tumbado en la cama, apoyado sobre un par de almohadones finos, con la vista clavada en una pantalla llena de créditos japoneses en pausa. Quito la película y deslizo la barra de selección del canal hacia abajo.

—Nate, ¿te acuerdas de la fiesta de cumpleaños de Olivia Kendrick, cuando estábamos en quinto?

La verdad es que sí. Fue la última fiesta de cumpleaños a la que fui cuando

estaba en el St. Pius, justo antes de que mi padre me sacara del colegio por no poder pagar las mensualidades. Olivia invitó a toda la clase y organizó una búsqueda del tesoro en su jardín y los bosques que había detrás de su casa. Bronwyn y yo estábamos en el mismo equipo, y ella iba resolviendo las pistas como si le fuera la vida en ello, o fueran a ascenderla en algún sitio. Ganamos, y a cambio recibimos tarjetas de regalo de iTunes por valor de veinte dólares.

—Sí.

—Creo que esa fue la última vez que hablamos antes de que pasara todo esto.

—Puede.

Me acuerdo mucho mejor de lo que ella se piensa. En quinto, mis amigos empezaron a fijarse en las chicas y, durante un tiempo, todos tuvieron novia durante... una semana. Eran cosas de críos: un chico le pedía salir a una chica, la chica decía que sí y luego se ignoraban mutuamente. Mientras estábamos en los bosques que había detrás de la casa de Olivia, me acuerdo de ver cómo la coleta de Bronwyn se balanceaba delante de mí y de preguntarme qué me diría si yo le pedía que fuera mi novia. Sin embargo, no lo hice.

—¿Adónde fuiste después del St. Pius? —me pregunta.

—Al Granger.

En el St. Pius había hasta octavo, así que no volví a coincidir con Bronwyn otra vez hasta el instituto. Para entonces, ella ya estaba completamente en modo «alumna diez».

Se queda callada durante un momento, como esperando a que yo continúe, y luego ríe un poco.

—Nate, ¿por qué me has llamado si tu intención es contestarme a todo con monosílabos?

—A lo mejor lo que pasa es que no estás haciendo las preguntas adecuadas.

—Vale. —Otra pausa—. ¿Lo hiciste?

No me hace falta preguntarle a qué se refiere.

—Sí y no.

—Vas a tener que concretar un poco.

—Sí, vendí drogas mientras estaba con la condicional por haber vendido drogas. Y no, no le eché aceite de cacahuete a Simon Kelleher en la taza.

¿Tú?

—Igual —dice en voz baja—. Sí y no.

—¿Así que copiaste?

—Sí. —Le tiembla la voz. Si se echa a llorar, no sé qué voy a hacer. Puede que fingir que la línea se ha cortado, quizá. Sin embargo, ella se recompone rápidamente—. Me da muchísima vergüenza. Y me da terror que la gente se entere.

Suena preocupadísima, así que probablemente no debería reírme, pero no puedo evitarlo.

—Así que resulta que no eres perfecta, ¿y qué? Bienvenida al mundo real.

—Estoy bastante familiarizada con el mundo real —responde Bronwyn con voz fría—. No vivo en una burbuja. Siento lo que hice, nada más que eso.

Probablemente lo sienta, pero no me está contando toda la verdad. La realidad es bastante más complicada. Si eso realmente la reconcomiera por dentro, ha tenido meses para confesarlo y no lo ha hecho. No sé por qué a las personas les cuesta tanto admitir que son imbéciles, que la cagaron en un momento dado porque pensaban que no les iban a pillar.

—Parece que lo que más te preocupa es lo que pueda pensar la gente —digo.

—No pasa nada porque te preocupe lo que la gente piense. Te aleja de la condicional.

Mi teléfono principal suena. Lo tengo en la destartalada mesita que hay al lado de la cama y que se tambalea cada vez que la toco porque tiene una pata coja y soy demasiado vago para arreglarla. Ruedo sobre mí mismo y leo un mensaje de Amber.

«¿Te apetece?».

Estoy a punto de decirle a Bronwyn que tengo que irme cuando ella deja escapar un suspiro.

—Lo siento. Ha sido un golpe bajo. Es solo que... Para mí es más complicado. He decepcionado a mis padres, pero mi padre es el que peor se lo ha tomado. Siempre ha intentado quitarse de encima los estereotipos de ser extranjero. Se ha labrado a sí mismo una reputación intachable y puede que yo me lo haya cargado todo por un error estúpido.

Estoy a punto de decirle que nadie piensa eso. Desde la posición en la que yo me encuentro, su familia parece bastante intachable. Supongo que cada uno tiene sus propias mierdas con las que lidiar, y yo no sé cuáles son las

suyas.

—¿De dónde es tu padre? —pregunto, en cambio.

—Nació en Colombia, pero su familia se mudó aquí cuando él tenía diez años.

—¿Y tu madre?

—Ah, su familia lleva aquí desde siempre. Cuarta generación de irlandeses, o no sé qué.

—La mía también —digo—. Pero digamos que si mi familia cae en desgracia, no le va a sorprender a nadie.

Ella suspira.

—Todo esto es muy surrealista, ¿no? Que alguien pueda pensar que uno de nosotros mató a Simon.

—¿Y de verdad te fías de mi palabra? —le pregunto—. Te acuerdas de que tengo la condicional, ¿no?

—Sí, pero yo estaba presente y vi cómo intentaste ayudar a Simon. Tendrías que ser muy buen actor para fingir eso.

—Si soy lo suficientemente sociópata como para matar a Simon, puedo fingir cualquier cosa, ¿no?

—No eres un sociópata.

—¿Cómo lo sabes?

Lo pregunto como en broma, pero en realidad quiero saber qué piensa. Yo soy el crío al que han registrado. El que llama la atención, el chivo expiatorio más evidente, como dijo la agente López. Alguien capaz de mentir cuando le conviene y que lo haría sin pensarlo un segundo para salvar el culo. No tengo ni idea de cómo es posible que todo eso se traduzca en confianza para una persona con quien llevo seis años sin hablar.

Bronwyn tarda un rato en contestar, y yo dejo de buscar en Cartoon Network y empiezo a ver un episodio de un programa nuevo en el que salen un niño y una serpiente. No tiene demasiada buena pinta.

—Me acuerdo de que solías vigilar a tu madre —dice al final—. Cuando se presentaba en el colegio y se comportaba como si..., ya sabes. Como si estuviera enferma, o algo así.

«Como si estuviera enferma, o algo así». Supongo que Bronwyn debe de estar refiriéndose a aquella vez en que mi madre le gritó a sor Flynn durante una de las tutorías entre padres y profesores y terminó arrancando todos nuestros dibujos de la pared. O a cuando se ponía a gritar en la acera mientras

esperaba para recogerme de los entrenamientos de fútbol. Hay un montón de momentos para elegir.

—Tu madre me caía muy bien —dice Bronwyn, dudosa, cuando ve que no respondo—. Solía hablar conmigo como si fuera adulta.

—Te refieres a que decía palabrotas cuando estabas delante —digo yo, y ella se ríe.

—En realidad, siempre me pareció que las decíamos juntas.

Hay algo en cómo lo dice que me toca la fibra sensible. Es como si ella hubiera visto quién era realmente mi madre debajo de todas sus mierdas.

—Le caías bien.

Pienso en Bronwyn, hoy, en las escaleras, con el pelo recogido en esa brillante coleta y el rostro iluminado. Como si todo fuera interesante y mereciera que ella le dedicara su tiempo. *Si ella estuviera aquí ahora, seguirías cayéndole bien.*

—Solía decirme... —Bronwyn calla durante un momento—. Solía decirme que te metías tanto conmigo porque te gustaba.

Yo miro el mensaje de Amber, que aún no he contestado.

—Puede. No me acuerdo.

Como he dicho antes, miento siempre que me viene bien.

Bronwyn se queda callada durante un minuto.

—Debería colgar. O intentar dormir, al menos.

—Sí, yo también.

—Ya veremos qué pasa mañana, ¿no?

—Supongo.

—Bueno, adiós. Y..., esto..., ¿Nate? —lo dice muy rápido, como si tuviera prisa—. En aquella época, tú sí me gustabas a mí. Por si te sirve de algo, aunque supongo que no. Pero quería que lo supieras, de todas maneras. Bueno, buenas noches.

Después de colgar, dejo el teléfono en la mesilla y cojo el otro.

Vuelvo a leer el mensaje de Amber y escribo:

«Ven».

Bronwyn es una ingenua si piensa que tengo algo que ofrecer.

Addy

Miércoles, 3 de octubre, 07:50

Es Ashton la que sigue obligándome a ir al instituto. A mi madre eso no podría importarle menos. Por lo que a ella respecta, nos he arruinado la vida a todas, así que ya da igual lo que haga. No lo dice exactamente así, pero lo veo en su cara cada vez que me mira.

—Cinco mil dólares solo por hablar con un abogado, Adelaida —me bufa el miércoles por la mañana durante el desayuno—. Espero que seas consciente de que eso sale de tu cuenta de ahorros para la universidad.

Si tuviera energía suficiente, pondría los ojos en blanco. Ambas sabemos perfectamente que no hay ninguna cuenta de ahorros para la universidad. Lleva días hablando por teléfono con mi padre, que vive en Chicago, agobiándole con el tema del dinero. Él tampoco es que vaya precisamente sobrado con su segunda familia, más joven que la nuestra, pero probablemente acabe mandándole la mitad para que se calle la boca y sentirse bien consigo mismo por lo buen padre que es y lo involucrado que está en mis problemas.

Jake sigue sin hablarme, y yo le echo tanto de menos que es como si en mi interior hubiera habido una explosión nuclear y me hubiera quedado vacía y no me quedara dentro nada más que un montón de cenizas flotando entre los huesos calcinados. Le he mandado decenas de mensajes que no solo no ha contestado, sino que, directamente, ni siquiera ha leído. Me ha eliminado en Facebook, y tampoco me sigue ni en Instagram ni en Snapchat. Se comporta como si no existiera, y empiezo a pensar que, quizá, tiene razón. Porque, ¿si no soy la novia de Jake, quién soy?

Se supone que Jake debería estar expulsado toda la semana por haberle pegado a TJ, pero sus padres han montado un auténtico numerito en el instituto y han alegado que la muerte de Simon nos tiene a todos con los nervios de punta, así que casi seguro que volverá hoy. Solo de pensar en la posibilidad de verle me pongo tan enferma que he decidido quedarme en casa. Ashton ha tenido que sacarme a rastras de la cama. De momento, se va a quedar con nosotras indefinidamente.

—Addy, no voy a dejar que te marchites y te mueras por esto —me sermonea mientras me empuja a la ducha—. No va a conseguir borrarle del mundo. Joder, solo has cometido un estúpido error. No es como si hubieras matado a alguien. Bueno —añade con una risita sarcástica y breve—, supongo que eso todavía tiene que decidirlo un jurado.

Anda, resulta que ahora el sentido del humor corre rampante por nuestra casa. ¿Quién iba a decir que las chicas Prentiss tenían el potencial de ser medianamente graciosas?

Ashton me lleva al instituto en coche y me deja justo en la puerta.

—Levanta la barbilla —me aconseja—. No permitas que ese controlador mojigato te mine la moral.

—Dios, Ash. Le puse los cuernos, no sé si te acuerdas. No lo hace sin razón.

Ella frunce los labios en una línea severa.

—Aun así.

Salgo del coche e intento blindarme para el resto del día. No solía costarme ir al instituto. Suelo encajar en todo sin tener que esforzarme siquiera. Pero ahora mismo no soy ni la sombra de quien era antes y, cuando de repente veo mi reflejo en una ventana, me cuesta reconocer a la chica que me devuelve la mirada. Va vestida con mi ropa —con una camiseta y unos vaqueros ajustados como los que a Jake le gustan—, pero sus pómulos flácidos y sus ojos muertos no pegan mucho con el modelito.

Sigo teniendo el pelo de maravilla, eso sí. Al menos me queda eso.

En el instituto solo hay una persona que tenga peor pinta que yo, y esa es Janae. Debe de haber perdido por lo menos cinco kilos desde que murió Simon, y tiene la piel hecha un desastre. El rímel que lleva siempre está corrido, así que supongo que entre clase y clase se dedica a llorar tanto como yo. Me sorprende que todavía no nos hayamos encontrado en algún sitio.

Veo a Jake junto a su taquilla casi inmediatamente después de entrar en el pasillo. La sangre abandona mi cabeza, y me inunda tal sensación de mareo que incluso me tambaleo mientras camino hacia él. Su expresión es de tranquilidad y preocupación mientras hace girar el disco con la contraseña. Durante un segundo, deseo que todo esté bien, que la expulsión le haya servido para calmarse y perdonarme.

—Hola, Jake —le digo.

En un segundo, su expresión neutral se torna lívida. Abre la puerta de su taquilla de un tirón, con el ceño fruncido, y saca un montón de libros que embute a toda prisa en su mochila. Cierra la taquilla de un portazo, se echa la mochila al hombro y me da la espalda.

—¿No vas a volver a hablarme nunca más? —pregunto, con voz débil, casi sin aliento.

Patética.

Él se da media vuelta y me dedica una mirada tan cargada de odio que retrocedo un paso.

—No, si puedo evitarlo.

«No llores. No llores». Todo el mundo me mira mientras Jake se aleja. Sorprendo a Vanessa riéndose con malicia unas cuantas taquillas más allá. Todo esto le encanta. ¿Cómo he podido considerarla mi amiga alguna vez? Ahora probablemente empezará a ir detrás de Jake, si es que no lo ha hecho ya. Me tambaleo delante de mi propia taquilla y estiro la mano hacia el candado. Tardo un par de segundos en asimilar lo que dice la palabra escrita con un grueso rotulador negro en la puerta.

PUTA.

Un sonido de risas ahogadas me rodea mientras mis ojos recorren los dos trazos de la «T». Se cruzan de una manera muy concreta, con un trazo curvo. He hecho con Vanessa un montón de carteles para anunciar los partidos de los Wildcats, el equipo de fútbol del instituto, y siempre me metía con ella por lo raras que hacía las «tes». Ni siquiera ha intentado disimularlo. Supongo que quiere que sepa que ha sido ella.

Me obligo a ir caminando, no corriendo, al baño más cercano. Dos chicas están retocándose el maquillaje frente al espejo y yo me agacho para pasar entre ellas hasta el cubículo más alejado. Me dejo caer sobre el asiento del inodoro y lloro en silencio, con la cara enterrada en las manos.

Suena la primera campana, pero yo no me muevo del sitio y dejo que las lágrimas se derramen por mis mejillas hasta que ya no quedan más. Me envuelvo los brazos alrededor de las rodillas y agacho la cabeza, me quedo inmóvil cuando suena la segunda campana y las chicas empiezan a entrar y salir otra vez del baño. Retazos de conversación flotan en la sala y, sí, algunos hablan de mí. Me tapo los oídos e intento no escuchar.

A mitad de la tercera hora, consigo deshacer el ovillo en el que me he convertido y me levanto. Abro la puerta del baño y me acerco al espejo, apartándome el pelo de la cara. Tengo el rímel corrido, pero llevo dentro tanto tiempo que ya se me han deshinchado los ojos. Observo mi reflejo e intento ordenar mis pensamientos. Hoy no voy a ser capaz de lidiar con las clases. Iría a la enfermería para decirle a la enfermera que tengo jaqueca, pero la verdad es que al ir allí no me sentiría cómoda ahora que sospechan que fui yo quien robó los bolígrafos de epinefrina. Eso solo me deja una opción:

largarme de aquí y volver a casa.

Estoy en las escaleras traseras, con la mano apoyada en la puerta y a punto de abrirla, cuando unas fuertes pisadas retumban detrás de mí. Me doy media vuelta y veo que el que baja es TJ Forrester, que tiene la nariz todavía hinchada y enmarcada por un ojo morado. Se para cuando me ve y se agarra a la barandilla con una mano.

—Hola, Addy.

—¿No deberías estar en clase?

—Tengo cita con el médico. —Se lleva la mano a la nariz y pone una mueca de dolor—. Creo que tengo el *septum* desviado.

—Tú te lo has buscado. —Las palabras hirientes se escapan de mi boca antes de poder detenerlas.

A TJ se le abre la boca sola, pero la cierra y veo cómo la nuez le sube y baja en el cuello.

—Yo no le he dicho nada a Jake, Addy, te lo juro por Dios. Yo tenía tan pocas ganas de que esto se supiera como tú. A mí también me pone las cosas muy difíciles. —Se toca la nariz otra vez, con gesto dolorido.

La verdad es que no estaba pensando en Jake, estaba pensando en Simon. Por supuesto, TJ no tiene manera de saber que tenía esas actualizaciones sin publicar. Y, de todas maneras, ¿cómo se enteró Simon?

—Fuimos los únicos que estábamos allí —esquivo su comentario—. Tienes que habérselo contado a alguien.

TJ sacude la cabeza y vuelve a poner cara de dolor, como si solo el hecho de moverla le produjera dolor.

—Estuvimos besándonos en una playa pública antes de llegar a mi casa, ¿te acuerdas? Cualquiera pudo habernos visto.

—Pero no sabrían que...

Me callo al darme cuenta de que la página de Simon no decía que TJ y yo nos hubiéramos acostado. Lo asumía de una forma bastante evidente, nada más. Quizá el asunto de la confesión se me fue de las manos. La idea me pone enferma, pero tampoco creo que hubiera podido contarle a Jake una verdad a medias. Al final, habría terminado por sonsacármelo.

TJ me dedica una mirada cargada de arrepentimiento.

—Siento mucho que esto esté siendo tan jodido para ti. Si te sirve de algo, creo que Jake está siendo un capullo. Pero yo no se lo conté a nadie. —Se lleva la mano al corazón—. Te lo juro por la tumba de mi abuelo. Sé que para

ti eso no significa nada, pero para mí sí. —Finalmente, yo asiento, y él suelta un largo suspiro—. ¿Adónde vas?

—A casa. No soporto estar aquí más tiempo. Todos mis amigos me odian. —No sé por qué razón le estoy contando todo esto, más allá de que no tengo a nadie más a quien contárselo—. Dudo mucho que vayan a dejar que me sienten con ellos ahora que Jake ha vuelto.

Es verdad. Hoy Cooper no viene a clase: ha ido a visitar a su abuela enferma y seguramente, aunque no lo ha dicho, a reunirse con su abogado. Sin él, nadie se atreverá a enfrentarse a la ira de Jake. Tampoco creo que quieran hacerlo.

—Que les jodan. —TJ me dedica una media sonrisa—. Si mañana siguen siendo igual de imbéciles, ven a sentarte conmigo. Si quieren hablar, démosles motivos para hacerlo.

Su comentario no debería hacerme sonreír, pero casi lo consigue.

CAPÍTULO DOCE

Bronwyn

Martes, 4 de octubre, 12:20

Me he dejado envolver en una falsa sensación de autosuficiencia.

Supongo que puede pasar incluso durante la peor semana de tu vida. Se te empiezan a venir encima un montón de cosas horribles, tu mundo se pone patas arriba y, de repente, todo para y no pasa nada más, así que te relajas y piensas que te has librado.

Un error de principiante. Un error que el jueves, a la hora del almuerzo, me da una bofetada de realidad cuando el habitual murmullo de la cafetería de repente crece y se vuelve ensordecedor. En un primer momento miro a mi alrededor con curiosidad, como haría cualquiera, y me pregunto por qué habrá sacado todo el mundo el móvil. Antes de poder sacar el mío, sin embargo, me fijo en que todas las cabezas se giran hacia mí.

—Ay. —Maeve se da más prisa que yo, y el breve suspiro que deja escapar mientras lee a toda prisa la pantalla de su móvil emana tal arrepentimiento que el corazón me da un vuelco. Se muerde el labio inferior y arruga el ceño —. Bronwyn. Es..., esto..., otro post de Tumblr. Sobre..., bueno. Toma.

Cojo su teléfono, con el corazón a mil por hora, y leo las palabras exactas que la detective Mendoza me mostró el domingo después del funeral de Simon. «Es la primera vez que BR aparece en esta aplicación. Una buena chica, que ostenta el expediente académico más impecable de todo el instituto».

Ahí está todo. Las entradas que Simon no llegó a publicar sobre nosotros cuatro, con una posdata al final:

¿De verdad pensabais que estaba de coña cuando dije que yo maté a Simon? Leed y llorad, chavales. Todos los que estuvieron castigados con él la semana pasada tenían un buen motivo para querer verle muerto. Prueba A: las actualizaciones que habéis leído

arriba, que estaba a punto de publicar en Malas Lenguas.

Voy a ponerlos deberes: unid los puntos. ¿Lo planearon juntos, o hay alguno que lleve la voz cantante? ¿Quién es titiritero y quién títere?

Voy a daros una pista, para empezar: todos mienten.

Preparados, listos, ¡YA!

Alzo la vista y clavo los ojos en los de Maeve. Ella sabe la verdad, toda la verdad, pero todavía no le he contado nada a Yumiko o a Kate. Creía que, tal vez, podríamos contener la situación y no llamar la atención mientras la policía seguía investigando y cerraba el caso por falta de pruebas.

Es evidente que soy patéticamente ilusa.

—¿Bronwyn? —Apenas puedo escuchar a Yumiko de lo muchísimo que me zumban los oídos—. ¿Esto es verdad?

—Que le jodan a la mierda de Tumblr esta. —El lenguaje de mi hermana me sorprendería de no ser porque mi umbral de sorpresa ha saltado por los aires hace dos minutos—. Seguro que puedo piratear esa estúpida página y descubrir quién anda detrás de todo esto.

—¡Maeve, no! —lo digo tan alto... Bajo la voz y cambio a español—. *No lo hagas... No queremos.*

Me obligo a dejar de hablar al notar que Kate y Yumiko siguen mirándome. Por el momento, con esto debería bastar.

Pero Maeve no se calla.

—Me da igual —dice, furiosa—. Puede que tú no quieras, pero yo...

Salvada por el altavoz. Más o menos. La sensación de que ya he vivido todo esto se apodera de mí cuando una voz flota sobre el comedor: «Su atención, por favor. Rogamos que Cooper Clay, Nate Macauley, Adelaide Prentiss y Bronwyn Rojas se presenten en el despacho de dirección. Cooper Clay, Nate Macauley, Adelaide Prentiss y Bronwyn Rojas, al despacho de dirección».

No recuerdo haber empezado andar, pero debo de haberlo hecho porque aquí estoy, moviéndome, arrastrándome como un zombi entre las miraditas y los susurros, abriéndome camino por entre las mesas para llegar a la salida de la cafetería. Desfilo por el pasillo entre los carteles que anuncian el baile de inicio de curso de hace tres semanas. El comité organizador es un desastre, y eso me provocaría un mayor sentimiento de desprecio si no fuera porque yo formo parte de él.

Cuando llego al departamento de dirección, la recepcionista me señala la

sala de conferencias con un ademán molesto, dándome a entender que, a estas alturas, ya debería saber dónde está. Soy la última en llegar. O, al menos, eso creo, a no ser que vaya a aparecer la policía de Bayview o el consejo escolar.

—Cierra la puerta, Bronwyn —dice la directora Gupta.

Yo obedezco y paso junto a su asiento para sentarme entre Nate y Addy, justo enfrente de Cooper.

La directora Gupta entrelaza los dedos bajo la barbilla.

—Estoy segura de que no hace falta que os explique por qué estáis aquí. Hemos estado vigilando muy de cerca esa repugnante página de Tumblr y hemos recibido la actualización de hoy a la vez que vosotros. Al mismo tiempo, hemos recibido una petición del cuerpo de policía de Bayview para hacer que todos los estudiantes estén disponibles a partir de mañana para ser interrogados. Entiendo, basándome en las conversaciones que he mantenido con la policía, que la actualización de Tumblr de hoy es una reproducción muy acertada de los posts que escribió Simon antes de morir. Soy consciente de que la mayoría seguramente ya tendréis representantes legales, cosa que el instituto apoya completamente. Sin embargo, este es un espacio seguro. Así que si alguno de vosotros quiere contarme algo que pueda ayudar al instituto a comprender mejor la presión a la que estáis sometidos, ahora es el momento.

Yo la miro fijamente mientras me empiezan a temblar las rodillas. ¿Va en serio? Definitivamente, ahora no es el momento. Aun así, siento un impulso casi irrefrenable de contestar, de explicarme, pero una mano ajena agarra la mía por debajo de la mesa. Nate no me mira, pero sus dedos, cálidos y fuertes, se entrelazan con los míos, y se apoyan sobre mi pierna temblorosa. Hoy vuelve a llevar su camiseta de Guinness, y el material se estira, desgastado y fino sobre sus hombros, como si lo hubiera sometido a mil lavados. Yo le miro de reajo y él sacude la cabeza leve, casi imperceptiblemente.

—No tengo más que decir de lo que ya dije la semana pasada —dice Cooper con su fuerte acento sureño.

—Yo tampoco —se apresura a añadir Addy.

Tiene los ojos rojos y parece agotada, como si le hubieran pellizcado sus facciones de hada. Está tan pálida que por primera vez me fijo en la franja de pequitas que le cubre la nariz. O igual es que hoy no se ha maquillado. Pienso, sintiendo una punzada de comprensión hacia ella, que hasta ahora es

la que ha salido peor parada.

—Dudo mucho que... —empieza a decir la directora Gupta cuando la puerta se abre y la recepcionista asoma la cabeza por el hueco.

—La policía de Bayview al teléfono —dice, y la directora Gupta se pone de pie.

—Disculpadme un momento.

Cierra la puerta tras de sí y los cuatro nos quedamos allí, sentados en medio de un silencio tenso, escuchando el zumbido del aire acondicionado. Es la primera vez que estamos todos en la misma sala desde que el agente Budapest nos interrogó, la semana pasada. Casi me entran ganas de reír al pensar en lo perdidos que estábamos entonces, discutiendo sobre castigos y la corte del baile de promoción de los de tercero.

Aunque, para ser justos, la que más habló fui yo.

Nate me suelta la mano y echa la silla hacia atrás mientras inspecciona la habitación.

—Bueno, esto es muy incómodo.

—¿Estáis bien, chicos? —Las palabras me salen tan apresuradas que hasta yo misma me sorprendo. No sé qué es lo que quería decir, pero no era eso—. Esto es surrealista. Que... sospechen de nosotros.

—Fue un accidente —dice Addy inmediatamente, aunque no parece muy segura. Más bien parece estar elaborando una teoría.

Cooper desliza los ojos hacia Nate.

—Un accidente un poco raro. El aceite de cacahuete no aparece de la nada en las tazas.

—Igual entró alguien en el laboratorio en algún momento y no nos dimos cuenta —digo yo, y Nate pone los ojos en blanco—. Sé que suena absurdo, pero... hay que tener en cuenta todas las opciones, ¿no? No es imposible.

—Había muchas personas que odiaban a Simon —dice Addy. Por la tensión de su mandíbula, parece que ella misma es una de ellas—. Arruinó muchas vidas. ¿Os acordáis de Aiden Wu? Estaba en nuestra clase, la cambiaron de instituto. —Yo soy la única que asiente, así que Addy fija la mirada en mí—. Mi hermana conoce a su hermana de la universidad. A Aiden no le cambiaron de instituto porque sí. Tuvo una crisis nerviosa después de que Simon publicara que se travestía.

—¿En serio? —pregunta Nate.

Cooper se pasa una mano por el pelo de adelante hacia atrás.

—¿Os acordáis de las actualizaciones que solía hacer Simon al principio, cuando lanzó la aplicación? —pregunta Addy—. Eran como reportajes que se centraban en una sola persona, era como un blog.

A mí se me cierra la garganta.

—Yo sí que me acuerdo.

—Bueno, pues a Aiden le hizo uno —dice Addy—. Era, directamente, perverso.

Hay algo en la forma en que lo dice que me hace sentir incómoda. Creo que nunca creí que pudiera escuchar a la pequeña Addy Prentiss hablar con tanto veneno en la voz. O tener una opinión propia, ya que estamos.

Cooper interviene de repente, como si temiera que Addy fuera a ponerse a despotricar.

—Eso es lo que Leah Jackson dijo durante el homenaje. Me encontré con ella en las gradas. Me dijo que éramos todos unos hipócritas por tratarle como si fuera una especie de mártir.

—Bueno, ahí lo tienes —dice Nate—. Tenías razón, Bronwyn. Probablemente todo el instituto ha ido por ahí con botellas de aceite de cacahuete en la mochila, esperando su oportunidad.

—Pero no servía cualquier aceite de cacahuete —dice Addy, y todos nos volvemos hacia ella—. Tenía que ser aceite prensado en frío para que una persona alérgica reaccionara. Un aceite gourmet, vaya.

Nate se la queda mirando, con el ceño fruncido.

—¿Cómo sabes eso?

Addy se encoge de hombros.

—Lo vi una vez en un canal de cocina.

—Igual esa es una información que deberías reservarte cuando Gupta vuelva a entrar —sugiere Nate, y la sombra de una sonrisa aletea en el rostro de Addy.

Cooper fulmina a Nate con la mirada.

—Esto no es ninguna broma.

Nate bosteza, impasible.

—A veces lo parece.

Yo trago saliva con fuerza. La conversación sigue dándome vueltas en la cabeza. Leah y yo solíamos ser amigas: fuimos compañeras en una competición para participar en un simulacro de cumbre de las Naciones Unidas, y llegamos a la final estatal a finales de tercero. Simon también quiso

participar, pero le dijimos mal la fecha del plazo para presentar la solicitud y se quedó fuera. No fue a propósito, pero él nunca se lo creyó y se enfadó con las dos. Unas semanas después, empezó a escribir sobre la vida sexual de Leah en Malas Lenguas. Por lo general, Simon solía escribir sobre algo una vez, y luego lo dejaba, pero en el caso de Leah no paraba de subir actualizaciones. Era algo absolutamente personal. Estoy segura de que habría hecho lo mismo conmigo si hubiera encontrado algo sobre mí por aquel entonces.

Cuando a Leah se le empezó a ir la pinza, me preguntó si le había dicho mal la fecha a Simon a propósito. No lo hice, pero todavía me siento culpable, sobre todo desde que intentó cortarse las venas. Nada volvió a ser lo mismo para ella después de que Simon empezara con su campaña de acoso y derribo.

No sé cómo una experiencia así puede llegar a cambiar a una persona.

La directora vuelve a la sala, cierra la puerta tras de sí y se acomoda en la silla.

—Disculpadme, pero esto no podía esperar. ¿Dónde nos habíamos quedado?

Se hace el silencio durante unos segundos, hasta que Cooper se aclara la garganta.

—Con el debido respeto, señora, creo que todos estamos de acuerdo en que no deberíamos estar manteniendo esta conversación.

Su voz tiene una dureza que no estaba ahí antes y, de repente, siento que la atmósfera de la sala se funde y se transforma. Es bastante evidente que no nos fiamos los unos de los otros, pero nos fiamos todavía menos de la directora Gupta y de la policía de Bayview. Ella también se da cuenta, y empuja la silla hacia atrás.

—Es importante que sepáis que mi puerta está siempre abierta para vosotros —dice, pero ya nos hemos puesto de pie y estamos abriendo la puerta para salir por nuestro propio pie.

Paso el resto del día nerviosa y de mal humor mientras intento hacer con normalidad todo lo que se supone que tengo que hacer en el instituto y en casa. Sin embargo, en realidad no soy capaz de relajarme hasta que la aguja

del reloj pasa un minuto de la medianoche y el móvil que me regaló Nate suena.

Ha estado llamándome todas las noches desde el lunes, más o menos a la misma hora. Me ha contado cosas que nunca habría imaginado acerca de la enfermedad de su madre y el problema de su padre con la bebida. Yo le he contado todo lo relativo al cáncer de Maeve y a la increíble presión que siempre he sentido por tener que ser el doble de buena en todo, por las dos. A veces ni siquiera hablamos. Anoche le propuse ver una peli, y los dos nos metimos en Netflix y estuvimos hasta las dos de la mañana viendo una de miedo malísima que eligió él. Me quedé dormida con los auriculares puestos y creo que, en algún momento, hasta le ronqué un poquito al oído.

—Esta noche eliges tú la peli —me dice, a modo de saludo.

Me he dado cuenta de que eso es algo muy suyo, no se anda con rodeos. Va al grano con lo que sea que tenga en la cabeza.

Pero la mía está en las nubes.

—Estoy buscando —le digo, y nos pasamos un minuto en silencio mientras yo paso el cursor por los títulos de Netflix sin prestarles atención, en realidad. No sirve de nada: ahora mismo no estoy de humor para ver una película—. Nate, ¿te has metido en un lío por culpa de lo que ha salido a la luz hoy en el instituto?

Después de salir del despacho de la directora Gupta, el resto de la tarde ha sido un remolino de miradas, susurros y conversaciones incómodas con Kate y Yumiko cuando al fin les he explicado todo lo que ha ocurrido durante los últimos días.

Él deja escapar una breve carcajada.

—Ya estaba metido antes.

—Mis amigas están enfadadas conmigo por no habérselo contado.

—¿Lo de que copiaste? ¿O lo de que te está investigando la poli?

—Las dos cosas. No les había contado nada. Pensaba que todo esto pasaría y no tenían por qué enterarse. —Robin me dijo que no respondiera a ninguna pregunta sobre el caso, pero no creo que se refiriera a mis dos mejores amigas. Cuando el instituto entero se pone en tu contra, necesitas tener a alguien de tu lado—. Ojalá me acordara mejor de lo que pasó ese día. ¿Qué clase tenías con el profesor Avery cuando te pilló con el teléfono en la mochila?

—Ciencias de la Tierra —dice Nate—. Vamos, ciencia para tontitos. ¿Tú?

—Estudios Independientes —digo, mordiéndome los carrillos. Irónicamente, mis fantásticas notas en Química me permiten estructurar mi propio currículo de ciencias en último curso—. Supongo que Simon debía de estar en Física Avanzada. No sé qué asignaturas tienen Addy y Cooper con el profesor Avery, pero en el castigo parecían sorprendidos de verse.

—¿Y? —pregunta Nate.

—Bueno, son amigos, ¿no? Sería lógico que hubieran hablado de ello antes. O que hubieran estado en la misma clase cuando pasó.

—Quién sabe. Igual pilló a alguno en tutoría, o en la hora de estudio. Avery las da todas —dice Nate. Cuando no respondo, añade—: ¿Qué? ¿Piensas que esos dos lo idearon todo?

—No, solamente estaba intentando explorar una idea —digo—. Siento que la policía no da ninguna importancia a lo extraño que es lo de los móviles porque están convencidos de que los cuatro estamos juntos en esto. O sea, si lo piensas bien, el que mejor sabe qué asignaturas tenemos cada uno con él es el profesor Avery. Igual fue él. Nos metió los móviles en las mochilas y vertió el aceite de cacahuete en las tazas antes de que llegáramos. Él es profesor de Ciencias, seguro que sabía cómo provocarle una reacción alérgica a Simon.

Aunque he sido yo la que lo he dicho, imaginar a nuestro frágil y apocado profesor manipulando las tazas como un loco antes del castigo se me antoja imposible. Tampoco imagino a Cooper robando los bolígrafos de epinefrina de la enfermería, ni a Addy planeando un asesinato mientras ve un canal de cocina.

Sin embargo, lo cierto es que no los conozco, a ninguno. Ni siquiera a Nate, aunque tenga la sensación de que sí.

—Cualquier cosa es posible —dice Nate—. ¿Has elegido ya la peli?

Me siento tentada de elegir algo guay y artístico para impresionarlo, pero lo más seguro es que eso le resbale. Además, él eligió una peli de miedo malísima, así que va a ser fácil superarlo.

—¿Has visto *Divergente*?

—No. —Su tono parece desconfiado—. Ni tampoco quiero verla.

—Pero yo tampoco quería ver una peli en la que un montón de gente muere por culpa de una niebla surgida de una brecha abierta en el continuo espacio-tiempo por los alienígenas, y la vi.

—Joder. —Nate parece resignado. Calla durante un momento y luego me

pregunta—: ¿Ya la tienes seleccionada?

—Sí. Dale al *play*.

Y eso hacemos.

CAPÍTULO TRECE

Cooper

Viernes, 5 de octubre, 15:30

Recojo a Lucas después de clase y nos pasamos por la habitación de Yaya en el hospital antes de que lleguen nuestros padres. Estaba dormida casi todas las veces que fui a verla a lo largo de la semana pasada, pero hoy ya está sentada en la cama con el mando en la mano.

—Esta televisión solo pilla tres canales —se queja en cuanto Lucas y yo aparecemos por la puerta—. Podríamos estar perfectamente en 1985. Y la comida es un espanto. Lucas, ¿tienes alguna golosina?

—No, señora —responde Lucas, apartándose de los ojos el pelo demasiado largo. Yaya me mira con ojos esperanzados, y a mí me sorprende lo envejecida que parece de repente. A ver, sé perfectamente que hace tiempo que cumplió los ochenta, pero siempre ha sido tan vital que nunca antes había reparado en ello. Acabo de darme cuenta ahora mismo, y eso a pesar de que los médicos dicen que está recuperándose bien y que, con suerte, le quedan unos años antes de que vuelva a pasarle algo así.

Llegado ese punto, habrá un momento en el que dejará de estar con nosotros.

—No tengo nada, perdón —le digo, bajando la cabeza para ocultar mis ojos llorosos.

Yaya deja escapar un suspiro de exageración.

—Bueno, maldición. Sois encantadores, muchachos, pero la verdad es que no sois muy útiles desde el punto de vista práctico. —Rebusca en la mesilla que hay junto a su camilla y encuentra un billete de veinte dólares arrugado—. Lucas, baja a la tienda de regalos y compra tres chocolatinas. Una para cada uno. Quédate el cambio y tómate tu tiempo.

—Sí, señora.

A Lucas le brillan los ojos cuando echa cuentas y se percata de a cuánto van a ascender las vueltas. Sale en un santiamén por la puerta y Yaya se recuesta otra vez sobre una pila de almohadones de hospital.

—Ahí va, a llenarse los bolsillos. Bendito sea su corazoncito de mercenario —dice, con orgullo.

—¿Te dejan comer golosinas? —le pregunto.

—Claro que no. Pero quería que me contaras cómo estás tú, cielo. A mí nadie me cuenta nada, pero yo me entero igualmente de todo.

Me siento en la silla que hay al lado de la camilla con los ojos clavados en el suelo. No sé si seré capaz de mirarla.

—Deberías descansar, Yaya.

—Cooper, este ha sido el infarto menos mortal de toda la historia de la medicina cardíaca. Un parpadeo en el monitor. Demasiado beicon, nada más. Ponme al día con lo de Simon Kelleher. Te prometo que no se me va a volver a parar el corazón.

Parpadeo un par de veces e imagino que me preparo para lanzar una curva rápida: enderezo la muñeca, coloco los dedos en la parte externa de la pelota, dejo que rueda entre el pulgar y el índice. Funciona: los ojos se me secan, mi pulso recupera su velocidad normal y por fin soy capaz de mirar a Yaya a los ojos.

—Es un puto desastre.

Ella suspira y me palmea la mano.

—Ay, cielo. Pues claro que lo es.

Se lo cuento todo: que los rumores de Simon sobre nosotros circulan por todo el instituto; que la policía ha montado una especie de cuartelillo en los despachos de dirección para interrogar a toda la gente que conocemos, y a un montón de gente que no; que el entrenador Ruffalo todavía no me ha pillado por banda para saber si estoy en el ajo, pero que seguro que no tarda en hacerlo; que hoy ha venido un sustituto a darnos Astronomía porque había dos agentes interrogando al profesor Avery en otra aula (aunque no sé si lo están interrogando porque lo consideran sospechoso como a nosotros o para que proporcione algún tipo de prueba en nuestra contra).

Yaya sacude la cabeza cuando termino. Aquí no puede arreglarse el pelo como lo hace en casa, así que lo tiene todo alrededor de la cabeza como si fuera algodón despeluchado.

—No sabes lo muchísimo que siento que te hayas visto involucrado en

todo esto, Cooper. Eres la persona que menos se lo merece. No es justo.

Espero a que me lo pregunte, pero no lo hace. Así que al final digo (titubeante, porque después de tantos días en compañía de abogados me siento mal diciendo cualquier cosa como si fuera verdad):

—No hice lo que dicen que hice, Yaya. No usé esteroides, y no le hice daño a Simon.

—Ay, por Dios santo, Cooper. —Yaya sacude con impaciencia la manta del hospital—. No hace falta que me lo digas.

Trago saliva con fuerza. No sé por qué, pero que Yaya se fíe de mi palabra sin cuestionarla me hace sentir culpable.

—La abogada cuesta un pastón, y no está ayudando en nada. Todo sigue igual.

—Las cosas siempre empeoran antes de mejorar —dice Yaya, plácidamente—. Así son. Y no te preocupes por lo que cueste, porque la pago yo.

Una nueva oleada de culpabilidad me sacude.

—¿Te lo puedes permitir?

—Claro que puedo. Tu abuelo y yo compramos un montón de acciones de Apple en los noventa. Que no le haya dado toda mi fortuna a tu padre para que comprara una mansión en esta ciudad de precios locos no quiere decir que no hubiera podido hacerlo. Ahora, cuéntame algo que no sepa.

No estoy seguro de a qué se refiere. Podría contarle que Jake le está haciendo el vacío a Addy y que todos los de nuestro grupo le siguen el rollo, pero es demasiado deprimente.

—No tengo mucho más que contar, Yaya.

—¿Cómo lo lleva Keely?

—Parece una lapa. No se separa de mí —digo antes de poder remediarlo, y luego me siento fatal. Keely no ha hecho más que apoyarme, y no es ella la que me agobia.

—Cooper. —Yaya coge mi mano entre las suyas. Son pequeñas y livianas, y están envueltas por una maraña de venas azules—. Keely es una niña dulce y preciosa. Pero, si no es a quien quieres, no lo es. Punto. Y no pasa nada.

Se me queda la boca seca y clavo los ojos en el concurso que se retransmite en la pantalla. Alguien está a punto de ganar un combo de lavadora y secadora, y parece emocionadísimo. Yaya no dice nada más, se limita a sostenerme la mano.

—No sé a qué te refieres —le digo.

Si Yaya se ha dado cuenta de que mi acento sureño no deja de ir y venir, no lo menciona.

—A lo que me refiero, Cooper Clay, es que he estado en la misma habitación que tú cuando esa chica te llama o te escribe, y siempre parece que tengas ganas de escapar. Y luego te llama otra persona y se te ilumina la cara como un árbol de Navidad. No sé qué te frena, cariño, pero ojalá te dejaras llevar. No es justo para ti, ni tampoco para Keely. —Me da un apretón en la mano y me la suelta—. No hace falta que lo hablemos ahora, si no quieres. De hecho, ¿puedes ir a echarle el lazo a ese hermano tuyo? Igual no ha sido la mejor de las ideas dejar a un mocoso de doce años suelto por el hospital con un montón de dinero calentito haciéndole un agujero en el bolsillo.

—Sí, claro. —Está dejándome salir de esta, y los dos lo sabemos.

Me levanto de la silla y salgo de la habitación a un pasillo abarrotado de enfermeras con zuecos de colores chillones. Todas dejan de hacer lo que sea que estén haciendo y me sonríen.

—¿Necesitas algo, guapo? —me dice la que está más cerca de mí.

Me ha pasado siempre. La gente me ve e inmediatamente piensa bien de mí. Y, cuando me conocen, les caigo mejor todavía.

Si saliera a la luz que yo le hice algo a Simon, muchísima gente me odiaría. Pero también habría un montón de personas que me disculparían diciendo que debía de haber algún otro motivo aparte de que me acusara de usar esteroides.

Y lo cierto es que tendrían razón.

Nate

Viernes, 5 de octubre, 23:30

Para variar, mi padre está despierto cuando llego el viernes a casa después de una fiesta en la de Amber. La cosa todavía estaba a tope cuando me he ido, pero ya no me apetecía. Pongo a calentar unos tallarines instantáneos en la cocina y echo unas cuantas verduras en la jaula de Stan. Como siempre, él parpadea con su ingratitud habitual cuando las ve caer.

—Llegas pronto —me dice mi padre.

Tiene la misma pinta que siempre: una pinta de mierda. Está hinchado y

arrugado, y su piel tiene un tono amarillento y pastoso. La mano le tiembla cuando levanta el vaso. Hace un par de meses, volví a casa una noche y cuando lo encontré casi no respiraba, así que pedí una ambulancia. Se pasó unos cuantos días en el hospital, y los médicos le dijeron que tenía el hígado tan destrozado que podía quedarse tieso en cualquier momento. Asintió e hizo como que le importaba, pero en cuanto llegó a casa se pimpló otra botella de Seagram's.

Llevo semanas pasando de la factura de la ambulancia. Son casi mil dólares, gracias a nuestra mierda de seguro, y ahora que tengo cero ingresos, dispongo todavía de menos posibilidades de pagarla.

—Tengo cosas que hacer. —Vierto los tallarines en un cuenco y me dirijo a mi habitación.

—¿Has visto mi teléfono? —grita mi padre a mis espaldas—. Hoy no ha dejado de sonar, pero no lo encuentro.

—Eso es seguramente porque no está en el sofá —murmuro, y cierro la puerta a mis espaldas.

Probablemente estaba alucinando. Hace meses que no le suena el teléfono.

Engullo los tallarines en menos de cinco minutos y luego me recuesto sobre los cojines y me pongo los auriculares para llamar a Bronwyn. Hoy me toca a mí elegir peli, gracias a Dios, pero no hemos visto ni media hora de la versión japonesa de *The Ring* cuando Bronwyn me dice que no puede más.

—No puedo ver esto sola. Da mucho miedo —me dice.

—No estás sola. La estás viendo conmigo.

—No estás conmigo. Para ver algo así necesito que alguien esté presente conmigo en la habitación. Vamos a ver otra cosa. Me toca a mí elegir.

—No pienso ver otra puta peli de *Divergente*, Bronwyn. —Y espero un momento antes de añadir—: Deberías venir a mi casa y ver *The Ring* conmigo. Sal por la ventana y ven a casa —lo digo como si estuviera de coña, y la verdad es que lo estoy. Casi al cien por cien. A no ser que ella diga que sí.

Bronwyn se calla y me doy cuenta de que se lo está pensando, como si no se hubiera dado cuenta de que lo decía en broma.

—Mi ventana queda a cuatro metros y medio de la calle —me dice.

Coña.

—Pues sal por la puerta. No sé, tenéis como diez en esa casa.

Coña.

—Si se enteran mis padres, me matan.

Eso no es coña.

Eso quiere decir que se lo está pensando. Me la imagino sentada a mi lado con esos pantaloncitos cortos que llevaba el día que estuve en su casa, con la pierna apoyada contra la mía, y se me corta la respiración.

—¿Y por qué iban a enterarse? —le pregunto—. Tú misma me has dicho que duermen como piedras. —Otra cosa que no es coña—. Vamos, solo va a ser una hora, hasta que terminemos la peli. Te presento a mi lagarto. —Tardo unos segundos en darme cuenta de que eso puede malinterpretarse—. No iba con segundas. Tengo un lagarto de verdad. Un dragón barbudo que se llama Stan.

Bronwyn se ríe tanto que casi se ahoga.

—Ay, Dios. No te habría pegado nada pero, por un segundo..., de verdad he pensado que iba con segundas.

No puedo evitar reírme también.

—Ey, nena, estabas entrando al trapo, reconócelo.

—Al menos no es una anaconda —se le escapa a Bronwyn.

Yo me río aún más, pero la verdad es que sigo un poco cachondo. Una mezcla rara.

—Ven —le digo. Ya no estoy de coña.

La escucho respirar unos segundos hasta que dice:

—No puedo.

—Vale. —La verdad es que no estoy decepcionado. La verdad es que no pensaba que fuera a venir—. Pero tienes que elegir una peli distinta.

Nos decidimos por la última de *Bourne*. Miro la peli con los ojos entrecerrados, mientras de fondo suena la cadena de mensajes que no deja de mandarme Amber. Creo que está empezando a pensar que somos algo que no somos. Estiro la mano para apagar el volumen cuando Bronwyn me dice:

—Nate, tu móvil.

—¿Qué?

—Hay alguien que no deja de escribirte.

—¿Y?

—Que es muy tarde.

—¿Y? —pregunto otra vez, molesto.

No pensaba que Bronwyn fuera de las posesivas, sobre todo porque lo único que hacemos es hablar por teléfono y porque acaba de rechazar mi

invitación de coña, pero no tan de coña.

—No serán... clientes, ¿verdad?

Yo dejo escapar un suspiro de alivio y apago el otro teléfono.

—No, ya te dije que ya no estoy haciendo nada de eso. No soy imbécil.

—Vale. —Parece aliviada, aunque un poco cansada. Empieza a arrastrar las palabras—. Creo que me voy a ir a dormir.

—Vale. ¿Quieres colgar?

—No —ríe, con voz densa, medio dormida—. Aunque me estoy quedando sin saldo. Me acaba de llegar un mensaje de aviso. Solo me queda media hora.

Estos teléfonos de prepago tienen miles de minutos, y ella solo tiene ese desde hace menos de una semana. No era consciente de que habláramos tanto.

—Mañana te daré otro —le digo, antes de recordar que mañana es sábado y no tenemos clase—. Bronwyn, espera. Tienes que colgar.

Cuando ya creo que está dormida, murmura.

—¿Qué?

—Cuelga, ¿vale? Para que no te quedes sin saldo y pueda llamarte mañana para darte otro teléfono.

—Ah. Vale. De acuerdo. Buenas noches, Nate.

—Buenas noches. —Cuelgo y coloco los dos teléfonos el uno al lado del otro. Cojo el mando y apago la tele.

Más me vale irme a dormir a mí también.

CAPÍTULO CATORCE

Addy

Sábado, 6 de octubre, 09:30

Estoy en casa con Ashton, intentando pensar en algún plan de fin de semana. Sin embargo, ambas nos hemos quedado atascadas en el hecho de que no hay nada que a mí me interese hacer.

—Vamos, Addy. —Yo estoy despatarrada en el sillón. Ashton me golpea cariñosamente con el pie desde el sofá—. ¿Qué harías normalmente durante el fin de semana? Y no me digas que salir con Jake —se apresura a añadir.

—Pero es que eso es justo lo que haría —lloriqueo.

Es patético, pero no puedo evitarlo. Me he pasado toda la semana con el estómago dado la vuelta, como si fuera caminando por un puente sólido y de repente hubiera desaparecido bajo mis pies.

—¿De verdad no se te ocurre una sola cosa que te apetezca hacer y que no esté relacionada con Jake?

Me giro en el sillón y reflexiono sobre la pregunta. ¿Qué hacía antes de estar con Jake? Tenía catorce años cuando empezamos a salir, yo todavía era una niña. Mi mejor amiga era Rowan Flaherty, una amiga de la infancia que se mudó a Texas a finales de año. En noveno curso nos distanciamos porque ella tenía cero interés en los chicos, pero en verano, antes de que empezara el instituto, aún salíamos juntas a montar en bici por ahí.

—Me gusta montar en bici —digo, insegura, si bien hace años que no lo hago.

Ashton da una palmada, como si yo fuera un crío caprichoso al que tuviera que interesar en alguna nueva actividad.

—¡Hagamos eso! ¡Vamos en bici a algún sitio!

Uf, no. No tengo ganas de moverme. No tengo energía.

—Regalé la mía hace años. Se estaba oxidando en el porche. Y, de todas

formas, tú no tienes bici.

—Podemos pillar unas de esas de alquiler. ¿Cómo se llaman? *Hub bikes*, o no sé qué. Están por todas partes. Vamos a buscar una.

—Ash, no puedes quedarte a cuidar de mí para siempre —suspiro yo—. Te agradezco mucho que hayas estado toda la semana intentando que no me venga abajo, pero tú tienes tu vida. Deberías volver con Charlie.

Ashton no contesta de inmediato. Va a la cocina y oigo que abre la puerta de la nevera y luego un leve tintineo de botellas. Cuando vuelve, trae una Coronita y una botella de agua mineral San Pellegrino que me ofrece a mí. Me ignora cuando le levanto las cejas —todavía no son ni las diez de la mañana— y le da un largo sorbo a la cerveza mientras se sienta con las piernas cruzadas.

—Charlie está rebosante de felicidad. Me imagino que a estas alturas ya habrá llevado a su novia a casa.

—¿Qué? —De repente me olvido de lo cansada que estoy y me incorporo en el sillón.

—Los pillé cuando fui el fin de semana pasado a buscar ropa. La escena no pudo ser más convencional. Incluso le tiré un jarrón a la cabeza, y todo.

—¿Y le diste? —pregunto, esperanzada y supongo que también de manera bastante hipócrita. Al fin y al cabo, yo soy el Charlie de mi relación con Jake.

Ella niega con la cabeza y se bebe otro trago de cerveza.

—Ash. —Me levanto del sillón y me siento con ella en el sofá. No llora, pero tiene los ojos húmedos y, cuando le apoyo la mano en el brazo, traga saliva—. Lo siento mucho. ¿Por qué no me lo habías contado?

—Bastantes preocupaciones tienes tú ya.

—Pero ¡es tu matrimonio!

No puedo evitar mirar la foto de boda de Ashton y Charlie de hace dos años, que está en la repisa de la chimenea justo al lado de la de mi graduación del año pasado. Eran una pareja perfecta (la gente bromeaba diciendo que parecía que la foto la vendieran con el marco de fotos). Ashton estaba tan feliz aquel día... Preciosa, resplandeciente, alegre.

Y aliviada. Intenté enterrar aquella idea en el fondo de mi mente porque sabía que era un poco malintencionada, pero no pude evitar pensar que Ashton tuvo miedo de perder a Charlie hasta el día en que se casó con él. En teoría, no podía ser más perfecto —guapo, de buena familia, había ido directo a la Facultad de Derecho de Stanford— y nuestra madre estaba en una nube.

Sin embargo, hasta que no cumplieron un año de casados, no me di cuenta de que cuando Charlie estaba presente casi nunca escuchaba reír a Ashton.

—Hace ya tiempo que lo nuestro se ha acabado, Addy. Debería haberme ido hace seis meses, pero he sido demasiado cobarde. Supongo que no quería quedarme sola. O reconocer que había fracasado. Terminaré por encontrar algún sitio para mí, pero voy a quedarme aquí durante un tiempo. —Me lanza una miradita maliciosa—. Vale, yo ya he confesado. Ahora te toca a ti. ¿Por qué mentiste cuando el agente Budapest te preguntó a qué habías ido a la enfermería el día que murió Simon?

Le suelto el brazo.

—Yo no...

—Venga, Addy. Empezaste a jugar con el pelo en cuanto sacó el tema. Lo haces siempre que te pones nerviosa —lo dice como constatando un hecho, no pretende acusarme de nada—. Y no he pensado ni por un segundo que tú escondieras esos bolígrafos de epinefrina, así que... ¿qué estás ocultando?

Los ojos se me llenan de lágrimas. Me siento súbitamente agotada por culpa de las medias verdades que he estado acumulando durante los últimos días y semanas. Los últimos meses. Los últimos años.

—Es una tontería, Ash.

—Cuéntamelo.

—No fui por mí. Fui a por un paracetamol para Jake porque le dolía la cabeza. No quería decirlo delante de ti porque sabía que ibas a echarme esa miradita.

—¿Qué miradita?

—Como si no lo supieras. La miradita esa de: «Addy, dejas que te trate como un felpudo».

—Yo no pienso eso —dice Ashton en voz baja. Una lágrima me desciende por la mejilla y ella se apresura a secármela.

—Pues deberías. Porque es la verdad.

—Ya no —me dice Ashton.

Y ya está, no necesito nada más. Rompo a sollozar, hecha un ovillo en la esquina del sofá mientras Ashton me abraza. Ya no sé ni por qué ni por quién lloro: si por Jake, por Simon, por mis amigos, por mi madre, por mi hermana o por mí. Supongo que por todos.

Cuando el torrente de lágrimas se detiene por fin, me siento hecha polvo y exhausta, los párpados me arden y los hombros me duelen de estar temblando

durante tanto tiempo. Sin embargo, también me siento más ligera y limpia, como si acabara de vomitar algo que estuviera revolviéndome el estómago. Ashton me trae un paquete de pañuelos y me da un minuto para que me limpie los ojos y me suene la nariz. Cuando recojo los pañuelos mojados y los tiro a la papelería de la esquina, ella le da un sorbo a su cerveza y arruga la nariz.

—Esto sabe mucho peor de lo que pensaba. Venga, vamos a buscar esas bicis.

Ya no puedo decirle que no, así que la sigo arrastrándome hasta el parque que hay a medio kilómetro de nuestra casa, donde hay un montón de bicicletas de alquiler. Ashton se encarga de firmar el contrato, deja su tarjeta de crédito y coge dos bicis. No tenemos casco, pero solo vamos a dar una vuelta por el parque, así que tampoco importa.

Hace años que no monto en bici, pero supongo que lo que dicen es cierto: nunca se olvida. Después de un comienzo algo titubeante, enfilamos uno de los anchos senderos del parque y tengo que reconocer que es bastante divertido. La brisa hace que mi pelo ondee mientras mis piernas pedalean y el corazón se me acelera. Es la primera vez en toda la semana que no me siento como si estuviera medio muerta. Me sorprende cuando Ashton frena y me dice:

—Ya se ha pasado la hora. —Cuando me ve la cara, añade—: ¿Quieres que las alquilemos otra hora más?

Yo le sonrío.

—Sí, vale.

Sin embargo, a medida que volvemos nos cansamos, así que devolvemos las bicis y vamos a una cafetería a reponer líquido. Ashton va a pedir las bebidas mientras yo cojo sitio y aprovecho la espera para revisar mis mensajes. Tardo mucho menos de lo que solía tardar antes: solo tengo un mensaje de Cooper, que me pregunta si esta noche iré a la fiesta de Olivia.

Olivia y yo llevamos siendo amigas desde primero, pero no me ha dirigido la palabra en toda la semana.

«Estoy casi segura de que no me han invitado», le escribo.

Only Girl suena en mi móvil cuando llega la respuesta de Cooper. Anoto mentalmente que, cuando todo esto pase y tenga un minuto para pensar las cosas con calma, tengo que cambiar mi tono de móvil por otro un poco menos molesto.

«Tonterías. También son tus amigas».

«Creo que esta me la voy a saltar», respondo. «Divertíos». Llegados a este punto, ni siquiera me importa que me marginen. Otra cosa más que añadir a la lista.

Cooper no lo pilla. Supongo que debería darle las gracias: si él me hubiera dado de lado, como todo el mundo, Vanessa ya me habría lanzado todo su arsenal de desprecio nuclear. Pero no se atreve a hacer enfadar al rey del baile, ni aun cuando le han acusado de usar esteroides. La opinión popular está dividida sobre si eso es verdad o no, pero él ni confirma ni desmiente nada.

Ojalá yo pudiera haber hecho lo mismo: esquivar y evitar toda esta pesadilla sin tener que contarle la verdad a Jake. En la barra veo cómo mi hermana se ríe con el camarero como nunca la he visto reírse con Charlie, y me acuerdo de lo cuidadosa y precavida que yo tenía que ser siempre con Jake. Si esta noche fuera a la fiesta, tendría que ir con algo que hubiera elegido él, quedarme hasta que él quisiera quedarse y no hablar con nadie que pudiera cabrearle.

Todavía sigo echándole de menos. De verdad. Pero eso no lo extraño ni un poquito.

Bronwyn

Sábado, 6 de octubre, 10:30

Mis pies recorren este camino tan familiar mientras mis brazos y piernas siguen el ritmo de la música que me retumba en los oídos. El corazón se me acelera y los miedos que han estado atosigando a mi cerebro durante toda la semana retroceden, sustituidos por el puro esfuerzo físico. Cuando termino de correr me siento agotada, pero también llena de endorfinas. Casi me siento feliz cuando voy a la biblioteca a recoger a Maeve. Es nuestra rutina habitual de los sábados por la mañana, pero no la encuentro en ninguno de los sitios en los que suele sentarse, así que le escribo un mensaje.

«Cuarto piso», me contesta, así que voy a la sala infantil.

Está sentada en una diminuta silla al lado de la ventana, tecleando en uno de los ordenadores.

—¿De vuelta a la infancia? —le pregunto, desplomándome en el suelo a su

lado.

—No —dice Maeve, sin apartar los ojos de la pantalla. Baja la voz hasta casi convertirla en un susurro—. Estoy en el panel de administración de Malas Lenguas.

Tardo un segundo en procesar lo que acaba de decir y, cuando por fin lo hago, el corazón me da un vuelco de puro pánico.

—Maeve, pero ¿qué demonios estás haciendo?

—Cotillear. No te pongas así —añade, mirándome de reojo—. No estoy interfiriendo con nada. Y, aunque lo hiciera, nadie sabría que soy yo. Estoy en un ordenador público.

—¡Usando tu carné de la biblioteca! —bufo yo. Aquí no puedes conectarte sin introducir antes tu número de cuenta.

—No. Usando el suyo. —Maeve señala con la cabeza a un niño pequeño, que está sentado un par de mesas más adelante frente a una pila de libros ilustrados. Me la quedo mirando, incrédula, y ella se encoge de hombros—. No se la he quitado. La ha dejado por ahí, y me he apuntado el número.

La madre del pequeño aparece justo en ese momento, y sonrío cuando sorprende a Maeve mirándola. Nunca se imaginaría que mi dulce hermana acaba de usurpar la identidad de su hijo de seis años.

No se me ocurre qué más decir aparte de:

—¿Por qué?

—Quiero ver lo mismo que ve la policía —dice Maeve—. Si hay más actualizaciones en lista de espera y, por tanto, más gente interesada en que Simon guardara silencio.

Yo me inclino un centímetro hacia delante, aunque no quiero hacerlo.

—¿Y las hay?

—No, pero sí que hay algo raro. La actualización de Cooper. Está fechada varios días después que las de todos los demás, la noche antes de que Simon muriera. Hay otro archivo anterior marcado con su nombre, pero está encriptado y no puedo abrirlo.

—¿Y entonces?

—No lo sé. Pero es distinto, y eso lo convierte en interesante. Necesito volver con una memoria USB y descargarlo. —Yo parpadeo, intentando recordar en qué momento mi hermana se ha transformado en una pirata informática—. Y hay algo más. El nombre de usuario de Simon en la página es AnarchiSK. Lo he buscado en Google y me aparecen un montón de foros

de 4chan que no dejaban de actualizarse. No he tenido tiempo de leerlos, pero deberíamos hacerlo.

—¿Por qué? —le pregunto mientras ella se pone de pie y se echa la mochila al hombro.

—Porque hay algo raro en todo esto —dice Maeve, como si no hubiera vuelta de hoja, mientras yo la sigo por la puerta y las escaleras—. ¿No te parece?

—El malentendido del año —murmuro. Me detengo en las escaleras vacías, y hace lo mismo. Se gira a medias hacia mí y me dedica una mirada inquisitiva—. Maeve, ¿cómo has conseguido meterte en el panel de administración de Simon? ¿Cómo sabías dónde mirar?

Una sonrisilla asoma en las comisuras de sus labios.

—No eres la única que coge información confidencial de los ordenadores que usan otros.

Yo me la quedo mirando, boquiabierta:

—Así que tú..., o sea, ¿que Simon actualizaba Malas Lenguas desde el instituto? ¿Y se dejó la página abierta?

—Claro que no. Simon era un chico listo. Lo hacía desde aquí. No sé si fue cosa de una vez o si solía colgar sus posts desde la biblioteca, pero le vi aquí un fin de semana, el mes pasado, mientras tú estabas corriendo. Él no me vio a mí. Inicié sesión justo después de él y saqué la dirección del historial. Al principio, no hice nada con ella —me dice, respondiendo a mi mirada de incredulidad con otra de absoluta calma—. Simplemente decidí conservar la información por si acaso era útil en un futuro. Empecé a intentar entrar el día que volviste de la comisaría. —Dándome una palmadita en el brazo, añade—: Desde casa no. Nadie puede rastrearlo.

—Vale, pero... ¿Por qué estabas interesada en su aplicación? Antes de que Simon muriera, quiero decir. ¿Qué pretendías hacer?

Maeve hace un mohín con los labios, en actitud pensativa.

—La verdad es que esa parte todavía no la había pensado. Se me había ocurrido empezar a borrarle los posts después de que los subiera, o ponérselos en ruso. O directamente dismantelar la página.

Muevo los pies y me tambaleo ligeramente, agarrándome a la barandilla para estabilizarme.

—Maeve, ¿es por lo que pasó cuando estabas en primero?

—No. —Los ojos ambarinos de Maeve se endurecen—. Bronwyn, tú eres

la única que sigue pensando en eso, no yo. Yo solo quería ponerle fin a esa estúpida presión que mantenía sobre todo el instituto. Y, bueno —deja escapar una risita breve y seca que reverbera contra las paredes de hormigón de la escalera—, supongo que ya lo ha hecho.

Sigue bajando los escalones a grandes zancadas y empuja con fuerza la puerta de salida cuando llega abajo. Yo la sigo en silencio, intentando asimilar que mi hermana me ha ocultado un secreto muy parecido al que yo le ocultaba a ella. Y que ambos están relacionados con Simon.

Maeve me dedica una luminosa sonrisa cuando salimos fuera, como si nuestra conversación nunca hubiera tenido lugar.

—Bayview Estates nos pilla de camino a casa. ¿Deberíamos pasar a recoger cierta tecnología clandestina?

—Podemos intentarlo. —Le he hablado a Maeve de Nate, que me ha llamado esta mañana para decirme que me dejaba un teléfono en el buzón del número 5 de Bayview Estate Road (una nueva fase de casas a medio construir que suele estar desierta los fines de semana)—. Aunque la verdad es que no sé a qué hora se pone en marcha Nate los sábados.

Tardamos menos de quince minutos en llegar a Bayview Estates y giramos por una calle llena de casas medio acabadas con forma de caja. Maeve me apoya una mano en el brazo cuando nos acercamos al número 5.

—Deja que vaya yo —me dice con aire intimidante y mirando exageradamente a un lado y a otro, como si la policía fuera a aparecer en cualquier momento haciendo sonar la sirena—. Por si acaso.

—Todo tuyo —murmuro.

De todas formas, es probable que hayamos venido demasiado temprano. Ni siquiera son las once.

No obstante, Maeve vuelve haciendo una floritura triunfal y agitando un teléfono negro. Se ríe como una loca cuando se lo arranco de la mano de un tirón.

—¿Estás ansiosa, empollona?

Cuando lo enciendo, solo veo un mensaje. Lo abro y veo a un lagarto de color marrón amarillento plácidamente tumbado sobre una piedra, en una jaula.

«Un lagarto de verdad», dice la imagen, y yo me parto de risa.

—Ay, Dios —murmura Maeve, espiándome por encima del hombro—. Chistecitos privados. Te gusta muchísimo, ¿no?

No quiere que le conteste. Es una pregunta retórica.

Cooper

Sábado, 6 de octubre, 21:20

Cuando llego a la fiesta de Olivia, ya se ha ido casi todo el mundo. Alguien está vomitando en los arbustos cuando abro la puerta principal. Veo que Keely está acucillada junto a Olivia al lado de las escaleras, enfrascada en una de esas intensísimas conversaciones que las chicas tienen cuando se emborrachan. Unos cuantos alumnos de tercero están fumando porros de maría en el sofá. Vanessa está en una esquina, intentando echarle el guante a Nate, que no podría mostrarse menos interesado en ella, e inspecciona el salón a sus espaldas. Si Vanessa fuera un tío, alguien la habría denunciado ya por la cantidad de veces que le ha tocado el paquete a los chicos sin pedir permiso. Cruzo una breve mirada con Nate, y los dos apartamos la vista haciendo como que no nos hemos visto.

Finalmente encuentro a Jake en el patio. Está con Luis, que ha entrado en la casa a buscar más bebida.

—¿Qué quieres? —me pregunta Luis, clavándome los dedos en el hombro.

—Lo que estés tomando tú. —Me siento al lado de Jake, que está sentado de lado en una silla.

—Una fiesta de muerte, ¿eh? —dice, arrastrando las palabras. Después, se ríe y escupe la bebida—. ¿Ya te has cansado de los chistes de asesinatos? Porque yo no.

Me sorprende ver tan borracho a Jake. Suele cortarse bastante durante la temporada de fútbol americano, pero supongo que ha tenido una semana tan de mierda como la mía. De eso precisamente es de lo que vengo a hablar con él. Viendo la torpeza con la que aletea en el aire para intentar ahuyentar a un bicho, no sé si debería intentarlo, siquiera.

Pero lo hago.

—¿Cómo vas? Han sido unos días un poco de mierda, ¿no?

Jake vuelve a reír, pero esta vez no es porque algo le haya hecho gracia.

—Ay, qué comentario tan típico de ti, colega. En vez de hablar de tu semana de mierda, te pones a hablar de la mía. Eres un puto santo, Coop. De verdad que lo eres.

Su tono de voz me advierte que no debería caer en la trampa, pero lo hago.

—¿Te pasa algo conmigo, Jake?

—¿Y qué me iba a pasar contigo? No es que vayas por ahí defendiendo a la puta de mi exnovia ante cualquiera al que le apetezca escucharte. Espera, sí, eso es precisamente lo que estás haciendo.

Jake me mira con los ojos entrecerrados y yo me doy cuenta de que no voy a poder hablar con él de lo que quería. No creo que se sienta muy receptivo a la idea de no pasarse tanto con Addy en el instituto.

—Jake, sé que lo que ha hecho Addy está mal. Lo sabe todo el mundo. Ha cometido un error estúpido.

—Poner los cuernos no es un error, es una elección —dice Jake, furioso, y por un segundo parece completamente sobrio. Tira la botella de cerveza vacía al suelo y ladea la cabeza con mirada acusadora—. ¿Dónde cojones está Luis? ¡Eh! —Agarra del brazo a un alumno de segundo que pasa a su lado, le arranca una cerveza sin abrir de la mano, le quita el tapón y le da un largo sorbo—. ¿Qué te estaba diciendo? Ah, sí. Lo de los cuernos. Es una elección, Coop. ¿Sabes? Mi madre le puso los cuernos a mi padre cuando estaba en tercero de primaria. Nos jodió a toda la familia. Lanzó una granada al centro y... —Hace un ademán con el brazo, derramando su cerveza, mientras imita el sonido de una explosión—. Todo estalló.

—No lo sabía. —Conocí a Jake cuando me mudé a Bayview en octavo, pero hasta que no estuvimos en el instituto no empezamos a salir con el mismo grupo—. Lo siento, tío. Eso empeora las cosas, ¿no?

Jake sacude la cabeza, con los ojos brillantes.

—Addy no tiene ni puta idea de lo que ha hecho. Lo ha mandado todo a la mierda.

—Pero tu padre... perdonó a tu madre, ¿no? ¿No siguen juntos?

Es una pregunta idiota. Estuve comiendo en su casa hace un mes, antes de que empezara todo esto. Su padre estaba haciendo hamburguesas en una barbacoa mientras su madre les contaba a Addy y a Keely que habían abierto un nuevo local de manicura en el centro comercial de Bayview. Todo muy normal, como siempre.

—Sí, están juntos. Pero nada ha vuelto a ser lo mismo. Nunca lo ha sido.

Jake tiene la mirada fija en el frente, con una expresión de asco tan grande que no sé qué decir. Me siento como un capullo por haberle dicho a Addy que debería venir, y me alegro de que haya decidido no hacerme caso.

Luis vuelve y nos tiende una cerveza a cada uno:

—¿Mañana vas a casa de Simon? —le pregunta a Jake.

Pienso que no le he entendido bien, pero Jake responde:

—Supongo.

Luis se da cuenta de la cara de pasmo que se me ha quedado.

—Su madre nos ha pedido a unos cuantos que vayamos a su casa y nos quedemos con un recuerdo suyo antes de que empaqueten sus cosas. Me da un mal rollo infinito, porque yo casi no le conocía, pero parece que ella cree que éramos amigos, así que... ¿qué iba a decirle? —Le da un sorbo a su cerveza y me mira con una ceja enarcada—. Supongo que tú no estás invitado.

—No —digo, sintiéndome un poco mareado.

Lo último que me apetece en el mundo es ponerme a rebuscar entre las cosas de Simon con sus padres delante, pero si todos mis amigos están invitados, el mensaje queda bastante claro. Estoy bajo sospecha, y no soy bienvenido.

—Simon, tío. —Jake sacude la cabeza con solemnidad—. Era jodidamente listo. —Sostiene la cerveza en alto y, por un segundo, tengo la impresión de que va a verterla en el suelo del patio en una especie de despedida póstuma, pero al final se lo piensa mejor y se la bebe.

Olivia se une al grupillo, rodeando la cintura de Luis con un brazo. Supongo que deben de estar otra vez juntos. Me da un toquecito con la otra mano, en la que sujeta su teléfono, y veo que su cara está iluminada con esa expresión que se le pone cuando está a punto de compartir un cotilleo jugoso.

—Cooper, ¿sabes que sales en el *Bayview Blade*?

Por la forma en que lo dice, estoy bastante seguro de que no es la reseña de un partido de béisbol. La noche no hace más que mejorar.

—No tenía ni idea.

—En la edición del domingo, que ya está online. Es sobre Simon. No te acusan, exactamente, pero... los cuatro aparecéis nombrados como sospechosos y mencionan lo que Simon iba a publicar sobre vosotros. Hay fotos de todos vosotros. Y, esto, ya lo han compartido varios cientos de personas, así que... —Olivia me da el teléfono— supongo que ya es de dominio público.

CAPÍTULO QUINCE

Nate

Lunes, 8 de octubre, 14:50

Escucho el alboroto antes de ver las furgonetas. Hay tres aparcadas delante del instituto, con reporteros y cámaras preparados para cuando suene el timbre que marca el final de las clases. No les permiten pisar en el terreno del instituto, pero están todo lo cerca que pueden.

A los alumnos del Bayview les está encantando todo esto. Chad Posner viene corriendo a buscarme después de última hora para decirme que la gente prácticamente está haciendo cola para que la entrevisten.

—Preguntan por ti, tío —me avisa—. Igual prefieres salir por detrás. No tienen permitido entrar en el aparcamiento, así que igual puedes atajar por el bosque con la moto.

—Gracias.

Me piro y busco a Bronwyn en el pasillo. No hablamos mucho en el insti para evitar, como dice ella con esa voz de abogada, que parezca que estamos confabulando. Pero estoy seguro de que está alucinando con todo esto. La veo en las taquillas con Maeve y sus amigas y, por supuesto, tiene cara de estar a punto de echar la pota en cualquier momento. Cuando me ve, me pide que me acerque, sin fingir siquiera que casi no me conoce.

—¿Lo has oído? —me pregunta, y yo asiento—. No se qué hacer. —Una expresión horrorizada ensombrece su rostro, como si acabara de tener una revelación—. Supongo que tendremos que pasar entre ellos con el coche, ¿no?

—Yo conduzco —se ofrece Maeve—. Tú puedes esconderte detrás, o algo así.

—O podemos quedarnos aquí hasta que se vayan —sugiere su amiga—. Esperar a que se cansen.

—No lo soporto —dice Bronwyn.

Probablemente no sea el mejor momento para fijarse en algo así, pero me encanta la forma en que se le suben los colores cuando se altera por algo. Es como si estuviera el doble de viva que el resto de la gente, y me resulta más atractiva de lo que ya está con ese vestidito y esas botas.

—Ven conmigo —digo—. Voy a salir con la moto por detrás, hasta la calle Boden. Yo puedo llevarte al centro comercial y Maeve puede ir a buscarte después.

A Bronwyn se le ilumina la cara cuando Maeve dice:

—Eso puede funcionar. Iré a buscarte en media hora a la zona de restaurantes.

—¿Estás segura de que es buena idea? —murmura la otra chica, mirándome con muy mala cara—. Si os pillan juntos, va a ser diez veces peor.

—No nos van a pillar —atajo, sin más.

No estoy seguro de que Bronwyn se apunte, pero asiente, le dice a Maeve que se verán luego y responde a la mirada furiosa de su amiga con otra más tranquilizadora. Yo experimento una absurda sensación de triunfo, como si me hubiera elegido a mí cuando en realidad lo único que ha elegido es no salir en las noticias de las cinco. Sin embargo, Bronwyn se aprieta contra mí mientras los dos nos dirigimos a la puerta trasera del aparcamiento, como si no le importaran las miradas indiscretas. A eso ya estamos acostumbrados, y por lo menos así no hay micrófonos ni cámaras de por medio.

Le tiendo mi casco y espero a que se acomode en la moto y me rodee con los brazos. Vuelve a abrazarme demasiado fuerte, pero no me importa. Su abrazo mortal, y las piernas que le hace ese vestido son los únicos motivos por los que he montado todo este plan de fuga.

No llegamos al bosque hasta que el estrecho sendero por el que circulamos se ensancha para formar un camino de tierra, junto a una hilera de casas que hay tras el instituto. Cojo todas las carreteras secundarias que hay durante un par de kilómetros hasta llegar al centro comercial, y aparco la moto en el sitio más alejado de la entrada que encuentro. Bronwyn se quita el casco y me lo devuelve, apretándome el brazo mientras tanto. Balancea las piernas para aterrizar sobre el asfalto, con las mejillas sonrojadas y el pelo alborotado.

—Gracias, Nate. Ha sido un detalle.

Yo no quería tener un detalle. Estiro la mano, le rodeo la cintura y la

atraigo hacia mí. Y, entonces, freno en seco, sin saber muy bien qué hacer. Acabo de quedarme fuera de juego. Si alguien me hubiera preguntado hace diez minutos, habría dicho que no estaba jugando a nada, pero ahora mismo me doy cuenta de que es muy probable que sí, y de que no me está saliendo nada bien.

Yo sentado y ella de pie tenemos casi la misma altura. Está lo suficientemente cerca como reparar en que el pelo le huele a manzana verde. No puedo dejar de mirarle los labios mientras espero a que se aparte. Pero no se aparta, y cuando alzo los ojos hacia los suyos, tengo la sensación de que acabaran de aspirarme todo el aire de los pulmones.

Dos pensamientos surgen a toda velocidad en mi cabeza. El primero es que tengo más ganas de besarla que de respirar. El segundo es que, si lo hago, lo mandaré todo a la mierda, y ella dejará de mirarme de esa manera.

Una furgoneta frena en la plaza de aparcamiento que hay a nuestro lado y los dos damos un respingo, preparados para enfrentarnos a los cámaras de las noticias del Canal 7. Pero no es más que una furgoneta normal y corriente, de la que una madre saca a un montón de niños gritones que vienen de un entrenamiento de fútbol. Cuando salen, Bronwyn parpadea y se hace a un lado.

—Ahora ¿qué? —me pregunta.

Ahora espera a que se piren y vuelve aquí conmigo. Sin embargo, ella ya se dirige hacia la entrada.

—Cómprame un bollo gigante por haberte salvado el culo —digo, en cambio.

Ella ríe, y yo me pregunto si se sentirá aliviada por la repentina interrupción.

Pasamos por entre las palmeras en macetas que enmarcan la entrada principal y yo le abro la puerta a una madre con pinta de estar estresadísima y que empuja un carrito doble en el que berrean dos niños pequeños. Bronwyn le dedica una sonrisa comprensiva, pero, en cuanto entramos, la sonrisa se esfuma de su rostro y agacha la cabeza.

—Todo el mundo me mira. Hiciste bien en no sacarte la foto para la orla de clase. La que publicaron en el *Bayview Blade* ni siquiera se te parece.

—No te está mirando nadie —digo yo, pero no es verdad. La chica que está doblando jerséis en Abercrombie & Fitch abre los ojos de par en par y hasta saca el teléfono al vernos pasar—. Y, si te estuvieran mirando, lo único

que tendrías que hacer es quitarte las gafas. Disfraz instantáneo.

Estoy de broma, claro, pero ella se las quita y las guarda en un estuche azul chillón que lleva en la mochila.

—Buena idea, pero sin ellas estoy ciega.

Solo he visto a Bronwyn sin gafas una vez, cuando se las rompieron en un partido de voleibol en clase de Educación Física, en quinto. Fue la primera vez que me di cuenta de que no tenía los ojos azules, como siempre había pensado, sino de un gris claro y luminoso.

—Yo te guío —le digo—. Eso es una fuente. No te metas dentro.

Bronwyn quiere ir a la tienda de Apple, donde inspecciona con los ojillos entrecerrados unos iPod Nanos para su hermana.

—Maeve ha empezado a correr. Siempre coge prestado el mío, pero luego se olvida de cargarlo.

—Te das cuenta de que ese es un problema de niña rica que no le importa a nadie, ¿verdad?

Ella sonrío. No se ha ofendido.

—Tengo que hacerle una lista de música para motivarla. ¿Alguna recomendación?

—Dudo mucho que nos guste la misma música.

—Maeve y yo tenemos unos gustos musicales muy variados. Te sorprenderías. A ver, déjame ver tu biblioteca. —Me encojo de hombros, desbloqueo mi teléfono y ella recorre la lista de iTunes con el ceño cada vez más fruncido—. ¿Qué es esto? ¿Por qué no reconozco nada? —Entonces, me mira—. ¿Tienes el Canon de Pachelbel?

Le quito el teléfono de la mano y me lo guardo otra vez en el bolsillo. He olvidado que lo había descargado.

—Me gusta más tu versión —le digo, y sus labios se curvan en una sonrisa.

Nos dirigimos a la zona de restaurantes mientras hablamos de tonterías, como si fuéramos un par de adolescentes normales. Bronwyn insiste en comprarme un bollo, pero tengo que ayudarla porque no ve tres en un burro. Nos sentamos en una mesa junto a la fuente para esperar a Maeve, y Bronwyn se estira hacia delante para poder mirarme a los ojos.

—Hay una cosa de la que llevo tiempo queriendo hablar contigo. —Enarco las cejas, interesado, hasta que dice—: Me preocupa que no tengas abogado.

Yo le doy un mordisco al bollo y aparto la mirada.

—¿Por qué?

—Pues porque todo esto está empezando a venirse abajo. Mi abogada dice que la cobertura de los informativos está a punto de volverse viral. Ayer me pidió que restringiera la privacidad de todas mis redes sociales. Tú también deberías hacerlo, por cierto. Si es que estás en alguna, porque no he podido encontrarte por ningún sitio. No soy una acosadora, ¿eh? Era solo por curiosidad. —Se sacude levemente, como si intentara ordenar sus pensamientos—. En fin. La presión no hace más que crecer, y tú ya estás con la condicional... Necesitas que te represente alguien bueno.

«Tú eres el único que llama la atención, el chivo expiatorio más evidente». A eso es a lo que se refiere, solo que es demasiado educada para decírmelo. Aparto la silla de la mesa y empiezo a balancearme, apoyado sobre las dos patas traseras.

—Pero eso es bueno para ti, ¿no? Que se centren en mí.

—¡No! —lo dice tan alto que la gente que hay en la mesa más cercana nos mira. Ella baja la voz—. No, es horrible. Pero estaba pensando que... ¿Has oído hablar de Presunción de Inocencia?

—¿Qué?

—Presunción de Inocencia. Es una organización que ha montado la Facultad de Derecho de la California Western para ofrecer asistencia legal gratuita. ¿Te acuerdas de aquel vagabundo condenado por asesinato al que tuvieron que soltar después de que un fallo en el análisis de ADN los llevara hasta el verdadero asesino?

No sé si he oído bien lo que ha dicho.

—¿Me estás comparando con un vagabundo condenado a la pena de muerte?

—Es solo por poner un ejemplo de un caso mediático. También se dedican a otras cosas. Creo que igual deberías echarles un ojo.

La agente López y Bronwyn iban a llevarse de maravilla. Las dos están convencidas de que todos los problemas pueden resolverse si cuentas con el apoyo adecuado.

—No sé para qué.

—¿Te molestaría si los llamara yo?

Dejo caer la silla en el suelo con un golpe. Estoy empezando a ponerme de mala leche.

—No puedes tratar esto como si fuera un asunto del Consejo Escolar,

Bronwyn.

—¡Y tú no puedes quedarte en las vías esperando a que el tren te pase por encima! —Apoya las palmas de las manos sobre la mesa y se acerca a mí, echando rayos por los ojos.

Dios. Es un puto dolor de muelas. Ya no recuerdo por qué tenía tantas ganas de besarla hace unos minutos. Seguramente tiene la intención de convertir toda esta situación en uno de sus proyectos.

—Métete en tus asuntos.

Suena más brusco de lo que pretendía, pero lo digo en serio. He sobrevivido a casi cuatro años de instituto sin que Bronwyn Rojas me dirigiera la vida, y no siento ninguna necesidad de que empiece a hacerlo ahora.

Ella se cruza de brazos y me fulmina con la mirada.

—Estoy intentando ayudarte.

Es entonces cuando me doy cuenta de que Maeve está de pie junto a nosotros, mirándonos primero a uno y luego a otro como si estuviéramos en medio de la partida de ping-pong más aburrida de la historia.

—Esto... ¿Llego en mal momento?

—Llegas en el momento perfecto.

Bronwyn se incorpora bruscamente, se pone las gafas y se echa la mochila al hombro.

—Gracias por traerme. —Su voz suena tan gélida como la mía.

En fin. Me levanto y me dirijo a la salida sin contestar, sintiendo una peligrosa combinación de enfado e inquietud. Necesito distraerme con algo, pero nunca sé qué coño hacer cuando tengo tiempo libre, ahora que ya no paso drogas. Igual dejarlo no ha sido más que retrasar lo inevitable.

Ya casi estoy fuera cuando noto que alguien me tira de la chaqueta. Cuando me giro, unos brazos me envuelven el cuello y el limpio y fresco aroma a manzana verde me envuelve mientras Bronwyn me besa en la mejilla.

—Tienes razón —me susurra su aliento cálido al oído—. Lo siento. No es asunto mío. No te enfades, ¿vale? Creo que no sería capaz de soportarlo si dejaras de hablarme.

—No estoy enfadado...

Intento reaccionar y devolverle el abrazo en lugar de quedarme tieso como un palo de madera, pero ella ya no está, se ha ido corriendo tras su hermana.

Addy

Martes, 9 de octubre, 08:45

No sé cómo, pero Nate y Bronwyn han conseguido esquivar las cámaras. Cooper y yo no hemos tenido tanta suerte. Los dos hemos salido en las noticias de las cinco de los principales canales de San Diego: Cooper al volante de su Jeep Wrangler y yo metiéndome en el coche de Ashton después de abandonar mi bici nueva en el instituto y mandarle un mensaje de puro pánico para suplicarle que viniera a buscarme. Los de las noticias del Canal 7 han conseguido un plano bastante claro de mí y lo han puesto al lado de una foto de cuando tenía ocho años de un concurso de belleza para ser miss infantil del Sureste de San Diego. Un concurso en el que, por supuesto, quedé segunda.

Al menos no hay furgonetas a la vista cuando Ashton para el coche hoy para dejarme en el instituto.

—Llámame si necesitas que vuelva a buscarte —me dice, y yo le doy un breve y fuerte abrazo.

Creí que sería más fácil tener gestos de amor fraternal con ella después del festival de llantos que le di la semana pasada, pero sigue resultándome extraño. De alguna forma me las apañó para hacer que la pulsera se me enganche en su jersey.

—Lo siento —murmuro, y ella me dedica una sonrisa dolorida.

—Ya iremos mejorando con la práctica, no te preocupes.

Ya me he acostumbrado a que la gente me mire, así que el hecho de que ahora lo hagan todavía más descaradamente no me afecta. Cuando salgo de clase en mitad de la hora en Historia es porque noto que va a venirme la regla, no porque tenga necesidad de llorar.

Pero cuando llego al baño me doy cuenta de que no estoy sola. Escucho unas cuantos sonidos ahogados procedentes del último cubículo, y luego quien sea que está ahí metido consigue controlarse. Yo sigo a lo mío —falsa alarma— y me lavo las manos mientras observo en el espejo mis ojos cansados y mi pelo, sorprendentemente exuberante. Da igual lo espantosa que sea el resto de mi vida, siempre consigo tener el pelo perfecto.

Estoy a punto de irme, pero dudo un momento, decido ir al fondo del baño

y me agacho. Por debajo de la puerta del cubículo veo un par de botas militares llenas de rasguños.

—¿Janae?

No responde. Golpeo la puerta con los nudillos.

—Soy Addy. ¿Necesitas algo?

—Dios, Addy —dice Janae con la voz entrecortada—. No. Pírate.

—Vale —respondo, pero no me voy—. Sabes que normalmente soy yo la que se esconde en ese baño hasta quedarse sin lágrimas, ¿no? Así que tengo montones de pañuelos, si te hacen falta. Y colirio. —Janae no dice nada—. Siento mucho lo de Simon. Supongo que no significa nada, después de todo lo que habrás tenido que escuchar, pero... me impactó mucho lo que pasó. Debes de echarle mucho de menos.

Janae sigue callada, y yo me pregunto si habré vuelto a meter la pata. Siempre he pensado que Janae estaba enamorada de Simon y que él pasaba de ella. Igual llegó a decírselo antes de que muriera y él la rechazó. Eso lo empeoraría todo.

Estoy a punto de irme cuando Janae deja escapar un profundo suspiro. La puerta del cubículo se abre, dejando a la vista su rostro hinchado, y su ropa, completamente negra.

—El colirio me vendría bien —dice, frotando sus ojos de mapache.

—Y los pañuelos también —le sugiero, poniéndole ambas cosas en la mano.

Ella resopla con algo parecido a una risa.

—Qué bajo has caído, Addy. Antes nunca habías hablado conmigo.

—¿Y eso te molestaba? —le pregunto, con sincera curiosidad.

Janae nunca me ha parecido una chica que estuviera demasiado interesada en encajar. No como Simon, por ejemplo, que siempre estaba merodeando cerca de los grupos más influyentes para intentar colarse en ellos.

Janae moja un pañuelo en el lavabo y se restriega los ojos, manteniendo durante todo el proceso la mirada fija en mí.

—Que te jodan, Addy. En serio, ¿qué clase de pregunta es esa?

No me ofendo como lo habría hecho en otras circunstancias.

—No sé. Supongo que ha sido una estupidez. Es solo que acabo de darme cuenta de que se me dan fatal los códigos sociales.

Janae se echa un chorro de colirio en cada ojo y los círculos de mapache que le rodean los párpados vuelven a aparecer. Le tiendo otro pañuelo de

papel para que pueda repetir el proceso de secado.

—¿Por qué?

—Resulta que el popular es Jake, no yo. Por lo visto yo me aprovechaba de su popularidad.

Janae retrocede un paso para apartarse del espejo.

—Nunca pensé que te escucharía decir eso.

—Soy amplia, contengo multitudes —le digo. Ella pone unos ojos como platos—. *Canto a mí mismo*, ¿no? De Walt Whitman. Empecé a leerlo después del funeral de Simon. No entiendo la mayor parte, pero por alguna razón es reconfortante.

Janae sigue frotándose los ojos.

—Eso mismo me pareció a mí. Era el poema favorito de Simon.

De repente, pienso en Ashton y en cómo se las ha ingeniado durante las dos últimas semanas para evitar que me volviera loca. Y también en Cooper, que me ha defendido delante de todo el instituto, aunque en realidad no seamos amigos.

—¿Tienes alguien con quien puedas hablar?

—No —murmura Janae, y sus ojos vuelven a llenarse de lágrimas.

Sé, por experiencia propia, que no va a agradecerme que la conversación se alargue. En algún momento vamos a tener que cortar y volver a clase.

—Bueno, si quieres hablar conmigo..., últimamente tengo mucho tiempo libre. Y también mucho espacio en mi mesa de la cafetería. No sé, tómatelo como una invitación, o como quieras. De todas maneras, quiero que sepas que siento mucho lo de Simon. Nos vemos.

En general, creo que salgo del paso bastante bien. Al final ha dejado de insultarme, y todo.

Vuelvo a Historia, pero la clase ya casi ha terminado y después es la hora de comer: mi momento preferido del día. Le he dicho a Cooper que deje de sentarse conmigo, porque no soporto la forma en que lo trata todo el mundo por hacerlo, pero la verdad es que soporto mucho peor tener que comer sola. Estoy a punto de saltarme el almuerzo e ir a la biblioteca cuando una mano me tira de la manga.

—Oye...

Es Bronwyn, que está bastante mona con esa cazadora ajustada y esas manolequinas a rayas. Lleva el pelo cortado en capas brillantes y suelto sobre los hombros. Con una punzada de envidia, me doy cuenta de lo tersa que

tiene la piel. Supongo que los granos gigantes no son un problema para ella. Creo que nunca he visto a Bronwyn tan guapa. Estoy tan distraída dándole vueltas a ese pensamiento que casi no escucho lo que me dice a continuación:

—¿Quieres comer con nosotras?

—Ah. —La miro con la cabeza ladeada. He pasado más tiempo con Bronwyn en las últimas dos semanas que en los últimos tres años de instituto, pero no lo hemos pasado... como amigas—. ¿De verdad?

—Sí. Bueno... Ahora tenemos algunas cosas en común, así que...

Bronwyn pierde el hilo y aparta la mirada. Me pregunto si alguna vez se habrá planteado que yo sea la culpable de todo esto. Debe de haberlo pensado, porque yo a veces pienso lo mismo de ella. En plan genio malvado, como los malos que hay en los dibujos animados. Sin embargo, ahora que la tengo delante con esos zapatitos tan monos y esa sonrisilla invitante, me parece imposible que haya hecho algo así.

—Vale —respondo.

Sigo a Bronwyn hasta la mesa en la que está sentada con su hermana, Yumiko Mori y una chica alta, con pinta de ser bastante sosa, que no conozco. Es mejor que pasarme la hora de la comida en la biblioteca, desde luego.

Cuando salgo del instituto después de última hora, no veo nada —ni furgonetas de noticias, ni reporteros—, así que le mando un mensaje a Ashton para decirle que no venga a recogerme y aprovecho para volver a casa en bici. Paro en el semáforo eterno que hay en la calle Hurley, y apoyo los pies en el suelo mientras miro a mi izquierda, a los escaparates del centro comercial: ropa barata, joyas baratas, móviles baratos. Y peluquerías baratas que no se parecen ni de lejos a la que voy yo en San Diego, y que me cobra sesenta dólares cada seis semanas solo por mantener a raya las puntas abiertas.

Noto el pelo húmedo bajo el casco. Me da calor, me pesa. Antes de que el semáforo cambie de color, giro la bici, salgo de la carretera y entro en el aparcamiento del centro comercial. Aparco delante de una peluquería que se llama Supercorte, me quito el casco y entro.

—Hola. —La chica que hay tras la caja registradora solo tiene un par de

años más que yo y lleva una camiseta negra muy ligera que deja a la vista los coloridos y floridos tatuajes que le cubren los brazos y los hombros—. ¿Quieres repasarte las puntas?

—Cortar, más bien.

—De acuerdo. No tenemos mucha gente, así que puedo atenderte ahora mismo.

Me guía hacia un sillón barato que pierde relleno y las dos miramos mi reflejo en el espejo mientras ella me pasa las manos por el pelo.

—Lo tienes precioso.

Yo observo las brillantes ondas que pasan entre sus manos.

—Necesito cortármelo.

—¿Un par de dedos?

Sacudo la cabeza.

—Todo.

A ella se le escapa una risita nerviosa.

—¿Por los hombros, a lo mejor?

—Todo —repito.

Ella abre los ojos de par en par, alarmada.

—Ay, no lo dices en serio. ¡Tienes un pelo precioso!

Desaparece a mis espaldas y vuelve con una encargada. Se quedan ahí, discutiendo algo en voz baja durante un par de minutos. La mitad de la peluquería me está mirando. Me pregunto cuántos vieron anoche las noticias, y cuántos pensarán que no soy más que una adolescente impulsiva y hormonal.

—A veces la gente viene pidiendo un cambio radical que en realidad no quieren —me dice la encargada, con cautela.

No la dejo terminar. Estoy hasta las narices de que la gente me diga lo que quiero o de dejar de querer.

—Bueno, ¿aquí cortáis el pelo o voy a tener que irme a otro sitio?

Ella retuerce entre los dedos un mechón de su propio pelo, teñido de rubio.

—No querría que te arrepintieras. Si quieres un cambio de look, podrías probar...

En la repisa que tengo enfrente hay unas tijeras. Las cojo. Antes de que nadie pueda detenerme, cojo un manojo de pelo y me lo corto por encima de la oreja. Por la peluquería se extiende un grito ahogado. Clavo la mirada en la chica tatuada a través del espejo.

—Arréglamelo —le digo.
Y ella obedece.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Bronwyn

Viernes, 12 de octubre, 19:45

Cuatro días después de aparecer en el telediario local, la historia salta a la televisión nacional, en el programa de investigación de Mikhail Powers.

A mí no me pilla de sorpresa, porque los productores han estado intentando contactar con mi familia durante toda la semana. Por supuesto, no hemos contestado, porque tenemos un mínimo de sentido común y porque nos lo ha aconsejado Robin. Nate tampoco, y Addy me dijo que Cooper y ella también se han negado a hacer declaraciones. Así que el programa se emitirá dentro de quince minutos sin comentarios de ninguna de las personas implicadas.

A no ser que alguien haya mentido, cosa que siempre es una posibilidad.

La cobertura que hicieron los informativos locales fue penosa. Quizá fueron imaginaciones mías, pero estoy bastante segura de que mi padre arrugó la cara cuando me presentaron como la «hija del famoso empresario Javier Rojas». Salió de la habitación cuando una cadena dijo que su nacionalidad era chilena, en lugar de colombiana. Todo esto me ha hecho desear, por enésima vez desde que empezó, haberme quedado con ese maldito suspenso en Química.

Maeve y yo estamos tumbadas en la cama, observando cómo avanza la cuenta atrás en mi despertador antes de convertirme en un escándalo nacional. Bueno, eso es lo que hago yo. Ella está revisando los foros de 4chan que encontró en el panel de administración de Simon.

—Mira esto —me dice, girando el ordenador hacia mí.

El debate, que es larguísimo, trata sobre un tiroteo que hubo la primavera pasada en un colegio a unos cuantos distritos de distancia. Un chico de segundo se escondió una pistola en la chaqueta y empezó a disparar en el pasillo después de primera hora. Murieron siete alumnos y un profesor antes

de que el chaval se disparara a sí mismo. Tengo que leer un par de veces varios de los comentarios antes de darme cuenta de que no condenan lo que hizo el chico, sino que lo felicitan. Son un montón de pirados que se alegran de lo que hizo.

—Maeve. —Entierro la cabeza entre los brazos, porque no puedo leer una palabra más—. ¿Qué leches es esto?

—Un foro que hace unos meses tenía obsesionado a Simon.

Levanto la cabeza para mirarla.

—¿Simon publicó ahí? ¿Cómo lo sabes?

—Porque utilizó el mismo usuario que en Malas Lenguas: AnarchiSK — contesta Maeve.

Yo repaso el hilo muy deprisa, pero es demasiado largo como para captar un nombre específico.

—¿Estás segura de que era Simon? Igual había otro usuario con el mismo nombre.

—He estado revisando los posts y, sin duda, era Simon —dice—. Hace referencias a sitios de Bayview, habla de asociaciones de las que formaba parte en el instituto y menciona su coche un par de veces. —Simon conducía un Volkswagen Escarabajo de los 70 del que estaba extrañamente orgulloso. Maeve se apoya contra los almohadones y se muerde el labio inferior—. Es mucho, pero pienso leerlo entero cuando tenga tiempo.

No se me ocurre nada que pudiera apetecerme menos.

—¿Por qué?

—Porque el hilo está lleno de gente rarísima que está de la olla —dice Maeve—. Tal vez Simon hiciera aquí algunos enemigos. De todas maneras, merece la pena echarle un vistazo. —Vuelve a coger su portátil y añade—: El otro día saqué de la biblioteca el archivo encriptado sobre Cooper, pero no he conseguido abrirlo. De momento.

—Chicas. —La voz de mi madre suena angustiada cuando nos llama desde el piso de abajo—. Ya es la hora.

Es verdad. Toda la familia va a ver unida el programa. Este es un círculo del infierno de Dante que no se me habría ocurrido nunca que pudiera existir.

Maeve cierra el portátil y yo me levanto de la cama. Escucho una leve vibración procedente de mi mesilla de noche, y abro el cajón para sacar el móvil de Nate.

«Disfruta del espectáculo», dice su mensaje.

«No tiene gracia», contesto yo.

—Deja eso —me dice Maeve, fingiendo ponerse seria—. Ahora no es buen momento.

Bajamos las escaleras hasta el salón, donde mi madre ya está acomodada en un sillón, con una copa de vino llena hasta el borde. Mi padre está en modo Ejecutivo Nocturno, vestido con su rebeca de lana preferida y rodeado por media docena de dispositivos de comunicación distintos. En la pantalla de la tele reluce un anuncio de papel higiénico cuando Maeve y yo nos sentamos una al lado de la otra en el sofá y esperamos a que empiece el programa de investigación de Mikhail Powers.

El programa se centra siempre en crímenes reales y es bastante amarillista, pero resulta más creíble que otros del mismo estilo porque el presentador viene de los informativos serios. Durante años estuvo en las noticias de una de las principales cadenas, y eso le confiere cierta seriedad a los casos que expone.

Siempre lee el avance con su voz profunda y autoritaria mientras en la pantalla desfila una serie de fotos policiales granuladas.

«Una joven madre desaparecida. La revelación de una doble vida. Y, un año más tarde, un arresto sorprendente. ¿Se habrá hecho justicia, al fin?».

«Una prominente pareja es asesinada. Su devota hija es sospechosa. ¿Será posible encontrar la pista clave para desenmascarar al asesino en su cuenta de Facebook?».

Me sé la fórmula de memoria, así que no debería sorprenderme tanto cuando la aplica a mi caso.

«La misteriosa muerte de un alumno de instituto. Cuatro compañeros de clase con secretos que ocultar. Cuando la policía está en un callejón sin salida, ¿cuál es el siguiente paso?».

Una oleada de miedo me recorre todo el cuerpo: me duele el estómago, se me cierran los pulmones y hasta la boca empieza a saberme mal. Llevo casi dos semanas sintiéndome interrogada y escrutada, soportando susurros y miradas que me juzgan. He tenido que evitar acusaciones sobre la muerte de Simon que han venido de la policía y los profesores, y ver cómo sus ojos se endurecían mientras leían entre líneas cosas que no existían. A estas alturas esperaba alguna otra sorpresa: que en la página de Tumblr apareciera un vídeo mío accediendo a los archivos del ordenador del profesor Camino, o que la policía presentara cargos. Pero nada ha sido tan crudo y real como ver

mi foto del anuario aparecer por encima del hombro de Mikhail Powers por la televisión nacional.

Hay un plano de Mikhail y su equipo en Bayview, pero la mayoría del programa se desarrolla delante de un elegante escritorio cromado en su estudio de Los Ángeles. Tiene el cabello y la piel tersos y oscuros, unos ojos inexpresivos y el vestuario más conjuntado que he visto en mi vida. Estoy segura de que, si hubiera conseguido estar un momento a solas conmigo, se me habrían escapado un montón de cosas que no debería decir.

—Pero ¿quiénes son los Cuatro de Bayview? —pregunta Mikhail, mirando con intensidad a cámara.

—Ya os han puesto un mote —me susurra Maeve, pero no en voz lo suficientemente baja como para que mi madre no lo escuche.

—Maeve, esto no tiene ninguna gracia —dice, tensa, mientras la cámara muestra un par de tomas de las oficinas de mis padres.

Ay, no. Van a empezar conmigo.

«La estudiante modelo Bronwyn Rojas procede de una exitosa familia que ha sufrido el trauma de la larga enfermedad de su hija menor. ¿Acaso la presión por dar la talla la ha llevado a copiar y a renunciar a Yale para siempre?». Todo ello seguido de una declaración de un portavoz de Yale que confirma que, efectivamente, aún no he solicitado plaza en su centro.

Hay para todos. Mikhail indaga en profundidad en el pasado de reina de la belleza infantil de Addy, habla con varios comentaristas de béisbol sobre los porcentajes de dopaje en deportistas de instituto y sobre las consecuencias que eso puede tener en la carrera de Cooper y expone los detalles del arresto por tráfico de drogas de Nate y su condicional.

—No es justo —me susurra Maeve al oído—. No han dicho nada de que su padre es un borracho y su madre está muerta. ¿Dónde está el contexto?

—De todas maneras, él no habría querido que lo dijeran —respondo, también susurrando.

Veo tensa todo el programa hasta que comienza una entrevista con un abogado de Presunción de Inocencia. Como ninguno de nuestros abogados se ha prestado a hablar con él, el equipo de Mikhail ha contactado con la organización en calidad de expertos en la materia. El abogado con el que hablan, Eli Kleinfelter, no me saca ni diez años. Tiene el pelo rizado y alborotado, una perillita rala y unos ojos oscuros e intensos.

—Esto es lo que yo diría si fuera su abogado —dice, y me inclino hacia la

televisión a mi pesar—. Toda la atención está centrada en estos cuatro jóvenes. Los están revolcando por el barro sin que, después de semanas de investigación, haya pruebas que los vinculen con ningún crimen. Sin embargo, había un quinto chico en el aula, ¿verdad? Y parece de ese tipo de chicos que tienen más de cuatro enemigos. Así que, díganme, ¿quién más tenía motivos para querer asesinarlo? ¿Qué es lo que no se está contando? Yo me centraría en eso.

—Exactamente —dice Maeve, poniendo mucho énfasis en cada sílaba.

—Y tampoco se debería presuponer que Simon era la única persona con acceso al panel de administración de Malas Lenguas —continúa Eli—. Cualquiera pudo acceder antes de que muriera y haber visto, o modificado, las publicaciones.

Miro a Maeve, pero esta vez no dice nada. Se limita a mirar fijamente la pantalla, con una media sonrisa en la cara.

No consigo quitarme de la cabeza las palabras de Eli en toda la noche. Ni siquiera mientras hablo por teléfono con Nate, medio viendo *Battle Royale*, que es bastante mejor que muchas de las pelis que le gustan a Nate. Entre el programa de investigación y nuestra excursioncita al centro comercial el lunes —que es en lo único que pienso obsesivamente cuando no estoy imaginando que voy a ir a la cárcel—, no consigo concentrarme. Ahora mismo hay demasiadas cosas intentando hacerse un hueco en mi cerebro.

Nate estaba a punto de besarme, ¿verdad? Y yo quería que lo hiciera. Entonces, ¿por qué no nos besamos?

Por fin alguien lo ha dicho. ¿Por qué nadie ha empezado a buscar a otros sospechosos?

Me pregunto si Nate y yo habremos entrado oficialmente en la *friendzone*.

El programa de Mikhail Powers suele hacer varios episodios de cada investigación, así que esto va a ir a peor.

Nate y yo haríamos una pareja horrible. Creo.

¿De verdad acaban de mandarme un email de la revista *People*?

—¿Qué se te está pasando por esa privilegiada cabeza, Bronwyn? —me pregunta por fin Nate.

Demasiadas cosas, y la mayoría no debería compartirlas, siquiera.

—Quiero hablar con Eli Kleinfelter —le digo—. No sobre ti —añado cuando noto el silencio de Nate—. En general. Me ha provocado curiosidad ver cómo piensa.

—Pero tú ya tienes una abogada. ¿Crees que le gustaría que buscaras una segunda opinión?

Sé que no le gustaría. Robin es partidaria de una estrategia defensiva y de contención: «No le des a nadie nada que pueda usar contra ti».

—No quiero que me represente, ni nada. Solo quiero hablar con él. Igual podría intentar llamarle la semana que viene.

—No te rindes nunca, ¿no?

No suena como un cumplido.

—No —reconozco. Me pregunto si acabo de exterminar cualquier tipo de atracción que Nate pueda haber sentido por mí alguna vez.

Nate calla mientras vemos en la película cómo Shogo finge las muertes de Shuya y Noriko.

—Esta peli no está mal —dice, por fin—. Pero todavía me debes terminar de ver *The Ring* en persona.

Una minúscula corriente eléctrica me recorre el torrente sanguíneo. Bueno, parece que la atracción aún no está muerta, solo en coma y con respiración asistida.

—Lo sé. Pero la logística es difícil. Sobre todo ahora que estamos en el punto de mira.

—Ahora mismo no hay ninguna furgoneta de noticias en la puerta de mi casa.

Ya lo he pensado. Una docena de veces, por lo menos, desde que me lo insinuó el primer día. Y, aunque no termino de entender bien lo que pasa entre Nate y yo, sí que sé una cosa: el próximo paso no va a ser que yo conduzca hasta su casa en mitad de la noche. Empiezo a hacer una lista de excusas excelentes y de todos los motivos prácticos por los que eso es imposible (como, por ejemplo, que el motor del Volvo de mis padres hace muchísimo ruido), cuando me dice:

—Puedo ir a buscarte.

Dejo escapar un suspiro, y me quedo mirando al techo. No sé enfrentarme con estas situaciones, seguramente porque el único escenario en el que se han desarrollado hasta ahora ha sido en mi cabeza.

—Me siento un poco rara yendo a tu casa a la una de la mañana, Nate. No es... lo mismo que ver una peli contigo. Y no te conozco lo suficiente como para... Bueno, como para hacer otra cosa que no sea ver una peli contigo.

Ay, Dios. Este es el motivo por el que no debería haber esperado al último

año de instituto para empezar a salir con chicos. Mientras aguardo su respuesta, la cara me empieza a arder y me siento profundamente agradecida de que no pueda verme.

—Bronwyn. —Su voz no parece burlona, que era lo que me esperaba—. No intento hacer nada que no sea ver una peli contigo. A ver, si tú quisieras, no te diría que no, créeme. Pero el motivo principal por el que te invité a venir pasada la medianoche es porque, de día, mi casa es un asco. Primero, porque verías la pinta que tiene, y no te lo recomiendo. Segundo, porque mi padre está en casa. Y preferiría que no... Bueno, ya sabes, que no te tropezaras con él.

El corazón no deja de darme un vuelco detrás de otro.

—A mí eso no me importa.

—Pero a mí sí.

—Vale. —No termino de entender cómo gestiona Nate su vida, pero, por una vez, no pienso meterme donde nadie me llama, ni a dar mi opinión sobre lo que importa o deja de importar—. Bueno, pues ya se nos ocurrirá algo.

Cooper

Sábado, 13 de octubre, 16:35

No existen buenos lugares para romper con alguien, pero el salón de casa de la otra persona es un lugar lo bastante íntimo. Además, así la persona en cuestión no tiene que ir a ninguna parte. Allí es donde rompo con Keely.

No es por lo que me dijo Yaya. Ya llevaba tiempo pensándolo. Keely es una chica estupenda por mil motivos, pero no es para mí y, sabiéndolo, no puedo obligarla a pasar por todo esto.

Keely quiere que le dé una explicación, y la verdad es que no la tengo.

—Si es por lo de la investigación, ¡a mí no me importa! —me dice, con los ojos llenos de lágrimas—. Yo voy a apoyarte, pase lo que pase.

—No es por eso —le digo.

Bueno, no es solo por eso.

—Y tampoco me creo una sola palabra de lo que dice ese horrible Tumblr.

—Lo sé, Keely. Y te lo agradezco, de verdad que sí.

Esta mañana ha aparecido otra actualización, fanfarroneando sobre cómo hemos salido en las noticias.

La página del programa de Mikhail Powers tiene miles de comentarios sobre los Cuatro de Bayview (un nombre un poco cutre, por cierto. Esperaba algo mejor de un programa de primera línea). Unos piden que los metan en la cárcel. Otros se quejan de lo malcriados y consentidos que están los jóvenes de hoy en día, y de que esto no es más que otro ejemplo de esa decadencia.

Es una buena historia: cuatro alumnos guapos, que destacan en el instituto por una cosa o por otra, todos investigados por asesinato. Y nadie es lo que parece.

Policía de Bayview, apúntate el dato. Quizá deberíais echarle un vistacito a los posts antiguos de Simon. Igual encontraréis alguna pista interesante sobre los Cuatro de Bayview. Ahí lo dejo.

La última parte me ha dejado helado. Simon nunca había escrito nada sobre mí antes, pero no me gusta lo que insinúa. Ni tampoco la repugnante y pesada sensación de que algo nuevo se nos viene encima. Y pronto, además.

—Entonces, ¿por qué haces esto? —Keely se agarra la cabeza con las manos y tiene la cara empapada de lágrimas. Llorar no le sienta mal: ni su cara ni sus ojos están rojos o hinchados. Sus oscuras y húmedas pupilas se clavan en mí—. ¿Te ha dicho algo Vanessa?

—¿Que si Vanessa...? ¿Qué? ¿Qué tendría que haberme dicho?

—No deja de meterse conmigo porque sigo hablando con Addy. Me amenazó con contarte una cosa que ni siquiera debería importarte, porque pasó antes de que empezáramos a salir. —Me mira con expectación, y mi cara de pez parece enfadarla—. O igual debería, sí, porque así me demostrarías que te importo yo. Vas por ahí dando lecciones sobre lo mal que se está comportando Jake, Cooper, pero por lo menos él tiene emociones, no es un robot. Es normal ponerse celoso cuando la chica que te importa está con otro.

—Lo sé.

Keely espera un segundo antes de soltar una risilla sarcástica.

—Así que ya está, ¿no? Ni siquiera eso te provoca un poquito de curiosidad. No te preocupas por mí, ni te sientes celoso. No te importo una mierda.

Hemos llegado a ese punto en el que nada de lo que diga va a estar bien.

—Lo siento, Keely.

—Me enrollé con Nate —dice de repente, mirándome fijamente a los ojos. Tengo que reconocer que me sorprende—. En la fiesta de Luis, la última noche del año pasado. Simon se pasó toda la noche persiguiéndome, y yo

empecé a hartarme. Entonces apareció Nate y pensé: «¿Qué más da? Está bueno, ¿no? Aunque sea una bala perdida». —Me sonrío y veo en su cara una nota de amargura—. Básicamente, lo que hicimos fue besarnos. Esa noche, por lo menos. Y luego tú me pediste salir unas semanas después. —Vuelve a clavarme esa mirada intensa, y no estoy seguro de adónde quiere ir a parar.

—Entonces, ¿estuviste con Nate y conmigo a la vez?

—¿Te habría molestado?

Quiere sacarme algo durante esta conversación. Ojalá supiera qué es para poder dárselo, porque sé que no estoy siendo justo con ella. Sus ojos oscuros están fijos en los míos, sus mejillas están sonrojadas, sus labios ligeramente entreabiertos. Es realmente guapa y, si ahora mismo dijera que me lo he pensado mejor, ella me perdonaría y seguiría siendo el tío más envidiado de todo Bayview.

—Supongo que no me hubiera gustado... —empiezo a decir, pero ella me interrumpe con un sonido que está a medio camino entre una carcajada y un sollozo.

—Ay, Dios, Cooper. Esa cara. En serio, no podría importarte menos. Bueno, para que lo sepas, dejé de enrollarme con Nate en cuanto tú me pediste salir. —Empieza a llorar otra vez, y yo me siento el mayor capullo del planeta—. ¿Sabes?, Simon habría hecho lo que fuera por que lo eligiera a él. Pero tú ni siquiera te planteaste que hubiera más de una opción, porque la gente siempre te elige a ti, ¿verdad? A mí me pasaba igual hasta que tú llegaste a mi vida, y entonces me hiciste sentir invisible.

—Keely, yo nunca he querido...

Pero ya no me está escuchando.

—Nunca te he importado, ¿verdad? Lo único que querías era un buen complemento para quedar bien ante los seleccionadores.

—Eso no es justo...

—Es todo una mentira como una casa, ¿no? Yo, tu bola rápida...

—Nunca he usado esteroides —la interrumpo, repentinamente furioso.

A Keely se le escapa otra carcajada ahogada.

—Bueno, por lo menos hay una cosa que sí te importa.

—Me voy.

Me levanto bruscamente. Una descarga de adrenalina se libera en mis venas mientras salgo apresuradamente por la puerta para no decir algo que no debería. Me hicieron un test de dopaje cuando las acusaciones de Simon se

hicieron públicas y se demostró que estaba limpio. Me hicieron otro en verano, como parte de la rutina de un examen médico intensivo del centro de medicina deportiva de la Universidad de California San Diego justo antes de empezar un régimen y un programa personalizado de entrenamiento. Pero eso fue todo. Y, como muchos esteroides desaparecen del organismo en cuestión de semanas, no podré librarme tan fácilmente de este tipo de acusaciones. Le he dicho al entrenador Ruffalo que no son ciertas y, de momento, ha dejado de contactar con las universidades. Ahora mismo somos parte del circo mediático y las cosas van a tardar un tiempo en calmarse.

Además, Keely tiene razón: todo esto me preocupaba mucho más que nuestra relación. Le debo una disculpa mucho mejor que la insuficiente excusa que acabo de darle, pero...

No sé cómo hacerlo.

CAPÍTULO DIECISIETE

Addy

Lunes, 15 de octubre, 12:15

El machismo debe de estar más vivo que nunca en la cobertura que la televisión hace de los crímenes, porque Bronwyn y yo no somos ni la mitad de populares entre la audiencia que Cooper y Nate. Que Nate, sobre todo. Todas las preadolescentes que escriben sobre nosotros en redes sociales están coladas por él. No les importa lo más mínimo que haya sido condenado por tráfico de drogas, porque tiene unos ojos preciosos.

Lo mismo ocurre en el instituto. Bronwyn y yo somos las descartadas y, aparte de sus amigas, su hermana y Janae, prácticamente nadie habla con nosotras. Lo que sí hacen todos es susurrar a nuestras espaldas. Sin embargo, Cooper sigue resplandeciendo como siempre. Y Nate... Bueno, a ver, Nate nunca ha sido lo que se dice popular. Nunca ha dado la sensación de que le importara demasiado lo que la gente pensara de él, y parece que sigue sin importarle.

—En serio, Addy, deja de enseñarme esas cosas. No quiero verlas.

Bronwyn pone los ojos en blanco, pero no parece enfadada. Supongo que ahora somos amigas, todo lo amiga que uno puede ser de alguien en quien no puedes confiar al cien por cien porque puede estar intentando acusarte de asesinato. No comparte mi obsesión por estar al día de todas las noticias que se publican sobre nosotros. Y eso que me guardo algunas cosas, en especial los horribles comentarios racistas que hacen sobre su familia. Ese es un nivel de mierda adicional que no necesita tener encima. En cambio, le enseño a Janae los artículos más positivos que encuentro:

—Mira, el artículo más compartido de BuzzFeed es la foto de Cooper saliendo del gimnasio.

Janae tiene muy mala pinta. Ha vuelto a perder peso desde la primera vez

que me la encontré en el baño y, ahora más que nunca, está a la que salta. No sé por qué se sienta con nosotras a la hora de comer, porque la mayoría de las veces ni siquiera abre la boca, pero ahora le echa un vistazo a mi teléfono.

—Supongo que le han sacado una buena foto.

Kate me dedica una mirada seria.

—¿Te importaría guardar eso?

Lo hago y, mentalmente, le dedico una peineta. Yumiko es maja, pero Kate es tan insoportable que hace que a veces eche de menos a Vanessa.

No. Decir eso sería una mentira como un piano. Odio a Vanessa. Odio cómo ha metido la cabeza hasta hacerse con el núcleo de mi antiguo grupo de amigos y cómo se pega a Jake como si los dos fueran pareja (aunque Jake no parece demostrar ningún interés en ella). El corte de pelo significa también, en parte, renunciar completamente a Jake, ya que nunca se hubiera fijado en mí hace tres años sin él. No obstante, que haya perdido las esperanzas no quiere decir que no siga atrayéndome.

Después de comer voy al aula de Ciencias de la Tierra y ocupo mi sitio en el asiento junto a mi compañero de laboratorio, que prácticamente ni me mira.

—No os pongáis muy cómodos —nos dice la profesora Mara—, porque hoy vamos a cambiar de parejas. Ya lleváis un tiempo con el mismo compañero, así que hoy vamos a mezclarnos.

Nos da unas instrucciones un poco complicadas: hay personas que tienen que desplazarse a la izquierda, otras a la derecha y el resto quedarse en el sitio. La verdad es que no le presto demasiada atención al proceso hasta que me doy cuenta de que he terminado sentada al lado de TJ.

Tiene la nariz mejor, pero dudo mucho de que vuelva a tenerla recta alguna vez. Me dedica una bobalicona media sonrisa mientras acerca la bandeja llena de rocas que hay frente a nosotros.

—Lo siento. Probablemente esta es tu peor pesadilla, ¿no?

«Que no se te suba a la cabeza, TJ», pienso. Ni siquiera tiene un hueco en mis pesadillas. Los meses de angustia culpable por haberme acostado con él en su casa de la playa parecen pertenecer a otra vida.

—No pasa nada.

Clasificamos rocas en silencio hasta que TJ dice:

—Me gusta tu pelo.

—Sí, claro —resoplo yo.

Con la posible excepción de Ashton, que no es objetiva, a nadie le gusta mi pelo. Mi madre se quedó muerta cuando me vio. Mis antiguas amigas se burlaron abiertamente de mí al día siguiente. Incluso Keely se ríe a mis espaldas. Ahora está con Luis. Es como si, ahora que no puede estar con Cooper, se conformara con su *catcher*. Luis ha dejado a Olivia para estar con ella, pero eso no le ha extrañado a nadie.

—Lo digo en serio. Por fin se te ve la cara. Te pareces a Emma Watson, pero en rubia.

No es verdad, pero supongo que el hecho de que diga eso es un detalle por su parte. Yo sostengo una roca entre el índice y el pulgar y la escruto entrecerrando los ojos.

—¿Qué tipo de roca te parece que es? ¿Ígnea o sedimentaria?

TJ se encoge de hombros.

—Yo no las distingo.

Decido al azar y coloco la roca en el montón de las ígneas.

—TJ, si yo soy capaz de hacer que las rocas me interesen, creo que tú también puedes esforzarte un poquito.

Parpadea, sorprendido, y entonces sonrío.

—Has vuelto.

—¿Qué?

Todo el mundo parece estar absorto en sus rocas, pero él baja la voz de todas formas.

—Fuiste muy divertida cuando... Bueno, la primera vez que quedamos en la playa. Pero todas las veces que te vi después estabas tan... apagada. Siempre dándole la razón a Jake en todo.

Yo clavo una mirada furiosa en la bandeja de rocas que tengo delante.

—Ese no es un comentario muy agradable.

—Lo siento —dice TJ, con voz conciliadora—. Pero es que no entendía cómo podías estar siempre en segundo plano de esa manera. Me lo pasé muy bien contigo. —Se percata de mi mirada fulminante y dice—: No me refiero a eso. O bueno, sí, pero también... ¿Sabes qué? Da igual. Mejor me callo.

—Buena idea —murmuro, cogiendo un puñado de rocas y depositándolas frente a él—. Clasifica estas, ¿vale?

Lo que más me ha dolido del comentario de TJ no ha sido oírle decir que yo siempre estaba en segundo plano, como desaparecida, porque sé que eso es verdad. Lo que no me encaja es todo lo demás. Nadie me ha dicho nunca

que sea divertida. Ni tampoco que se lo haya pasado bien conmigo. Siempre he pensado que TJ me hablaba porque no le hubiera importado volver a enrollarse conmigo. Nunca se me ocurrió pensar que aquel día se lo hubiera pasado bien durante el rato en que no lo estábamos haciendo.

El resto de la clase pasa sin que crucemos palabra más que para mostrar nuestro acuerdo o desacuerdo en la clasificación de las rocas. Cuando suena la campana, cojo la mochila y voy al pasillo sin siquiera mirar atrás.

De repente, una voz a mis espaldas me hace frenar en seco como si acabara de chocar contra una pared invisible.

—Addy.

Mis hombros se tensan cuando me giro. No he intentado volver a hablar con Jake desde que me montó aquel numerito en su taquilla, y me da miedo lo que pueda decirme ahora.

—¿Cómo has estado? —me pregunta.

Casi me echo a reír.

—Ah, bueno, ya sabes. He estado mejor.

Soy incapaz de interpretar su expresión. No parece enfadado, pero tampoco sonrío. De alguna manera, parece distinto. ¿Mayor? No es eso, exactamente, pero... Parece menos joven, tal vez. Lleva dos semanas fingiendo que no existo, y no entiendo por qué de repente me he vuelto otra vez visible.

—Sí... Las cosas deben de estar poniéndose un poco intensas —me dice—. Cooper no suelta prenda. ¿Te apetece...? —Vacila, y se cambia la mochila de un hombro a otro—. ¿Te apetece que hablemos en algún momento?

Noto en la garganta la misma sensación que si me hubiera tragado algo afilado. ¿Me apetece? Jake espera una respuesta, y yo tengo que darme una sacudida mental. Claro que quiero. Es lo único que he querido desde que pasó todo esto.

—Sí.

—Vale. Pues... ¿Esta tarde, quizá? Te escribo luego. —Me sostiene la mirada, sin sonreír, y añade—: Joder, no me acostumbro a verte así el pelo. No pareces tú.

Estoy a punto de responder «Ya lo sé», cuando recuerdo las palabras de TJ: «Estabas tan... apagada. Siempre dándole la razón a Jake en todo».

—Bueno, pues sí lo soy —respondo, en cambio, y enfilo el pasillo sin

darle la oportunidad de que sea él quien rompa el contacto visual.

Nate

Lunes, 15 de octubre, 15:15

Bronwyn se sienta a mi lado sobre una piedra y se alisa la falda sobre las rodillas, con la mirada clavada en las copas de los árboles que hay frente a nosotros.

—Nunca había venido al monte Marshall —me dice.

No me sorprende. El monte Marshall —que en realidad no es un monte sino, más bien, una colina rocosa que da al bosque por el que hemos atajado después de escaparnos del instituto— es el mirador de la zona de Bayview. También es donde la gente joven suele venir a beber, drogarse y enrollarse, aunque no a las tres de la tarde de un lunes. Apostaría cualquier cosa a que Bronwyn no tiene ni idea de lo que pasa aquí los fines de semana.

—Espero que esté a la altura de tus expectativas —le digo.

Ella sonríe.

—Es mucho mejor que una de las rastreras emboscadas del equipo de Mikhail Powers.

Hoy hemos tenido que salir otra vez por los aparcamientos cuando las cámaras han vuelto a presentarse en la puerta del instituto. Me sorprende que todavía no hayan deducido que nos escondemos en el bosque. Ir al centro comercial no me parecía la mejor de las ideas, sobre todo teniendo en cuenta que la exposición mediática ha crecido bastante durante la semana pasada. Así que aquí estamos.

Bronwyn tiene la mirada gacha. Parece que observa cómo una hilera de hormiguitas transporta una hoja sobre otra piedra que hay justo a nuestro lado. Se humedece los labios, con gesto nervioso, y se acerca un poco más. La mayoría del tiempo que paso con ella es a través del teléfono, así que, cuando estamos juntos, soy incapaz de saber en qué piensa.

—He llamado a Eli Kleinfelter —me dice—. El abogado de Presunción de Inocencia.

Ah. Así que estaba pensando en «eso». Me recuesto sobre la roca.

—Vale.

—Ha sido una conversación muy interesante —me dice—. Fue muy majo

hablando conmigo, no le ha sorprendido que le llamara. Me ha prometido que no le contará a nadie que le he llamado.

Con lo lista que es para algunas cosas, para otras Bronwyn es inocente como una niña pequeña.

—¿Y por qué iba a cumplir su promesa? —pregunto yo—. No es tu abogado. Podría volver a hablar con Mikhail Powers sobre ti, si quisiera volver a salir en la tele.

—No lo hará —responde Bronwyn, tranquila, como si lo tuviera todo bajo control—. De todas maneras, tampoco es que le haya contado nada. No hemos hablado sobre mí. Solo le he preguntado qué opinión tenía sobre la forma en que está progresando la investigación.

—¿Y?

—Bueno, me ha repetido algunas de las cosas que dijo en la tele. Que le sorprendía que no se estuviera hablando más de Simon. Eli cree que cualquier persona que gestionara una aplicación como la que tenía Simon, durante tanto tiempo, se habría ganado un buen montón de enemigos que estarían encantados de usarnos a nosotros como chivos expiatorios. También me ha dicho que él se centraría en investigar historias sobre otra gente, aquellas que más revuelo causaron cuando Simon las publicó. Y que luego investigaría a Simon, en general. Vamos, lo mismo que Maeve está haciendo con todo lo que ha encontrado en los foros de 4chan.

—¿La mejor defensa es un buen ataque? —pregunto.

—Eso es. También ha dicho que nuestros abogados no han hecho nada para desmontar la teoría de que nosotros fuimos los únicos con posibilidades de envenenar a Simon. Pudo haberlo hecho otra persona. El profesor Avery, por ejemplo. —Detecto un deje de orgullo en su voz—. Eli dijo exactamente lo mismo que yo, que el profesor Avery es el que más oportunidades tuvo de meter los teléfonos en nuestras mochilas y de contaminar las tazas que había en la clase. Sin embargo, aparte de interrogarlo un par de veces, la policía no le ha prestado demasiada atención.

Yo me encojo de hombros.

—¿Y qué motivos podría tener Avery para querer matar a Simon?

—Tecnofobia —dice Bronwyn. Cuando me río, ella me fulmina con la mirada—. Oye, que eso existe de verdad. Solo es una idea, de todas formas. Eli también mencionó que el choque en el aparcamiento pudo ser un buen momento para que alguien se colara en el aula, aprovechando que todos

estábamos distraídos.

—No estuvimos tanto tiempo en la ventana —rebato, frunciendo el ceño—. Y habríamos escuchado abrirse la puerta.

—¿Seguro? Igual no. Lo que Eli quiere decir es que entra dentro de lo posible. Y dijo otra cosa interesante. —Bronwyn coge una piedrecita del suelo y juguetea con ella mientras razona—: Que deberían investigar el choque en el aparcamiento, que tanta sincronización resulta sospechosa.

—¿Qué quiere decir eso?

—Bueno, está relacionado con lo de antes, que alguien pudo abrir la puerta mientras nosotros estábamos pendientes de los coches. Alguien que supiera lo que estaba a punto de pasar.

—¿Cree que el choque fue planificado? —La miro a los ojos, pero ella me esquiva y lanza la piedrecita hacia los árboles que hay detrás de nosotros—. ¿Estás sugiriendo que alguien maquinó un choque en el aparcamiento para distraernos, colarse en el aula y echarle aceite de cacahuete a Simon en la taza? ¿Una taza que no podía saber que Simon usaría, de no haber estado dentro del aula? ¿Y que luego dejó la taza allí como un imbécil?

—No sería un imbécil si lo que intentara es acusarnos a nosotros —señala Bronwyn—. Pero también sería estúpido que cualquiera de nosotros la hubiera dejado allí, en lugar de buscar una manera de deshacerse de ella. Era muy probable que nadie nos registrara justo después de todo lo que pasó.

—Pero eso sigue sin explicar, para empezar, que alguien que no estuviera en el aula supiera que Simon había cogido una taza de agua.

—Bueno, pero eso ya lo decía el post de Tumblr, ¿no? Que Simon siempre estaba bebiendo agua. Igual estaban al otro lado de la puerta, mirándonos por la ventana... Vamos, eso es lo que dice Eli.

—Ah, bueno, si lo dice Eli... —No sé por qué este tío se ha convertido en el dios de los abogados para Bronwyn. No puede tener más de veinticinco años—. Parece que tiene un montón de teorías de mierda.

Estoy más que dispuesto a discutir con ella, pero Bronwyn no muerde el anzuelo.

—Quizá —dice, recorriendo con los dedos las irregularidades de la roca que nos separa—. Pero últimamente he estado dándole muchas vueltas y... De verdad, Nate, no creo que el asesino sea ninguno de los que estábamos en el aula. Esta última semana he podido tratar más con Addy. —Levanta la mano cuando ve la cara de incredulidad que pongo—. Y no digo que de

repente me haya convertido en la persona que mejor la conoce, ni nada por el estilo, pero de verdad que no puedo imaginármela haciéndole nada malo a Simon.

—¿Y qué me dices de Cooper? Ese tío claramente esconde algo.

—Cooper no es un asesino. —Bronwyn parece segurísima de lo que dice y, no sé por qué, eso me cabrea.

—¿Y eso cómo puedes saberlo? ¿Sois amigos, acaso? Bronwyn, acéptalo de una vez: en realidad, no nos conocemos. Joder, podrías haber sido tú. Eres tan lista que podrías haber planeado algo así de jodido sin que nadie te pillara.

Estoy de broma, pero Bronwyn se pone rígida.

—¿Cómo puedes decir eso?

Se le han encendido las mejillas, y tiene ese aire furioso que tanto me excita. «Un día te sorprenderá lo guapa que es», solía decirme mi madre. Pero mi madre se equivocaba. No me sorprende que Bronwyn sea guapa.

—Pero el propio Eli lo ha dicho, ¿no? —rebato—. Todo es posible. Igual me has traído aquí para empujarme colina abajo y romperme el cuello.

—El que me ha traído aquí has sido tú —señala Bronwyn, con los ojos abiertos de par en par. No puedo evitar reírme.

—Venga, vamos. No creerás que... Bronwyn, si aquí casi ni hay cuesta. Empujarte desde esta roca no cuenta como plan maléfico si lo único que consigo es que te tuerzas un tobillo.

—Eso no tiene gracia —responde ella, pero veo cómo la sonrisa le tiembla en los labios.

Está resplandeciente bajo el sol de tarde, que le arranca brillos dorados a su pelo oscuro. Por un segundo, casi no puedo ni respirar.

Dios, menuda chica.

Me levanto y le ofrezco mi mano. Ella me mira como si no terminara de fiarse de mí, pero me la coge y la ayudo a levantarse. Alzo en el aire la mano que tengo libre.

—Bronwyn Rojas, juro solemnemente no asesinarte, ni hoy, ni en un futuro cercano. ¿Trato hecho?

—Eres un payaso —murmura, sonrojándose aún más.

—Me preocupa que intentes evitar prometerme que tú tampoco me asesinarás a mí.

Ella pone los ojos en blanco.

—¿Eso es lo que le dices a todas a las chicas que traes aquí?

Ups. Igual sí que está al tanto de la reputación que tiene el monte Marshall, después de todo.

Me acerco hasta que solo nos separan un par de centímetros.

—Todavía no has respondido a mi pregunta.

Bronwyn se aproxima y me acerca los labios al oído. Está tan cerca que noto el latido de su corazón cuando susurra:

—Prometo no asesinarte.

—Qué sexy.

Quería decirlo en broma, pero la voz me sale como un gruñido. Cuando veo que sus labios se entreabren, la beso antes de que empiece a reírse. Una oleada de energía se apodera de mí mientras tomo su rostro entre mis manos, y mis dedos sostienen sus pómulos y la línea que marca su mandíbula. Debe de ser la adrenalina la que hace que el corazón me lata tan deprisa. Toda esa mierda de «nadie podría entender la conexión que hay entre nosotros». O igual es la suavidad de sus labios, el olor a manzana verde de su pelo o la forma en que me rodea el cuello con los brazos, como si no quisiera soltarme. Sea lo que sea, la beso todo el tiempo que me deja hacerlo y, cuando se aparta, intento atraerla de nuevo hacia mí, porque me ha sabido a poco.

—Nate, mi teléfono —dice. Entonces me percató del insistente y cantarín tono de mensaje de su teléfono—. Es mi hermana.

—Pues que se espere —digo, enterrando una mano en su pelo y besándole la mandíbula hasta el cuello.

Ella se estremece y hace un ruidito con la garganta. Eso me gusta.

—Es que... —Las yemas de sus dedos me recorren la nuca—. No me estaría escribiendo tantos mensajes si no fuera importante.

Maeve es nuestra coartada —se supone que Bronwyn y ella están juntas en casa de Yumiko—, y yo me aparto de mala gana para que Bronwyn pueda agacharse y sacar el móvil de la mochila.

Mira la pantalla y reprime un grito.

—Ay, Dios. Mi madre también está intentando llamarme. Robin dice que la policía me ha citado en comisaría. Dice, literalmente: «Para revisar un par de cosas».

—Probablemente es la misma mierda de siempre. —Consigo parecer tranquilo, aunque no es así como me siento.

—¿A ti te han llamado? —me dice. Por cómo lo hace, cualquiera diría que

esperara que sí, y se odiara por ello.

No he oído sonar mi teléfono, pero de todas maneras lo saco del bolsillo para echar un vistazo.

—No.

Ella asiente y empieza a mandar mensajes como loca.

—¿Le digo a Maeve que venga a buscarme aquí?

—Mejor quedamos en mi casa. Está a mitad de camino entre este lugar y la comisaría.

En cuanto lo digo, me arrepiento (sigo sin querer que Bronwyn se acerque a mi casa a la luz del día), pero es lo más práctico. Y tampoco hace falta que entremos.

Bronwyn se muerde el labio.

—¿Y si hay periodistas?

—No los habrá. A estas alturas ya deben de haberse dado cuenta de que no hay nadie en casa. —Sigue pareciendo preocupada, así que añado—: Mira, si quieres, lo que podemos hacer es aparcar en casa de mi vecino e ir andando. Si hay alguien, te llevaré a otro sitio. Pero no habrá nadie allí, confía en mí.

Bronwyn le manda a Maeve mi dirección y caminamos hasta donde he aparcado la moto, al final del bosque. La ayudo a ponerse el casco y monta de paquete, abrazándose a mi cintura cuando yo arranco el motor.

Yo conduzco por carreteras estrechas y sinuosas hasta que llegamos a mi calle. El Chevrolet oxidado de mi vecino está en la entrada de su casa, en el mismo sitio que lleva aparcado los últimos cinco años. Aparco al lado, espero a que Bronwyn baje y la cojo de la mano mientras la guío desde el jardín de mi vecino al de mi casa. A medida que nos vamos acercando, veo la casa tal y como debe estar viéndola Bronwyn, y me maldigo por no haberme molestado en cortar el césped en todo el año.

De repente, ella frena en seco y deja escapar un grito, pero no es porque el césped nos llegue casi hasta la altura de la rodilla.

—Nate, hay alguien en la puerta de tu casa.

Yo también me quedo parado e inspecciono toda la longitud de la calle, buscando furgonetas de noticias. Pero no hay ninguna. El único coche que hay está aparcado justo enfrente de mi casa. Es un Kia abollado. Igual es que han empezado a camuflarse mejor.

—Quédate aquí —le digo a Bronwyn.

Ella no me hace caso y me acompaña mientras me acerco a la entrada de

casa para ver mejor a quien sea que esté en la puerta.

No es una periodista.

Se me queda la boca seca y me empieza a palpar la cabeza. La mujer que está llamando al timbre se da media vuelta y se queda ligeramente boquiabierta al verme. Bronwyn sigue detrás de mí, y su mano se suelta de la mía. Yo sigo avanzando sin ella.

Me sorprende lo natural que suena mi voz cuando digo:

—¿Qué pasa, mamá?

CAPÍTULO DIECIOCHO

Bronwyn

Lunes, 15 de octubre, 16:10

Maeve aparca en la entrada de casa de Nate unos segundos después de que la señora Macauley se dé media vuelta. Yo estoy de pie, con todo el cuerpo rígido, los puños cerrados a ambos lados y el corazón latiendo desbocado mientras miro fijamente a una mujer que creía que estaba muerta.

—¿Bronwyn? —Maeve baja la ventanilla y asoma la cabeza—. ¿Estás lista? Mamá y Robin ya están en la comisaría. Papá va a intentar salir del trabajo, pero tiene una reunión de la junta directiva. He tenido que mentir un poco para explicar por qué no respondías al móvil. Tienes el estómago revuelto, ¿vale?

—Has acertado —murmuro.

Nate me da la espalda. Su madre le está hablando, lo mira con ojos ávidos, pero soy incapaz de oír una sola palabra de lo que le dice.

—¿Qué? —Maeve sigue mi mirada—. ¿Quién es esa?

—Te lo cuento en el coche —le digo, apartando los ojos de Nate—. Vamos.

Ocupo el asiento del copiloto del Volvo, que tiene la calefacción puesta a todo trapo porque Maeve siempre tiene frío. Sale de la entrada con las prudentes maniobras de quien acaba de sacarse el carné de conducir, pero no deja de hablar en ningún momento:

—Mamá ya ha empezado a montar su numerito de fingir que no está asustada, pero en realidad se muere de miedo —me dice, pero yo la escucho solo a medias—. Supongo que la policía no le ha dicho demasiado. Ni siquiera sabemos si también han llamado a los demás. ¿Sabes si Nate también tiene que ir?

Yo recupero la atención de repente.

—No. —Por una vez, me alegro de que a Maeve le guste tener el coche convertido en un horno, porque es lo único que me ayuda a mantener a raya el escalofrío que me recorre la columna—. Él no tiene que venir.

Al acercarse a una señal de STOP, Maeve frena. El coche da un respingo y ella aprovecha para mirarme.

—¿Qué pasa?

Yo cierro los ojos y me apoyo contra el reposacabezas.

—Esa era la madre de Nate.

—¿Quién?

—La mujer que acabas de ver en casa de Nate. Era su madre.

—Pero...

Maeve deja la frase a medias. Escucho el intermitente, me doy cuenta de que está a punto de girar y que necesita concentrarse. Cuando la maniobra termina y el coche vuelve a seguir una trayectoria recta, me dice:

—Pero está muerta.

—Aparentemente, no.

—No entiendo, pero eso, eso... —murmura Maeve durante unos segundos. Yo mantengo los ojos cerrados—. Entonces, ¿qué pasa? ¿Él no sabía que estaba viva? ¿O es que te ha mentado acerca de eso?

—No hemos tenido tiempo de hablar de ello, la verdad —digo yo.

Pero es la pregunta del millón. Recuerdo que, hace tres años, escuché rumores de que la madre de Nate había muerto en un accidente de coche y, más o menos por aquella misma época, mi tío materno murió de la misma manera. Aquello hizo que me solidarizara mucho con Nate, pero nunca le pregunté por ello. Sin embargo, estas últimas semanas lo he hecho, y Nate no ha querido hablarme del tema. Lo único que me ha contado es que no volvió a saber de su madre desde el momento en que ella se arrepintió de su plan de llevarlo a Oregón, y luego se enteró de que había muerto. Nunca me contó nada sobre el funeral. Ni sobre nada, en realidad.

—Bueno —la voz de Maeve suena alentadora—, igual ha sido una especie de milagro, o algo así. Igual fue una especie de desafortunado malentendido y todo el mundo pensaba que estaba muerta, pero en realidad tenía... amnesia. O puede que estuviera en coma.

—Claro —respondo yo, resoplando—. Y probablemente Nate tenga un gemelo malvado que esté detrás de todo esto, porque estamos dentro de una telenovela.

Pienso en la cara que ha puesto Nate justo antes de separarse de mí. No parecía sorprendido. Ni tampoco contento. Parecía... impasible. Era la misma cara que ponía mi padre cada vez que Maeve sufría una recaída. Era como si Nate fuera a enfrentarse a una enfermedad que temía que pudiera reaparecer en algún momento, y con la que ahora tenía que lidiar.

—Ya estamos —dice Maeve, deteniendo el coche con mucho cuidado.

Yo abro los ojos.

—Has aparcado en una plaza de minusválidos —le digo.

—Es que no voy a quedarme, solo he venido a traerte. Buena suerte. — Estira el brazo y me da un apretón en la mano—. Seguro que todo sale bien.

Yo entro muy despacio en la comisaría y le digo mi nombre a la mujer que hay detrás del cristal que separa la recepción de la entrada. Ella me dirige a una sala de reuniones que hay al fondo del pasillo. Cuando entro, mi madre, Robin y el detective Mendoza ya están sentados alrededor de una mesita redonda. El corazón me da un vuelco al ver que ni Addy ni Cooper están presentes y que el detective Mendoza tiene un portátil frente a él.

Mi madre me mira con cara de preocupación:

—¿Cómo tienes el estómago, cielo?

—No muy bien —respondo yo, con total sinceridad, ocupando la silla que hay a su lado y dejando la mochila en el suelo.

—Bronwyn no está bien —dice Robin, lanzándole una mirada gélida al detective Mendoza. Viste un traje azul marino y un largo collar con un montón de hileras de cuentas—. Esta conversación deberías estar teniéndola conmigo, Rick. Yo habría podido informar perfectamente a Bronwyn y sus padres más tarde.

El detective Mendoza pulsa una tecla del portátil.

—No pretendo alargarme. Y soy de los que piensa que siempre es mejor tratar las cosas cara a cara. Bronwyn, ¿sabías que Simon tenía una web enlazada a Malas Lenguas en la que solía escribir entradas más largas?

Robin me interrumpe antes de que pueda responder.

—Rick, no pienso dejar que Bronwyn conteste a ninguna pregunta hasta que me digas por qué está aquí. Si tienes algo que contarnos o que mostrarnos, por favor, hazlo.

—Eso es lo que estoy haciendo —dice el detective Mendoza, girando el portátil para que quede frente a mí—. Uno de tus compañeros de clase nos informó de una publicación que estuvo circulando hace unos dieciocho

meses, Bronwyn. ¿Te suena de algo?

Mi madre acerca su silla a la mía y Robin lee por encima de mi hombro. Yo clavo los ojos en la pantalla, pero yo ya sé lo que estoy a punto de leer. Llevo semanas preocupada de que esto saliera a la luz.

Seguramente debería haber dicho algo, pero ya es demasiado tarde.

Noticia de última hora: la fiesta de fin de curso de LV no es un acto benéfico, no nos engañemos. Podría perdonarte que pensaras que sí, dada la alta concentración de novatos que hay entre los asistentes.

Mis lectores más fieles (y, si tú no estás entre ellos, ¿me puedes decir qué coño te pasa?) saben que suelo cortarme bastante con los niños. Por eso de que los niños son el futuro, y toda esa mierda. Pero permitid que haga una pequeña (y me temo que fugaz) presentación en sociedad de una de estas chiquitinas: MR, que no parece darse cuenta de que SC está completamente fuera de su alcance.

No trabaja el mercado de cachorritas, nena. Deja ya de perseguirle. Es patético.

Y, chavales, no me vengáis ahora con que hay que dejarla en paz porque la pobrecita tuvo cáncer, porque ya no me lo trago. MR puede ponerse sus pantalones de chica mayor como todo el mundo y aprender un par de cosas básicas:

1. La mayoría de los jugadores de baloncesto con novias animadoras están FUERA DE MERCADO. No debería hacer falta explicar esto, pero, aparentemente, sí que hay que hacerlo.
2. Dos son demasiadas cervezas cuando estás en la categoría de peso pluma, porque te llevan a:
3. Hacer el peor numerito de baile sobre la mesa de una cocina que he visto en mi vida. En serio, M. Nunca más.
4. Si esa cervecita de más te da ganas de vomitar, intenta no hacerlo en la lavadora de tu anfitrión. De verdad, es de muy mala educación.

A partir de ahora, empieza a pedir el carné en la puerta, ¿vale, LV? Al principio los bebés hacen gracia, pero al final lo único que dan es pena.

Me quedo quieta en la silla e intento que mi cara no refleje expresión alguna. Recuerdo esta entrada como si la hubiera leído ayer. Y recuerdo cómo Maeve, en una nube porque era la primera vez que se colgaba de un chico e iba a una fiesta (aunque nada salió como debería), se encerró en sí misma después de leer lo que había escrito Simon y se negó a volver a salir. Recuerdo la impotencia y la rabia que me causó que a Simon le resultara tan natural ser cruel, únicamente porque podía permitírselo. Porque tenía detrás a una audiencia entregada que se tragaba absolutamente todo lo que él ofrecía.

Recuerdo lo mucho que le odié por ello.

No puedo mirar a mi madre (ella no tiene ni idea de que esto había

ocurrido), así que clavo la vista en Robin. Si lo que lee le sorprende, o le preocupa, no lo demuestra.

—De acuerdo, ya lo he leído. Dime qué relevancia crees que puede tener esto, Rick.

—Me gustaría que eso me lo dijera Bronwyn.

—No. —La voz de Robin restalla como un látigo de terciopelo, suave pero inflexible—. Explícame qué hacemos aquí.

—Parece que esta entrada habla sobre la hermana de Bronwyn, Maeve.

—¿Y qué te hace pensar eso?

Incrédula, mi madre ahoga una risa furiosa, y al final no puedo evitar mirarla de reojo. Tiene la cara completamente roja y le arden los ojos. Su voz tiembla cuando dice:

—¿Esto va en serio? ¿Nos ha convocado aquí para enseñarnos una publicación espantosa escrita por, permítame que lo diga, un jovencito que claramente no estaba bien de la cabeza? ¿Para qué? ¿Adónde pretende llegar exactamente?

El detective Mendoza la mira con la cabeza ladeada.

—Comprendo que esto no debe de ser fácil de leer, señora Rojas. Sin embargo, entre las iniciales y la mención al cáncer, es evidente que Simon escribía aquí acerca de su hija menor. Ahora mismo no hay ningún otro estudiante en el Instituto Bayview, ni lo ha habido en el pasado, que encaje en esa descripción. —Ahora se dirige a mí—. Esto debió de ser muy humillante para tu hermana, Bronwyn. Y, por lo que últimamente nos cuentan los otros alumnos del instituto, desde entonces no ha vuelto a hacer mucha vida social. ¿Le guardabas rencor a Simon por ello?

Mi madre abre la boca para hablar, pero Robin le apoya una mano en el hombro y la interrumpe:

—Bronwyn no tiene nada que decir al respecto.

Al detective Mendoza le brillan los ojos, y da la sensación de que le cuesta muchísimo reprimir una sonrisa.

—Ah, pero sí que le guarda rencor. O se lo guardaba, al menos. Simon borró el blog hace más de un año, pero las entradas y los comentarios aún siguen archivados. El detective atrae el portátil hacia sí, pulsa unas cuantas teclas y vuelve a girarlo hacia nosotras para mostrarnos la nueva pestaña que acaba de abrir.

—Hay que ingresar una dirección de correo electrónico para dejar un

comentario. Esta es la tuya, ¿verdad, Bronwyn?

—Cualquiera puede utilizar la cuenta de correo electrónico de otro usuario —se apresura a decir Robin.

Entonces, se asoma por encima de mi hombro y lee el comentario que escribí a finales de segundo.

«Que te jodan, Simon. Muérete».

Addy

Lunes, 15 de octubre, 16:15

El camino que va desde mi casa a la de Jake es bastante llano hasta el cruce de la calle Clarendon. El cruce es bastante grande, y yo tengo que llegar hasta el carril izquierdo sin que haya carril bici. Cuando volví a montar otra vez, empecé circulando por la acera y cruzando con el semáforo, pero ahora ya cambio de carril en medio del tráfico como una profesional.

Freno en la entrada de la casa de Jake y pongo el soporte antes de bajar. Me quito el casco y lo cuelgo del manillar. Mientras me acerco a la casa me paso una mano por el pelo, pero sé que no va a servir de nada. Me he acostumbrado al nuevo corte, incluso podría decir que me gusta. Sin embargo, a menos que consiga que crezca cuarenta y cinco centímetros de la noche a la mañana, no hay nada que pueda hacer para que mejore a ojos de Jake.

Llamo al timbre y retrocedo un paso. La incertidumbre fluye por mis venas. No sé qué hago aquí, ni tampoco qué espero conseguir.

La puerta hace un clic y Jake la abre desde dentro. Está igual que siempre, con ese pelo alborotado y esos ojos azules. Lleva puesta esa camiseta que se le ajusta perfectamente y hace evidentes los magníficos resultados de los entrenamientos de la temporada de fútbol americano.

—Hola, entra.

Me dirijo instintivamente al sótano, pero no es allí adonde vamos. En su lugar, Jake me guía a la sala de estar, donde debo de haber pasado menos de una hora desde que empecé a salir con él hace más de tres años. Me siento en el sofá de cuero de sus padres y las piernas, aún sudorosas, se me quedan pegadas inmediatamente a la superficie. ¿Quién fue el primero en pensar que tapizar los muebles en cuero era buena idea?

Cuando Jake se sienta enfrente de mí, su boca está tan tensa que yo reparo de inmediato en que esta conversación no es para reconciliarnos. Espero a que una decepción aplastante me golpee en el pecho, pero no lo hace.

—¿Así que ahora montas en bici? —me pregunta.

De todos los temas de conversación que podría haber elegido, no entiendo bien por qué ha decidido empezar por este.

—No tengo coche —le recuerdo.

Y eras tú el que solía llevarme en coche a todas partes.

Se inclina hacia delante y apoya los codos en las rodillas, un gesto tan familiar que no me extrañaría lo más mínimo que ahora empezara a hablar de la temporada de fútbol americano, como habría hecho hace un mes.

—¿Cómo va la investigación? Cooper ya no habla de ella. ¿Todavía seguís siendo sospechosos, o no?

Yo no quiero hablar de la investigación. La policía me interrogó un par de veces la semana pasada, y, por supuesto, se las ingeniaron para preguntar de mil maneras distintas sobre los bolígrafos de epinefrina desaparecidos de la enfermería. Mi abogado dice que el hecho de que hagan interrogatorios tan repetitivos indica que la investigación no les ha llevado a ninguna parte, no que sea la principal sospechosa. Pero nada de eso es asunto de Jake, así que le cuento una estúpida historia inventada sobre cómo los cuatro vimos a la detective Wheeler comerse una bandeja entera de donuts en una sala de interrogatorio.

Jake pone los ojos en blanco cuando termino de contárselo.

—Así que básicamente no tienen nada.

—La hermana de Bronwyn dice que deberían estar más pendientes de Simon —le digo.

—¿Por qué de Simon? Está muerto, por el amor de Dios.

—Porque, si lo hicieran, tal vez aparecerían sospechosos en los que la policía ni siquiera ha reparado. Otras personas que pudieran tener motivos para deshacerse de él.

Jake deja escapar un suspiro molesto y deja un brazo colgando sobre el respaldo de la silla.

—O sea, ¿culpar a la víctima? Lo que le pasó a Simon no fue culpa suya. Si a la gente no le gustaran esos chismorreos de mierda, Malas Lenguas ni siquiera habría existido. —Me mira con los ojillos entrecerrados—. Tú lo sabes mejor que nadie.

—Pero eso no lo convierte en un buen tipo —rebato, haciendo gala de una cabezonería que me sorprende—. Malas Lenguas hizo daño a mucha gente. No entiendo cómo pudo mantener esa aplicación durante tanto tiempo. ¿Disfrutaba viendo que la gente le tenía miedo? O sea, vosotros erais amigos de pequeños, ¿no? ¿Siempre fue así? ¿Por eso dejaste de relacionarte con él?

—¿Ahora te dedicas a hacerle el trabajo de investigación a Bronwyn?

«¿Se está burlando de mí?».

—Me intriga tanto como a ella. Últimamente Simon se ha convertido en una persona central en mi vida.

—No te he invitado a mi casa para que discutas conmigo —rezonga.

Me quedo mirándole e intentando buscar en su cara algo que me resulte familiar.

—No discuto contigo, estamos hablando.

Mientras digo esto, intento recordar cuál fue la última vez que hablé con Jake sin estar al cien por cien de acuerdo con él en todo lo que decía. No se me ocurre ni una sola vez. Levanto la mano y jugueteo con la tuerca de mi pendiente. Tiro de ella hasta que casi la he sacado por completo y luego vuelvo a ponerla en su sitio. Es una manía que he desarrollado ahora que no puedo enroscarme el pelo en los dedos.

—¿Y para qué me has invitado, entonces? —pregunto.

Se le curvan los labios y sus ojos esquivan los míos.

—Porque aún me preocupas un poco, supongo. Además, merezco saber qué está pasando. Los periodistas no dejan de llamarme, y ya estoy harto.

Suena como si estuviera esperando una disculpa, pero de esas ya he tenido bastantes.

—Yo también.

Él no dice nada. Cuando nos quedamos en silencio, soy súbitamente consciente de lo alto que suena el reloj que hay encima de su chimenea. Cuento sesenta y tres segundos antes de preguntar:

—¿Podrás perdonarme alguna vez?

Ya ni siquiera sé qué significa que me perdone. Me cuesta bastante imaginarme otra vez como la novia de Jake, pero supongo que no estaría mal que dejara de odiarme.

Sus fosas nasales se hinchan y la boca se le tuerce en un gesto de amargura.

—¿Cómo podría? Me pusiste los cuernos y me mentiste, Addy. No eres la

persona que creía que eras.

Empiezo a pensar que eso es algo bueno.

—No pienso ponerte excusas, Jake. La cagué, pero no fue porque no te quisiera. Supongo que nunca me he creído digna de ti. Y, luego, demostré que no lo era.

Su mirada de hielo no flaquea.

—No te hagas la víctima conmigo, Addy. Sabías perfectamente lo que estabas haciendo.

—Vale.

De repente siento lo mismo que la primera vez que la detective Wheeler me interrogó. *No tengo por qué hablar contigo*. Puede que Jake disfrute hurgando en la herida de nuestra relación, pero yo no. Me levanto, y mi piel hace un leve sonidito de succión cuando se despega del sofá. Estoy segura de que mis muslos se han quedado marcados en el cuero. Es un asco, pero ¿a quién le importa?

—Supongo que te veré por ahí.

Voy sola hasta la puerta, me monto en mi bici y me pongo el casco. En cuanto lo tengo abrochado, quito el soporte y salgo pedaleando a toda velocidad de casa de Jake. Cuando el corazón vuelve por fin a latirme a un ritmo normal, me acuerdo de cómo estuvo a punto de salirse del pecho cuando le confesé que le había puesto los cuernos. Nunca en mi vida me había sentido tan atrapada. Pensaba que hoy, en el salón de su casa, me sentiría igual de atrapada. Esperaba que volviera a decirme que no doy la talla.

Pero no lo ha hecho, y yo no me siento así. Por primera vez en mucho tiempo, me siento libre.

Cooper

Lunes, 15 de octubre, 16:20

Mi vida ya no es mía. Ahora la controlan los medios. Ya no hay periodistas todos los días frente a mi casa, pero vienen tan a menudo que, en cuanto me acerco a mi domicilio, el estómago empieza a dolerme.

Intento no conectarme más de lo necesario a Internet. Solía soñar con que mi nombre fuera uno de los más buscados en Google, pero después de una

jugada memorable en la Serie Mundial (la postemporada de las ligas más importantes de béisbol) en la que mis lanzamientos hicieron imposible que los bateadores llegaran a sus bases, no por ser sospechoso de haber asesinado a un chaval con aceite de cacahuete.

Todo el mundo me dice que evite problemas. He intentado hacerlo, pero, cuando alguien te observa permanentemente con una lente microscópica, a la gente no se le escapa una. El viernes pasado me bajé del coche en la puerta del instituto justo a la vez que Addy salía del de su hermana, con la brisa revolviéndole el pelo corto. Los dos llevábamos gafas de sol, intentando inútilmente pasar desapercibidos, y nos dedicamos esa sonrisa tensa de «no puedo creer que nos esté pasando esto». Ya habíamos avanzado un par de pasos cuando vimos que Nate se acercaba al coche de Bronwyn y le abría la puerta, exagerando muchísimo la cortesía. Le dedicó una sonrisa pícaro cuando ella salió, y Bronwyn le correspondió con una mirada que hizo que Addy y yo nos buscáramos a través de los cristales oscuros. Los cuatro casi terminamos yendo juntos y en fila hacia la puerta trasera del instituto.

Todo sucedió en menos de un minuto, tiempo suficiente para que uno de nuestros compañeros grabara un vídeo con el teléfono que apareció por la noche en TMZ, una de las webs amarillistas más importantes del país. Montaron la escena a cámara lenta y le pusieron como banda sonora la canción *Kids*, de MGMT, como si fuéramos una especie de club de asesinos de instituto sin ninguna otra preocupación en el mundo. El vídeo se hizo viral en menos de un día.

Probablemente eso sea lo más raro de todo. Mucha gente nos odia y quiere vernos en la cárcel, pero hay muchos otros —si no más— que nos adora. De repente, tengo una página de Facebook con cincuenta mil seguidores. Según mi hermano, la mayoría son chicas.

A veces la atención desciende un poco, pero nunca del todo. Por un momento pienso que esta noche, cuando salgo de casa para ir al gimnasio con Luis, he conseguido pasar desapercibido, pero, en cuanto llego, una mujer morena, muy guapa y muy maquillada se me acerca corriendo. El corazón me da un vuelco porque ya soy capaz de reconocerlas. No es la primera vez que me siguen.

—Cooper, ¿tienes un minuto? Liz Rosen, del Canal 7. Me gustaría conocer cuál es tu punto de vista sobre esta historia. ¡Hay mucha gente que te apoya!

No respondo, y paso rozándola en la entrada del gimnasio. Camina detrás

de mí con un repiqueteo de tacones mientras una cámara la sigue a ella, pero el tipo de recepción los detiene a los dos. Soy cliente desde hace años, y la verdad es que se han portado genial en todo este asunto. Desaparezco por el pasillo mientras el recepcionista le dice a la periodista que no, que ahora mismo no puede hacerse socia.

Luis y yo hacemos pesas un rato, pero yo estoy distraído. Me preocupa lo que pueda encontrarme fuera cuando termine. No hablamos de ello, pero mientras estamos en los vestuarios Luis me dice:

—Déjame tu camiseta y las llaves de tu coche.

—¿Qué?

—Me haré pasar por ti, e iré delante con tu gorra y tus gafas de sol. Nadie se dará cuenta. Tú coge mi coche y pírate de aquí. Vete a casa, sal, haz lo que quieras. Mañana volvemos a cambiarnos los coches en el instituto.

Estoy a punto de decirle que no va a colar. Tiene el pelo mucho más oscuro que yo, y la piel un tono más bronceada, por lo menos. Pero la verdad es que, con la camiseta de manga larga y la gorra, probablemente eso no tenga importancia. De todas maneras, no perdemos nada por probar.

Espero en el pasillo mientras Luis sale dando grandes zancadas por la puerta principal, vestido con mi ropa, a la brillante luz de las cámaras. Lleva mi gorra de béisbol metida sobre la frente y se tapa la cara con las manos mientras se mete en mi Jeep. Sale del aparcamiento seguido por un par de furgonetas.

Yo me pongo el gorro y las gafas de Luis, me meto en su Honda y dejo mi bolsa de gimnasio en el asiento de atrás. Tengo que hacer un par de intentos antes de conseguir arrancar el motor, pero tan pronto como lo consigo salgo del aparcamiento y me meto por unas cuantas carreteras secundarias hasta llegar a la autopista que lleva a San Diego. Cuando llego al centro, doy vueltas durante media hora, convencido todavía de que alguien me sigue. Al final consigo llegar al barrio de North Park y aparco frente a una vieja fábrica que el año pasado reformaron para hacer un aparcamiento.

Es un barrio muy de moda, y las aceras están llenas de jóvenes muy bien vestidos que no son mucho mayores que yo. Una chica muy guapa con un vestido de flores se parte de risa por algo que le ha dicho el chico que tiene al lado. Se agarra a su brazo y los dos pasan junto al coche de Luis sin mirar hacia mí, y entonces siento en los huesos una inmensa sensación de pérdida. Hace unas semanas era como ellos y ahora... Ya no.

No debería estar aquí. ¿Y si me reconoce alguien?

Saco una llave de mi bolsa del gimnasio y espero a que la multitud que llena la acera se disperse un poco. No tardo nada en ir desde el coche de Luis hasta la puerta del edificio, así que no creo que me haya visto nadie. Me cuelo en el ascensor y pulso el botón de la última planta. Dejo escapar un suspiro de alivio cuando veo que no se para ni una sola vez. En el pasillo retumba el vacío del silencio: todos los *hipsters* que viven aquí deben de haber salido a pasar la tarde fuera.

Salvo uno, espero.

Cuando llamo a la puerta, no tengo muy claro si va a abrirme. No le he llamado, ni tampoco le he escrito para decirle que venía. Pero, cuando la puerta se abre una rendija, un par de ojos verdes y asombrados se clava en los míos.

—Hola. —Kris se aparta de la puerta para dejarme entrar—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Tenía que salir de mi casa. —Cierro a mis espaldas, me quito el gorro y las gafas y los dejo en la mesilla de la entrada. Me siento idiota, como un niño al que le hubieran pillado jugando a los espías. Salvo porque al que están espionando es a mí. Ahora no—. Además, supongo que deberíamos hablar de todo este asunto de Simon, ¿no?

—Luego.

Kris duda una fracción de segundo y luego se inclina y me atrae hacia sí con violencia, presionando sus labios contra los míos. Cierro los ojos y el mundo a mi alrededor se difumina, como pasa siempre, cuando deslizo mis manos por su pelo y le devuelvo el beso.

TERCERA PARTE
VERDAD O ATREVIMIENTO

CAPÍTULO DIECINUEVE

Nate

Lunes, 15 de octubre, 16:30

Mi madre está en el piso de arriba e intenta mantener una conversación con mi padre. Le deseo suerte. Yo estoy en el sofá, tengo en la mano uno de los teléfonos de prepago e intento decidir qué puedo escribirle a Bronwyn para que no me odie. No estoy seguro de que «Siento haber mentido sobre la muerte de mi madre» vaya a funcionar.

No es que yo quisiera que estuviera muerta. Simplemente creía probable que lo estuviera, o que no tardaría en estarlo. Y eso era más fácil de decir, o de pensar, que la verdad. Que es una adicta a la coca, que se fugó a una especie de comuna en Oregón y que no ha vuelto a hablar conmigo desde entonces. Así que, cuando la gente empezó a preguntarme por ella, mentí. Cuando caí en lo jodida que era aquella explicación, ya era demasiado tarde para echarme atrás.

En realidad, a nadie le ha importado nunca. La mayoría de la gente que conozco no le presta la menor atención a lo que yo diga o haga mientras mantenga en marcha el flujo de drogas. Con la excepción de la agente López y, ahora, de Bronwyn.

He pensado en contárselo un par de veces, mientras hablábamos por la noche, pero nunca sabía cómo empezar la conversación. Y sigo sin saberlo.

Suelto el móvil.

Las escaleras crujen cuando mi madre baja, sacudiéndose las manos en la parte delantera de los pantalones.

—Ahora mismo, tu padre no está en condiciones de hablar.

—Qué sorpresa —murmuro yo.

Parece, a la vez, más joven y más vieja que antes. Tiene el pelo mucho más corto y cano, pero ya no tiene la cara cansada y ojerosa. También ha ganado

algo de peso, y supongo que eso es bueno. Significa que está comiendo. Se acerca al terrario de Stan y me dedica una sonrisilla nerviosa.

—Me alegro de ver que Stan sigue por aquí.

—Las cosas no han cambiado mucho desde la última vez que nos vimos — digo, apoyando los pies en la mesita que hay enfrente de mí—. El mismo lagarto aburrido, el mismo padre borracho, la misma casa destartada. La única diferencia es que ahora me investigan como sospechoso en un caso de asesinato. A lo mejor te has enterado de eso.

—Nathaniel. —Mi madre se sienta en el sofá y entrelaza las manos frente a sí. Tiene las uñas mordidas, como siempre—. Yo... Yo no sé ni por dónde empezar. Llevo sobria casi tres meses, y he querido retomar el contacto contigo cada segundo de este tiempo. Pero tenía miedo de no ser lo suficientemente fuerte y volver a decepcionarte. Entonces vi las noticias. He venido varias veces durante los últimos días, pero nunca estabas en casa.

Señalo las paredes agrietadas y el techo combado.

—¿Estarías tú en esta casa?

Frunce el rostro.

—Lo siento, Nathaniel. Esperaba... Esperaba que tu padre tomara las riendas.

Esperabas. Un plan de crianza cojonudo.

—Al menos él está aquí.

Ese ha sido un golpe bajo (además, tampoco es que el tío me sirva de mucho, porque casi ni se mueve), pero me siento con derecho a dárselo. Mi madre asiente, sacudiendo la cabeza mientras hace crujir los nudillos. Joder, había olvidado que hacía eso. Es jodidamente molesto.

—Ya sé que no tengo derecho a criticar. No espero que me perdones. Ni tampoco que creas que ahora puedo ofrecerte algo mejor que antes. Pero por fin he dado con una medicación que funciona y no me produce ansiedad. Es la única razón por la que he conseguido terminar la rehabilitación esta vez. Hay todo un equipo médico en Oregón que ha estado ayudándome para mantenerme sobria.

—Debe de estar bien, eso de tener un equipo.

—Es más de lo que me merezco, lo sé.

Esa mirada arrepentida y ese tono humilde me están sacando de quicio, pero creo que ahora mismo me sacaría de quicio cualquier cosa que hiciera.

Me pongo de pie.

—Esto ha estado muy bien, pero tengo que irme. Sabes dónde está la puerta, ¿no? A no ser, claro, que prefieras quedarte con papá. A veces se despierta sobre las diez.

Ay, mierda. Ahora se pone a llorar.

—Lo siento, Nathaniel. Te mereces mucho más que unos padres como nosotros. Dios mío, si es que solo hay que mirarte. No puedo creer lo guapo que te has puesto. Y eres mucho más listo que los dos juntos. Siempre lo fuiste. Deberías estar viviendo en una de esas enormes casas de Bayview Hills, en lugar de encargarte tú solo de toda esta mierda.

—Lo que tú digas, mamá. No pasa nada. Me alegro de verte. Mándame una postal de Oregón cuando te acuerdes.

—Nathaniel, por favor. —Se levanta y me tira del brazo. Sus manos parecen veinte años mayores que el resto de su cuerpo, suaves y arrugadas, llenas de cicatrices y puntos marrones—. Quiero hacer algo para ayudarte. Lo que sea. Me estoy quedando en el Motel Seis de la carretera de Bay. ¿Dejarías que mañana te invitara a cenar? ¿Cuando hayas podido asimilar todo esto?

Asimilar todo esto. Dios. ¿Pero qué mierda de discurso de rehabilitación me está echando ahora?

—No sé. Déjame tu número. Igual te llamo.

—Vale. —Ya está asintiendo otra vez como una marioneta. Si no me alejo inmediatamente de ella, voy a perder los nervios—. Nathaniel, ¿esa chica que he visto antes era Bronwyn Rojas?

—Sí —digo. Sonríe—. ¿Por qué?

—Nada, es solo que..., bueno, que si esa es la chica con la que estás, entonces no lo hemos hecho tan mal.

—No estoy con Bronwyn. Solo somos sospechosos del mismo crimen —digo, y cierro con un portazo al salir. Es un gesto que solo me hace daño a mí porque, cuando la puerta vuelva a salirse otra vez de los goznes, será a mí a quien le toque arreglarla.

Una vez fuera, no sé adónde ir. Me monto en la moto y me dirijo al centro de San Diego, pero luego cambio de idea y cojo la I-15 Norte. Conduzco sin detenerme durante una hora, y me paro solamente para llenar el depósito. Saco el teléfono de prepago mientras echo gasolina y reviso los mensajes. Nada. Debería llamar a Bronwyn para preguntarle cómo le ha ido en comisaría. Seguramente está bien. Después de todo, tiene de su lado a esa

abogada tan cara, y a unos padres que se comportan con ella como perros guardianes e intentan protegerla a toda costa de todo aquel que busque hacerle daño. Y, en cualquier caso, ¿qué coño voy a decirle?

Me guardo el móvil.

Conduzco durante casi tres horas y llego a una carretera ancha y desierta, salpicada por algunos arbustos. Aunque ha empezado a hacerse tarde, en esta zona, cercana al desierto de Mojave, hace más calor, así que paro a quitarme la chaqueta cuando me acerco al Parque Nacional de Árboles de Josué. La única vez que fui de vacaciones con mis padres fue una acampada que hicimos aquí cuando tenía nueve años. Me pasé todo el viaje esperando que pasara algo malo: que la carraca que teníamos por coche se estropeará, que mi madre se pusiera a gritar o a llorar, que mi padre se quedara quieto y callado, como hacía siempre que no soportaba más la situación.

Sin embargo, aquel fue un viaje casi normal. Mis padres estuvieron más tensos que nunca, pero mantuvieron el nivel de discusiones al mínimo. Mi madre estaba de buen humor, tal vez porque tenía predilección por esos arbolitos bajos y retorcidos que había por todas partes.

—Durante los primeros siete años, los árboles de Josué son un tallo vertical, no tienen ramas —me contó mientras hacíamos una caminata—. Tardan años en florecer. Y todas las ramas dejan de crecer después de florecer, así que los árboles terminan por convertirse en un complejo sistema de zonas muertas y brotes nuevos.

Solía pensar sobre aquello, a veces, mientras me preguntaba qué partes de ella aún seguirían vivas.

Cuando llego a Bayview, ya es bien pasada la medianoche. He pensado en seguir por la I-15 y pasar la noche entera conduciendo, ir lo más lejos posible antes de caer redondo de cansancio. Dejar que mis padres se las apañen solos con el jodidísimo reencuentro que acaban de tener. Dejar que la policía de Bayview venga a buscarme si quiere volver a hablar conmigo. Sin embargo, eso es precisamente lo que habría hecho mi madre, así que al final decido volver, revisar mis teléfonos y hacerle caso al único mensaje que he recibido: hay una fiesta en la casa de Chad Posner.

Cuando llego, no veo a Posner por ninguna parte. Termino en la cocina,

bebiéndome una cerveza y escuchando la conversación de dos chicas que parlotean sin parar sobre un programa de la tele que no he visto nunca. Es aburrido, y no consigo quitarme de la cabeza la repentina reaparición de mi madre, ni tampoco el interrogatorio de Bronwyn con la policía.

Una de las chicas empieza a reír.

—Yo te conozco —me dice, tocándome en un costado. Ríe un poco más y me apoya la palma de la mano en el vientre—. Has salido en el programa de Mikhail Powers, ¿verdad? ¿No eres uno de los sospechosos de la muerte de ese chaval?

Está medio borracha y se tambalea cuando se acerca a mí. Se parece mucho a todas las chicas que conozco en las fiestas de Posner: resulta atractiva, pero fácil de olvidar.

—Ay, Dios, Mallory —le dice su amiga—. Eso ha sido de muy mal gusto.

—No soy yo —digo—. Solo me parezco a él.

—Mentiroso. —Mallory intenta tocarme otra vez, pero yo me aparto—. Bueno, yo no creo que lo hicieras tú. Brianna tampoco. ¿Verdad que no, Bri? —Su amiga asiente—. Pensamos que fue la chica de las gafas. Tiene pinta de ser una zorra de cuidado.

Mi mano se cierra con fuerza alrededor de la botella de cerveza.

—Ya te he dicho que no soy yo, así que será mejor que dejemos el tema.

—Lo siento —dice Mallory, arrastrando las palabras. Ladea la cabeza y se aparta el flequillo de los ojos—. No te enfades. Estoy segura de que puedo animarte un poquito. —Se mete una mano en el bolsillo y saca una bolsita arrugada y llena de unos cuadrados diminutos—. ¿Quieres subir con nosotras y colocarte un rato?

Dudo. Ahora mismo, haría cualquier cosa por salir de mi propia cabeza. Así nos evadimos los Macauley, es tradición familiar. Y, total, todo el mundo cree que soy ese tipo de persona.

Casi todo el mundo.

—No puedo —digo.

Saco el teléfono de prepago mientras me abro paso con el hombro por entre la multitud. El móvil vibra antes de poder salir. Cuando miro la pantalla y veo que es el número de Bronwyn —aunque ella es la única que me llama a este teléfono—, siento un alivio inmenso. Como si estuviera a punto de morir congelado y, de repente, alguien me envolviera en una manta.

—Hola —dice Bronwyn cuando por fin respondo. Su voz suena lejana,

tranquila—. ¿Podemos hablar?

Bronwyn

Martes, 16 de octubre, 12:30

Me pone de los nervios colar en casa a Nate. Mis padres ya están bastante enfadados conmigo por no haberles contado nada sobre la publicación en el blog de Simon. Ni ahora, ni cuando ocurrió. A pesar de todo, hemos salido de la comisaría sin demasiados problemas. Robin le ha soltado al detective un sermón que, básicamente, puede resumirse en: «Deja de hacernos perder el tiempo con especulaciones sin sentido que no puedes demostrar y que no son procesables incluso aunque pudieras hacerlo».

Supongo que tenía razón, porque aquí estoy. Aunque, eso sí, estoy castigada hasta que «deje de sabotear mi propio futuro con mi falta de transparencia». Palabras de mi madre.

—¿No podías haber pirateado el blog de Simon cuando te sacó en él? —le murmuro a Maeve antes de que se vaya a la cama.

Mi hermana parece sinceramente arrepentida.

—¡Es que lo cerró hace mucho! Ni siquiera sabía que siguiera existiendo. Y tampoco sabía que le habías escrito ese comentario. —Me mira sacudiendo la cabeza con una mezcla de cariño y enfado en los ojos—. Siempre te molestó más a ti que a mí, Bronwyn.

Igual tiene razón. Tumbada en mi habitación mientras trato de decidir si llamar o no a Nate, me da por pensar que llevo años creyendo que Maeve es mucho más frágil de lo que realmente es.

Ahora estoy abajo, en la sala multimedia de la casa. Cuando recibo un mensaje de Nate diciéndome que está fuera, abro la puerta del sótano y asomo la cabeza.

—Por aquí —digo, en voz baja.

Una silueta dobla la esquina que da al sótano de nuestra casa. Vuelvo a entrar y dejo la puerta abierta para que Nate pueda seguirme.

Lleva puesta una chaqueta de cuero sobre una camiseta arrugada y con varios agujeros. El pelo le suda sobre la frente por el casco. Yo no digo nada hasta que no hemos entrado en la sala multimedia y hemos cerrado la puerta detrás de nosotros. Mis padres están dormidos tres pisos más arriba, pero en

momentos como estos no puede despreciarse el hecho de contar con una habitación insonorizada en casa.

—Bueno...

Me siento en la esquina del sofá, con las rodillas dobladas y los brazos cruzados sobre las piernas para formar una especie de muralla. Nate se quita la chaqueta, la tira al suelo y se acomoda en el extremo opuesto. Cuando me mira a los ojos, veo que los suyos están nublados por una tristeza tan grande que estoy a punto de olvidar que estoy enfadada con él.

—¿Cómo te ha ido en la comisaría? —me pregunta.

—Bien. Pero no era de eso de lo que yo quería hablar.

Nate baja la vista.

—Lo sé. —El silencio entre nosotros empieza a hacerse cada vez más grande. Yo quiero hacer una docena de preguntas, pero no las hago—. Debes de pensar que soy un cabronazo —dice, al final, con los ojos aún clavados en el suelo.

—¿Por qué no me lo contaste?

Nate deja escapar un breve suspiro y sacude la cabeza.

—Quería. Lo pensé, pero no sabía por dónde empezar. La cosa es que... Bueno, era una mentira que me resultaba más fácil de asimilar que la verdad. Y, de alguna manera, lo cierto es que yo mismo me la creía. Nunca pensé que fuera a volver. Además, una vez que dices algo así, ¿cómo te echas atrás? Si haces eso, pareces un puto psicópata. —Levanta otra vez los ojos y los clava en los míos con una intensidad repentina—. Pero no lo soy. No te he mentado en nada más. Ya no paso droga, y tampoco le hice nada a Simon. No te culpo si no me crees, pero te juro por Dios que es verdad.

Mientras intento reordenar mis pensamientos, entre nosotros se hace otro largo silencio. Seguramente debería estar más cabreada. Debería exigirle que me demuestre que es digno de confianza, aunque no sabría cómo. Debería hacerle un montón de preguntas diseñadas específicamente para desenmascarar las posibles mentiras que me haya contado.

Pero la verdad es que le creo. No pretendo conocer a Nate como la palma de mi mano en cuestión de unas pocas semanas, pero sé lo que es contarte a ti mismo una mentira que termina convirtiéndose en verdad. Yo misma lo he hecho, y no he tenido que apañármelas prácticamente sola durante toda la vida.

Y tampoco he pensado nunca que Nate fuera capaz de matar a Simon.

—Háblame de tu madre. Y, esta vez, cuéntame la verdad, ¿vale? —le pido.

Él lo hace. Hablamos durante más de una hora, pero, pasados los primeros quince minutos, empieza a contarme cosas que ya sé. Me siento agarrotada de estar tanto tiempo sentada, así que estiro los brazos por encima de la cabeza.

—¿Estás cansada? —me pregunta Nate, acercándose un poco.

Me pregunto si se habrá dado cuenta de que llevo diez minutos mirándole la boca.

—La verdad es que no.

Él se estira y se coloca mis piernas sobre el regazo. Dibuja un círculo en mi rodilla izquierda con el pulgar. Me tiemblan las piernas, así que las aprieto para evitarlo. Sus ojos se posan un momento en los míos y, luego, vuelven a mirar hacia abajo.

—Mi madre ha pensado que eras mi novia.

A lo mejor haciendo algo con las manos consigo quedarme quieta. Las estiro y hundo los dedos en el pelo de su nuca, alisando las suaves ondas contra su cálida piel.

—Me parece bien. O sea, no hemos descartado esa posibilidad todavía, ¿verdad?

Ay, Dios. ¿De verdad he dicho eso? ¿Y si la hemos descartado?

La mano de Nate avanza por mi pierna. Casi con vida propia. Como si no tuviera ni idea de que me hace sentir como si el cuerpo entero se me estuviera volviendo de gelatina.

—¿Quieres ser la novia de un camello sospechoso de asesinato que mintió sobre su madre y te dijo que estaba muerta?

—Ex camello —le corrijo—. Y no estoy precisamente en posición de juzgar a nadie.

Me mira con una media sonrisa, pero tiene los ojos tristes.

—No sé cómo estar con alguien como tú, Bronwyn. —Debe de haberse dado cuenta de la decepción en mi rostro, porque se apresura a añadir—: No digo que no quiera. Solo digo que creo que voy a cagarla. Lo único que he tenido han sido..., ya sabes, rollos. Nada serio.

No, no sé. Le aparto las manos de la nuca y las entrelazo en mi regazo mientras observo cómo me late el pulso bajo la fina piel de la muñeca.

—¿Y ahora tienes algún rollo? ¿Con otra persona?

—No —dice Nate—. Lo tenía cuando empezamos a hablar. Pero, desde entonces, no ha pasado nada.

—Bien —me quedo callada un par de segundos, sopesando si estoy a punto de cometer un error enorme. Es probable que sí, pero pienso lanzarme de todas maneras—. Me gustaría intentarlo. Si tú quieres. No porque nos hayamos visto los dos metidos en esta situación tan rara, ni porque me parezca que estés bueno, aunque eso también sea verdad. Sino porque eres listo, y divertido, y sueles hacer lo correcto muchas más veces de las que te piensas. Me encanta que tengas un gusto pésimo para las pelis y que nunca intentes suavizar las cosas y que tengas un lagarto de verdad. Me encantaría ser tu novia, aunque no podamos hacerlo oficial mientras, bueno, ya sabes, nos investiguen porque somos sospechosos de asesinato. Además, no puedo estar más de unos cuantos minutos sin tener ganas de besarte, así que... ahí lo tienes.

Al principio, Nate no responde y yo tengo miedo de haberla cagado. Igual le he dado demasiada información. Sin embargo, continúa acariciándome la pierna con la mano hasta que por fin dice:

—Bueno, entonces lo llevas mejor que yo. Porque yo no puedo parar de pensar en besarte.

Me quita las gafas, las dobla y las apoya en la mesilla que hay al lado del sillón. Su mano en mi cara me resulta ligera como una pluma cuando se inclina sobre mí y atrae mi boca hacia la suya. Contengo el aliento cuando nuestros labios se tocan, y la suave presión hace que una sensación cálida vibre en mis venas. Es dulce, y tierno, distinto del beso apasionado y hambriento que nos dimos en el monte Marshall, pero, aun así, me mareo. Todo el cuerpo me tiembla, y tengo que apoyarle las manos en el pecho para intentar mantener el temblor a raya, pero la dura superficie musculosa que noto bajo su camiseta no es que sea de demasiada ayuda, que digamos.

Mis labios se abren en un susurro que se convierte en un leve suspiro cuando Nate desliza su lengua para tocar la mía. Nuestros besos son cada vez más profundos e intensos, y nuestros cuerpos están tan enredados que me siento incapaz de distinguir dónde termina el mío y dónde empieza el suyo. Me siento caer, flotar, volar, todo a la vez. Nos besamos hasta que se me irritan los labios y me brilla la piel como si me la iluminara un foco.

Las manos de Nate se comportan de forma sorprendentemente recatada. Me acaricia mucho el pelo y la cara y, al rato, me desliza una bajo la camiseta. Me recorre la espalda y, ay, Dios, creo que se me ha escapado un gemido. Su dedo se aventura bajo la cinturilla elástica de mis pantalones

cortos y un escalofrío me recorre todo el cuerpo, pero Nate se detiene ahí. La Bronwyn insegura empieza a plantearse si no le resulto tan atractiva como él a mí o si le pone otro tipo de chicas. Solo que..., bueno, llevo media hora apretada contra él, y sé que no es eso lo que le pasa.

Se aparta y me mira, con los ojos entrecerrados mientras hace ondear esas largas y espesas pestañas oscuras. Dios, sus ojos. Son tremendos.

—No puedo dejar de pensar que tu padre puede entrar en cualquier momento —murmura—. Tu padre me acojona un poco...

Suspiro. A decir verdad, a mí también se me ha pasado por la cabeza. Aunque hay menos de un cinco por ciento de posibilidades de que baje aquí, un cinco por ciento siguen siendo demasiadas posibilidades.

Nate me acaricia los labios con el dedo.

—Tienes la boca muy roja. Deberíamos tomarnos un descanso antes de que el daño sea irreversible. Además, necesito..., mmm, tranquilizarme un poco. —Me besa la mejilla y estira el brazo para coger la chaqueta del suelo.

El corazón se me hunde en el pecho.

—¿Te vas?

—No. —Saca el móvil del bolsillo de la chaqueta y se conecta a Netflix. Luego me tiende las gafas—. Podemos terminar de ver *The Ring* de una vez.

—Mierda, pensaba que ya te habrías olvidado de eso. —Ahora mi decepción es fingida.

—Venga, vamos, esto es perfecto. —Nate se estira en el sillón. Yo me acurruco junto a él y le apoyo la cabeza en el hombro mientras él coloca el iPhone en el hueco del brazo—. Podemos verla en mi teléfono en vez de en ese monstruo de sesenta pulgadas que tienes colgado en la pared. En una pantalla tan pequeña, nada da miedo.

La verdad es que me da igual lo que hagamos. Lo único que quiero es estar abrazada a él el máximo tiempo posible, combatiendo el sueño y olvidándome del resto del mundo.

CAPÍTULO VEINTE

Cooper

Martes, 16 de octubre, 17:45

—¿Te importaría pasarme la leche, Cooperstown?

Durante la cena, mi padre me señala el cartón con la barbilla, con los ojos aún clavados en la televisión de la sala de estar, encendida pero sin sonido. Está revisando los resultados de la liga universitaria de fútbol americano que aparecen en la parte baja de la pantalla.

—¿Qué hiciste en tu noche libre? —Le parece tronchante que Luis se hiciera pasar por mí ayer después de ir al gimnasio.

Yo le tiendo el cartón de leche y me imagino contestando a su pregunta con sinceridad. «Estuve con Kris, el chico del que estoy enamorado. Sí, padre, he dicho *chico*. No, padre, no estoy de broma. Estudia primero de Medicina en la UCSD y se gana la vida posando como modelo. Está buenísimo. Te iba a caer bien».

Y, entonces, a mi padre le explota la cabeza. Así es como la situación termina siempre en mi mente.

—Nada, estuve conduciendo un rato —digo, en cambio.

No me avergüenzo de Kris. De verdad que no. Pero es complicado.

La cosa es que no sabía que podía sentir algo así por otro chico hasta que lo conocí a él. A ver, sí, lo sospechaba. Desde que tenía once años, más o menos. Pero enterré esos sentimientos en lo más profundo de mi ser porque soy un deportista joven y sureño que aspira a hacer carrera en el béisbol y porque se supone que esto no es natural.

De verdad que eso es lo que he creído la mayor parte de mi vida. Siempre he tenido novia. Y nunca me costó esperar hasta el matrimonio, tal y como me habían inculcado. Pero hace poco he descubierto que todo eso era más una excusa que una firme creencia moral.

Llevo meses mintiéndole a Keely, pero sí que le dije la verdad sobre Kris. Le conocí gracias al béisbol, aunque él no juega. Es amigo de otro chico con el que hice algunos partidos de exhibición y que nos invitó a los dos a su cumpleaños. Y es verdad que es alemán.

Lo que no le dije es lo de que estoy enamorado de él.

Todavía no estoy preparado para admitir eso ante nadie. Que no es una fase, ni experimentación, ni una distracción del estrés. Yaya tenía razón. Se me encoge el estómago cada vez que Kris me llama o me escribe. Siempre, todas las veces. Y cuando estoy con él me siento como una persona de verdad, no como el robot que Keely me acusó de ser: programado para comportarse siempre como se espera de él.

Sin embargo, Cooper y Kris solo existen en la burbuja de su apartamento. Trasladarla a otro sitio me acojona infinitamente. Primero, porque ya es bastante difícil hacerte un hueco en el mundo del béisbol siendo un tío normal. El número de jugadores que han reconocido su homosexualidad perteneciendo a equipos de las ligas mayores es, exactamente, uno. Y ni siquiera juega en las mayores, sino en las menores.

Y, segundo, por mi padre. Se me encoge el cerebro solo de imaginarme su reacción. Mi padre es uno de esos hombres chapados a la antigua que llaman a los gays «mariquitas» y se piensa que nos pasamos la vida tirándoles los trastos a los heteros. La única vez que salió algo en las noticias sobre ese jugador homosexual, resopló, asqueado, y dijo:

—Los tíos normales no deberían compartir vestuario con esos mierdas.

Si le contara lo mío con Kris, los diecisiete años que llevo siendo el hijo perfecto quedarían anulados en menos de un segundo. Nunca volvería a mirarme con los mismos ojos. De la forma en que me mira ahora, incluso siendo sospechoso de asesinato y habiendo sido acusado de usar esteroides. Eso sí que puede soportarlo.

—Mañana tienes un test de dopaje —me recuerda.

Ahora tengo que hacerme análisis todas las malditas semanas. Mientras tanto, sigo lanzando. Y no, mi curva rápida no ha perdido velocidad. Porque no he mentado. No he hecho trampas. Me he vuelto estratégicamente mejor, nada más.

Eso fue idea de padre. Quiso que me contuviera un poco en tercero, que no lo diera todo, para causar mayor impresión durante la temporada de exhibición. Y funcionó. Tipos como Josh Langley se fijaron en mí. Pero,

evidentemente, es algo que resulta sospechoso. *Gracias, papá.*

Al menos se siente culpable por ello.

Cuando el mes pasado la policía se dispuso a enseñarme las publicaciones pendientes de Malas Lenguas, estaba seguro de que iban a revelar lo mío con Kris. Apenas conocía a Simon (solo hablé cara a cara con él un par de veces en mi vida), pero cada vez que me acercaba a él me aterrorizaba la posibilidad de que descubriera mi secreto. La primavera pasada, durante la graduación de tercero, se puso como una cuba y, cuando me lo crucé en el baño, me echó el brazo al hombro y se me acercó tanto que por poco me entra un ataque de pánico. Estaba seguro de que Simon (que nunca había tenido novia, al menos por lo que yo sé) se había dado cuenta de que yo era gay y estaba intentando ligar conmigo.

Aquello me acojonó tanto que conseguí que Vanessa le retirara la invitación a la fiesta que habíamos organizado en su casa para después de la graduación. Y Vanessa, que nunca deja pasar la oportunidad de marginar a alguien, lo hizo encantada. La paranoia me duró incluso después de ver cómo intentaba ligar con Keely, con una insistencia muy difícil de fingir.

Desde que Simon murió, no me había permitido pensar en esto: que la última vez que hablé con él fui un auténtico gilipollas, básicamente porque fui incapaz de aceptar quién soy en realidad.

Y lo peor es que, incluso después de todo lo que ha pasado, sigo sin poder hacerlo.

Nate

Martes, 16 de octubre, 18:00

Cuando llego al Glenn's Diner, hora y media después de cuando se supone que he quedado con mi madre, su Kia está aparcado en la puerta. Un punto para esta nueva versión mejorada de ella, supongo. No me habría sorprendido lo más mínimo que no se hubiera presentado.

Yo mismo he pensado en no venir. Lo he pensado mucho. Pero parece que hacer como que no existe no me ha funcionado demasiado bien.

Aparco mi moto un par de sitios más allá de donde está el coche, y noto que las primeras gotas de lluvia me caen sobre los hombros antes de entrar al restaurante. La camarera me recibe con expresión educada, curiosa.

—He quedado con alguien aquí. Macauley —digo.

Ella asiente y señala el reservado de la esquina.

—Justo allí.

Me doy cuenta de que mi madre ya lleva un rato aquí. Casi se ha terminado el refresco y ha desmenuzado la pajita en pequeñas tiritas de plástico. Me siento en el sillón que hay frente al suyo, cojo un menú y lo estudio con interés para evitar tener que mirarla a los ojos.

—¿Has pedido?

—Ah, no. Te estaba esperando. —Casi puedo notar las ganas que tiene de que la mire. Ojalá no hubiera venido—. ¿Quieres una hamburguesa, Nathaniel? Antes te gustaban las hamburguesas de Glenn's.

Me gustaban, y aún me gustan, pero el comentario hace que tenga ganas de pedir otra cosa.

—Es Nate, ¿vale? —Cierro el menú con fuerza y clavo la vista en la lluvia gris que salpica la ventana—. Ya nadie me llama así.

—Nate —dice. Viniendo de ella, mi nombre suena raro, como una de esas palabras que pierden su significado a base de repetirlas mucho.

Una camarera se acerca y yo pido una Coca-Cola y un sándwich de pollo que no me apetece. El teléfono de prepago me vibra en el bolsillo, y yo lo saco para leer un mensaje de Bronwyn. «Espero que vaya bien». Una oleada de calor me llena el cuerpo, pero guardo el teléfono sin contestar. No tengo palabras para describirle a Bronwyn cómo es cenar con un fantasma.

—Nate. —Mi madre se aclara la garganta para pronunciar mi nombre. Sigue sonando mal—. ¿Cómo...? ¿Cómo te va en el instituto? ¿Te siguen gustando las ciencias?

Dios. «¿Te siguen gustando las ciencias?». Llevo en clase de diversificación desde que estaba en noveno, pero ¿cómo iba a saberlo ella? Los boletines de notas llegan a casa, yo falsifico la firma de mi padre, y los devuelvo al instituto. Nadie los ha cuestionado nunca.

—¿Puedes pagar esto? —le pregunto mientras señalo la mesa. Sigo comportándome como el capullo agresivo en el que me he convertido en los últimos cinco minutos—. Porque yo no. Así que, si eso es lo que esperas que haga, avísame antes de que llegue la comida.

Arruga el rostro, y yo noto una absurda punzada de victoria.

—Nath... Nate. Yo nunca... Bueno, ¿por qué deberías creerme?

Saca la cartera y pone un par de billetes de veinte sobre la mesa. Yo me

siento un mierda hasta que me acuerdo de todas las facturas que tiro todos los días a la basura sin pagar. Ahora que no gano nada, la pensión de mi padre apenas nos da para cubrir la hipoteca, los gastos de la casa y los de su bebida.

—¿Cómo puede ser que tengas dinero si llevas meses en rehabilitación?

La camarera regresa con un vaso de Coca-Cola para mí. Mi madre espera hasta que se ha marchado antes de contestar.

—Uno de los médicos de Pine Valley, la clínica en la que he estado ingresada, me puso en contacto con una compañía que se dedica a hacer transcripciones médicas. Puedo trabajar desde cualquier sitio, y el trabajo llega de manera bastante regular. —Roza mi mano con la suya, pero yo la aparto bruscamente—. Puedo ayudaros a ti y a tu padre, Nate. Lo haré. Quería preguntarte si... si tienes un abogado. Por lo de la investigación. Podríamos buscar uno.

No sé cómo, pero consigo no reírme. No sé cuánto dinero gana, pero seguro que no es suficiente como para pagar a un abogado.

—Estoy bien.

Ella insiste. Me pregunta por el instituto, por Simon, por la condicional, por mi padre. Casi, casi, consigue convencerme, porque actúa de forma distinta a como yo recordaba. Está más tranquila, más moderada. Pero, entonces, me pregunta:

—¿Cómo lleva Bronwyn todo esto?

No. Cada vez que pienso en Bronwyn, mi cuerpo reacciona como cuando estábamos en la sala multimedia de su casa: el corazón me late a mil por hora, el pulso se me acelera, me hormiguea la piel. No pienso convertir lo único bueno que ha salido de este desastre en otro incómodo tema de conversación con mi madre. Y eso implica, básicamente, que nos hemos quedado sin cosas que decirnos. Gracias a Dios, ya nos han traído la comida, así que por fin podemos dejar de fingir que los últimos tres años no han pasado. Aunque mi sándwich no sabe a nada, como si estuviera hecho de polvo, es mejor que el silencio.

Mi madre no pilla la indirecta. Sigue hablando de Oregón y de sus médicos y del programa de Mikhail Powers hasta que yo siento que estoy a punto de ahogarme. Me estiro el cuello de la camiseta como si eso pudiera ayudarme a respirar, pero no lo hace. Soy incapaz de sentarme aquí un segundo más, escuchando sus promesas y deseando que sean ciertas. Que va a seguir sobria, que va a conservar su trabajo, que va a mantener la cordura. Que las

cosas van a seguir como están.

—Tengo que irme —digo, de repente, dejando el sándwich a medio comer en el plato.

Me incorporo bruscamente, golpeándome la rodilla contra el borde de la mesa con tanta fuerza que no puedo evitar poner una mueca de dolor, y salgo por la puerta sin mirarla siquiera. Sé que no va a venir detrás de mí. Las cosas entre nosotros no funcionan así.

Una vez fuera, me siento un poco confundido porque no veo dónde tengo la moto. Está aparcada entre un par de Range Rovers enormes que no estaban ahí cuando he llegado. Me acerco a ella y, entonces, un tipo demasiado bien vestido para venir a cenar al Glenn's Diner se planta frente a mí y me dedica una cegadora sonrisa. Le reconozco inmediatamente, pero paso de él como si no lo hubiera hecho.

—¿Nate Macauley? Mikhail Powers. Eres muy difícil de localizar, muchacho, ¿lo sabías? Qué emoción conocerte. Estamos preparando un programa de seguimiento sobre la investigación del asesinato de Simon Kelleher y nos encantaría contar con tu testimonio. ¿Qué te parece si te invito a un café y charlamos unos minutos?

Me monto en la moto y me abrocho el casco como si no le hubiera escuchado. Me preparo para dar marcha atrás, pero un par de tipos de producción del programa me impiden el paso.

—¿Te importaría decirle a tu gente que se aparte?

Él me dedica una sonrisa más amplia que la anterior.

—No soy tu enemigo, Nate. El juicio de la opinión pública importa mucho en este tipo de casos. ¿Qué quieres que digamos para ponerles de tu lado?

Mi madre aparece en el aparcamiento y se queda boquiabierta cuando ve a quién tengo al lado. Doy marcha atrás lentamente hasta que la gente que me impide el paso se aparta y tengo vía libre. Si tantas ganas tiene de ayudarme, que sea ella quien hable con él.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Bronwyn

Miércoles, 17 de octubre, 12:25

El miércoles, a la hora de la comida, Addy y yo nos dedicamos a hablar de pintaúñas. Addy es una fuente de información inagotable sobre el tema.

—Con uñas cortas, como las tuyas, es mejor un tono claro, casi color carne —me dice, examinándome las manos con aire profesional—. Pero con mucho brillo.

—La verdad es que nunca me las pinto —le digo.

—Bueno, pero últimamente te arreglas más, ¿no? Por el motivo que sea. — Enarca una ceja al ver que me he peinado con secador, y las mejillas se me sonrojan cuando oigo que Maeve empieza a reírse—. Igual quieres probar.

Es una conversación de lo más banal. Inocua, si la comparamos con la que tuvimos ayer a la hora de la comida, para ponernos al día sobre mi visita a la policía, la madre de Nate y el hecho de que Addy tuviera que ir a la comisaría por su cuenta para volver a declarar sobre los bolígrafos de epinefrina desaparecidos. Ayer éramos sospechosas de asesinato con unas complicadísimas vidas personales, pero hoy solo somos chicas normales y corrientes.

Al menos hasta que una voz chillona llega desde un par de mesas más allá y penetra en nuestra charla.

—Es justo lo que les he dicho yo —dice Vanessa Merriman—. ¿Cuál de los rumores está más que confirmado? ¿Y quién se ha venido completamente abajo desde que Simon murió? Ese es el asesino.

—¿Qué dice ahora? —murmura Addy, mordisqueando como una ardilla uno de los picatostes gigantes de su ensalada.

Janae, que nunca habla demasiado cuando se sienta con nosotras, le lanza una mirada a Addy y dice:

—¿No te has enterado? El equipo de Mikhail Powers está en la puerta. Hay unos cuantos alumnos concediendo entrevistas.

A mí se me encoge el estómago, y Addy aparta la bandeja de su almuerzo.

—Ah, genial. Justo lo que necesitaba, que Vanessa se pusiera a despotricar en televisión sobre lo culpable que soy.

—En realidad nadie piensa que tú seas culpable —dice Janae. Me señala a mí con la cabeza—. Ni tú tampoco. Ni...

Mira a Cooper, que se dirige a la mesa en la que está Vanessa con su bandeja en una mano. Cuando nos ve, sin embargo, cambia de rumbo y se sienta en un extremo de nuestra mesa. A veces hace eso: se sienta un rato con Addy antes de empezar a comer. Solo el tiempo suficiente para dejar claro que no quiere darle de lado, como el resto de sus amigos, pero no demasiado, para que Jake no se enfade. No sé si lo que hace me parece tierno o cobarde.

—¿Qué tal, chicas? —pregunta mientras empieza a pelar una naranja.

Hoy Cooper lleva puesta una camisa color salvia que destaca sus ojos color avellana, y por su tono de piel es evidente que ha estado al sol con la gorra de béisbol puesta, porque tiene las mejillas más coloradas que el resto de la cara. No sé cómo, pero, en lugar de hacerle parecer bronceado a trozos, eso acentúa el brillo natural de Cooper Clay.

Cooper solía parecerme el chico más atractivo del instituto. Puede que aún lo siga siendo, pero últimamente me parece más bien una especie de Ken, un muñeco de plástico demasiado convencional. O quizá es que mis gustos han cambiado.

—¿Ya le has concedido tu entrevista a Mikhail Powers? —bromeo.

Antes de que Cooper pueda responder, una voz dice por encima de mi hombro:

—Pues deberías. Venga, id y comportaos como el selecto club de asesinos que todo el mundo piensa que sois. Y libraos de una vez de todos los capullos del Instituto Bayview.

Leah Jackson se sienta en la mesa al lado de Cooper. No se fija en Janae, que se pone roja como un tomate y se sienta rígida en su silla.

—Hola, Leah —saluda Cooper, con una paciencia infinita, como si ya hubiera oído antes ese comentario. Y supongo que sí que lo ha hecho, en el acto de homenaje a Simon.

Leah inspecciona la mesa y posa sus ojos en mí.

—¿Vas a reconocer de una vez que copiaste? —lo pregunta en un tono

completamente casual, casi amistoso, pero yo me quedo petrificada de todas maneras.

—Qué hipócrita, Leah —interviene la voz de Maeve, para mi sorpresa. Cuando me giro para mirarla, me doy cuenta de que echa fuego por los ojos—. No puedes quejarte de lo que estaba haciendo Simon, y al momento siguiente utilizar sus mismos cotilleos para hacerle daño a la gente.

Leah le dedica a Maeve una pequeña reverencia.

—*Touché*, benjamina Rojas.

Pero Maeve no ha hecho más que calentarse:

—Estoy harta de que el tema siga siendo siempre el mismo. ¿Por qué nadie habla de lo horrible que era a veces este instituto por culpa de Malas Lenguas? —Tiene los ojos clavados en Leah, desafiándola—. ¿Por qué no vas y lo haces tú? Están ahí fuera, esperando, ¿sabes? Se mueren por que alguien les dé un nuevo punto de vista. Tú podrías hacerlo.

Leah se encoge sobre sí misma.

—No pienso hablar de eso con los medios de comunicación.

—¿Por qué no? —le pregunta Maeve. Nunca la había visto así. Parece furiosa mientras fulmina a Leah con la mirada—. Tú no hiciste nada malo. El que lo hizo fue Simon. Estuvo haciéndolo durante años, y ahora mismo todo el mundo prácticamente le idolatra por ello. ¿De verdad no te molesta?

Leah le devuelve la mirada, pero soy incapaz de descifrar la expresión que cruza su rostro. Es casi... ¿triumfal?

—Por supuesto que me molesta.

—Pues, entonces, haz algo al respecto —dice Maeve.

Leah se levanta repentinamente y se coloca el pelo por encima del hombro. El movimiento hace que se le retire ligeramente la manga de la camiseta, dejando a la vista una cicatriz con forma de luna creciente en su muñeca.

—Pues a lo mejor lo hago —dice, dirigiéndose con grandes zancadas hacia la puerta.

Cooper parpadea, asombrado, mientras ella se va.

—Ostras, Maeve. Recuérdame que nunca me ponga de malas contigo.

Maeve frunce la nariz y recuerdo el archivo con el nombre de Cooper que mi hermana aún no ha podido descifrar.

—No estoy de malas con Leah —murmura, tecleando con violencia en su móvil.

Casi me da miedo preguntárselo, pero lo hago de todas formas:

—¿Qué haces?

—Mandar al programa de Mikhail Powers los foros de 4chan en los que participó Simon —dice—. Son periodistas, ¿no? Pues que investiguen.

—¿Qué? —suelta entonces Janae—. ¿De qué hablas?

—Simon estaba muy metido en foros de gente horripilante que aplaudía que se produjeran tiroteos en institutos, y cosas así —dice Maeve—. Llevo días leyéndolos. Los foros los empezó otra gente, pero él entró rapidísimo al trapo, y dijo un montón de barbaridades. Ni siquiera le importó que ese chaval matara a toda esa gente en Orange County.

Aún está tecleando cuando Janae estira el brazo a toda velocidad y cierra la mano en torno a su muñeca con tanta fuerza que casi le hace soltar el móvil.

—¿Y tú cómo sabes eso? —bufa.

Maeve sale por fin de su trance y se da cuenta de que quizá ha hablado de más.

—Suéltala —digo.

Cuando veo que no lo hace, le alcanzo la mano y aparto uno a uno sus dedos de la muñeca de Maeve. Los tiene helados. Janae echa la silla hacia atrás con un sonoro chirrido y, cuando por fin se pone en pie, vemos que todo su cuerpo tiembla.

—Ninguno sabéis nada de él —dice con voz ahogada, y sale de la cafetería dando grandes zancadas, exactamente igual que Leah, excepto que ella seguramente no tiene ninguna intención de darle carnaza a Mikhail Powers.

Maeve y yo intercambiamos una mirada y yo hago tamborilear los dedos sobre la mesa. No sé de qué va Janae. La mayoría de los días ni siquiera entiendo por qué se sienta con nosotros, que debemos de ser para ella una especie de constante recordatorio de Simon.

A no ser que lo haga para escuchar conversaciones como la que acabamos de tener.

—Tengo que irme —dice Cooper de repente, como si se le acabara de agotar el tiempo no destinado a complacer a Jake. Levanta la bandeja, con la mayoría del almuerzo aún intacto, y se dirige diplomáticamente a su sitio de siempre.

Nuestro grupo vuelve a estar compuesto íntegramente por chicas, y así se queda durante el resto de la comida. El único otro chico que podría venir a sentarse con nosotras ni siquiera se molesta en aparecer por la cafetería. Sin embargo, me cruzo con Nate en el pasillo un poco más tarde, y todas las

preguntas sobre Simon, Leah y Janae que bullen en mi mente desaparecen como por arte de magia cuando él me dedica una breve y pícaro sonrisilla.

Porque, Dios, qué guapo está este chico cuando sonrío.

Addy

Viernes, 19 de octubre, 11:12

Hace calor en la pista, y yo no tengo muchas ganas de esforzarme corriendo. Al fin y al cabo, no es más que otra clase de Educación Física. De pronto, mis brazos y piernas se llenan de una potencia inesperada y mis pulmones se expanden, llenos de aire, como si volver a montar en bici me hubiera dotado de unas reservas de energía que me hiciera falta liberar. El sudor me baña la frente y hace que la camiseta se me pegue a la espalda.

Siento una oleada de orgullo cuando dejo atrás a Luis (que, claramente, ni siquiera se está esforzando) y a Olivia, que está en el equipo de atletismo. Jake va por delante de mí, y pensar en alcanzarle es ridículo, porque es mucho más rápido que yo, y también más grande y más fuerte, y ni en sueños podría ponerme a su altura, pero... lo estoy haciendo. Ya no es una mancha en la lejanía, está cerca. Y, si ahora me cambio de carril y sigo a este ritmo, probablemente, casi seguro...

Mis piernas dejan de tocar el suelo sin previo aviso. El sabor metálico de la sangre me llena la boca cuando me muerdo el labio y las palmas de las manos se estrellan con fuerza contra el suelo. La gravilla de la pista me araña la piel, se me clava en la carne desnuda y me hace docenas de diminutos cortes. Me duelen muchísimo las rodillas y, antes de ver las dos manchas rojas en el suelo, sé que me las he raspado enteras.

—¡Ay, no! —grita la voz de Vanessa, con preocupación fingida—. ¡Pobrecita! ¡Le han fallado las piernas!

No es verdad. Mientras yo tenía los ojos clavados en Jake, alguien me ha hecho la zancadilla y me ha tirado al suelo. Tengo una ligera sospecha de quién puede haber sido, pero no digo nada. Estoy demasiado ocupada intentando volver a llenarme los pulmones de aire.

—Addy, ¿estás bien? —Vanessa sigue usando ese tono falso mientras se arrodilla a mi lado. Cuando está justo al lado de mi oído, me susurra—: Te lo mereces, zorra.

Me encantaría contestarle, pero sigo sin poder respirar.

La profesora de Educación Física viene hasta donde estoy yo, y Vanessa se aparta. Para cuando consigo recuperar aire suficiente para hablar, ya se ha ido. La profesora me mira las rodillas y le da la vuelta a mis manos mientras intenta evaluar los daños.

—Tienes que ir a la enfermería a que te limpien esos cortes y a que te den antibióticos. —Inspecciona el corrillo que se ha formado a mi alrededor y dice—: ¡Señorita Vargas! ¡Ayúdela!

Supongo que debería alegrarme de que no se lo haya pedido a Vanessa o a Jake. Sin embargo, lo cierto es que apenas he visto a Janae desde que la hermana de Bronwyn se metió con Simon hace un par de días. Cojeo hacia el edificio del instituto, y Janae no me mira hasta que casi estamos en la puerta.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta mientras me abre la puerta.

Llegados a este punto, ya tengo aliento suficiente como para reírme.

—Es la última idea que se le ha ocurrido a Vanessa para poder llamarme puta a gusto. —Giro a la izquierda, en vez de hacia las escaleras, en dirección al vestuario.

—Se supone que deberías ir a la enfermería —dice Janae.

Yo le hago un gesto con la mano. Hace semanas que no piso la enfermería y, aunque mis heridas son dolorosas, también son superficiales. Lo que necesito de verdad es darme una ducha. Cojeo hasta una de las cabinas, me desvisto y me meto bajo el chorro caliente mientras observo cómo el desagüe se traga un remolino de agua roja y marrón. Me quedo quieta bajo la ducha hasta que el agua fluye limpia. Cuando salgo, envuelta en una toalla, Janae me tiende un paquete de tiritas.

—Son para ti. A tus rodillas le vendrán bien.

—Gracias.

Me siento en uno de los bancos y presiono las tiras color carne contra mis rodillas, que han vuelto a llenarse de sangre. También me escuecen las palmas de las manos. Las tengo rojas, en carne viva, pero no hay ningún sitio concreto donde pueda ponerme una tirita que suponga una diferencia.

Janae se sienta en el banco, lo más lejos de mí que puede. Yo me pongo tres tiritas en la rodilla izquierda y dos en la derecha.

—Vanessa es una zorra —dice en voz baja.

—Sí —conuerdo yo, levantándome y dando un paso titubeante. Como mis piernas responden, me acerco a la taquilla para recoger mi ropa—. Pero

esto es lo que me merezco, ¿no? Eso es lo que todo el mundo piensa. Supongo que esto es lo que Simon hubiera querido. Que todo fuera público, que la gente pudiera juzgar. Sin secretos.

—Simon... —La voz de Janae vuelve a sonar ahogada—. Él no es... No era como dicen que era. A ver, sí, Malas Lenguas se le fue de las manos y escribió algunas cosas horribles. Pero durante los últimos dos años lo pasó muy mal. Se esforzaba muchísimo por intentar participar en las cosas, y nunca le dejaban. No creo... —se traba con sus propias palabras—. Cuando Simon era realmente él mismo, no te habría deseado esto.

Parece muy afectada por toda esta situación. Sin embargo, ahora mismo soy incapaz de compadecerme de Simon. Termino de vestirme y miro el reloj. Todavía quedan veinte minutos de Educación Física, y no quiero estar aquí cuando Vanessa y sus secuaces vengan.

—Gracias por las tiritas. Diles que sigo en la enfermería, ¿vale? Me voy a la biblioteca hasta la hora siguiente.

—Vale —dice Janae. Se ha desplomado en el banco, y ahora parece vacía y exhausta. Yo estoy a punto de salir por la puerta cuando, de repente, me dice—: ¿Te apetece quedar esta tarde?

Me doy media vuelta para mirarla, sorprendida. No pensaba que estuviéramos en ese punto de nuestra... relación. Calificarla como amistad me parece demasiado.

—Eh, sí, claro.

—Mi madre tiene club de lectura, así que..., no sé, ¿te parece bien si voy a tu casa?

—Vale —contesto.

Me imagino cómo reaccionará mi madre al ver a Janae después de haberse acostumbrado a tener la casa llena de preciosidades como Keely u Olivia. Sin embargo, la idea me anima bastante, y hacemos planes para que venga a mi casa después de clase. Impulsivamente le mando un mensaje a Bronwyn para invitarla, pero olvido que está castigada. Además, tiene clase de piano. Eso de hacer quedadas espontáneas no es muy de su estilo.

No he hecho más que aparcar la bici en el porche, después del instituto, cuando Janae llega arrastrando su enorme mochila, como si hubiera venido a

estudiar. Tenemos una breve e insustancial charla con mi madre, que no puede apartar los ojos de los piercings de la cara de Janae ni de sus botas militares llenas de arañazos, y luego la llevo arriba para ver la tele.

—¿Te gusta esa serie nueva de Netflix? —le pregunto, cogiendo el mando de la tele y tumbándome en la cama para que Janae pueda sentarse en el sofá—. La de superhéroes.

Se sienta con muchísima cautela, como si tuviera miedo de que el tapizado rosa fuera a comérsela de un bocado.

—Sí, vale —dice, dejando la mochila a un lado y mirando las fotografías que hay enmarcadas en mi pared—. Te gustan mucho las flores, ¿eh?

—La verdad es que no. Mi hermana se ha comprado una cámara nueva. Estuve jugando un poco con ella y... Bueno, últimamente he quitado muchas fotos de las paredes.

Ahora están guardadas en cajas de zapatos: una docena de recuerdos de los últimos tres años con Jake, y casi la misma cantidad de fotos con mis amigos. Dudé sobre si quitar una del verano pasado, en la playa, en la que salimos Keely, Olivia, Vanessa y yo sonriendo de forma ridícula con unas pamelas gigantes y un brillante cielo celeste de fondo. Fue uno de esos raros días en los que las chicas salíamos solas a divertirnos, pero, después de lo que ha pasado hoy, me alegro más que nunca de haber desterrado la estúpida y malintencionada sonrisa de Vanessa al armario.

Janae juguetea con el asa de su mochila.

—Debes echar mucho de menos tu vida anterior —dice en voz baja.

Yo mantengo los ojos fijos en la pantalla mientras reflexiono sobre su comentario.

—Sí y no —digo por fin—. Echo de menos lo fácil que me resultaba ir al instituto. Pero supongo que a la gente con la que me relacionaba en realidad yo no le importaba demasiado, ¿no? Si no, las cosas ahora serían distintas. —Me revuelvo en la cama y añado—: No pretendo decir que lo que me está pasando a mí sea parecido a lo que estás pasando tú. Perder a Simon de esa manera...

Janae se sonroja y se queda en silencio, y de repente me arrepiento de haber sacado el tema. No sé cómo relacionarme con ella. ¿Qué somos? ¿Amigas, o dos chicas solitarias que no tienen a nadie más con quien estar? Vemos la tele en silencio hasta que Janae se aclara la garganta y me dice:

—¿Puedo beber algo?

—Claro.

Es casi un alivio escapar del silencio que se ha instalado entre nosotras, hasta que me encuentro con mi madre en la cocina y mantengo con ella una tensa conversación de diez minutos sobre «el tipo de amigas con las que me relaciono últimamente». Cuando por fin subo al piso de arriba, con dos vasos de limonada en la mano, Janae ya se ha puesto la mochila y casi está en la puerta.

—De repente he empezado a encontrarme mal.

Genial. Ni mis poco convenientes amistades quieren pasar ya tiempo conmigo.

Frustrada, le mando un mensaje a Bronwyn. No espero que me conteste, porque debe de estar en medio de una sonata de Chopin, o algo así, pero me sorprende al recibir un mensaje suyo casi inmediatamente. Y me sorprende todavía más su respuesta.

«Ten cuidado. No es de fiar».

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Cooper

Domingo, 21 de octubre, 17:25

Casi hemos terminado de cenar cuando a mi padre le suena el teléfono. Cuando ve el número responde inmediatamente, y las arrugas que le rodean la boca se vuelven más profundas.

—Kevin al habla. Sí. ¿Cómo? ¿Esta noche? ¿De verdad es necesario? — Espera un segundo—. De acuerdo. Nos vemos allí. —Cuelga y deja escapar un contrariado suspiro—. Hemos quedado con tu abogada en media hora, en la comisaria. El detective Chang quiere volver a hablar contigo. —Extiende una mano cuando abro la boca—. No sé sobre qué.

Trago saliva con fuerza. Hacía tiempo que no me sometían a ningún interrogatorio, así que albergaba la secreta esperanza de que todo esto hubiera empezado a desvanecerse como por arte de magia. Me gustaría escribir a Addy y preguntarle si a ella también la han citado, pero tengo órdenes estrictas de no poner por escrito nada que tenga que ver con la investigación, y llamarla tampoco creo que sea muy buena idea. Así que termino de cenar en silencio y conduzco a la comisaría con papá.

Mi abogada, Mary, ya está hablando con el detective Chang cuando entramos. Él nos dirige a la sala de interrogatorios que no se parece en nada a las de la tele. No hay un panel de cristal, ni un espejo de vigilancia, tan solo es un cuartucho gris con una mesa y unas cuantas sillas plegables.

—Hola, Cooper. Señor Clay. Gracias por venir. —Me dan ganas de salir corriendo por la puerta cuando me apoya una mano en el brazo—. ¿Estás seguro de que quieres que tu padre esté presente?

Estoy a punto de preguntarle: «¿Y por qué no querría que estuviera?», pero, antes de poder decir nada, mi padre empieza a despotricar que tiene derecho a estar presente durante el interrogatorio. Ha perfeccionado bastante

su discurso y, una vez que se enciende, siente que tiene que terminar.

—Por supuesto —dice educadamente el detective Chang—. Se lo pregunto fundamentalmente por que Cooper pueda mantener su privacidad.

Me pone nervioso la forma en que lo dice, así que miro a Mary buscando auxilio.

—No pasa nada por que solo esté presente yo cuando empiece el interrogatorio, Kevin —le dice a mi padre—. Te avisaré si te necesitamos.

Mary me cae bien. Tendrá alrededor de cincuenta años, es una mujer cabal y ha demostrado ser capaz de lidiar tanto con la policía como con mi padre. Así que, al final, cuando empieza el interrogatorio los únicos que estamos sentados a la mesa somos Mary, el detective Chang y yo.

El corazón me empieza a latir a toda velocidad cuando veo que el detective Chang saca un ordenador portátil.

—Siempre has sostenido que las acusaciones de Simon sobre ti no eran ciertas, Cooper. Y tu rendimiento en béisbol no ha disminuido lo más mínimo. Eso no cuadra con la fama de la aplicación de Simon. No se caracterizaba por publicar mentiras.

Intento mantener una expresión neutral, pero tengo que reconocer que yo también lo he pensado. Me sentí más aliviado que molesto la primera vez que el detective Chang me enseñó la página de Simon, porque aquella era una mentira que me convenía mucho más que la verdad. Sin embargo, ¿por qué iba Simon a mentir sobre mí?

—Así que hemos indagado un poco más. Resulta que hubo algo que se nos pasó algo por alto durante el análisis preliminar que hicimos de los archivos de Simon. Había una segunda actualización relativa a ti que había sido encriptada y sustituida por la acusación del uso de esteroides. Hemos tardado un poco en conseguir abrir ese archivo, pero el original es este.

Gira la pantalla para que quede frente a Mary y a mí. Los dos nos inclinamos para leer.

Todo el mundo quiere hincarle el diente a CC, el sureño favorito de Bayview. ¡Y parece que él por fin ha caído en la tentación! Está saliendo con KS, que está como un tren y es modelo profesional de ropa interior procedente de la lejana Alemania. ¿Quién no habría pecado? Lo que pasa es que el nuevo amorcito de CC posa con calzoncillos y *slips*, no en tanga y sujetador. Lo sentimos, K, pero cuando juegas en el equipo equivocado es imposible entrar en la competición.

Se me queda paralizado todo el cuerpo menos los ojos, que no pueden dejar de parpadear. Esto era lo que temía haber visto hace semanas.

—Cooper —dice Mary, con voz tranquila—. No tienes por qué responder. ¿Tiene alguna pregunta, detective Chang?

—Sí. ¿Es cierto el rumor que Simon pretendía publicar, Cooper?

Mary responde antes de que pueda hacerlo yo.

—Esta acusación no tiene ninguna relevancia criminal. Cooper no tiene por qué contestar.

—Mary, sabes muy bien que no es eso lo que queremos averiguar. Nos encontramos en una encrucijada interesante. Cuatro alumnos que tienen en el blog de Simon cuatro entradas sobre cosas que hubieran preferido mantener en secreto. Sin embargo, una de ellas desaparece de repente y es sustituida por un rumor falso. ¿Te das cuenta de lo que parece eso?

—¿Rumorología de pacotilla? —pregunta Mary.

—Es como si alguien hubiera tenido acceso a los archivos de Simon y hubiera borrado expresamente esta entrada, asegurándose después de que Simon no estuviera en condiciones de poder corregirla.

—Necesito unos minutos a solas con mi cliente —dice Mary.

Tengo el estómago revuelto. He imaginado mil maneras de contarles a mis padres lo de Kris, pero ninguna tan horrible como esta.

—Por supuesto. Aunque debes saber que vamos a pedir una orden judicial para registrar la casa de Clay, además de su ordenador y su registro telefónico. A la luz de esta nueva información, es nuestro principal sospechoso.

Mary me apoya una mano en el hombro. No quiere que hable. No tiene de qué preocuparse. No podría hacerlo ni aunque lo intentara.

«Revelar información sobre la orientación sexual de un individuo viola el derecho constitucional a la privacidad». Eso dice Mary, que además ha amenazado con involucrar a la Unión Estadounidense de Derechos Civiles si la policía hace pública la entrada que Simon escribió sobre mí. Una amenaza que llega, me temo, mal y tarde.

El detective Chang responde con evasivas: su intención no es invadir mi privacidad, pero tienen que investigarme. Les sería de gran ayuda si yo se lo

contara todo. Nuestras definiciones de «todo» son muy distintas. La suya incluye una confesión de que yo he matado a Simon, he borrado su entrada sobre mí en Malas Lenguas y la he sustituido por un rumor falso sobre dopaje.

Cosa que, por cierto, no tiene ningún sentido. ¿No habría sido más inteligente por mi parte borrar directamente de la ecuación? ¿O inventarme algo que resultara menos perjudicial para mi carrera? No sé, que le estaba poniendo los cuernos a Keely con otra chica, o algo así. Con eso habría matado dos pájaros de un tiro, por decirlo de alguna manera.

—Esto no cambia nada —insiste Mary—. No tenéis más pruebas de las que teníais antes de que Cooper haya manipulado la web de Simon. No os atreváis a seguir revelando información privada en nombre de vuestra «investigación».

Lo malo es que, en realidad, ya da igual. Va a saberse. Ha habido muchísimas filtraciones del caso desde el principio. Y yo no puedo salir de aquí después de una hora de interrogatorio y decirle a mi padre que no hay ninguna novedad.

Cuando el detective Chang se marcha, me deja muy claro que, en los próximos días, van a investigar a fondo toda mi vida. Quieren que les dé el número de Kris. Mary me dice que no estoy obligado a proporcionárselo, pero el detective Chang me recuerda que tienen una orden para requisar mi teléfono y que lo conseguirán de todas maneras. También quieren interrogar a Keely. Mary sigue amenazándolos con recurrir a la Unión de Derechos Civiles y el detective Chang sigue argumentando, suave como la seda, que necesitan comprender mis acciones durante las semanas previas al asesinato.

Sin embargo, todos sabemos lo que va a pasar en realidad. Van a amargarme la vida hasta que la presión me obligue a ceder.

Cuando el detective Chang se marcha, me siento con Mary en la sala de interrogatorios. Estoy infinitamente agradecido de que no haya ningún espejo de vigilancia cuando entierro la cara en las manos. Mi vida tal y como la conocía se ha terminado y, muy pronto, nadie volverá a mirarme igual. Pretendía hacerlo público en algún momento. En unos cuantos años, quizá. Cuando fuera un lanzador estrella, intocable. Pero no ahora, no así.

—Cooper. —Mary me apoya una mano en el hombro—. Tu padre debe de estar preguntándose qué haces aquí todavía. Tienes que hablar con él.

—No puedo —respondo automáticamente. Se me escapa el acento sureño.

—Tu padre te quiere —me dice en voz baja.

Casi me echo a reír. Papá quiere a Cooperstown. Le encanta que elimine a los bateadores por *strike* y que los ojeadores importantes se fijen en mí, y también que mi nombre aparezca en la franja inferior de las noticias del canal deportivo ESPN.

Mi padre ni siquiera sabe quién soy.

Alguien llama a la puerta antes de que tenga tiempo de contestar a Mary. Mi padre asoma la cabeza y hace chasquear los dedos.

—¿Qué está pasando aquí? Quiero irme a casa.

—Ya estamos listos —digo yo.

—¿Qué leches ha pasado? —le exige saber a Mary.

—Cooper y usted tienen que hablar —responde ella. A mi padre se le tensa la mandíbula. «¿Para qué coño te estamos pagando?», dice a gritos la expresión de su cara—. Después, podemos discutir el siguiente paso a seguir.

—Fantástico —murmura mi padre.

Me levanto y me encojo para pasar por la estrecha franja que queda entre la mesa y la pared, adelantar a Mary y salir al pasillo. Los tres caminamos en fila sin decir nada hasta que salimos por las puertas de cristal y Mary murmura un «adiós».

—Buenas noches —dice mi padre mientras camina frente a mí, muy tieso, hasta el coche, que está aparcado en la otra punta del aparcamiento.

El cuerpo entero se me tensa y se me revuelve en cuanto me abrocho el cinturón en el asiento del copiloto del Jeep. ¿Por dónde empiezo? ¿Qué le digo? ¿Se lo cuento ahora, o cuando lleguemos a casa y estén también mamá, y Yaya y...? Ay, Dios. ¿Lucas?

—¿Qué coño ha pasado? —pregunta papá—. ¿Por qué habéis tardado tanto?

—Tienen nuevas pruebas —digo, inexpresivo.

—¿Sí? ¿Cuáles?

No puedo. No puedo. A solas con él en el coche, no puedo.

—Te lo cuento cuando lleguemos a casa.

—¿Es serio, Coop? —Mi padre me mira de reojo mientras adelanta a un Volkswagen que va a paso de tortuga—. ¿Estás en un lío?

Me empiezan a sudar las palmas de las manos.

—En casa —repito.

Necesito contarle a Kris lo que está pasando, pero no me atrevo a

escribirle. Debería ir a su casa y explicárselo todo en persona. Esa conversación matará otra parte de mí. Kris lleva fuera del armario desde que estaba en el instituto. Sus padres son artistas, y no le dieron mayor importancia al asunto. Fue más o menos así: «Sí, ya lo sabíamos. ¿Por qué has tardado tanto en contárnoslo?». Nunca me ha presionado para que yo hiciera lo mismo, pero sé que él no quiere vivir escondiéndose.

Clavo los ojos en la ventanilla, y me paso el resto del trayecto haciendo tamborilear los dedos sobre el manillar. Padre aparca en la entrada y la casa se cierne sobre mí: robusta, familiar, el último lugar en el que querría estar ahora mismo.

Entramos juntos. Mi padre deja las llaves en la mesa del pasillo y ve que mi madre está en la sala de estar. Yaya y ella están sentadas la una al lado de la otra en el sillón, como si nos estuvieran esperando.

—¿Dónde está Lucas? —pregunto, después de entrar en el salón detrás de padre.

—Abajo, jugando a la Xbox.

Mi madre apaga el sonido de la televisión y Yaya ladea la cabeza y clava los ojos en mí.

—¿Va todo bien?

—Cooper se está haciendo el misterioso. —La mirada que me lanza mi padre es entre despectiva y suspicaz. No sabe si tomarse mi más que evidente pánico en serio o no—. Cuéntenoslo, Cooperstown. ¿A qué viene tanto alboroto? ¿Esta vez han encontrado pruebas de verdad?

—Piensan que sí. —Me aclaro la garganta y apoyo las manos en mis chinos—. O sea, sí. Tienen información nueva.

Todo el mundo guarda silencio, asimilando lo que he dicho, hasta que se dan cuenta de que no tengo ninguna prisa por continuar.

—¿Qué información nueva? —me anima mi madre.

—Ha aparecido una publicación nueva en la página de Simon, una publicación que estaba encriptada antes de que la policía la descubriera. Supongo que es lo que Simon quiso publicar sobre mí en un principio. No tenía nada que ver con los esteroides. —Mi delator acento vuelve a salir a la luz.

Mi padre nunca ha perdido el suyo, y ni siquiera se da cuenta de que el mío va y viene dependiendo de mi estado de nervios.

—¿Lo sabía! —exclama, con aire triunfal—. Entonces, ¿te exculpan?

Me he quedado sin habla, tengo la mente en blanco. Yaya se inclina un poco hacia delante, aferrándose a la calavera del mango de su bastón.

—Cooper, ¿qué era lo que iba a publicar Simon sobre ti?

—Bueno... —Estoy a punto de pronunciar dos palabras que van a marcar un antes y un después en mi vida. Me quedo sin aire en los pulmones. No puedo mirar a mi madre, y muchísimo menos a mi padre, así que clavo los ojos en Yaya—. No sé cómo... Simon... descubrió que... —Dios, me estoy quedando sin palabras de relleno. Yaya golpea el suelo con su bastón como si quisiera animarme—. Soy gay.

Mi padre se ríe. Se ríe de verdad, con una especie de carcajada de alivio, y me da una palmada en el hombro.

—Dios, Coop. Por un minuto me has preocupado de verdad. Venga, cuéntanos qué ha pasado.

—Kevin. —La abuela pronuncia su nombre entre dientes—. Cooper no está bromeando.

—Claro que sí —dice papá, aún riéndose.

Le miro a la cara, porque estoy convencido de que es la última vez que va a mirarme como siempre lo ha hecho. Él clava en los míos sus ojos relajados y confiados y entonces, cuando ve la expresión de mi rostro, su sonrisa se desvanece.

«Ya está».

—¿Verdad, Coop?

—Para nada —le digo.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Addy

Lunes, 22 de octubre, 8:45

Vuelve a haber coches de policía haciendo cola frente al instituto. Y Cooper vaga tambaleándose por los pasillos como si llevara días sin dormir. No se me ocurre que ambas cosas puedan estar relacionadas hasta que el lunes me lleva aparte para hablar conmigo a solas antes de que suene la sirena de primera hora.

—¿Podemos hablar?

Le miro más de cerca, y la ansiedad empieza a revolverme el estómago. Nunca había visto a Cooper con los ojos inyectados en sangre.

—Sí, claro.

Pensaba que se refería a hablar aquí, en el pasillo. En cambio, me guía por la escalera trasera hasta el aparcamiento, donde nos apoyamos contra la pared que hay al lado de la puerta. Me imagino que eso quiere decir que voy a llegar tarde a tutoría, pero últimamente mi asistencia es tan mala que un retraso más o menos tampoco se va a notar demasiado.

—¿Qué pasa?

Cooper se pasa la mano por el pelo rubio hasta que se le queda de punta, algo que no me había imaginado que podía hacer el cabello de Cooper hasta este preciso momento.

—Creo que la policía está aquí por mí. Para hacer preguntas sobre mí. Yo solo... Yo solo quería contárselo a alguien antes de que todo se vaya a la mierda.

—De acuerdo. —Le apoyo una mano en el antebrazo, y me quedo rígida de pura sorpresa al notar que está temblando—. Cooper, ¿qué pasa?

—Pues lo que pasa es que... —Se calla y traga saliva con fuerza.

Parece que está a punto de confesar algo. Durante un segundo, la imagen

de Simon parpadea en mi mente: la forma en que se desplomó en el aula del castigo, su cara roja y jadeante mientras luchaba por respirar. No puedo evitarlo, pero doy un respingo. Entonces miro a Cooper a los ojos —húmedos de lágrimas, pero tan bondadosos como siempre—, y me doy cuenta de que no es eso lo que quiere contarme.

—¿Qué es lo que pasa, Cooper? No te preocupes, puedes hablar conmigo.

Antes de responder, Cooper me mira fijamente y asimila la imagen que tiene ante sí: mi pelo, que ha cogido una forma rara porque no le he dado forma con el secador; mi piel, que está más o menos por culpa de todo este estrés y la camiseta desteñida de un grupo que solía gustarle a Ashton, porque he acumulado muchísima sucia para la colada.

—Soy gay.

—Ah. —Al principio, no lo proceso. Pero, cuando por fin lo hago, digo—: Ahhhh. —Ahora entiendo por qué ha dejado a Keely. Tengo la impresión de que debería decir algo más, así que añado—: Guay.

Supongo que es una respuesta poco adecuada, pero es sincera. Porque Cooper es un tío bastante guay, salvo porque siempre se ha mostrado un poco distante. Esto explicaría muchas cosas.

—Simon se enteró de que estaba con alguien. Un tío. Iba a publicarlo en Malas Lenguas junto con los rumores de todos los demás. Pero, antes de publicarlo, alguien lo cambió por el rumor falso de los esteroides. No fui yo —se apresura a añadir—. Pero creen que sí. Ahora me están investigando a fondo, lo que quiere decir que el instituto entero no tardará en saberlo. Supongo que quería..., no sé, poder contárselo yo mismo a alguien antes de que pasara.

—Cooper, a nadie le va a importar... —empiezo a decir, pero él sacude la cabeza.

—Sí que les va a importar. Sabes que sí —me dice, y agacho la vista, porque no puedo quitarle la razón—. Durante todo el tiempo que ha durado la investigación he intentado pasar desapercibido, no llamar la atención —continúa con voz ronca—. Esperaba que, en ausencia de pruebas, terminaran por cerrar el caso con la conclusión de que fue un accidente. Y ahora no dejo de pensar en lo que Maeve dijo el otro día sobre Simon, en todas las cosas raras que lo rodeaban. ¿Tú crees que puede tener algo que ver?

—Bronwyn está convencida —dice—. Quiere que los cuatro quedemos un día y pongamos opiniones en común. Dice que Nate está de acuerdo. —

Cooper asiente con aire distraído y, de repente, me doy cuenta de que, como aún pasa la mayor parte del tiempo con el grupo de Jake, no está al día de todo lo que ha ocurrido últimamente—. ¿Te has enterado de lo de la madre de Nate, por cierto? Lo de que..., bueno, lo de que parece que, después de todo, no estaba muerta.

No creía que Cooper pudiera quedarse aún más pálido de lo que está, pero lo hace:

—¿Qué?

—Es una historia un poco larga, pero sí. Resulta que es una drogadicta que vivía en una especie de comuna, pero ahora ha vuelto. Y se supone que está limpia. Ah, y a Bronwyn la llamaron a declarar a la comisaría por un post bastante jodido que Simon escribió sobre su hermana en segundo. Y Bronwyn le puso en los comentarios que ojalá se muriera, así que... Bueno, ya sabes. Las cosas se han liado un poco.

—Pero ¿qué coño...? —Por la cara de incredulidad que ha puesto, creo que he conseguido distraerle un poco de sus problemas. Entonces suena la campana que nos avisa de que ya llegamos tarde, y se le hunden los hombros—. Deberíamos ir yendo. Pero, sí, si os juntáis, contad conmigo.

La policía de Bayview se instala en una sala de reuniones con un representante del instituto y empieza a entrevistar uno a uno a los estudiantes. Al principio, las cosas están bastante tranquilas y, cuando el día termina sin que se haya difundido ningún rumor, empiezo a tener esperanza de que Cooper se equivocara al decir que su secreto peligraba. Sin embargo, el jueves a media mañana empiezan los cuchicheos. No sé si es el tipo de preguntas que ha estado haciendo la policía, si es la gente con la que han hablado o si se trata de una filtración de manual, pero antes del almuerzo mi antigua amiga Olivia (que lleva sin hablarme desde que Jake le pegó un puñetazo a TJ), viene corriendo a mi taquilla y me agarra del brazo con una mirada de alegría pura.

—Ay, Dios mío. ¿Te has enterado de lo de Cooper? —Sus ojos están casi fuera de las órbitas de pura emoción cuando baja la voz para decirme, con un penetrante susurro—: Todo el mundo dice que es gay.

Yo me aparto. Si Olivia piensa que me siento agradecida por enterarme de

primera mano de un cotilleo, está muy equivocada.

—¿Y a quién le importa? —le digo, con voz inexpresiva.

—Bueno, a Keely —ríe Olivia, echándose el pelo por encima del hombro —. ¡Con razón no quería acostarse con ella! ¿Vas a comer ahora?

—Sí. Con Bronwyn. Nos vemos. —Cierro la taquilla de un portazo y giro sobre mis talones antes de que pueda decir nada más.

Ya en la cafetería, cojo mi comida y me dirijo a nuestra mesa de siempre. Bronwyn está muy guapa con ese conjunto de vestido tipo jersey y botas y el pelo suelto sobre los hombros. Tiene las mejillas tan rosadas que me pregunto si, para variar, se habrá maquillado. Si lo ha hecho, le ha quedado muy natural. No deja de mirar en dirección a la puerta.

—¿Esperas a alguien? —le pregunto.

Se sonroja un poco.

—Puede.

Creo que me hago una idea bastante buena de a quién espera. Probablemente, ella no está esperando a Cooper, pero el resto de la cafetería sí. Cuando por fin entra, todo el mundo se queda callado, y un zumbido de susurros recorre la sala.

—¡Cooper Clay ahora es Cooper Gay! —grita alguien impostando la voz.

Cooper se queda petrificado en la puerta cuando un objeto surca el aire y se estrella contra su pecho. Reconozco el envoltorio inmediatamente: condones marca Trojan. La marca que usaba Jake. Y la mitad del instituto, supongo. Solo que han venido volando desde la mesa en la que yo solía comer antes.

—«Así que ahora te gusta mover el culito, ¿eh, guapo?» —le canta otra persona, y la cafetería entera estalla en carcajadas.

Algunas risas son malintencionadas, pero otras son simplemente de sorpresa, o nerviosas. Yo soy incapaz de decir nada porque la cara que tiene Cooper es lo peor que he visto en mi vida y desearía con todas mis fuerzas que esto no estuviera pasando.

—Venga, hombre, no jodáis.

Es Nate. Está en la puerta, al lado de Cooper. Eso me sorprende bastante, porque nunca antes le he visto entrar en la cafetería. El resto de la gente se ha quedado igual de sorprendida. Todo el mundo baja la voz lo suficiente como para que el tono despectivo de Nate se imponga a los susurros mientras observa la escena que se desarrolla frente a él.

—¿De verdad os importa esto, panda de perdedores? Buscaos una vida propia.

—¡Son novios! —grita una chica, disimulando la voz con una risa fingida.

Vanessa sonríe con malicia mientras todo el mundo a su alrededor se entrega a las mismas risitas que han estado dedicándome a mí durante todo el mes. Medio culpables, medio divertidas, y que parecen decir a gritos: «Gracias a Dios que no me está pasando esto a mí». Las únicas excepciones son Keely, que mira al suelo mientras se muerde el labio, y Luis, que está medio incorporado, con los antebrazos apoyados en la mesa. Una de las empleadas de la cafetería se asoma a la puerta que separa la cocina del comedor, con cara de no saber si debería dejarlo pasar o llamar a un profesor para que intervenga.

Nate se centra en la expresión arrogante de Vanessa, sin cortarse lo más mínimo.

—¿En serio? ¿De verdad te atreves a hablar? Ni siquiera sé cómo te llamas, pero intentaste meterme mano la última vez que nos vimos en una fiesta. —Más carcajadas, aunque esta vez no a expensas de Cooper—. De hecho, si hay algún tío en el instituto con el que no lo hayas intentado, me gustaría conocerle.

Vanessa se queda boquiabierta y una mano se alza en medio de la cafetería.

—¡Yo! —dice un chico que está sentado en la mesa de los cerebritos informáticos.

Sus amigos dejan escapar risitas nerviosas cuando se dan cuenta de que se han convertido en el centro de atención de la sala (en serio, es como una ola que va desplazándose de un objetivo al siguiente). Nate le dedica un pulgar en alto y vuelve a mirar a Vanessa.

—Ahí lo tienes. Prueba con él y cállate la puta boca.

Nate cruza el comedor hasta nuestra mesa y deja caer su mochila al lado de Bronwyn. Ella se levanta, le echa los brazos al cuello y le besa como si estuvieran solos mientras el resto de la cafetería estalla en silbidos y grititos ahogados. Yo me los quedo mirando, pasmada, igual que los demás. O sea, me olía que algo pasaba entre ellos, pero esto es dar la noticia a lo grande. No sé si Bronwyn está intentando distraer la atención de Cooper, o si es que era incapaz de aguantarse más. Probablemente un poco de las dos cosas.

Sea como sea, la historia de Cooper pasa efectivamente a un segundo plano. Se queda inmóvil en la puerta del comedor hasta que yo le agarro del

brazo.

—Ven a sentarte. El club de los asesinos reunido al completo en la misma mesa. Así pueden mirarnos a todos juntos.

Cooper me hace caso, pero no se molesta en ir a buscar algo de comer. Los dos nos sentamos en medio de un incómodo silencio hasta que alguien se acerca: es Luis, que lleva su bandeja en la mano y se sienta en la única silla vacía que queda en nuestra mesa.

—Eso ha sido una putada —rezonga. Mirando el espacio vacío frente a Cooper, pregunta—: ¿No vas a comer nada?

—No tengo hambre —ataja Cooper.

—Deberías comer algo. —Luis coge lo único de su bandeja a lo que todavía no le ha hincado el diente y se lo ofrece—: Toma, un plátano.

Todo el mundo se queda inmóvil durante un segundo, pero luego todos nos echamos a reír a la vez. Incluyendo Cooper, que apoya la barbilla en la palma de una mano y se masajea la sien con la otra.

—Creo que voy a pasar —dice.

Nunca he visto a Luis tan rojo.

—Ya podían haber puesto manzanas de postre —murmura, y Cooper le dedica una sonrisa cansada.

Estas cosas sirven para darse cuenta de quiénes son tus verdaderos amigos. Resulta que yo no tengo ninguno, pero me alegro de que Cooper sí.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Nate

Jueves, 25 de octubre, 12:20

Detengo la moto en el callejón que hay al fondo de Bayview Estates y apago el motor. Me quedo quieto durante un minuto e intento detectar si hay alguien cerca. Todo está muy tranquilo, así que me bajo y le tiendo la mano a Bronwyn para que baje ella también.

El barrio es en realidad una promoción de casas a medio construir. No hay farolas, así que Bronwyn y yo caminamos a oscuras hasta la casa número 5. Cuando llegamos, intento abrir la puerta principal, pero está cerrada. Rodeamos la casa y yo pruebo con todas las ventanas hasta que encuentro una que se abre. Está bastante cerca del suelo, así que me doy impulso con los brazos y entro con facilidad.

—Vuelve a la puerta —le digo a Bronwyn, en voz baja—. Te abriré para que puedas entrar.

—Creo que yo también puedo —dice ella mientras se prepara para darse impulso.

No tiene suficiente fuerza en los brazos, así que tengo que agacharme y ayudarla. La ventana no es lo suficientemente grande para los dos. Cuando la suelto y me aparto para dejarle espacio, ella pierde el equilibrio y aterriza con un golpetazo en el suelo.

—Qué elegante —le digo mientras se incorpora y se sacude los vaqueros.

—Cállate —murmura, mirando a su alrededor—. ¿No deberíamos abrirle la puerta a Addy y Cooper?

Hemos quedado pasada la medianoche en esta casa vacía y a medio construir para convocar la primera reunión de los Cuatro de Bayview. Todo es como una mala peli de espías, pero no se nos ocurría ningún otro sitio donde pudiéramos quedar todos sin llamar demasiado la atención. Incluso

mis vecinos, a los que nada les importa una mierda, han empezado a meter las narices en mis asuntos ahora que el equipo de Mikhail Powers se pasa la vida merodeando por nuestra calle.

Y, además, Bronwyn sigue castigada.

—Sí —digo.

Los dos atravesamos a tientas por una cocina a medio construir y llegamos a un salón con un ventanal enorme. La luz de la luna brilla con intensidad al otro lado de la puerta. Descorro el cerrojo para abrirla.

—¿A qué hora les has dicho que vengan?

—A las doce y media —me dice, apretando una tecla de su Apple Watch.

—¿Y qué hora es?

—Las doce y veinticinco.

—Genial. Tenemos cinco minutos —digo mientras le deslizo una mano a un lado de la cara, la empujo hacia la pared y atraigo sus labios hacia los míos.

Ella se aprieta contra mí y me envuelve el cuello con los brazos, abriendo la boca para dejar escapar un suave suspiro. Mis manos recorren la curva de su cintura hasta sus caderas, y encuentran una franja de piel descubierta bajo el dobladillo de su camiseta. Bronwyn oculta un cuerpo increíblemente esbelto bajo esas ropas tan recatadas, pero por el momento he podido ver muy poco de él.

—Nate —susurra, pasados unos cuantos minutos, con esa voz jadeante que me vuelve loco—. Ibas a contarme qué tal las cosas con tu madre.

Sí, supongo que iba a hacerlo. He vuelto a ver a mi madre esta tarde y ha estado... bien. Se ha presentado puntual. Y sobria. Ha dejado de hacer preguntas y me ha dado pasta para pagar las facturas, pero yo no dejo de hacer apuestas conmigo mismo sobre cuánto tiempo va a durar esta situación. Ahora mismo, las apuestas están en dos semanas, como mucho.

Antes de que tenga tiempo de contestar a Bronwyn, las bisagras chirrían y dejamos de estar solos. Una silueta bajita entra por la puerta y la cierra a sus espaldas. Hay suficiente luz de luna como para ver claramente que es Addy, aunque las mechas oscuras que luce en el pelo son nuevas.

—Ah, vaya, no soy la primera en llegar —susurra, y luego pone los brazos en jarras y nos fulmina a Bronwyn y a mí con la mirada—. ¿Estabais dándoos el lote? ¿En serio?

—¿Te has teñido el pelo? —contesta Bronwyn, apartándose de mí—. ¿Qué

color es ese? —Extiende la mano y examina el flequillo de Addy—. ¿Morado? Me gusta. ¿Y este cambio a qué viene?

—Me estoy hartando un poco de lo difícil que es tener el pelo corto siempre bien peinado —gruñe Addy, dejando el casco de la bici en el suelo—. Con un poco de color, no tiene tan mala pinta. —Ladea la cabeza para mirarme a mí y añade—: Y, si no te parece bien, no hace falta que me lo digas, por cierto.

Yo levanto las manos en actitud defensiva.

—No pensaba decir nada, Addy.

—¿Cuándo te has aprendido mi nombre? —me pregunta ella, socarrona.

Yo le sonrío.

—Estás muy peleona desde que dejaste de tener el pelo largo. Y novio.

Ella pone los ojos en blanco.

—¿Dónde vamos a hablar? ¿En el salón?

—Sí, pero en la parte de atrás. Lejos de la ventana —dice Bronwyn.

Bronwyn avanza entre los materiales de obra y se sienta con las piernas cruzadas frente a una chimenea de piedra. Yo me siento a su lado con las piernas abiertas, y espero a que Addy nos siga, pero se queda en la puerta.

—Creo que he oído algo —dice, asomándose a la mirilla.

Abre la puerta una rendija y se aparta para dejar pasar a Cooper. Addy le guía hacia la chimenea, pero casi se cae de bruces al suelo cuando tropieza con un extensor de cable.

—¡Ay! Joder, he gritado muy alto. Lo siento.

Se sienta al lado de Bronwyn, y Cooper hace lo propio junto a ella.

—¿Qué tal van las cosas? —le pregunta Bronwyn a Cooper.

—Ah, bueno, ya sabes, estoy viviendo una pesadilla. Mi padre no me habla, me están destrozando en Internet y ninguno de los equipos que antes querían ficharme le devuelve las llamadas al entrenador Ruffalo. Por lo demás, estoy genial.

—Lo siento mucho —dice Bronwyn.

Addy le coge la mano y la envuelve entre las suyas. Él suspira, pero no aparta la mano.

—Supongo que es lo que toca. ¿Por qué mejor no nos centramos en por qué estamos aquí?

Bronwyn se aclara la garganta.

—Bueno, fundamentalmente es para... poner cosas en común. Eli decía

que no había que dejar de buscar posibles patrones y conexiones, y eso tiene mucho sentido. Pensaba que quizá podríamos revisar las cosas que sabemos y... las que no. —Frunce el ceño y empieza a enumerar con los dedos—. Simon iba a publicar cosas bastante impactantes sobre nosotros cuatro. Alguien hizo que todos coincidiéramos en esa habitación incriminándonos con los móviles falsos. Simon se intoxicó allí dentro. Hay mucha gente, además de nosotros, con motivos para enemistarse con él. Estaba metido en un montón de cosas raras en los canales de 4chan. Quién sabe a qué tipo de gente pudo haber cabreado...

—Janae dice que detestaba ser un marginado y que estaba muy molesto por no haber conseguido nada con Keely —añade Addy, mirando a Cooper—. ¿Te acuerdas? Intentó ligar con ella en la graduación de tercero, y luego Keely organizó una fiesta un par de semanas después y se enrolló con él durante, no sé, cinco minutos. Simon pensó que la cosa iría a más.

Cooper se encoge de hombros, como si estuviera recordando algo que preferiría olvidar.

—Vale. Eh. Supongo que eso es un patrón. O una conexión, o lo que sea. Entre Nate y yo, supongo.

No lo pillo.

—¿Qué?

Cooper me mira a los ojos.

—Cuando rompí con Keely, me dijo que se enrolló contigo en una fiesta para deshacerse de Simon. Y yo le pedí salir un par de semanas después.

—¿Keely y tú? —Addy se me queda mirando fijamente—. ¡Nunca nos dijo nada!

—Solo fue un par de veces. —La verdad es que lo había olvidado.

—Y tú eres amiga de Keely. O lo eras —le dice Bronwyn a Addy. No parece haberle molestado enterarse de que Keely y yo estuvimos juntos, y la verdad es que me sorprende que no haya perdido la concentración—. Pero yo no tengo nada que ver con ella. Así que... no sé. ¿Tendrá eso alguna relevancia, o no?

—No veo cómo podría tenerla —dice Cooper—. A Simon era el único al que le importaba lo que pudiera pasar entre Keely y él.

—Pero a Keely sí que podría haberle importado —señala Bronwyn.

Cooper ahoga una carcajada.

—¿No pensaréis de verdad que Keely tiene algo que ver con esto?

—Estamos improvisando —dice Bronwyn. Se inclina hacia delante y apoya la barbilla en una mano—, y ella es un nexo de unión entre varios de nosotros.

—Sí, pero Keely no tiene ningún móvil. ¿No deberíamos considerar a la gente que odiaba a Simon? Además de ti —añade Cooper, y Bronwyn se queda tensa—. O sea, lo digo por la entrada que escribió en el blog sobre tu hermana. Me lo contó Addy. Fue un golpe bajísimo. La verdad es que nunca lo leí, pero, si lo hubiera hecho, le habría dicho algo.

—Bueno, pero yo no le mataría por eso —responde Bronwyn, tensa.

—No estoy diciendo... —empieza a decir Cooper, pero Addy le interrumpe.

—No nos desviemos del tema. ¿Y qué me decís de Leah, o de Aiden Wu? No me digáis que no les habría gustado vengarse.

Bronwyn traga saliva y baja la vista.

—Yo también he estado pensando en Leah... Bueno, ella y yo tenemos un vínculo que no os he contado. Fuimos pareja en un simulacro de conferencia de las Naciones Unidas. Le dimos a Simon una fecha equivocada por error, y él se quedó fuera del simulacro. Fue a partir de aquel momento cuando empezó a torturar a Leah en Malas Lenguas.

La verdad es que a mí sí que me lo había contado. Eso lleva tiempo reconcomiéndola por dentro. Pero para Cooper y Addy, que empieza a menear la cabeza, es información nueva.

—Así que Leah tenía motivos para odiar a Simon y estar enfadada contigo —dice Addy, pero frunce el ceño—. Pero ¿y el resto? ¿Por qué iba a meternos en esto a los demás?

Yo me encojo de hombros.

—Igual éramos los rumores que Simon tenía más a mano. Daños colaterales.

Bronwyn suspira.

—No sé. Leah tiene mucho genio, pero no es una persona rastrera. La que me tiene realmente despistada es Janae. —Se gira hacia Addy—. Una de las cosas que más me llama la atención de la página de Tumblr es la cantidad de detalles que hay en ella. Para que la persona que la lleva pudiera saber todas esas cosas tendría, o bien que ser uno de nosotros, o bien pasar muchísimo tiempo en nuestra compañía. ¿No os parece raro que Janae se relacione ahora con nosotros, aunque seamos sospechosos de haber matado a su mejor

amigo?

—Bueno, para ser justos, fue sugerencia mía —dice Addy—. Pero últimamente está a la que salta. ¿Y no os fijasteis en que ella y Simon ya no pasaban juntos tanto tiempo justo antes de que muriera? Yo no dejo de preguntarme qué les pasaría... —Addy se echa hacia atrás y se muerde el labio—. Supongo que, si alguien supiera qué secretos estaba a punto de revelar Simon y cómo usarlos, esa sería Janae. Es solo que... No sé, chicos. No sé si Janae sería capaz de hacer algo así.

—Igual Simon la rechazó y ella... ¿le mató? —Cooper parece dudar antes incluso de terminar la frase—. Pero la verdad es que no sé cómo pudo hacerlo. No estaba allí con nosotros.

Bronwyn se encoge de hombros.

—De eso no estamos seguros. Cuando hablé con Eli, me dijo que tal vez alguien había simulado el choque en el aparcamiento para que nos distrajéramos y poder colarse en el aula. Teniendo en cuenta esa posibilidad, podría haber sido cualquiera.

Me reí de Bronwyn la primera vez que mencionó esa teoría, pero... no sé. Ojalá pudiera recordar mejor lo que pasó aquel día, para saber con certeza si eso realmente tiene sentido, pero todo se ha convertido en una especie de mancha borrosa.

—Uno de los coches era un Camaro rojo —recuerda Cooper—. Parecía antiguo. Yo no recuerdo haberlo visto antes en el aparcamiento del instituto. Ni tampoco he vuelto a verlo desde aquel día. Es raro, si lo piensas.

—Venga, vamos —resopla Addy—. Eso está muy pillado por los pelos. No sé, suena a que el abogado defensor de alguien culpable está agarrándose a un clavo ardiendo. Seguramente fuera alguien nuevo que vino a recoger a algún alumno ese día.

—Puede —dice Cooper—, no lo sé. El hermano de Luis trabaja en un taller de reparaciones en el centro. Igual puedo preguntarle si aquel día tuvieron algún coche con esas características, o si puede preguntar en otros talleres. —Levanta una mano con actitud defensiva al ver que Addy enarca las cejas—. Oye, que tú no eres la principal sospechosa de la policía, ¿vale? Estoy desesperado.

La conversación no nos lleva a ninguna parte. Sin embargo, mientras los escucho hablar, me doy cuenta de un par de cosas. Uno: todos me caen mucho mejor de lo que pensaba. Obviamente, Bronwyn ha sido la mayor

sorpresa, y ella me cae mucho más que bien. Pero Addy se ha convertido en una especie de malota, y Cooper no es tan plano como yo pensaba.

Y dos: no creo que ninguno de ellos sea el asesino.

Bronwyn

Viernes, 26 de octubre, 20:00

Es viernes por la noche, y vamos a ver en familia el programa de Mikhail Powers. Hoy estoy más nerviosa que de costumbre, porque temo que saquen a relucir algo sobre la entrada que Simon escribió sobre Maeve, o que digan algo sobre lo mío con Nate. Nunca debería haberle besado en el instituto. En mi defensa he de decir, sin embargo, que en aquel momento estaba especialmente bueno.

En fin. Todos estamos muy nerviosos. Maeve se acurruca contra mí cuando empieza a sonar la sintonía del programa y en la pantalla empiezan a aparecer fotos del instituto.

«Una investigación por asesinato que se ha convertido en una auténtica caza de brujas. Cuando las tácticas policiales incluyen revelar información personal como excusa para recabar pruebas, ¿no estarán yendo las cosas demasiado lejos?».

Espera, ¿qué?

La cámara muestra un primer plano de Mikhail, que parece cabreado. Yo me enderezo en el asiento cuando mira directamente a la cámara y dice:

—Las cosas en Bayview, California, se han puesto un poco feas esta semana cuando un alumno que no había reconocido públicamente su homosexualidad se ha visto obligado a hacerlo tras una ronda de interrogatorios policiales. Esta situación ha provocado un incendio mediático que debería preocupar seriamente a todos aquellos estadounidenses a los que les importe su derecho a la privacidad.

Entonces me acuerdo de que Mikhail Powers es gay. Salió del armario cuando yo estaba en Primaria, y se formó muchísimo revuelo porque lo reconoció después de que empezaran a circular por Internet unas fotos suyas en las que se besaba con otro tipo. No fue él quien eligió el momento de hacerlo público. Y, por la cobertura que le da ahora mismo a la noticia, parece que sigue dolido.

De repente, ahora los malos son los polis. No tienen pruebas, nos están arruinando la vida y han violado los derechos constitucionales de Cooper. Los muestran a la defensiva mientras un portavoz de la policía declara que han sido de lo más cuidadosos durante los interrogatorios y que el departamento no ha filtrado ninguna información. Sin embargo, ahora la Unión de Derechos Civiles quiere tomar cartas en el asunto. Eli Kleinfelter, de Presunción de Inocencia, vuelve a salir en pantalla hablando sobre lo mal que se ha llevado el caso desde el principio y sobre cómo nosotros cuatro hemos sido tratados como chivos expiatorios sin que nadie se preguntara a quién más podría interesarle que Simon Kelleher estuviera muerto.

—¿Ya nadie se acuerda del profesor? —pregunta, inclinándose sobre la mesa de un escritorio lleno a rebosar de papeles—. Es la única persona presente en esa sala a la que se ha tratado como a un testigo en lugar de como a un sospechoso, a pesar de que fue quien más oportunidades tuvo de manipular la taza. No deberían descartar esa opción.

Maeve gira la cabeza para mirarme y susurra:

—Deberías trabajar para ese gabinete, Bronwyn.

Mikhail pasa a la siguiente sección, «El verdadero Simon Kelleher». La foto del anuario de Simon aparece en pantalla mientras la gente recuerda sus buenas notas, y lo maja que es su familia y todas las asociaciones y clubes de los que formaba parte. Entonces hace aparición Leah Jackson, de pie en los jardines que hay frente al instituto. Me vuelvo para mirar con los ojos como platos a Maeve, que parece igual de sorprendida que yo.

—Lo hizo —murmura—. De verdad lo hizo.

A las declaraciones de Leah le siguen las de otros alumnos afectados por los rumores de Simon, incluyendo a Aiden Wu y una chica a la que sus padres echaron de casa cuando empezó a correrse la voz de que estaba embarazada. La mano de Maeve busca la mía cuando Mikhail suelta la última bomba: una captura de pantalla de los foros de 4chan, donde están subrayados los peores comentarios de Simon sobre el tiroteo del instituto de Orange County:

Mira, en teoría yo estoy a favor de asaltar los institutos con violencia, pero este chaval ha demostrado una falta de imaginación penosa. A ver, supongo que en el fondo tampoco lo hizo tan mal, porque consiguió lo que se proponía. Pero todo fue tan... trillado. ¿No estamos hartos de ver siempre la misma historia? Un chaval se lía a tiros en el instituto, luego se pega un tiro a sí mismo y se asegura el primer puesto en la cabecera de las

noticias. Por Dios, hay que subir un poco el nivel. Hay que hacer algo original. No sé, una granada, por ejemplo. ¿O un par de catanas? Si vas a llevarte por delante a un montón de borregos capullos, por lo menos sorpréndeme. No pido más.

Me acuerdo de cómo Maeve tecleaba el día que Janae se enfadó tanto con ella en la cafetería.

—¿De verdad lo mandaste al programa? —susurro.

—Lo mandé de verdad —responde ella, también susurrando—. Pero no sabía que iban a usarlo. Nunca me contestaron.

Cuando el programa termina, los verdaderos malos de la película son los policías, seguidos de cerca por Simon. Addy, Nate y yo somos unos pobrecitos chavales en medio de un fuego cruzado que no nos merecemos y Cooper es, directamente, un santo. Sorprendentemente, de pronto se ha dado vuelta a la tortilla.

No creo que pueda calificarlo de periodismo, precisamente, pero el programa de Mikhail Powers tiene una influencia decisiva los siguientes días. Alguien inicia una petición en Change.org para pedir el cese de la investigación que consigue reunir casi veinte mil firmas. La liga de béisbol y las universidades locales están en el punto de mira por discriminar a los jugadores homosexuales. El tono en el que los medios de comunicación abordan el tema cambia drásticamente, y empieza a cuestionarse mucho más la forma en la que la policía ha llevado la investigación que nuestra implicación en el caso. Cuando el lunes vuelvo a clase, la gente vuelve a dirigirme la palabra. Hasta Evan Neiman, que lleva haciendo como si no me conociera de nada desde que empezó todo esto, se acerca a mí a última hora y me pregunta si voy a ir al entrenamiento de las Olimpiadas Matemáticas.

Probablemente mi vida nunca vuelva a ser completamente normal, pero a finales de semana empiezo a recuperar la esperanza de que sea un poco menos... criminal.

El viernes por la noche estoy hablando por teléfono con Nate, como siempre, mientras leemos el último post del Tumblr. Hasta esto parece a punto de desaparecer:

Que te acusen de asesinato es un soberano coñazo. A ver, sí, lo de que vengan a

entrevistarte de la tele es interesante. Y me alegro de que la cortina de humo que he desplegado esté funcionando, porque la gente sigue sin tener ni idea de quién es el responsable de la muerte de Simon.

Nate me interrumpe después del primer párrafo.

—Perdona, pero tenemos temas más importantes de los que hablar. Responde con sinceridad: si ya no fuera sospechoso de asesinato, ¿te seguiría gustando?

—Sigues en libertad condicional por venta de drogas —señalo—. Es bastante sexy.

—Ah, pero eso solo va a durar hasta diciembre —contesta Nate—. A principios de año, podría ser un ciudadano modélico. Hasta tus padres me dejarían tener una cita contigo. Si tú quisieras, claro.

Si tú quisieras.

—Nate, llevo queriendo tener una cita contigo desde que estaba en quinto —le digo.

Supongo que le preocupa qué va a pasar con nosotros cuando estemos fuera de esta extraña burbuja. Si los dos lo estamos pensando, yo creo que hay posibilidades de que encontremos una solución.

Me habla sobre su último encuentro con su madre, que parece que realmente se está esforzando por que las cosas vayan bien. Vemos una película juntos — desgraciadamente le toca elegir a él— y yo me duermo escuchándole criticar lo malo que es el manejo de la cámara. El sábado por la mañana, cuando me despierto, me doy cuenta de que a mi teléfono le queda muy poco saldo. Voy a tener que pedirle otro. Será el cuarto, creo.

Igual uno de estos días podemos usar nuestros teléfonos de verdad.

Me quedo en la cama algo más de tiempo del habitual, justo hasta que se hace la hora a la que tengo que ponerme en marcha si Maeve y yo queremos mantener nuestra rutina de carrera+biblioteca. Acabo de terminar de atarme los cordones de las zapatillas y estoy buscando mi iPod Nano en el vestidor cuando escucho que alguien llama a la puerta de mi cuarto con golpecitos vacilantes.

—Entra —digo, desenterrando el aparatito azul de una montaña de cintas para el pelo—. Maeve, ¿eres tú? ¿Eres la culpable de que solo le quede a esto un diez por ciento de batería? —Me doy la vuelta y, cuando veo a mi hermana pálida y temblorosa, casi se me cae el reproductor de la mano. Cada

vez que Maeve parece enferma, me invade un miedo horrible a que haya tenido otra recaída—. ¿Te encuentras bien? —le pregunto, ansiosa.

—Estoy bien. —La voz le sale como un jadeo—. Pero tienes que ver una cosa. Ven abajo, ¿vale?

—¿Qué pasa?

—Tú solo... ven.

La voz de Maeve suena muy frágil. Tanto, que el corazón se me acelera hasta casi dolerme. Ella baja las escaleras agarrada a la barandilla. Estoy a punto de preguntarle si les ha pasado algo a mamá o a papá cuando me hace entrar en el salón y señala sin decir nada la televisión.

En la tele está Nate, esposado, mientras la policía se lo lleva de su casa y el titular «Sospechoso arrestado por el asesinato de Simon Kelleher» parpadea en la parte inferior de la pantalla.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Bronwyn

Sábado, 3 de noviembre, 10:17

Ahora sí, el reproductor se me cae de la mano.

Se me desliza lentamente por la palma y aterriza con suavidad sobre la alfombra mientras veo cómo uno de los agentes coloca a Nate de lado para meterlo por la puerta abierta del coche patrulla y lo empuja, con muy poca delicadeza, al asiento trasero. La escena se corta y en la pantalla aparece la puerta de su casa, donde una reportera se aparta los mechones de la melena oscura con los que el viento le tapa la cara.

—La policía de Bayview se ha negado a hacer declaraciones más allá de que se han encontrado nuevas pruebas que presuntamente inculparían a Nate Macauley, el único de los Cuatro de Bayview con antecedentes criminales, del asesinato de Simon Kelleher. Seguiremos actualizando la información a medida que los hechos se vayan desarrollando. Soy Liz Rosen, informando para el Canal 7 de noticias.

Maeve se acerca a mí con el mando en la mano. Yo le tiro de la manga.

—¿Puedes rebobinar para verlo desde el principio, por favor?

Rebobina y, mientras el vídeo se repite, yo estudio detenidamente la cara de Nate. Parece inexpresivo, casi aburrido, como si le hubieran pedido que fuera a una fiesta a la que no le apetece ir.

Conozco bien esa cara. Es la misma que puso cuando le mencioné la existencia de Presunción de Inocencia en el centro comercial. Se ha blindado, ha levantado una muralla a su alrededor. No hay rastro en él del chico que he conocido durante nuestras conversaciones telefónicas, en nuestros paseos en moto o en la sala multimedia de mi casa. O el Nate que recuerdo de Primaria, con la corbata del St. Pius torcida y la camisa por fuera del pantalón, llevando a su madre de la mano por el pasillo con una mirada tan valiente que nadie se

atreví a reírse de él.

Sigo creyendo que ese es el verdadero Nate. Independientemente de lo que piense o descubra la policía, eso no va a cambiar.

Mis padres no están en casa. Cojo el teléfono y llamo a mi abogada, Robin, pero no responde. Le dejo un mensaje tan largo y atropellado que se me corta el contestador, y cuelgo sintiéndome indefensa. Robin es mi única esperanza de conseguir algo de información, pero no creo que esto le parezca demasiado urgente. Es problema del futuro abogado de Nate, no suyo.

Pensar en eso hace que el pánico aumente. ¿Qué va a hacer para defender a Nate un abogado de oficio sobrepasado de trabajo y que ni siquiera le conoce? Mis ojos buscan por el salón, y se encuentran con la mirada preocupada de Maeve.

—¿Crees que puede haber...?

—No —respondo, de manera rotunda—. Venga, Maeve, ya has visto la cantidad de meteduras de pata que ha habido durante esta investigación. Si durante un tiempo llegaron a pensar que hasta yo era culpable. Se equivocan. Estoy segura de que se equivocan.

—Me pregunto qué habrán encontrado —dijo Maeve—. Se podría pensar que serían más cuidadosos después de toda la mala prensa que han tenido esta semana.

No respondo. Por primera vez en mi vida, no sé qué hacer. Mi mente está completamente en blanco excepto por el remolino de ansiedad que la invade. En el Canal 7 han dejado de fingir que tienen información nueva y han empezado a reponer vídeos antiguos una y otra vez acerca de cómo se ha desarrollado la investigación hasta la fecha. Los han cogido del programa de Mikhail Powers: Addy con su nuevo corte de pelo, haciéndole una peineta a quien sea que la esté grabando. El portavoz del departamento de policía. Eli Kleinfelter.

Claro.

Cojo el teléfono y busco el contacto de Eli. Me dio su teléfono la última vez que hablamos para que le llamara cuando quisiera. Espero que hablara en serio.

Responde al primer tono.

—Eli Kleinfelter.

—¿Eli? Soy Bronwyn Rojas, de...

—Sí, claro. Hola, Bronwyn. Supongo que estás viendo las noticias. ¿Qué

opinas de todo esto?

—Que se equivocan. —Mantengo la mirada fija en la televisión mientras Maeve la mantiene fija en mí. El miedo trepa por mi interior como una rapidísima enredadera, y me aprieta el corazón y los pulmones con tanta fuerza que me cuesta respirar.

—Eli, Nate necesita un abogado mejor que el pobre diablo de oficio que vayan a asignarle. Necesita alguien a quien le importe todo esto y que sepa lo que está haciendo. Creo que... Bueno, básicamente creo que te necesita. ¿Considerarías coger el caso?

Eli no responde inmediatamente y, cuando lo hace, su voz suena precavida:

—Bronwyn, sabes que el caso me interesa, y que os comprendo a todos. Habéis recibido un trato pésimo, y estoy seguro de que este arresto va en la misma línea. Pero ahora mismo tengo una acumulación de trabajo imposible, y es...

—Por favor —le interrumpo.

Las palabras me salen a borbotones. Le hablo a Eli sobre los padres de Nate, y sobre cómo se ha criado prácticamente solo desde que estaba en quinto. Le confío los detalles más horribles y conmovedores de todo lo que Nate me ha contado, o que yo he visto o adivinado. Nate me odiaría por hacer esto, pero nunca he estado tan segura de nada como de que, ahora mismo, necesita a Eli si quiere librarse de la cárcel.

—De acuerdo, de acuerdo —dice por fin—. Lo entiendo. De verdad que lo entiendo. ¿Alguno de sus progenitores está en condiciones de hablar conmigo? Sacaré tiempo para asesorarles y darles ideas sobre cómo conseguir recursos. Es lo máximo que puedo hacer.

No es suficiente, pero algo es algo.

—¡Sí! —digo, con una confianza descaradamente falsa. Nate habló con su madre hace dos días y estaba bastante bien, pero no tengo ni idea de cómo puede haberla afectado lo que ha pasado hoy—. Hablaré con la madre de Nate. ¿Cuándo podemos vernos?

—Mañana a las diez, en nuestra oficina.

Maeve sigue sin quitarme el ojo de encima cuando cuelgo.

—Bronwyn, ¿qué estás haciendo?

Yo cojo las llaves del Volvo de la mesa de la cocina.

—Tengo que encontrar a la señora Macauley.

Maeve se muerde el labio.

—Bronwyn, no puedes...

«¿... tratar esto como si fuera un asunto del Consejo Escolar? Es verdad. Necesito ayuda».

—¿Me acompañas? ¿Por favor?

Se lo piensa medio minuto, con sus ojos color ámbar aún clavados en los míos.

—De acuerdo.

Tengo la palma tan sudorosa que el móvil casi se me resbala de la mano mientras me dirijo al coche. Debo de haber recibido unos mil mensajes y llamadas mientras estaba hablando con Eli. De mis padres, de mis amigos y de un montón de números que no conozco y que probablemente sean de periodistas. Tengo cuatro mensajes de Addy, y todos son variantes distintas de «¿Lo has visto?» y «¿Pero qué coño ha pasado?».

—¿Vamos a contarles a papá y a mamá algo de esto? —me pregunta Maeve mientras doy marcha atrás para salir de nuestra casa.

—¿A qué te refieres con esto? ¿Al arresto de Nate?

—Estoy bastante segura de que de eso ya están al tanto. Me refería a lo de este... apañeo legal que estás haciendo.

—¿No te parece bien?

—No es que no me parezca bien. Pero creo que estás perdiendo un poco los papeles antes de saber exactamente qué es lo que ha descubierto la policía. Podría ser, simple y claramente, culpable. Sé que te gusta mucho, pero... ¿de verdad no es posible que lo hiciera él?

—No —respondo, secamente—. Y sí. Pienso contárselo a papá y a mamá. No estoy haciendo nada malo. Solo estoy intentando ayudar a un amigo.

La voz se me traba un poco cuando digo la última palabra, y conducimos en silencio hasta llegar al Motel 6.

Me siento infinitamente aliviada cuando el empleado de recepción me dice que la señora Macauley sigue registrada en el hotel, pero no contesta al teléfono de su habitación. Supongo que eso es buena señal: con suerte, estará con Nate. Le dejo una nota con mi teléfono e intento no pasarme con los subrayados y las mayúsculas para no abrumarla. Maeve se encarga de conducir de vuelta a casa mientras yo llamo a Addy.

—¿Qué coño ha pasado? —dice, cuando responde al teléfono. La sensación que me atenaza el pecho cede un poco cuando escucho la incredulidad con la que lo dice—. Primero piensan que hemos sido los

cuatro. Y ahora parece que se han puesto a jugar al juego de las sillas. Y, por lo que parece, esta ronda la ha perdido Nate.

—¿Alguna novedad? —le pregunto—. Hace media hora que no vemos la tele.

No hay nada nuevo. La policía no suelta prenda sobre lo que sea que han encontrado. El abogado de Addy no tiene ni idea de qué está pasando.

—¿Quieres que quedemos esta noche? —me pregunta—. Debes de estar volviéndote loca. Mi madre y su novio van a salir, y Ashton y yo vamos a hacer pizza. Tráete a Maeve, podemos hacer una noche de hermanas.

—Puede, si las cosas no se salen demasiado de madre —le digo, agradecida.

Maeve gira para entrar en nuestra calle y el corazón me da un vuelco cuando veo la hilera de furgonetas blancas que hay aparcadas frente a nuestra casa. Parece que Univisión y Telemundo se han unido a la fiesta. Cuando se entere, mi padre se va a cabrear muchísimo. Nunca consigue que publiquen ninguna noticia positiva sobre su empresa. Para esto, por supuesto, no podían faltar.

Aparcamos en la entrada, detrás de los coches de mis padres, y media docena de micrófonos aparecen frente a mi cara en cuanto abro la puerta. Los aparto y salgo del coche con Maeve, las dos cogidas de la mano mientras nos abrimos camino por entre la avalancha de cámaras y flashes. Casi todos me preguntan las distintas versiones de: «Bronwyn, ¿crees que Nate mató a Simon?», pero una me grita:

—Bronwyn, ¿tienes una relación con Nate?

Espero de corazón que no les hayan preguntado lo mismo a mis padres.

Maeve y yo cerramos la puerta de un portazo y nos agachamos al pasar junto a las ventanas para ir hasta la cocina. Mi madre está sentada en la isla, con una taza de café entre las dos manos y el rostro tenso de preocupación. Escucho que mi padre mantiene una acalorada conversación a través de la puerta de su despacho.

—Bronwyn, tenemos que hablar —dice mi madre, y Maeve sale pitando hacia el piso de arriba.

Me siento frente a mi madre en la isla de la cocina y noto una punzada de remordimiento al ver el cansancio de sus ojos. Es culpa mía.

—Es evidente que has visto las noticias —me dice—. Tu padre está hablando con Robin sobre las implicaciones que esto puede tener para ti, si es

que las hay. Mientras tanto, nos han hecho muchas preguntas cuando atravesábamos ese circo de ahí fuera. Algunas eran sobre Nate y tú. —Me doy cuenta del esfuerzo que está haciendo por mantener un tono de voz neutral—. Quizá no te hayamos puesto las cosas muy fáciles a la hora de... hablar con nosotros acerca de las relaciones que puedas tener con los otros chicos. Porque, desde nuestro punto de vista, la mejor manera de protegerte era mantenerte al margen. Así que quizá no te sintieras con la suficiente confianza en nosotros para hacerlo, pero necesito que seas clara conmigo ahora que han arrestado a Nate. ¿Hay algo que debería saber?

Al principio, lo que pienso es: «¿Cuál es la cantidad mínima de información que puedo contarte y con la que, aun así, darte a entender que necesito ayudar a Nate?». Entonces, mi madre me da un apretón en la mano y me doy cuenta, con una nueva punzada de culpabilidad, de que nunca le había mentado hasta que copié en Química. Y mira lo bien que me fue por ese camino.

Así que se lo cuento casi todo. Omito que Nate ha estado en casa, y también la reunión clandestina en Bayview Estates, porque estoy bastante segura de que si hablo sobre eso nos meteré a todos en un lío. Lo que sí le cuento es lo de las llamadas a las tantas de la mañana, las escapadas del colegio en moto y, sí, que nos hemos besado.

Mi madre hace todo lo posible por no perder la compostura, eso tengo que reconocerlo.

—Entonces..., ¿te gusta de verdad? —Casi se ahoga con las palabras.

Es evidente que no quiere que le diga la verdad. Seguramente usar la socorrida estrategia de Robin (contestar a una pregunta distinta de la que uno intenta evitar) me funcionaría bien ahora mismo.

—Mamá, entiendo que esta situación es muy rara, y que no conozco bien a Nate. Pero no creo que le hiciera daño a Simon, y no tiene a nadie que se preocupe por él. Necesita un buen abogado, por eso estoy intentando ayudarle. —Me suena el teléfono. Es un número que no conozco, pero tengo que responder, por si acaso es la señora Macauley—. Hola, Bronwyn al habla.

—¡Bronwyn, cuánto me alegro de que hayas contestado! Soy Lisa Jacoby, de *Los Angeles Ti...*

Cuelgo y me vuelvo para seguir hablando con mi madre.

—Siento no haber sido más sincera con vosotros después de todo lo que

habéis hecho por mí, pero, por favor, deja que ponga en contacto a Eli con la señora Macauley, ¿de acuerdo?

Mi madre se masajea las sienes.

—Bronwyn, creo que no entiendes lo imprudente que has sido. Has ignorado todos los consejos de Robin, y has tenido suerte de que no te explotara todo esto en la cara. Aún podría hacerlo. Pero... no, no te impediré que hables con la madre de Nate. Este caso ya es lo suficientemente complejo, y todos los implicados necesitan una asesoría decente.

Le echo los brazos al cuello y, Dios mío, qué agradable es la sensación de abrazar a mi madre durante un minuto entero.

Cuando me aparto, deja escapar un suspiro.

—Deja que hable con tu padre. No creo que ahora mismo sea demasiado productivo que tengáis una conversación entre padre e hija.

No podría estar más de acuerdo. Estoy subiendo a mi habitación cuando me vuelve a sonar el teléfono, y el corazón me da un brinco cuando veo que el número empieza por 503, el prefijo de nuestra zona. Soy incapaz de ocultar la esperanza en mi voz cuando digo:

—Hola, Bronwyn al habla.

—Hola, Bronwyn. —La voz suena grave y cansada, pero perfectamente clara—. Soy Ellen Macauley. La madre de Nate. Me has dejado una nota.

Gracias a Dios, gracias a Dios, gracias a Dios. No se ha largado a Oregón, empujada por una recaída en las drogas.

—Sí. Sí, lo he hecho.

Cooper

Sábado, 3 de noviembre, 15:15

Últimamente tengo bastantes dificultades para evaluar mi desempeño en los partidos de exhibición, pero, en general, creo que este último ha ido bastante bien. Mi curva rápida ha alcanzado los ciento cincuenta kilómetros por hora, he eliminado a dos bateadores por *strike* y solo había un puñado de tipos metiéndose conmigo desde las gradas. Iban vestidos con tutús y gorras de béisbol, así que solo han llamado un poco más la atención que el aficionado homófobo antes de que los de seguridad los hayan echado del campo.

Han venido ojeadores de un par de universidades, y el de la Universidad de

California incluso se ha dignado a hablar conmigo después del partido. El entrenador Ruffalo ha vuelto a recibir llamadas de algunos equipos, pero me da la impresión de que lo hacen más como lavado de cara que por verdadero interés. La única beca que sigue en pie es la de la Universidad de California, y eso que mis lanzamientos son mejores que nunca. Supongo que así es la vida después de que te saquen del armario a empujones y de que te acusen de haber cometido un asesinato. Mi padre ya no me espera en la puerta de los vestuarios. Se va directo al coche en cuanto termino y arranca el motor para poder salir pitando cuanto antes.

Lo de los periodistas es otra historia. Se mueren por hablar conmigo. Me preparo cuando veo que las cámaras se iluminan y salgo del vestuario esperando que la mujer del micrófono me haga las mismas seis preguntas de siempre. Sin embargo, la de hoy me pilla desprevenido.

—Cooper, ¿qué opinas del arresto de Nate Macauley?

—¿Qué? —Freno en seco, porque la revelación me ha dejado demasiado impresionado como para avanzar, y Luis casi se choca conmigo.

—¿No te has enterado? —La periodista sonrío como si le acabara de dar un billete de lotería premiado—. Han arrestado a Nate Macauley por el asesinato de Simon Kelleher y la policía afirma que ya no eres sospechoso. ¿Puedes decirme cómo te sientes?

—Pues...

«No, no puedo. O no quiero». Que en realidad es lo mismo.

—Discúlpeme.

—¿Qué coño ha sido eso? —murmura Luis cuando conseguimos atravesar el paseillo de cámaras. Saca el teléfono y desliza el dedo por la pantalla como loco mientras yo busco el coche de mi padre.

—Joder, que iba en serio, tío. —Se me queda mirando con los ojos como platos—. Te has librado.

Es raro, pero no se me había ocurrido pensarlo así hasta que lo ha dicho él.

Tenemos que llevar a Luis a casa, y yo me alegro infinitamente porque eso reduce el tiempo que tengo que pasar a solas con mi padre. Luis y yo dejamos nuestras bolsas de deporte en el asiento trasero y yo me monto en el asiento del copiloto mientras Luis se acomoda detrás. Mientras, mi padre se pelea con la radio para intentar cambiar de emisora.

—Han arrestado a ese chaval, Macauley —dice, con satisfacción lúgubre—. Os digo una cosa, ya se pueden preparar para la avalancha de denuncias

que se les va a venir encima cuando empiece esto. La primera va a ser la mía.

Desliza los ojos hacia mi izquierda cuando me siento. Es un hábito nuevo: hace como que me mira, pero no se ha atrevido a hacerlo a los ojos desde que le conté lo de Kris.

—Bueno, supongo que estaba claro que había sido Nate —dice Luis, tan tranquilamente. Ha echado a Nate a los perros como si no hubiera estado sentándose con él una semana entera en la cafetería.

Yo no sé qué pensar. Si hubiera tenido que señalar a alguien cuando empezó todo esto, habría sido a Nate, sin duda. Incluso aunque pareciera genuinamente desesperado mientras buscábamos el bolígrafo de epinefrina de Simon. Era la persona que menos conocía, y ya había cometido delitos antes, así que... tampoco es que me costara creérmelo.

Pero, cuando la cafetería del instituto al completo se dispuso a despedirme vivo como una manada de hienas, Nate fue el único que se atrevió a decir algo. Nunca le he dado las gracias por ello, pero sí que he pensado en lo mucho que habrían empeorado las cosas si, en vez de defenderme, hubiera pasado a mi lado sin inmutarse, dejando que todo fuera magnificándose cada vez más y más.

Mi móvil está lleno a reventar de mensajes, pero los únicos que me interesan son los que me ha mandado Kris. Aparte de una breve visita para avisarle de que probablemente le llamaría a declarar a la policía y disculparme por el acoso mediático, apenas le he visto en las últimas dos semanas. Aunque ahora la gente sabe lo nuestro, ni siquiera así hemos podido comportarnos como una pareja normal.

Todavía no me imagino cómo será eso. Ojalá tenga oportunidad de descubrirlo.

«Ay, Dios, ¿has visto las noticias?».

«Esto es bueno, ¿verdad?».

«Llámame cuando puedas».

Le respondo mientras escucho a medias la conversación entre papá y Luis. Después de dejar a Luis en casa, los dos quedamos envueltos en un silencio más espeso que la niebla. Yo soy el primero en romperlo.

—Bueno, ¿qué tal he estado?

—Bien, ha ido bien. —Respuestas reducidas al mínimo imprescindible, como viene siendo normal últimamente.

Lo intento otra vez.

—He hablado con el seleccionador de la Universidad de California.

—La Universidad de California —resopla él—. Ni siquiera está entre las diez mejores.

—Es verdad —reconozco.

Vemos las furgonetas de noticias cuando llegamos a la mitad de nuestra calle.

—Malditas sean —murmura mi padre—. Aquí están otra vez. Espero que todo esto haya merecido la pena.

—¿El qué?

Rodea una furgoneta, pone el coche en neutro para aparcar y saca de un tirón la llave del contacto.

—Tu «elección».

Me recorre una llamarada de rabia, tanto por sus palabras como por la forma en que las escupe, sin mirarme siquiera.

—Yo no he elegido nada de esto —digo, pero el estruendo que hay fuera se traga mis palabras en cuanto él abre la puerta.

El paseíllo de periodistas es más reducido que de costumbre. Imagino que la mayoría de ellos estarán en casa de Bronwyn. Sigo a papá al interior de la casa, y él se dirige inmediatamente a la sala de estar y enciende la televisión. Se supone que ahora debería hacer mis estiramientos pospartido, pero últimamente mi padre no se molesta en recordarme mi rutina de entrenamientos.

Yaya está en la cocina, preparando tostadas con mantequilla y azúcar moreno.

—¿Qué tal el partido, cielo?

—Fantástico —respondo apesadumbrado, y me desplomo en una silla. Me saco una moneda de veinticinco centavos del bolsillo y la hago girar sobre sí misma hasta que se convierte en un manchón plateado sobre la mesa de la cocina—. He lanzado de maravilla, pero a nadie le importa.

—Tranquilo, tranquilo. —Se sienta frente a mí con su tostada y me ofrece un trozo, pero yo la rechazo—. Dale tiempo. ¿Te acuerdas de lo que te dije en el hospital? —Niego con una sacudida de cabeza—. Las cosas siempre empeoran antes de mejorar. Bueno, pues han empeorado todo lo que han podido, sin duda, así que ahora solo pueden ir a mejor. —Le da un mordisco a la tostada y yo sigo haciendo girar la moneda hasta que traga—. Deberías traer a tu chico a cenar a casa un día de estos, Cooper. Ya va siendo hora de

que lo conociéramos.

Intento imaginar a mi padre manteniendo una conversación con Kris detrás de un plato de guiso de pollo.

—A mi padre no le va a gustar.

—Bueno, pues va a tener que empezar a acostumbrarse, ¿no crees?

Antes de poder contestar, me vibra el móvil con un mensaje de un número que no reconozco.

«Soy Bronwyn. Addy me ha dado tu número. ¿Te puedo llamar?».

«Claro».

El teléfono tarda segundos en sonar.

—Hola, Cooper. ¿Te has enterado de lo de Nate?

—Sí.

No sé qué más decir, pero Bronwyn tampoco me da tiempo para pensar.

—Estoy intentando organizar una reunión para poner en contacto a la madre de Nate con Eli Kleinfelter, de Presunción de Inocencia. Espero conseguir que se haga cargo del caso de Nate. Me preguntaba si finalmente le habías preguntado al hermano de Luis por el Camaro rojo del choque del aparcamiento.

—Luis le llamó la semana pasada para preguntar. Nos dijo que lo comprobaría, pero todavía no le ha dicho nada.

—¿Te importaría insistir? —me pide Bronwyn.

Yo dudo. Aunque todavía no he procesado todo esto, noto una pequeña burbuja de alivio en mi interior. Porque ayer era el sospechoso número uno de la policía, y hoy ya no lo soy. Mentiría si dijera que no me alegro.

Pero, por otro lado, se trata de Nate. Que no es exactamente mi amigo. Bueno, no es en absoluto mi amigo, más bien. Pero algo mío sí que es.

—Sí, de acuerdo —le digo a Bronwyn.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Bronwyn

Domingo, 4 de noviembre, 10:00

El equipo al completo se presenta en las oficinas de Presunción de Inocencia el domingo por la mañana: la señora Macauley, mi madre y yo. Mi madre no mintió cuando dijo que me dejaría venir, pero no sola.

La oficina, pequeña y sin apenas muebles, está abarrotada: en cada escritorio trabajan por lo menos dos personas. Todo el mundo habla por teléfono con aire de estar muy ocupado o aporrea el teclado del ordenador. Algunos, incluso, hacen las dos cosas a la vez.

—Cuánta actividad para ser domingo —comento mientras Eli nos guía a una habitación diminuta en la que han conseguido embutir una mesita y unas sillas.

Tengo la sensación de que a Eli le ha crecido el pelo diez centímetros, todo despeluchado hacia arriba, desde que salió en el programa de Mikhail Powers. Se pasa una mano por los rizos de científico loco, y se los despeina todavía más.

—¿Ya es domingo?

No hay suficientes sillas, así que me siento en el suelo.

—Disculpen —dice Eli—. Seré breve. Antes de nada, señora Macauley, siento mucho que hayan arrestado a su hijo. Por lo que sé, ha sido enviado a un centro de detención de menores en lugar de a una cárcel para adultos, lo cual es buena noticia. Como ya le dije a Bronwyn por teléfono, yo no puedo hacer mucho dada mi carga de trabajo actual. Pero, si quiere compartir conmigo la información de que dispone, haré lo que pueda para aconsejarla o recomendarle a algún colega.

La señora Macauley parece agotada, como si le hubiera supuesto un esfuerzo sobrehumano arreglarse un poco con los pantalones azul oscuro y la

informal rebeca de color gris que lleva puesta. Mi madre va, como siempre, elegante sin aparentar el más mínimo esfuerzo, con sus *leggings*, sus botas altas, un jersey largo de cachemir y un cuello de tela fina con un delicado estampado. No podrían ser más distintas. La señora Macauley se tira del dobladillo descosido de su jersey como si fuera consciente de ello.

—Bueno, pues esto es lo que me han dicho —dice—. El instituto recibió una llamada informándoles de que Nate tenía drogas en su taquilla...

—¿De quién? —pregunta Eli, garabateando algo en un taco de hojas amarillas.

—No me lo han dicho. Creo que fue anónima. Pero decidieron tomar medidas y el viernes, después de clase, le quitaron la combinación para poder abrirla. No encontraron drogas, pero sí encontraron una bolsa con la botella de agua de Simon y el bolígrafo de epinefrina. Y todos los demás bolígrafos que desaparecieron de la enfermería el día que murió.

Paso los dedos por las ásperas fibras de la alfombra, pensando en todas las veces que han interrogado a Addy en relación a los bolígrafos. Y a Cooper también. Llevan semanas atosigándonos con eso. Aunque Nate fuera culpable de algo, es imposible que haya sido tan estúpido como para tenerlos guardados a estas alturas en su taquilla.

—Ah —dice Eli, como si se le hubiera escapado un suspiro, pero mantiene la cabeza inclinada sobre el taco de hojas.

—Así que llamaron a la policía y consiguieron una orden para registrar la casa el sábado por la mañana —prosigue la señora Macauley—. Y encontraron un ordenador en el armario de Nate con su... diario, creo que así lo han llamado. Y con todas las actualizaciones de Tumblr que han ido apareciendo desde que Simon murió.

Yo alzo la vista y descubro que mi madre me está mirando con una especie de expresión de lástima y preocupación en el rostro. Yo le sostengo la mirada y sacudo la cabeza. No me creo ni una palabra.

—Ah —repite Eli. Esta vez sí que levanta la vista del cuaderno, pero sus facciones permanecen tranquilas, inexpresivas—. ¿Huellas dactilares?

—No —dice la señora Macauley.

Dejo escapar un suspiro silencioso.

—¿Qué dice Nate de todo esto? —pregunta Eli.

—Que no tiene ni idea de cómo han llegado todas esas cosas ni a su taquilla ni a casa —dice la señora Macauley.

—De acuerdo —responde Eli—. ¿Y nunca antes han registrado la taquilla de Nate?

—No lo sé —reconoce la señora Macauley.

Entonces, Eli me mira a mí.

—Sí que lo han hecho —recuerdo yo—. Nate me contó que se la registraron el primer día que nos interrogaron. La taquilla y su casa. La policía fue con perros rastreadores, y todo, buscando drogas. No encontraron nada —respondo, de mala gana, y miro a mi madre de reojo antes de volver a girarme hacia Eli—. Nadie encontró tampoco ni las cosas de Simon ni el ordenador.

—¿Suelen cerrar la casa con llave? —le pregunta Eli a la señora Macauley.

—Nunca —responde—. De hecho, dudo que la casa tenga cerrojo.

—Ajá —murmura Eli, sin dejar de garabatear en su cuaderno.

—Hay algo más —dice la señora Macauley con voz temblorosa—. El fiscal del distrito quiere que trasladen a Nate a una cárcel normal. Dice que es demasiado peligroso para estar en un centro de detención de menores.

Noto que se me abre un abismo en el pecho cuando Eli se endereza en la silla. Es la primera vez que se desprende de esa máscara de abogado imparcial y demuestra alguna emoción. El terror que se trasluce en su cara me aterra.

—Ay, no. No, no, no. Eso sería un puto desastre. Disculpe la expresión. ¿Qué está haciendo su abogado para impedirlo?

—Todavía no le conocemos. —La señora Macauley parece al borde de las lágrimas—. Ya han designado a alguien, pero no se ha puesto en contacto con nosotros.

Eli suelta el bolígrafo con un gruñido de frustración.

—Que le hayan descubierto en posesión de cosas de Simon no es el mejor escenario posible, ni mucho menos. Han condenado a gente por menos. Pero la manera en que han obtenido estas pruebas... No me gusta. Acusaciones anónimas, cosas que no se encontraron en un primer momento aparecen de repente en el momento más oportuno y en lugares de fácil acceso para cualquiera. Las combinaciones de las taquillas son fáciles de descubrir. Y si el fiscal del distrito quiere mandar a Nate a una prisión federal a pesar de tener diecisiete años..., cualquier abogado que se precie debería intentar impedir eso. —Se pasa una mano por la cara y me mira con el ceño fruncido—. Maldita sea, Bronwyn. Esto es culpa tuya.

Todo lo que ha dicho Eli solo ha contribuido a revolverme más y más el estómago, pero esto es distinto. Ahora estoy confundida.

—¿Qué he hecho yo? —protesto.

—Tú has hecho que me fije en este caso y ahora tengo que cogerlo. Y no tengo tiempo de hacerlo, pero en fin. Eso, por supuesto, asumiendo que esté usted abierta a cambiar de abogado, señora Macauley.

Ay, gracias a Dios. El alivio que me invade me hace sentir sin fuerzas, casi mareada. La señora Macauley asiente enérgicamente y Eli suspira.

—Yo puedo ayudar —digo, entusiasmada—. Hemos estado... —Estoy a punto de contarle a Eli lo del Camaro rojo, pero extiende una mano con actitud severa.

—No digas más, Bronwyn. Si voy a representar a Nate, no puedo hablar con el resto de acusados. Podrían inhabilitarme y ponerte a ti en riesgo de ser implicada. De hecho, necesito que tu madre y tú os marchéis para poder ultimar algunos detalles con la señora Macauley.

—Pero... —Miro a mi madre, impotente, pero ella asiente y se pone de pie, deslizándose el bolso por encima del hombro, como si ya hubiéramos acabado.

—Tiene razón, Bronwyn. Tienes que dejar que la señora Macauley y el señor Kleinfelter se ocupen solos de esto. —Su expresión se suaviza cuando mira a la señora Macauley a los ojos—. Le deseo mucha suerte.

—Gracias —dice la señora Macauley—. Y gracias sobre todo a ti, Bronwyn.

Debería sentirme bien (misión cumplida, y todo eso), pero la verdad es que no lo estoy. Eli no sabe ni la mitad de lo que sabemos nosotros y, ahora, ¿cómo se supone que voy a hacerle llegar toda esa información?

Addy

Lunes, 5 de noviembre, 18:30

El lunes, las cosas vuelven extrañamente a la normalidad. Bueno, a la nueva normalidad. ¿La *nuevalidad*? En fin, da igual, lo que quiero decir es que, para cuando me siento a cenar con mi madre y con Ashton, ya no hay furgonetas de noticias en la entrada de casa y mi abogado no me ha llamado ni una sola vez.

Mi madre deposita frente a Ashton y a mí los platos precocinados que ha preparado, y luego se sienta entre nosotras sujetando un vaso lleno de una bebida turbia de color marrón amarillento.

—Yo no voy a comer —nos informa, aunque no le hemos preguntado—. Me estoy purificando.

Ashton arruga la nariz.

—Puaj, mamá. ¿Eso no será limonada con sirope de arce y cayena, verdad? Es asqueroso.

—Sí, pero los resultados son innegables —dice mi madre, dando un largo sorbo.

Se lleva el vaso a los labios extremadamente carnosos mientras observo su tieso pelo rubio, sus uñas pintadas de rojo y el ajustadísimo vestido que se ha puesto para estar en casa un lunes normal y corriente. ¿Así voy a ser yo dentro de veinticinco años? Solo de pensarlo me entra mucha menos hambre de la que ya tenía hace un minuto.

Ashton pone las noticias y volvemos a ver las imágenes del arresto de Nate, que ahora incluyen una entrevista de Eli Kleinfelter.

—Qué chico tan guapo —comenta mi madre cuando la foto del registro policial de Nate aparece en pantalla—. Una pena que haya resultado ser un asesino.

Yo aparto la bandeja a medio comer. No tiene sentido sugerir que es posible que la policía se haya equivocado. Mi madre no podría estar más contenta de que vayan a dejar de llegarnos facturas de parte de mi abogado.

Suena el timbre, y Ashton dobla la servilleta junto a su plato.

—Voy a ver quién es.

Unos segundos después, Ashton me llama y mi madre me dedica una miradita sorprendida. Hace semanas que nadie llama a la puerta preguntando por mí a no ser que sea para entrevistarme, y mi hermana siempre echa a los periodistas. Mi madre me sigue a la sala de estar mientras Ashton abre la puerta para dejar pasar a TJ.

—Hola. —Parpadeo, sorprendida de verle—. ¿Qué haces aquí?

—No sé cómo ha terminado tu libro de Historia en mi mochila después de Ciencias de la Tierra. Es tuyo, ¿verdad? —TJ me tiende un grueso libro de texto con el lomo gris. Llevamos siendo compañeros de laboratorio desde que tuvimos que seleccionar rocas y eso, por lo general, es un buen momento del día.

—Ah. Sí, gracias. Pero me lo podrías haber dado mañana.

—Como teníamos un control...

—Es verdad. —No tiene mucho sentido decirle que, básicamente, este semestre estoy pasando completamente del instituto—.

Mi madre no deja de mirar a TJ como si fuera un postre listo para comérselo, y TJ la mira directamente a los ojos con una educada sonrisa en los labios—. Hola, soy TJ Forrester. Voy a clase con Addy.

Mi madre sonrío con afectación y le estrecha la mano, comiéndose con los ojos sus hoyuelos y su chaqueta del equipo de fútbol americano. Es una versión de Jake con la piel un poco más morena y la nariz un poco más torcida. El nombre no le dice nada a ella, pero Ashton reprime un grito sorprendido a mis espaldas.

Tengo que sacar a TJ de aquí antes de que mi madre sume dos y dos.

—Bueno, gracias otra vez. Será mejor que me ponga a estudiar. Nos vemos mañana.

—¿Quieres que estudiemos juntos un rato? —me pregunta TJ.

Yo dudo. Me gusta TJ, de verdad que sí. Pero no sé si estoy preparada para quedar con él fuera del instituto.

—No puedo porque... tengo otras cosas que hacer.

Prácticamente le empujo por la puerta. Cuando vuelvo a casa, la cara de mi madre es una mezcla entre lástima y enfado.

—¿Se puede saber qué te pasa? —me bufa—. ¿Cómo te permites ser tan borde con un chico tan guapo? No andas precisamente sobrada de pretendientes, últimamente. —Sus ojos vuelan a las mechas moradas de mi pelo—. Con lo dejada que estás, deberías dar las gracias de que ese chico quiera quedar contigo, después de todo.

—Dios, mamá... —dice Ashton.

Yo la interrumpo.

—No estoy buscando un novio nuevo, mamá.

Ella se me queda mirando como si me acabaran de salir alas y le estuviera hablando en chino.

—¿Y por qué demonios no? Hace muchísimo que rompiste con Jake.

—He estado más de tres años con Jake. Me apetece estar sola —digo, fundamentalmente para llevarle la contraria.

Sin embargo, en cuanto las palabras salen de mi boca, sé que lo que digo es verdad. Mi madre empezó a salir con chicos cuando tenía catorce años, igual

que yo, y desde entonces ha ido enganchando uno con otro. Incluso si eso implica salir con un adulto inmaduro que no se atreve a llevarla a casa de sus padres por pura cobardía.

Yo no quiero tener tanto miedo como ella a la soledad.

—No seas ridícula. Eso es lo último que necesitas. Si sales un par de veces con un chico como TJ, aunque no te interese, el resto de chicos del instituto volverán a verte como deseable otra vez. No creo que quieras quedarte para vestir santos, Adelaide. Ni convertirte en una chica triste y sola que se pasa la vida con ese grupo de amigos raritos que te has echado ahora. Si te quitaras esa tontería del pelo, te lo dejaras crecer un poco y volvieras a maquillarte, podrías aspirar a mucho más.

—No necesito estar con nadie para ser feliz, mamá.

—Claro que lo necesitas —me espeta—. Este último mes has estado fatal.

—Porque me estaban investigando como sospechosa de un asesinato —le recuerdo—. No porque esté soltera.

Eso no es del todo cierto, porque mi mayor fuente de tristeza era Jake. Pero es que yo quería estar con él, no con cualquiera.

Mi madre sacude la cabeza.

—Bueno, piensa lo que quieras, Adelaide, pero no eres carne de universidad, y lo sabes. Ahora es el momento de encontrar a un buen chico con un buen futuro dispuesto a cuidar de...

—Mamá, tiene diecisiete años —la interrumpe Ashton—. Te puedes guardar el discursito para dentro de diez. O para siempre. Porque esto de las relaciones no nos ha funcionado precisamente bien a ninguna de las dos.

—Habla por ti, Ashton —responde mi madre, soberbia—. Justin y yo somos extremadamente felices.

Ashton abre la boca para responder, pero entonces mi teléfono suena y, cuando veo que en la pantalla aparece el nombre de Bronwyn, levanto un dedo para pedirles que se callen.

—Hola, ¿qué pasa? —pregunto.

—Hola. —Tiene la voz tomada, como si hubiera estado llorando—. Estaba pensando en el caso de Nate, y quería pedirte ayuda con una cosa. ¿Podrías venir a mi casa un rato esta noche? Voy a decírselo a Cooper también.

Cualquier cosa es mejor que seguir escuchando cómo mi madre me insulta.

—Claro. Mándame un mensaje con tu dirección.

Tiro lo que queda de la cena al cubo de la basura, cojo el casco de la bici,

le grito un «adiós» a Ashton y salgo por la puerta. Es una noche de otoño perfecta, y los árboles que flanquean nuestra calle se mecen con una ligera brisa mientras pedaleo junto a ellos. La casa de Bronwyn está a un kilómetro y medio de la mía, pero el barrio es completamente distinto: estas casas no parecen todas cortadas por el mismo patrón. Me meto en la entrada de una gigantesca mansión victoriana gris, incapaz de apartar la vista de las flores y el porche, ni de evitar una punzada de envidia. Es preciosa, pero no es solo eso. Parece un hogar.

Cuando llamo al timbre, Bronwyn me responde con un «hola» muy bajito. Tiene los ojos cansadísimos y de la coleta le escapan mechones de pelo enteros. De repente me da por pensar que nos ha ido destrozando a todos por turnos: primero Jake me dejó, y todos mi amigos me dieron de lado; luego se supo que Cooper era gay, y todo el mundo empezó a burlarse de él mientras la policía le perseguía; y, ahora, Bronwyn, que tiene a la persona de la que está enamorada en la cárcel.

Bueno, aunque nunca ha dicho que esté enamorada de Nate, resulta bastante evidente que lo está.

—Ven, entra —dice Bronwyn, abriendo la puerta—. Cooper ya ha llegado. Estamos en el piso de abajo.

Me lleva a una amplia habitación con sofás mullidos y una televisión enorme colgada de la pared. Cooper ya se ha puesto cómodo en un sofá, y Maeve está sentada con las piernas cruzadas en otro, con el ordenador apoyado en el reposabrazos que los separa. Bronwyn y yo nos hundimos en otro sofá y yo pregunto.

—¿Cómo está Nate? ¿Has podido verle?

Pregunta equivocada, supongo. Bronwyn traga saliva una, dos veces, e intenta mantener la compostura.

—No quiere que vaya a verle. Su madre dice que está... bien, teniendo en cuenta la situación. Los centros de detención de menores son horribles, pero por lo menos no está en la cárcel... —De momento. Todos sabemos lo mucho que ha tenido que pelear Eli para que Nate se quede donde está—. En fin, gracias por venir. Supongo que solo quería... —Sus ojos se llenan de lágrimas, y Cooper y yo intercambiamos una mirada de preocupación antes de que ella pueda apartarlas de su vista—. Ya sabéis, me vino muy bien que nos juntáramos por fin y empezáramos a hablar de esto. Me sentí menos sola. Y ahora supongo que lo que quiero es pedir os vuestra ayuda. Quiero terminar

lo que empezamos. Seguir poniendo cosas en común y conseguir que esto tenga algún sentido.

—Luis todavía no me ha dicho nada del coche —dice Cooper.

—La verdad es que ahora mismo no estaba pensando en eso, pero ¿te importaría seguir al tanto? En realidad lo que quería hacer era echarle otro vistazo a las entradas de Tumblr. Tengo que reconocer que hubo un momento en que dejé de leerlas porque me asustaban. Ahora la policía dice que las escribió Nate, así que creo que deberíamos revisarlas y señalar lo que nos llame la atención, no concuerde con la forma en que recordamos las cosas o nos parezca raro, sencillamente. —Se echa la coleta por encima del hombro y abre su portátil—. ¿Os importa?

—¿Ahora? —pregunta Cooper.

Maeve inclina la pantalla para que Cooper pueda verla.

—No veo un momento mejor.

Bronwyn se sienta a mi lado y empezamos por las actualizaciones que están más abajo en la página: «Se me ocurrió cómo matar a Simon viendo en la tele uno de esos programas de resolución de crímenes». Nate nunca me ha parecido muy aficionado a ver la tele, pero no creo que este sea el tipo de detalles que está buscando Bronwyn. Nos quedamos un rato sentados en silencio mientras leemos. El aburrimiento se apodera de nosotros y me doy cuenta de que casi no estoy prestando atención, así que intento leer con mayor concentración. «Bla, bla, bla, qué listo soy, nadie sabe que he sido yo, la policía no tiene ni idea». Y así.

—Espera un momento, esto no fue así. —Cooper claramente está prestando más atención que yo—. ¿Habéis llegado ya a esto? La que tiene fecha del veinte de octubre, lo de la detective Wheeler y los donuts.

Yo enarco las cejas como un gato tensaría las orejas al escuchar un ruido lejano.

—A ver —dice Bronwyn, escaneando la pantalla con los ojos—. Ah, sí. Es un comentario un poco raro, ¿no? Nunca hemos estado juntos en comisaría. Bueno, igual después del funeral, pero no nos vimos, ni hablamos entre nosotros. Por lo general, cuando alguien da tantos detalles, pretende que sean verídicos.

—¿Qué estáis leyendo? —pregunto.

Bronwyn aumenta el tamaño de letra y señala:

—Ahí, la antepenúltima línea.

Esta investigación es tan típica que los cuatro hemos pillado a la detective Wheeler zampándose una bandeja entera de donuts en la sala de interrogatorios.

Una oleada gélida me recorre cuando lo que acabo de leer penetra en mi cerebro y se asienta allí, apartando todo lo demás. Cooper y Bronwyn tienen razón: eso no pasó nunca.

Pero eso, precisamente, fue lo que yo le conté a Jake.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Bronwyn

Martes, 6 de noviembre, 19:30

Se supone que no puedo hablar con Eli, así que anoche le mandé a la señora Macauley el link a la actualización de Tumblr que Addy, Cooper y yo leímos juntos y le conté lo que nos había extrañado. Y luego esperé. La espera fue eterna y frustrante, pero al final, cuando llegué del instituto, tenía un mensaje suyo.

«Gracias, he informado a Eli, pero me ha pedido que no te involucres más».

Fin. Me han dado ganas de tirar el móvil a la otra punta de la habitación. Lo reconozco: me he pasado la noche entera imaginándome que el bombazo de Addy conseguía sacar inmediatamente a Nate de la cárcel. Aunque soy consciente de que es un deseo tremendamente ingenuo, creo que merecía algo más que este desdén.

Sin embargo, aún soy incapaz de asimilar lo que realmente implica esto. Porque... ¿Jake Riordan? Si hubiera tenido que elegir a la persona con menos posibilidades de estar metida en este asunto, ni siquiera habría estado en la lista. Además, ¿hasta qué punto está involucrado? ¿Ha escrito él todo el Tumblr, o solo esa entrada? ¿Habrá inculcado él a Nate? ¿Mató a Simon?

Cooper lo descartó inmediatamente.

—No pudo ser él —dijo el lunes por la noche—. Jake estaba en el entrenamiento de fútbol americano cuando Addy le llamó.

—Igual salió —insisto yo.

Así que Cooper llamó a Luis para confirmarlo.

—Luis dice que no —informa Cooper—. Jake estuvo lanzando pases durante todo el entrenamiento.

No sé si podemos basar toda la investigación en la memoria. Ese chico ha

perdido un montón de neuronas con el paso de los años. Ni siquiera le ha preguntado a Cooper por qué quería saberlo.

Ahora estoy en mi habitación con Addy y Maeve, empapelando las paredes con pósts de colores que resumen todo lo que sabemos hasta el momento. Parece sacado de un episodio de *Ley y Orden*, solo que nada concuerda ni tiene sentido.

Alguien nos metió los móviles en las mochilas.

Simon fue envenenado durante el castigo.

Bronwyn, Nate, Cooper, Addy y el profesor Avery estaban en el aula.

El choque en el aparcamiento nos distrajo.

Jake escribió al menos una entrada de Tumblr.

Jake y Simon eran amigos.

Leah odia a Simon.

Aiden Wu odia a Simon.

Simon sentía algo por Keely.

Simon tenía un álgter ego siniestro en Internet.

Simon estaba deprimido.

Janae parece deprimida.

¿Simon y Janae se habían distanciado?

La voz de mi madre nos llega desde las escaleras.

—Bronwyn, ha llegado Cooper.

Mi madre ya se ha enamorado de Cooper. Tanto, que ni siquiera protesta cuando volvemos a quedar, aunque Robin nos ha aconsejado que mantengamos las distancias los unos de los otros.

—Hola —dice Cooper, sin ni siquiera jadear después de subir las escaleras—. No puedo quedarme mucho rato, pero tengo buenas noticias. Luis cree que ha encontrado el coche. Su hermano llamó a un amigo que trabaja en un taller en Eastland y dice que, unos días después de que muriera Simon, les llegó un Camaro rojo con unos cuantos arañazos de un choque sin importancia. He conseguido la matrícula y el número de teléfono. —Rebusca en su mochila y me tiende un sobre arrugado con un número garabateado en la parte de atrás—. Supongo que se lo podrías pasar a Eli, ¿no? Igual encuentra algo.

—Gracias —le digo, sinceramente.

Cooper barre la pared de mi cuarto con los ojos.

—¿Esto os sirve de algo?

Addy se apoya sobre los muslos con un ruidito de frustración.

—La verdad es que no. Solo es una lista de hechos aislados. Simon tal, Janae cual, Leah pascual, Jake lo de más allá...

Cooper frunce el ceño y se cruza de brazos, inclinándose hacia delante para observar un poco mejor la pared.

—La verdad es que no entiendo para nada lo de Jake. Es que no me puedo creer que haya sido él quien se ha dedicado a hacer lo de ese maldito Tumblr... Para mí que se ha ido de la lengua con la persona equivocada, o algo así. —Golpea con un dedo un pósit en el que aparecen nuestros nombres—. Y yo sigo preguntándome una cosa: ¿Por qué nosotros? ¿Por qué nos han metido en esto? ¿Somos daños colaterales, como dice Nate? ¿O habrá un motivo concreto para que formemos parte de esto?

Yo ladeo la cabeza y le pregunto con curiosidad:

—¿Como cuál?

Cooper se encoge de hombros.

—No lo sé. Piensa en lo que le pasó a Simon con Leah y contigo. Fue una cosa muy pequeña, pero ¿y si fue algo pequeño que terminó generando un efecto dominó? O yo y... —Mira la pared y detiene los ojos en otro pósit—. Aiden Wu, por ejemplo. De él contó lo de que se travestía, y yo estaba intentando ocultar que soy gay.

—Pero alguien cambió la entrada que hablaba sobre ti —le recuerdo.

—Lo sé. Pero eso también es raro, ¿no os parece? ¿Por qué deshacerse de un rumor perfecto, que además es verdad, y cambiarlo por otro que no? No consigo quitarme la sensación de que se trata de algo personal, ¿sabéis? La página de Tumblr se ha encargado de hacer que todo esto se mantenga vivo y de poner a la gente en nuestra contra. Ojalá supiera por qué.

Addy le da un leve tirón a uno de sus pendientes. Le tiembla la mano y, cuando habla, también le tiembla la voz.

—Entre Jake y yo el asunto era muy personal, supongo. Y tal vez te tuviera celos, Cooper. Pero Bronwyn y Nate..., ¿por qué iba a involucrarlos a ellos?

Daños colaterales. Esto nos ha afectado a todos, pero Nate se ha llevado la peor parte. Si el verdadero culpable es Jake, no tiene sentido. Pero, en realidad, nada de esto lo tiene.

—Tengo que irme —dice Cooper—. He quedado con Luis.

Yo me esfuerzo por sonreír.

—¿No con Kris?

Cooper me devuelve una sonrisa un tanto torcida.

—Todavía estamos intentando arreglar las cosas. Bueno, decidme luego si lo del coche ha sido de alguna ayuda.

Cuando Cooper se marcha, Maeve se levanta y ocupa el sitio cerca de mi cama que acaba de dejar vacío. Mueve los pósts de la pared, colocando cuatro en un cuadrado:

Jake escribió al menos una entrada de Tumblr.

Leah odia a Simon.

Aiden Wu odia a Simon.

Janae parece deprimida.

—Estas cuatro personas son las que más conexiones tienen entre sí: o bien tienen motivos para odiar a Simon, o bien sabemos que están implicadas de alguna forma. Parece muy poco probable que algunos sean culpables. —Le da un golpecito al nombre de Aiden—. Y a otros ya los tenemos marcados. —Señala a Jake y Janae—. Pero no hay ninguna explicación clara. ¿Qué se nos está pasando por alto?

Todos nos quedamos mirando los pósts en silencio.

Se pueden averiguar muchas cosas de una persona solo con su número de matrícula y su número de teléfono. Su dirección, por ejemplo. Y su nombre, o dónde estudia. Así que, si quisieras, podrías ir al aparcamiento de su instituto antes de que empezaran las clases y esperar a que su Camaro rojo apareciera. En teoría.

O en la práctica.

Mi plan era darle a la señora Macauley los números que averiguó Cooper para que, a su vez, ella se los enviara a Eli. Pero no consigo quitarme de la cabeza su seca contestación: «Gracias, he informado a Eli, pero me ha pedido que no te involucres más». De hecho, ¿me tomaría en serio Eli? Él fue el primero en mencionar que el choque en el aparcamiento era sospechoso, pero está invirtiendo todo su tiempo en intentar que no saquen a Nate del centro de

detención de menores. Esto podría parecerle una distracción inoportuna.

De todas maneras, solo quiero investigar un poco. De eso intento convencerme a mí misma cuando entro en el aparcamiento del Instituto Eastland. Sus clases empiezan cuarenta minutos antes que las nuestras, así que aún tengo tiempo de sobra para volver a Bayview antes de que suene el timbre de primera hora. El ambiente dentro del coche está muy cargado, así que bajo las dos ventanillas delanteras cuando encuentro un sitio vacío y apago el motor.

La cosa es que necesito hacer algo, porque si me quedo de brazos cruzados, pienso demasiado en Nate, en dónde está, en todo por lo que está pasando y en que no quiere hablar conmigo. A ver, entiendo perfectamente que sus opciones de comunicación son limitadas, eso es evidente, pero no son inexistentes. Le pregunté a la señora Macauley si podía visitarle, y ella me dijo que Nate no quería que fuera a verle.

Y eso me duele. Creo que ella piensa que Nate lo hace por protegerme, pero yo no estoy tan segura. Está bastante acostumbrado a que la gente le abandone, así que tal vez ha decidido dejarme antes de que yo lo haga.

Veo un destello rojo por el rabillo del ojo y un Camaro antiguo con un brillante guardabarros aparca unos cuantos sitios más allá. Un chico moreno con el pelo corto baja del coche y saca una mochila del asiento del copiloto, echándose el asa al hombro.

No pretendo decirle nada, pero me mira cuando pasa junto a mi ventana y no puedo evitar que se me escape un «hola».

Él se detiene, y sus curiosos ojos castaños se clavan en los míos.

—Hola. Yo te conozco. Eres una de las chicas a las que estaban investigando en el Bayview. Bronte, ¿verdad?

—Bronwyn —digo, porque, total, ya que acabo de tirar a la basura mi tapadera, es mejor que vaya a por todas.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Viste como si esperara que la estética grunge de los noventa volviera a ponerse de moda, con una camisa de franela por encima de una camiseta de Pearl Jam.

—Pues... —Se me van los ojos hacia su coche. Debería preguntárselo sin más, ¿no? Al fin y al cabo, a eso he venido. Sin embargo, ahora que estoy hablando de verdad con él, la pregunta me parece ridícula. ¿Qué se supone que voy a decirle? *Oye, ¿a qué leches vino ese choque tan perfectamente cronometrado en un instituto que no es el tuyo?*—. Estoy esperando a

alguien.

Me mira con el ceño arrugado.

—¿Conoces a alguien aquí?

—Sí. —Más o menos. *Bueno, sé que has llevado el coche al taller hace poco.*

—Aquí la gente no hacía más que hablar sobre vosotros. Un caso un poco raro, ¿no? Ese chaval, el que murió..., era un tipo extraño, ¿verdad? O sea, ¿a quién se le ocurre crear una aplicación así? Y todas las cosas que dijeron de él en el programa de Mikhail Powers... Todo muy raro.

Parece... nervioso. Mi cerebro grita: «Pregunta, pregunta, pregunta», pero mi boca no obedece.

—Bueno, nos vemos —dice, empezando a alejarse de mi coche.

—¡Espera! —Mi voz toma la iniciativa por su cuenta y él se detiene—. ¿Puedo hablar contigo un momento?

—Pero si acabamos de hablar...

—Sí, pero... es que tengo una pregunta que hacerte. La cosa es que, cuando te he dicho que estaba esperando a alguien..., la verdad es que te estaba esperando a ti.

Ahora, claramente, está nervioso.

—¿Y por qué me estabas esperando a mí? Si ni siquiera me conoces.

—Por tu coche —le digo—. Sé que tuviste un pequeño choque con otro coche en el aparcamiento de nuestro instituto el otro día. El día que murió Simon.

Palidece y me mira parpadeando.

—¿Cómo sabes...? ¿Por qué piensas que fui yo?

—Porque vi la matrícula. —Miento. No hace falta involucrar en esto al hermano de Luis—. La cosa es que... fue raro que coincidiera justo con lo que le pasó a Simon, ¿no te parece? Y ahora hay una persona detenida por un delito que estoy segura de que no cometió y me preguntaba si... por casualidad viste algo o a alguien extraño ese día. Sería de mucha ayuda... —Se me traba la voz y las lágrimas me nublan los ojos. Parpadeo para apartarlas e intento enfocar la vista—. Cualquier cosa que pudieras decirme sería de gran ayuda.

Él duda y retrocede, mirando hacia el aluvión de alumnos que entran en el instituto. No me extrañaría que ahora mismo se alejara de mí y corriera a unirse a ellos. En cambio, rodea mi coche, abre la puerta del copiloto y se

mete dentro. Yo aprieto el botón para subir las ventanillas y me giro para mirarle.

—Bueno. —Se pasa una mano por el pelo—. Esto es muy raro. Por cierto, me llamo Sam. Sam Barron.

—Bronwyn Rojas, pero creo que eso ya lo sabes.

—Sí. He estado siguiendo las noticias y preguntándome si debía decir algo. Pero no estaba seguro de que fuese relevante. Sigo sin estarlo. —Me mira de reojo, como si estuviera buscando síntomas de alarma en mi cara—. No hicimos nada malo. O sea, nada ilegal. Por lo que yo sé, al menos.

Siento un hormiguelo en la columna cuando me endezco en el asiento.

—¿Quiénes sois vosotros?

—Mi amigo y yo. Nos chocamos a propósito. Un tipo nos pagó mil pavos a cada uno por hacerlo. Dijo que era para gastar una broma. O sea, ¿quién no lo hubiera hecho? La reparación solo me costó quinientos. El resto era puro beneficio.

—Alguien... —Hace calor en el coche con las ventanas subidas, y mis manos, bien aferradas al volante, están resbaladizas de sudor. Debería poner el aire acondicionado, pero no puedo moverme—. ¿Quién? ¿Sabes cómo se llama?

—No, pero...

—¿Un chico castaño, con los ojos azules? —se me escapa.

—Sí.

Jake. Parece que, después de todo, Luis le perdió de vista en algún momento.

—¿Era...? Espera, creo que tengo una foto en alguna parte —digo, revolviendo la mochila para buscar mi móvil. Estoy segura de que saqué una foto de la corte del baile de inauguración en septiembre.

—No necesito una foto —me dice Sam—. Sé quién es.

—¿En serio? ¿Sabes cómo se llama? —Me late el corazón tan deprisa que hasta noto el movimiento bajo mi pecho—. ¿Estás seguro de que te dijo su nombre real?

—No me dijo cómo se llamaba. Lo descubrí después, viendo las noticias.

Recuerdo nuestras primeras apariciones en la televisión, cuando la foto de Jake aparecía junto a la de Addy. Mucha gente opinaba que no era justo que le estuvieran sacando, pero yo me alegro de que lo hicieran. Por fin encuentro la foto del baile, y se la tiendo a Sam.

—Él, ¿verdad? ¿Jake Riordan?

Él parpadea al ver la foto en mi teléfono, sacude la cabeza, y me lo devuelve.

—No. No fue él. Fue alguien... mucho más involucrado en el asunto.

Tengo el corazón a punto de estallar. Si no fue Jake, solo queda un chico moreno de ojos azules involucrado en la investigación. Mucho más involucrado, nada menos. Y es Nate.

No. No, por favor. Dios, no.

—¿Quién? —Mi voz es apenas un susurro.

Sam deja escapar un suspiro y se recuesta contra el reposacabezas. Guarda silencio durante el segundo más largo de mi vida hasta que dice:

—Fue Simon Kelleher.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Cooper

Miércoles, 7 de noviembre, 19:40

Las reuniones del club de los asesinos están empezando a convertirse en costumbre, aunque la verdad es que deberíamos buscarnos un nombre nuevo.

Esta vez quedamos en una cafetería del centro de San Diego, y tenemos que apolonarnos en una mesita al fondo, porque cada vez somos más. Conmigo viene Kris, y con Addy viene Ashton. Bronwyn se ha traído todos sus pósits en un par de carpetas marrones, incluyendo el último: «Simon pagó a dos chicos para que fingieran el choque del aparcamiento». Dice que Sam Barron le prometió que llamaría a Eli para contárselo, pero no tengo ni idea de cómo eso va a ayudar a Nate.

—¿Por qué has elegido este sitio, Bronwyn? —pregunta Addy—. Está un poco apartado.

Bronwyn se aclara la garganta y se dedica a recolocar los pósits.

—Por ningún motivo en concreto. Bueno —mira alrededor de la mesa con aire profesional—, gracias por venir. Maeve y yo hemos revisado esto mil veces, y nada tiene sentido. Hemos pensado que si poníamos más mentes a trabajar en ello, igual sacábamos algo en claro.

Maeve y Ashton vuelven del mostrador, trayendo todo lo que hemos pedido en equilibrio sobre un par de bandejas reciclables. Van repartiendo las bebidas, y observo cómo Kris abre metódicamente cinco sobrecitos de azúcar y los vierte uno a uno en su café *latte*.

—¿Qué pasa? —me dice al ver mi expresión.

Lleva puesto un polo azul a juego con sus ojos y le queda muy muy bien. Me sigue pareciendo una de esas cosas en las que no debería fijarme.

—Te gusta el azúcar, ¿eh? —Menuda tontería.

Lo que en realidad quería decir es: «No tengo ni idea de cómo te gusta el

café, porque esta es la primera vez que estamos juntos en público». Kris frunce los labios. Un gesto que, aparentemente, no debería resultarme atractivo, pero lo es. Me siento incómodo, y estoy como un flan, y mi pierna choca sin querer con su rodilla por debajo de la mesa.

—A mí me parece de maravilla —dice Addy, haciendo chocar su taza con la de Kris en un pequeño brindis. El líquido de la taza de Addy es tan clarito que casi ni parece café.

Últimamente Kris y yo hemos pasado más tiempo juntos, pero todavía nos resulta un poco forzado. Igual es que me he acostumbrado a que nos escondamos, o igual es que todavía no he asumido que estoy saliendo con un tío. Me doy cuenta de que mantengo las distancias con él cuando vamos desde el coche a la cafetería. No quiero que la gente sepa lo que somos.

Detesto esa parte de mí, pero ahí está.

Bronwyn ha pedido una especie de té humeante que parece estar demasiado caliente como para beberse. Lo aparta y apoya una de las carpetas marrones contra la pared.

—Esta es toda la información que tenemos sobre Simon: que iba a publicar rumores sobre nosotros, que pagó a dos chicos para que fingieran un choque en el aparcamiento, que estaba deprimido, que tenía un álter ego siniestro en Internet, que Janae y él parecían distanciados, que sentía algo por Keely, que Jake y él fueron amigos.

—Y que borró mi entrada original en Malas Lenguas —digo.

—Eso no es necesariamente cierto —me corrige Bronwyn—. Alguien borró tu entrada, pero no sabemos quién.

Supongo que en eso lleva razón.

—Y esto es lo que sabemos sobre Jake —continúa Bronwyn—. Escribió por lo menos una de las actualizaciones de Tumblr, o ayudó a alguien a escribirla. Según Luis, no estaba dentro del instituto cuando Simon murió. Él...

—Es un completo obseso del control —la interrumpe Ashton. Addy abre la boca para protestar pero Ashton la corta—. Lo es, Addy. Se pasó tres años controlando hasta el más mínimo aspecto de tu vida. Y, en cuanto hiciste algo que no le gustó, explotó. —Bronwyn garabatea «Jake es un obseso del control» en un pósit, lanzándole una miradita arrepentida a Addy.

—Es un buen dato —dice Bronwyn—. Ahora, y si...

La puerta de la cafetería se abre y se pone roja como un tomate.

—Qué coincidencia...

Sigo su mirada y veo que un chico joven con el pelo alborotadísimo y una barbita de tres días entra en la cafetería. Me suena, pero no consigo ubicarle. Mira a Bronwyn con una expresión exasperada que se convierte directamente en alarma cuando repara en Addy y en mí.

Se tapa la cara con la mano.

—No os he visto. A ninguno. —Luego ve a Ashton, aparta la vista y vuelve a mirarla, a punto de tropezar con sus propios pies—. Ah, hola. Tú debes de ser la hermana de Addy.

Ashton parpadea, confundida, mirando alternativamente a Eli y a Bronwyn.

—¿Te conozco de algo?

—Es Eli Kleinfelter —dice Bronwyn—. Trabaja en Presunción de Inocencia. Su oficina está en este edificio. Es, esto..., el abogado de Nate.

—El cual no puede hablar con vosotros —dice Eli, como si acabara de recordarlo.

Se queda mirando a Ashton un poco más de lo que resulta cómodo, pero inmediatamente después se aleja y se dirige al mostrador. Ashton se encoge de hombros y sopla su café. Estoy seguro de que está acostumbrada a producir ese efecto en los hombres.

A Addy se le ponen los ojos como platos cuando se fija en cómo Eli se aparta de nosotros.

—Dios, Bronwyn. No puedo creer que estés acosando al abogado de Nate.

Bronwyn parece casi tan avergonzada como debería estar, y saca de su mochila el sobre que yo le di.

—Quería saber si Sam Barron se había puesto en contacto con él y darle la información en caso de que no fuera así. Pensaba que si me encontraba con Eli por casualidad, tal vez accedería a hablar conmigo, pero supongo que no es el caso. —Bronwyn mira a Ashton, esperanzada—. Aunque creo que sí hablaría contigo.

Addy pone los brazos en jarras y saca la barbilla, enfadada.

—¡No puedes usar a mi hermana como cebo!

Ashton sonrío irónicamente y extiende la mano para que Bronwyn le dé el sobre.

—Siempre que sea por una buena causa... ¿Qué se supone que tengo que decir?

—Dile que tenía razón: que el choque en el aparcamiento del instituto el día que Simon murió fue premeditado. En el sobre tiene el número de contacto del chico al que Simon pagó para que lo hiciera.

Ashton se dirige al mostrador, y todos bebemos en silencio lo que hemos pedido. Cuando la hermana de Addy vuelve, un minuto después, sigue teniendo el sobre en la mano.

—Sam le llamó —confirma—. Dice que lo está investigando, que agradece la información y que deberías meterte en tus putos asuntos. Literalmente.

Bronwyn parece aliviada y ni un poquito ofendida.

—Gracias. Eso son buenas noticias. Entonces, ¿dónde nos habíamos quedado?

—En Simon y Jake —dice Maeve, apoyando la barbilla en una mano y mirando las dos carpetas marrones—. Hay una conexión entre ellos. Pero ¿cuál?

—Disculpad —dice Kris, suavemente, y todo el mundo le mira como si se hubieran olvidado que estaba en la mesa. Seguramente, así era. No ha dicho ni una sola palabra desde que hemos llegado.

Maeve intenta compensar la sorpresa con una sonrisa alentadora.

—¿Sí?

—Me estaba preguntando... —empieza a decir Kris. Habla inglés sin acento y casi a la perfección, pero a veces usa expresiones un pelín demasiado formales que delatan que es extranjero—. Toda la investigación se ha centrado en las personas que estuvieron presentes en ese momento. Por eso la policía os investigó a vosotros cuatro en un primer momento, porque sería imposible que alguien que no hubiera estado en el aula hubiera matado a Simon, ¿cierto?

—Cierto —respondo yo.

—Entonces —Kris despega dos pósits de una de las carpetas—, si el asesino no es ni Cooper, ni Bronwyn, ni Addy, ni Nate, y nadie cree que el profesor que estaba allí aquel día tenga nada que ver con esto, ¿quién nos queda? —Coloca los dos pósits uno encima de otro en la pared de nuestro reservado y luego se recuesta en su silla y nos mira con una atención cautelosa.

Simon fue envenenado durante el castigo.
Simon estaba deprimido.

Nos quedamos en silencio durante un minuto que parece eterno, hasta que Bronwyn ahoga un grito.

—«Yo soy el narrador omnisciente» —dice.

—¿Qué? —pregunta Addy.

—Eso es lo que dijo Simon antes de morir. Dijo que en las películas de adolescentes no había narrador omnisciente, pero que en la vida real sí. Y, entonces, se terminó la taza de un trago. —Bronwyn se gira y grita—: ¡Eli!

Sin embargo, la puerta acaba de cerrarse a espaldas del abogado de Nate.

—Entonces, estás diciendo que... —Ashton mira alrededor de la mesa y clava los ojos en Kris—. ¿Crees que Simon se suicidó? —Kris asiente—. Pero ¿por qué? ¿Y por qué así?

—Volvamos a lo que sabemos —dice Bronwyn. Su voz suena fría, casi desapegada, pero tiene la cara rojísima—. Simon era una de esas personas que creía que merecía ser el centro de toda la atención, pero no lo era. Estaba obsesionado con la idea de hacer algo grande y violento en el instituto. Fantaseaba con ello constantemente en los foros de 4chan. ¿Y si esta fuera su versión de un tiroteo? Suicidarse y llevarse por delante a unas cuantas personas, pero de una manera completamente inesperada. Es decir, convirtiéndolos en sospechosos de asesinato. —Se gira hacia su hermana—. ¿Qué fue lo que dijo Simon en 4chan, Maeve? «Si vas a llevarte por delante a un montón de borregos capullos, por lo menos sorpréndeme».

—Literalmente, creo —asiente Maeve.

Pienso en cómo murió Simon: asfixiado, presa del pánico, intentando recobrar el aliento. Si realmente se hizo eso a sí mismo, desearía más que nunca haber encontrado el maldito bolígrafo de epinefrina.

—Creo que, al final, se arrepintió —digo, y el peso de mis palabras se me asienta con pesadumbre en el corazón—. Parecía que quería ayuda. Si hubiéramos podido medicarle a tiempo, tal vez haber estado tan cerca de la muerte le hubiera transformado en una persona distinta.

Kris me aprieta la mano bajo la mesa. Bronwyn y Addy tienen la misma expresión de sorpresa y horror que en aquel aula, el día que Simon murió. Saben que tengo razón. Un pesado silencio se cierne sobre nosotros, y yo doy nuestra pequeña reunión por terminada. Sin embargo, Maeve mira a la pared en la que están pegados los pósts y se muerde las mejillas.

—Pero ¿dónde encaja Jake en todo esto? —pregunta.

Kris duda y se aclara la garganta, como si estuviera esperando que alguien le diera permiso para hablar. Cuando nadie protesta, dice:

—Si Jake no es el asesino de Simon, debe de ser su cómplice. Alguien tenía que continuar con su obra cuando Simon muriera.

Kris mira a Bronwyn a los ojos, y da la sensación de que ambos han llegado a una especie de entendimiento. Son los cerebros de esta operación. El resto solo seguimos sus razonamientos. Kris me ha soltado la mano mientras hablaba, pero yo se la vuelvo a coger.

—Simon descubrió lo de Addy y TJ —dice Bronwyn—. Tal vez fuera por eso por lo que se dirigió a Jake en primer lugar. Jake seguramente querría venganza, porque él...

Una silla chirría ruidosamente junto a mí cuando Addy se aparta de la mesa.

—Para —dice con voz ahogada y las mechas moradas caídas tapándole los ojos—. Jake no sería... Él nunca haría...

—Creo que, por esta noche, ya hemos tenido suficiente —dice Ashton con voz severa, poniéndose de pie—. Seguid vosotros si queréis, chicos, pero nosotras nos vamos.

—Lo siento, Addy —dice Bronwyn, con cara de arrepentimiento—. Me he dejado llevar.

Addy le hace un gesto con la mano.

—No pasa nada —responde con voz temblorosa—. Es solo que... ahora mismo no puedo.

Ashton la coge del brazo, la lleva hasta la puerta, abre y deja que Addy salga delante de ella. Maeve las observa con la barbilla aún descansando en la mano.

—Lo que dice tiene sentido. Todo esto parece imposible, ¿no? Y, aunque tuviéramos razón, no podríamos demostrar nada. —Mira a Kris, esperanzada, como si esperara que hiciera magia con los pósits.

Kris se encoge de hombros y le da un golpecito al cuadradito de papel que tiene más cerca.

—Quizá queda alguien que puede proporcionarnos información útil.

Janae parece deprimida.

Bronwyn y Maeve se marchan alrededor de las nueve, y Kris y yo no nos

entretenemos mucho más. Recogemos las cosas que aún quedan en la mesa y las tiramos a la papelera que hay al lado de la salida. Ninguno de los dos decimos nada en lo que parece el final de la cita más rara de la historia.

—Bueno —dice Kris, deteniéndose justo al otro lado de la puerta y esperándome en la acera—. Esto ha sido interesante.

Antes de que pueda decir nada más, le agarro y le empujo contra la pared de la cafetería, le hundo los dedos en el pelo y deslizo la lengua entre sus dientes para darle un beso profundo y apasionado. Él deja escapar un sonido que parece un gruñido de sorpresa, y me atrae con fuerza contra su pecho. Cuando otra pareja sale por la puerta y nos separamos, parece mareado.

Se alisa la camiseta y se pasa una mano por el pelo.

—Pensaba que se te había olvidado cómo hacer eso.

—Perdóname —digo, con voz ronca y auténtica necesidad por volver a besarle—. No es que no me apeteciera. Es solo que...

—Ya lo sé. —Kris entrelaza sus dedos con los míos y sostiene nuestras manos en alto como preguntándome—. ¿Sí?

—Sí —respondo, y echamos a andar juntos por la acera.

Nate

Miércoles, 7 de noviembre, 23:30

Pues así es como se sobrevive al encierro.

Mantienes el pico bien cerrado. No hablas con nadie sobre tu vida ni sobre qué coño haces aquí. A nadie le importa. Y, si les importa, es para usarlo en tu contra. No dejas que nadie se meta contigo. Nunca. Los centros de detención de menores no son como la cárcel de la serie *Oz*, pero si la gente te considera débil, te joden igual.

Haces amigos. Entendiendo «amigo» en el sentido más amplio de la palabra. Hay que identificar a la gente menos de mierda que encuentres y asociarte con ella. Formar parte de una manada ayuda.

No rompes las reglas y miras a otro lado cuando lo hacen los demás.

Entrenas muchísimo y ves muchísimo la tele.

Pasas lo más desapercibido posible con los guardias. Incluyendo a esa mujer supersimpática que no deja de ofrecerte que llames desde su despacho si quieres.

No te quejas de lo lento que pasa el tiempo. Cuando te detienen por asesinato y te faltan cuatro meses para cumplir los dieciocho, los días eternos son tus mejores amigos.

Te inventas nuevas maneras de contestar a las infinitas preguntas de tu abogado. «Sí, a veces me dejo la taquilla abierta. No, Simon nunca estuvo en mi casa. Sí, a veces nos veíamos fuera del instituto. ¿La última vez? Probablemente cuando le vendí maría. Ay, perdón, se supone que no podemos hablar de eso, ¿no?».»

No piensas en lo que hay afuera. Ni en quien hay afuera. Sobre todo si a esa persona en concreto le iría muchísimo mejor si se olvidara por completo de que existes.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Addy

Martes, 8 de noviembre, 19:00

No dejo de releer el Tumblr de Malas Lenguas, como si algo fuera a cambiar de repente. Pero no. Lo que dijo Ashton resuena en bucle en mi mente: «Es un completo obseso del control». Y no se equivoca, pero eso tampoco quiere decir que el resto sea verdad. Puede que Jake le contara a otra persona lo que yo le dije, y fuera esa persona la que lo escribiera. O igual es solo una coincidencia.

Pero el caso es que... he recuperado un recuerdo de la mañana en que murió Simon, tan insignificante que ni siquiera me había llamado la atención hasta ahora: Jake quitándome la mochila del hombro con una sonrisa encantadora mientras íbamos juntos por el pasillo. «Pesa demasiado para ti, cielo, déjame que te la lleve». Nunca antes se había ofrecido a llevarme la mochila, pero entonces no me llamó la atención. ¿Por qué iba a hacerlo?

Y, unas cuantas horas después, en mi mochila aparece un móvil que no es mío.

No sé qué es peor, si el hecho de que Jake haya sido capaz de hacer algo tan horrible, que yo le empujara a hacerlo o que se pasara semanas enteras fingiendo normalidad.

—Todo esto fue elección suya, Addy —me recuerda Ashton—. A muchísima gente le ponen los cuernos y no se vuelven locos. Yo, por ejemplo. Le tiré un jarrón a la cabeza a Charlie y pasé página. Esa reacción es normal. Pero, sea lo que sea que esté pasando aquí, no es culpa tuya.

Probablemente lleve razón, pero yo no lo siento así.

Se supone que debería hablar con Janae, que hace una semana que no pisa el instituto. Le he escrito un par de veces después de clase y otro par después de cenar, pero nunca me contesta. Así que al final he decidido buscar su

dirección en el directorio del instituto y presentarme en su casa. Cuando se lo he dicho a Bronwyn se ha ofrecido a acompañarme, pero creo que es mejor si voy yo sola. A Janae nunca le ha terminado de caer bien Bronwyn.

Cooper insiste en llevarme en coche, pero le digo que no hace falta que me espere. Janae no me va a contar absolutamente nada si sabe que Cooper anda cerca.

—De acuerdo —me dice, cuando me deja enfrente de la casa de Janae, de falso estilo Tudor—. Si pasa algo raro, mándame un mensaje.

—Eso haré —le aseguro, haciéndole un saludo militar antes de cerrar la puerta y cruzar la calle.

En la entrada a la casa de Janae no hay aparcado ningún coche, pero todas las luces están encendidas. Llamo al timbre cuatro veces sin que nadie me abra la puerta, y miro hacia el coche de Cooper, encogiéndome de hombros después del último intento. Estoy a punto de tirar la toalla cuando la puerta se abre una rendija y uno de los ojos enmarcados en pintura negra de Janae me mira.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me pregunta.

—Ver qué tal estás. Hace mucho que no te veo y no contestas a mis mensajes. ¿Todo bien?

—Sí —Janae intenta cerrar la puerta, pero yo meto el pie en la rendija para impedirselo.

—¿Puedo entrar? —pregunto.

Ella duda, pero al final suelta la puerta y retrocede para permitirme avanzar y entrar en la casa. Cuando por fin consigo verla de cuerpo entero, tengo que hacer un esfuerzo para no gritar. Está más delgada que nunca y un sarpullido de un color rojo intenso le cubre la cara y el cuello. Ella se rasca como si nada.

—¿Qué pasa? No me encuentro bien, ¿no lo ves?

Echo una miradita en dirección al pasillo.

—¿Hay alguien más en casa?

—No. Mis padres han salido a cenar. Oye, mira, no pretendo ofenderte, pero ¿has venido por algo?

Bronwyn me ha orientado un poco sobre cómo abordar la conversación: debería empezar haciendo algunas preguntas sutiles acerca de dónde ha estado Janae durante toda la semana y cómo se siente, para luego seguir con el tema de la depresión de Simon y dar pie a que me cuente algo más. Como

último recurso, tal vez podría decirle a lo que se enfrenta Nate, ahora que el fiscal del distrito amenaza con mandarle a una cárcel como Dios manda.

Pero no sigo ninguno de sus consejos. En cambio, me acerco y la abrazo, acuno su cuerpo famélico como si fuera una niña pequeña que necesitara consuelo. Lo parece, es todo huesos y extremidades frágiles. Se queda rígida, y luego se derrumba entre mis brazos y se echa a llorar.

—Ay, Dios —dice, con una voz grave, áspera—. Menuda cagada. Menuda cagada inmensa.

—Vamos —le digo, guiándola hacia el sofá de la sala de estar, donde se sienta y sigue llorando.

Apoya la cabeza en mi hombro mientras yo le acaricio el pelo, incómoda. Debe de haberse echado algún producto que se lo ha dejado tieso, y las raíces parduzcas han empezado a asomar sobre el tinte negro azulado.

—Simon se hizo esto a sí mismo, ¿verdad? —pregunto, con cautela.

Ella se aparta y entierra la cara entre las manos, balanceándose de atrás adelante.

—¿Cómo lo sabes? —dice, medio ahogada.

Dios. Es verdad. Hasta este preciso momento, no he querido creerlo.

Se supone que no debería contárselo todo. De hecho, se supone que no debería contarle nada, pero lo hago. No se me ocurre ninguna otra manera de tratar el tema. Cuando termino de hablar, se levanta y sube las escaleras sin decir palabra. Yo espero un par de minutos, con una mano sobre el regazo mientras la otra le da tironcitos al pendiente. ¿Estará llamando a alguien? ¿Habrá ido a por una pistola para volarme los sesos? ¿Se estará cortando las venas para reunirse con Simon?

Cuando empiezo a pensar que igual debería ir a buscarla, Janae baja las escaleras dando fuertes pisotones, sujetando un fino fajo de papeles que me estampa contra el pecho.

—El manifiesto de Simon —dice, con una mueca de amargura en los labios—. Se supone que tenía que mandárselo a la policía dentro de un año, cuando todos tuvierais la vida completamente jodida, para que todo el mundo supiera que fue idea suya.

Los papeles tiemblan entre mis manos mientras leo.

Esto es lo primero que quiero que sepáis: odio mi vida, y todo lo que hay en ella.

Así que he decidido quitarme de en medio de una puta vez. Pero no sin antes llamar un poco la atención.

He pensado mucho en la manera de hacerlo. Podría comprar una pistola, algo que está al alcance de cualquier imbécil estadounidense, bloquear las puertas del instituto una mañana y llevarme por delante a todos los borregos de Bayview para los que tenga balas antes de meterme la última entre ceja y ceja.

Y llevaría muchas balas, creedme.

Pero eso ya se ha hecho mil veces, y no causa la misma impresión que antes.

Quiero ser más creativo. Único. Quiero que mi suicidio sea algo de lo que se hable durante años. Quiero que haya impostores que intenten imitarme, y que no lo consigan, porque la planificación que esto conlleva no es apta para cualquier perdedor deprimido con fantasías suicidas.

Lleváis un año viendo cómo ha evolucionado el caso. Si todo ha salido como yo quería, espero que no tengáis ni puta idea de qué fue lo que pasó en realidad.

Yo levanto la vista de los papeles.

—¿Por qué? —pregunto, notando cómo se me llena la garganta de bilis—. ¿Cómo llegó Simon a este punto?

—Llevaba un tiempo deprimido —dice Janae, frotando la tela de su falda negra entre las manos. El montón de pulseras con pinchos que lleva en los dos brazos repiquetea con el movimiento—. Simon siempre creyó que merecía mucho más respeto y atención de los que recibía, ¿sabes? Pero fue este año cuando más le afectó. Empezó a pasar mucho tiempo conectado en Internet con un montón de gente enferma, y a fantasear sobre cómo vengarse de todos los que le hacían sentir como una mierda. Creo que llegó un momento en el que ya no sabía qué era real y qué no. Cada vez que pasaba algo malo, se lo tomaba muy a la tremenda. —Ahora las palabras le salen a borbotones—. Empezó a decir que quería suicidarse y llevarse a gente por delante, pero de una manera creativa. Se obsesionó con la idea de usar la aplicación para inculpar a toda la gente que odiaba. Sabía que Bronwyn había copiado en Química, y no podía soportarlo. Ella ya tenía prácticamente asegurado ser la mejor alumna de la promoción, pero con eso hizo imposible que Simon pudiera hacerle sombra. También estaba convencido de que le

había jodido para que no pudiera ir al simulacro final de la conferencia de las Naciones Unidas. Y tampoco soportaba a Nate por lo que pasó con Keely. Simon creía que tenía posibilidades con ella, y entonces Nate se la quitó sin esforzarse siquiera, aunque a Keely él no le importaba una mierda.

Se me encoge el corazón. Dios, pobre Nate. Qué motivo tan estúpido para terminar en la cárcel.

—¿Y qué me dices de Cooper? ¿Simon también lo involucró en esto por Keely?

A Janae se le escapa una risita amarga.

—¿A don Perfecto? Cooper hizo que Vanessa le retirara la invitación a la fiesta en su casa después de la graduación, aunque Simon formaba parte de la corte. Se sintió muy humillado por ser el único que no estaba invitado, pero sobre todo porque ni siquiera le dejaron ir. Simon decía que iba a ir todo el mundo.

—¿Cooper hizo eso? —Parpadeo.

Esto es nuevo. Cooper nunca lo mencionó, y yo ni siquiera me di cuenta de que Simon no estaba en la fiesta.

Lo cual, si lo pienso bien, era en realidad parte del problema.

Janae sacude la cabeza.

—Sí, no sé por qué, pero lo hizo. Así que esos tres eran los objetivos de Simon, y ya tenía preparado todo lo que iba a revelar sobre ellos. Yo pensaba que lo decía por decir, que era una manera de liberar presión. Tal vez se hubiera quedado en eso si hubiera conseguido convencerle de que dejara de meterse en esos foros y de obsesionarse. Pero entonces Jake descubrió algo que Simon no quería que nadie supiera, y eso... fue la gota que colmó el vaso.

Ay, no. Cada segundo que ha pasado sin mencionar el nombre de Jake me ha hecho albergar esperanzas de que, después de todo, no estuviera implicado en esto.

—¿A qué te refieres? —Le doy un tirón tan fuerte al pendiente que estoy a punto de desgarrarme el lóbulo.

Janae empieza a rascarse el esmalte descascarillado de las uñas, llenándose la falda de trocitos grises.

—Simon amañó la votación para estar en la corte del baile de promoción de tercero. —Mi mano se queda inmóvil en la oreja y los ojos se me abren de par en par. Janae deja escapar una risita triste—. Lo sé. Una tontería,

¿verdad? Simon era así de raro. Se metía con la gente por querer encajar, los llamaba borregos, y luego quería ser como ellos. Y quería que le admiraran. Así que lo amañó todo, y el año pasado, en la piscina, se puso a fanfarronear sobre lo fácil que había sido, y a decir que pretendía volver hacerlo para el baile de inauguración de curso. Y Jake nos escuchó.

Me imagino inmediatamente cuál debió ser la reacción de Jake, así que lo que Janae dice a continuación no me sorprende.

—Jake se rio en su cara, y Simon se acojonó muchísimo. No soportaba la idea de que Jake fuera a contarlo por ahí, de que el instituto entero se enterara de que había hecho algo tan patético. A ver, llevaba años haciendo públicos los secretos de todo el mundo, y ahora iban a humillarle con un secreto propio. —Pone una mueca de dolor—. ¿Te lo imaginas? ¿El creador de Malas Lenguas, expuesto como un quiero y no puedo? Eso le puso al límite.

—¿Al límite? —repito yo.

—Sí. Simon decidió dejar de parlotear sobre su plan desquiciado y llevarlo a cabo. Ya sabía lo tuyo con TJ, pero estaba esperando a que las clases volvieran a empezar para soltarlo. En cambio, lo usó para callarle la boca a Jake e involucrarle en esto. Porque Simon necesitaba que alguien continuara con todo esto cuando él muriera, y yo me negué a hacerlo.

No sé si creérmelo o no.

—¿Te negaste?

—Sí, me negué. —Janae no se atreve a mirarme a los ojos—. Pero no lo hice por vosotros. Vosotros me dabais igual. Lo hice por Simon. No quiso hacerme caso y, de repente, dejó de necesitar me. Sabía cómo era Jake, y cómo se pondría cuando se enterara de lo tuyo con TJ. Simon le dijo a Jake que podía hacer que todas las pruebas te inculparan a ti, y que así te condenarían y terminarías en la cárcel. Y Jake se sumó encantado al plan. La idea de mandarte ese día a la enfermería para pedir ibuprofeno y hacer que parecieras más culpable fue suya.

Se me llena la cabeza de ruido blanco.

—La venganza perfecta por haberle puesto los cuernos al novio perfecto. —No estoy segura de haberlo dicho en voz alta hasta que Janae asiente.

—Sí. Y, además, nadie sospecharía nada, porque Simon y Jake ni siquiera eran amigos. Para Simon, además, tenía la ventaja añadida de que no le importaba si Jake la cagaba y le pillaban. De hecho, casi lo deseaba. Llevaba años odiándole. —Janae alza la voz como si estuviera preparándose para una

de las sesiones de cotilleos que Simon y ella solían compartir constantemente —. Le odiaba por cómo Jake le dio de lado en primero. Empezó a quedar con Cooper como si fueran amigos de toda la vida, como si Simon ya no existiera. Como si ni siquiera le importara.

A mí se me empieza a acumular saliva en el fondo de la garganta. Voy a vomitar. No, voy a desmayarme. O igual las dos cosas. Cualquier alternativa sería mejor que seguir aquí, escuchando esto. Todas esas veces que Jake me consoló después de que Simon muriera, que me llevó en coche a una fiesta con TJ como si no hubiera pasado nada, que se acostó conmigo..., lo sabía. Sabía que le había puesto los cuernos, y estaba esperando para vengarse. Para castigarme.

Probablemente, eso sea lo peor. Lo natural que consiguió parecer todo el tiempo.

No sé cómo, pero consigo recuperar la voz.

—Pero él... Al final ha acusado a Nate. ¿Jake cambió de opinión?

Janae no contesta inmediatamente. La habitación se queda en silencio salvo por el sonido entrecortado de su respiración.

—No —me dice por fin—. La cosa es que... todo salió casi exactamente como Simon lo planeó. Jake y él os metieron los móviles en las mochilas por la mañana, y el profesor Avery los encontró y os castigó a todos, tal y como Simon había previsto que haría. Para facilitarle la investigación a la policía, dejó la página de administración de Malas Lenguas abierta y de fácil acceso. Escribió una especie de guion del diario de Tumblr y le explicó a Jake cómo tenía que escribir actualizaciones desde distintos ordenadores públicos, con detalles sobre lo que estaba pasando en realidad. Tenía que ser como ver una especie de programa de telerrealidad descontrolado, de esos en los que parece que los productores van a aparecer en cualquier momento diciendo: «Basta». Pero aquí nadie entraba en escena. A mí me revolvía el estómago. Yo no dejaba de decirle a Jake que tenía que dejarlo antes de que las cosas fueran demasiado lejos.

A mí se me retuercen las tripas.

—¿Y Jake no quería?

—No. —Janae se sorbe la nariz—. La verdad es que, cuando Simon murió, me dio la sensación de que él recogía el testigo con entusiasmo. Le dio todo un subidón cuando vio que os llevaban a comisaría, que el colegio se ponía patas arriba y que todo el mundo alucinaba con el Tumblr. Disfrutaba de

tener esa clase de control. —Calla un segundo y me mira—. Supongo que sabes a lo que me refiero.

Sí, supongo que no debería extrañarme, pero la verdad es que ahora mismo no me hace falta el recordatorio.

—Tú podrías haberlo parado, Janae —digo, alzando la voz cuando la rabia sobrepasa la sorpresa—. Deberías haberle contado a alguien lo que estaba pasando.

—No podía —dice Janae, hundiendo los hombros—. Jake nos grabó con el móvil una de las veces que quedamos Simon y yo. Yo intentaba hacer que él razonara, pero tal y como Jake lo editó parecía que prácticamente había sido idea mía. Me amenazó con darle la grabación a la policía y acusarme de todo si no le ayudaba. —Toma una bocanada de aire profunda y temblorosa—. Se suponía que yo era la encargada de endosarte a ti todas las pruebas. ¿Te acuerdas cuando fui a tu casa? Ese día llevaba encima el ordenador de Simon. Pero no fui capaz. Después de eso, Jake no dejó de amenazarme, y yo me asusté muchísimo. Así que le dejé todas las pruebas a Nate. —Ahoga un sollozo—. Fue fácil. Nate nunca cierra nada con llave. Y luego llamé a la policía para que empezaran a investigarlo a él en vez de a ti.

—¿Por qué? —lo pregunto con un hilillo de voz, y me tiemblan tanto las manos que casi puedo oír cómo suena el fajo de hojas con el manifiesto de Simon—. ¿Por qué no cumpliste con el plan preestablecido?

Janae empieza a mecerse otra vez de adelante atrás.

—Porque te portaste bien conmigo. A esa mierda de instituto van cientos de alumnos, y nadie más que tú me ha preguntado nunca si echaba de menos a Simon. Y lo hacía. Lo sigo haciendo. Soy consciente de lo jodido que estaba, pero... era mi único amigo. —Se echa a llorar desconsoladamente otra vez y sus frágiles hombros empiezan a temblar—. Hasta que llegaste tú. Sé que en realidad no somos amigas, y que probablemente ahora mismo me odies, pero... No podía hacerte algo así.

No sé cómo contestar. Y, si sigo pensando en Jake, voy a volverme loca. Mi mente se aferra a la única pieza de este retorcido puzle que no encaja:

—¿Y qué me dices de la entrada sobre Cooper? ¿Por qué iba a escribir Simon la verdad y luego sustituirla por una mentira?

—Eso fue idea de Jake —dice Janae, secándose los ojos—. Obligó a Simon a cambiarlo. Decía que lo hacía por hacerle un favor a Cooper, pero... No lo sé. Creo que lo que ocurría en realidad es que no quería que nadie

supiera que su mejor amigo es gay. Además, estaba bastante celoso de la atención que recibía Cooper por sus logros de béisbol.

Me da vueltas la cabeza. Debería hacerle más preguntas, pero no se me ocurre ni una sola.

—Y ahora ¿qué? ¿Vas a...? O sea, no puedes dejar que condenen a Nate, Janae. Se lo vas a contar a alguien, ¿verdad? Tienes que contárselo a alguien.

Janae se frota la cara con una mano.

—Lo sé. Llevo toda la semana enferma por culpa de esto. Pero la cosa es que solo tengo este manifiesto. Jake tiene la versión que grabamos en vídeo en la memoria externa de Simon, junto con todos los archivos que demuestran que llevaba meses planeando todo esto.

Yo agito el manifiesto de Simon como si fuera un escudo.

—Pero esto bastará. Esto, y tu palabra. Eso debería ser suficiente.

—¿Y qué va a pasarme a mí? —murmura Janae, en un susurro—. Esto es... instigación y complicidad en un crimen, ¿no? O igual obstrucción a la justicia. Podría terminar en la cárcel. Y Jake tiene la grabación que me incrimina. Ya la ha tomado conmigo. Le tengo tanto miedo que ni siquiera me atrevo a ir al instituto. De vez en cuando se pasa por aquí, y... —Entonces, suena el timbre, y Janae se queda paralizada cuando el tono de mensaje suena en mi teléfono—. Ay, Dios, Addy, seguramente sea él. Solo viene cuando el coche de mis padres no está aparcado en la entrada.

El mensaje que hace que mi teléfono no deje de sonar es de Cooper. «Jake está aquí. ¿Qué pasa?». Agarro a Janae del brazo.

—Escucha: hagámosle lo mismo que él te hizo a ti. Haz que hable sobre esto, y grábale. ¿Llevas el móvil encima?

Janae se lo saca del bolsillo cuando vuelve a sonar el timbre.

—No va a servir de nada. Me obliga a dárselo cada vez que hablamos.

—Vale, pues usaremos el mío. —Miro en dirección al comedor a oscuras, que está justo enfrente del salón—. Me esconderé ahí mientras tú hablas con él.

—No creo que sea capaz —susurra Janae, y le doy un fuerte tirón del brazo.

—Tienes que hacerlo. Tienes que arreglar esto, Janae. Las cosas han ido demasiado lejos. —Me tiemblan las manos, pero consigo mandarle un mensaje a Cooper—: «No pasa nada, tú solo espera». —Me levanto, tirando de Janae para que haga lo mismo y empujándola hacia la puerta—. Contesta.

Entro como puedo en el comedor y me arrodillo mientras abro la aplicación de la grabadora del teléfono y pulso el botón de grabar. Lo coloco lo más cerca que me atrevo del vestíbulo que separa el comedor del salón y me pego de espaldas a la pared al lado de un armario con porcelana.

Al principio, los latidos de mi corazón me suenan tan fuertes en los oídos que soy incapaz de escuchar nada más, pero el zumbido empieza a desvanecerse cuando oigo la voz de Jake:

—¿... ido al instituto?

—No me encuentro bien —responde Janae.

—No me digas. —La voz de Jake rezuma desprecio—. Yo tampoco, pero sigo yendo. Y tú también tienes que hacerlo. Tenemos que aparentar normalidad, ¿no te das cuenta?

Tengo que esforzarme por escuchar a Janae.

—¿No crees que esto ya ha durado suficiente, Jake? Quiero decir, Nate está en la cárcel. Entiendo que forma parte del plan, y todo eso, pero ahora que está pasando de verdad, es todo muy jodido...

No estoy segura de si mi teléfono conseguirá grabar su voz, pero no hay mucho que pueda hacer al respecto. No es que pueda salir y darle indicaciones desde el comedor, precisamente.

—Sabía que estabas empezando a acojonarte. —La voz de Jake se escucha perfectamente—. No, no podemos. Eso nos pondría en riesgo a los dos. Además, fuiste tú la que decidió mandar a Nate a la cárcel, ¿no te acuerdas? Debería haber sido Addy, que, por cierto, es el motivo por el que estoy aquí. La jodiste bien, y necesito que le demos la vuelta a las cosas. Tengo algunas ideas.

La voz de Janae cobra un poco de vida.

—Simon estaba enfermo, Jake. Suicidarte e intentar culpar de asesinato a otra gente por ello es una locura. Quiero dejarlo. No le contaré a nadie que estás implicado, pero quiero que... No sé, publiquemos una nota anónima diciendo que todo era falso, o algo así. Necesitamos parar todo esto.

Jake resopla.

—No es decisión tuya, Janae. No te olvides de lo que tengo en mis manos. Puedo echarte a ti toda la mierda y largarme con las manos limpias. A mí no hay nada que me vincule con esto.

«Te equivocas, cabronazo», pienso. Entonces, el tiempo parece detenerse cuando mi móvil recibe un mensaje de Cooper: «¿Estás bien?»—. Y en el

teléfono suena a todo volumen *Only Girl*, de Rihanna.

Se me ha olvidado el importantísimo paso de poner en silencio el teléfono antes de usarlo como dispositivo de espionaje.

—Pero ¿qué coño? ¿Addy? —ruge Jake.

Ni siquiera lo pienso. Salgo del comedor como una flecha y corro hasta la cocina de Janae, dándole gracias a Dios de que la casa tenga una puerta trasera por la que poder escapar. A mis espaldas oigo un potente ruido de pisadas, así que en lugar de ir al coche de Cooper me adentro en el espeso bosque que hay tras la casa de Janae. Vuelo por la maleza, aterrada, esquivando arbustos y raíces sueltas, hasta que el pie se me engancha en algo y caigo al suelo. Es como revivir lo que pasó en la pista de atletismo del instituto (las rodillas raspadas, la falta de aliento, las palmas en carne viva), con la única diferencia de que esta vez también me he torcido el tobillo.

Escucho un ruido de ramas rotas detrás de mí, más lejos de lo que esperaba, pero directo hacia mí. Me pongo de pie con una mueca de dolor y evalúo mis opciones. Después de todo lo que he escuchado desde el comedor, una cosa es segura: Jake no va a irse de este bosque hasta encontrarme. No sé si puedo esconderme, pero lo que es jodidamente seguro es que no puedo correr. Inspiro hondo, grito: «¡Socorro!» con toda la fuerza de mis pulmones y salgo pitando otra vez mientras intento apartarme de donde creo que está Jake e intento acercarme de nuevo a la casa de Janae.

Pero, Dios, cómo me duele el tobillo. Apenas soy capaz de arrastrarme. Los ruidos que escucho a mis espaldas van volviéndose cada vez más y más fuertes hasta que una mano me atrapa el brazo y me atrae hacia sí de un tirón. Consigo gritar una vez más antes de que Jake me cierre la boca con la mano.

—Tú, putita —me dice con voz ronca—. Eres consciente de que esto te lo has buscado tú solita, ¿verdad?

Yo hundo los dientes en la palma de la mano de Jake y él suelta un alarido de dolor animal, apartándola y levantándola a la misma velocidad para cruzarme la cara.

Yo me tambaleo, con la mejilla dolorida, pero consigo enderezarme y girarme para intentar darle un rodillazo en la entrepierna y clavarle las uñas en los ojos. Cuando consigo alcanzarle, Jake gruñe de nuevo y se desequilibra lo justo para que yo me libere y consiga dar media vuelta. El tobillo me falla y su mano se me cierra en torno al brazo como si fuera una tenaza. Me atrae hacia sí y me aferra con fuerza de los hombros. Durante un

desquiciado segundo, pienso que está a punto de besarme.

En cambio, me estampa contra el suelo, se me clavan las rodillas en la tierra y me golpea la cabeza contra una piedra. El cráneo me estalla de dolor, mi visión periférica se vuelve roja, y luego todo se vuelve negro. Algo me aprieta el cuello y noto que me ahogo. No veo nada, pero lo oigo todo.

—Deberías ser tú la que estuviera en la cárcel en vez de Nate, Addy — ruge Jake mientras le clavo las uñas en las manos—. Pero esto también me sirve.

Una aterrorizada voz femenina penetra en el dolor en mi cabeza.

—Jake, ¡para! ¡Déjala en paz!

La horrible presión afloja y yo jadeo para recuperar el aliento. Escucho la voz de Jake, grave y furiosa, y luego un chillido y un golpe. Tengo que ponerme de pie ahora mismo. Extiendo las manos, palpando la hierba y la tierra bajo mis dedos mientras busco algo a lo que agarrarme. Solo tengo que levantarme del suelo. Y quitarme estos destellos de los ojos. Pero tengo que resolver los problemas de uno en uno.

Unas manos vuelven a apretarme el cuello. Intento defenderme con las piernas. Deseo que recuperen la potencia con la que impulsan mi bicicleta, pero las noto como si fueran de gelatina. Parpadeo, parpadeo de nuevo, y una vez más, hasta que por fin consigo ver. Pero ojalá no lo hiciera. Los ojos de Jake resplandecen con un brillo plateado a la luz de la luna, rezumando una ira gélida. «¿Cómo es posible que no lo haya visto venir?».

No consigo librarme de sus manos, por mucho que lo intente.

De pronto, recupero la respiración cuando Jake sale volando hacia atrás, y yo me pregunto vagamente cómo y por qué ha hecho eso. El sonido reverbera en el aire mientras yo me pongo de lado, jadeando para volver a llenar mis pulmones vacíos. No sé si pasan segundos o minutos antes de que una mano se apoye sobre mi hombro. Cuando parpadeo, veo un par de ojos nuevos. Amables, preocupados. Y tan asustados como lo estoy yo.

—Cooper —jadeo.

Me ayuda a sentarme y deja que apoye la cabeza contra su pecho y note el martilleo de su corazón contra mi mejilla mientras el lejano sonido de las sirenas de policía se va aproximando poco a poco.

CAPÍTULO TREINTA

Nate

Viernes, 9 de noviembre, 15:40

Sé que algo ha cambiado por cómo me mira el guardia cuando me llama. No me mira como si fuera un trozo de mierda que quisiera quitarse de la suela del zapato, como viene siendo habitual.

—Coge tus cosas —me dice.

No tengo muchas, pero me tomo mi tiempo para guardarlo todo en una bolsa de plástico antes de seguirle por el largo pasillo gris hasta el despacho del alcaide.

Eli está en la puerta, con las manos en los bolsillos, mirándome con esa intensa mirada suya multiplicada por mil.

—Bienvenido al resto de tu vida, Nate. —Al ver que no reacciono, añade —: Estás libre. Vas a salir. Todo esto era una farsa, y por fin ha estallado. Así que quítate ese mono, ponte tu ropa de calle y vamos a sacarte de aquí de una maldita vez.

A estas alturas, ya estoy acostumbrado a obedecer todo lo que me dicen, así que eso hago. Soy incapaz de registrar información nueva (ni siquiera cuando Eli me muestra noticias que hablan sobre el arresto de Jake), hasta que me dice que Addy está en el hospital con una contusión cerebral y una fractura en el cráneo.

—Afortunadamente es una fractura superficial sin daño cerebral subyacente. Se va a recuperar por completo.

Addy, la simplona princesa del baile convertida en detective ninja pendenciera, está en el hospital con el cráneo roto por intentar ayudarme. Y, probablemente, solo está viva gracias a Janae, que se ha ganado una rotura de mandíbula por meterse en medio, y a Cooper, que de repente se ha convertido en una especie de superhéroe que tiene babeando a todos los medios de

comunicación. Me alegraría mucho por él si todo esto no me revolviera el estómago.

Hay que hacer un montón de papeleo antes de que te dejen salir de la cárcel por un crimen que no has cometido. En *Ley y Orden* nunca se ve la cantidad de formularios que tienes que rellenar antes de volver a unirte a la sociedad de provecho. Lo primero que veo cuando salgo a la cegadora luz del sol, parpadeando, es una docena de cámaras que de repente cobran vida. Por supuesto. Todo esto no es más que una película infinita, y he pasado de ser el malo a ser el bueno en cuestión de horas, a pesar de que no he movido un dedo para cambiar la situación desde que entré aquí.

Mi madre está fuera. Una sorpresa agradable, supongo. Nunca estoy del todo preparado para que vuelva a desaparecer. Y Bronwyn, aunque le dejé bien claro que no quería verla cerca de este sitio. Supongo que nadie se ha creído que realmente lo dijera en serio. Antes de que pueda reaccionar, sus brazos me rodean y tengo la cara enterrada en su pelo con olor a manzana verde.

Dios. Esta chica. Durante unos segundos, inhalo su aroma y todo vuelve a estar bien.

Salvo porque no es verdad.

—Nate, ¿cómo te sientes al estar libre de nuevo? ¿Quieres hacer algún comentario sobre Jake? ¿Qué pretendes hacer ahora?

Eli elude los micrófonos que brotan frente a mi cara con un montón de frases hechas mientras nos dirigimos a su coche. Es el hombre del momento, aunque en realidad no sé qué leches ha hecho para merecérselo. Han retirado todos los cargos porque Bronwyn ha seguido tirando de los foros y ha localizado un testigo. Y porque el novio de Cooper ha hecho conexiones que nadie más veía. Y porque Addy se arriesgó, poniéndose en primera línea de fuego. Y porque Cooper salvó la situación antes de que Jake pudiera callarla para siempre.

Soy el único del club de los asesinos que no ha hecho absolutamente nada. Lo único que he hecho ha sido ser el sospechoso al que resultaba más fácil inculpar.

Eli se abre camino lentamente con el coche entre todas las furgonetas de noticias hasta que llegamos a la autopista y el centro de detención de menores se convierte en una mancha en la lejanía. No deja de parlotear sobre todas las cosas que aún quedan por hacer. Que si está trabajando con la agente López

para hacer que me retiren los cargos por posesión de drogas, que si quiero hacer alguna declaración a los medios contacte con Mikhail Powers, que si necesito un plan para ponerme al día con el instituto... Yo me limito a mirar por la ventana, con la mano muerta entre las de Bronwyn. Cuando por fin escucho que la voz de Eli me dice si tengo alguna pregunta que hacerle, me doy cuenta de que probablemente lleva repitiéndolo un buen rato.

—¿Alguien le ha dado de comer a Stan? —pregunto.

Porque mi padre seguro que ni de coña lo ha hecho.

—Yo —dice Bronwyn. Cuando ve que no respondo, me aprieta la mano y añade—: Nate, ¿estás bien?

Intenta mirarme a los ojos, pero yo soy incapaz de corresponderle. Quiere que esté feliz, y tampoco soy capaz de eso. La imposibilidad de Bronwyn me golpea como un puñetazo en el estómago: todo lo que quiere es bueno, y necesario, y lógico, y yo soy incapaz de nada de eso. Siempre será esa chica que iba por delante de mí en la búsqueda del tesoro, esa chica que me tenía tan hipnotizado con su brillante melena que por poco consigo que me olvide de lo inútil que resulta que yo intente mantenerle el paso.

—Lo único que quiero es irme a casa y dormir.

Sigo sin mirar a Bronwyn, pero por el rabillo del ojo veo que se le hunden las facciones y, por algún motivo que no comprendo, eso me parece perversamente satisfactorio. La estoy decepcionado, tal y como temía. Por fin algo tiene sentido.

Cooper

Sábado, 17 de noviembre, 9:30

Me resulta un poco surrealista bajar a desayunar el sábado por la mañana y encontrar a Yaya leyendo un número de la revista *People* en cuya portada salgo yo.

No he posado para ellos, ni mucho menos. Es una foto en la que Kris y yo aparecemos saliendo de la comisaría después de prestar declaración. Kris sale fabuloso, y yo parece que acabo de despertarme después de una noche de habérmelo bebido todo. Está claro cuál de los dos es modelo.

Es gracioso cómo funciona todo este tinglado de la fama. Al principio la gente me apoyaba a pesar de que me hubieran acusado de dopaje y de

asesinato. Luego me odiaban por lo que resulté ser. Ahora vuelven a quererme porque estaba en el sitio adecuado en el momento adecuado y conseguí noquear a Jake con un puñetazo bien dirigido.

Y supongo que también por lo que se me pega del aura que irradia Kris. Eli le ha concedido el mérito por haber sido quien dedujo lo que en realidad había ocurrido, así que es la estrella revelación de todo este desastre. El hecho de que Kris haga todo lo posible por evitar a la maquinaria mediática solo contribuye a que le quieran todavía más.

Lucas está sentado enfrente de Yaya, llenándose la boca con cucharadas de cereales de chocolate mientras lee algo en su iPad.

—Tú página de Facebook ha llegado a los cien mil seguidores —me informa, apartándose un mechón de pelo de la cara como si fuera un bicho molesto.

Para Lucas, que se tomó como una ofensa personal que la mayoría de mis «fans» desertaran de la página cuando la policía me sacó a patadas del armario, son buenas noticias.

Yaya frunce la nariz y deja caer la revista en la otra punta de la mesa.

—Qué horror. Un chico está muerto, otro ha arruinado su vida y casi arruina las vuestras, y la gente sigue comportándose como si todo fuera un programa de televisión. Gracias a Dios, las noticias cada vez lo son durante menos tiempo. Dentro de nada aparecerá otra cosa, y podremos volver a la normalidad.

Sea lo que sea la normalidad ahora.

Hace más o menos una semana que arrestaron a Jake. De momento, le acusan de agresión, obstrucción a la justicia, ocultación de pruebas y un montón de cosas más que ni siquiera recuerdo. Ahora tiene su propio abogado, y está en el mismo centro de detención de menores en el que estuvo Nate. Y, aunque supongo que es justicia poética, no me alegro. Soy incapaz de reconocer a mi amigo desde que entramos en el instituto en el chico que tuve que quitarle de encima a Addy. Su abogado dice que actuó bajo la influencia de Simon, y tal vez eso lo explique todo. O igual es Ashton la que lleva razón, y resulta que Jake siempre ha sido un completo obseso del control.

Janae está cooperando con la policía y parece que va a conseguir una rebaja de condena a cambio de su testimonio. Ahora Addy y ella son uña y carne. Yo tengo sentimientos encontrados sobre Janae y sobre cómo es

posible que dejara que las cosas llegaran tan lejos. Sin embargo, parece que yo tampoco soy tan inocente como pensaba. Estando colocadísima de analgésicos en el hospital, Addy me lo contó todo, incluyendo que mi estúpida exageración en el baile de graduación, fruto del pánico, hizo que Simon me odiara lo suficiente como para acusarme de asesinato.

Todavía tengo que aprender a vivir con eso, y, desde luego, eso pasa por perdonar los errores de los demás.

—¿Vas a ver luego a Kris? —me pregunta Yaya.

—Sí —respondo.

Lucas sigue comiendo cereales sin pestañear siquiera. Resulta que no le importa un comino que su hermano mayor tenga novio. Aunque creo que sí que echa un poco de menos a Keely.

A quien hoy iré a ver antes de quedar con Kris. En parte porque le debo una disculpa, y en parte porque ella también se ha visto envuelta en todo este asunto, si bien la policía ha intentado mantener su nombre al margen de la confesión de Simon. No formaba parte del comunicado oficial, pero en el instituto la gente tenía la información suficiente como para hacer suposiciones. Le escribí hace unos días para preguntarle cómo estaba y me respondió disculpándose por no haberme apoyado más cuando se supo lo mío con Kris. Un gesto enorme por su parte, sobre todo teniendo en cuenta todas las mentiras que le he contado.

Después de eso empezamos a escribirnos bastante. Se siente muy afectada por el papel que ha tenido en todo esto, aunque ella no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Soy una de las pocas personas de esta ciudad capaz de entender cómo se siente.

Igual podemos ser amigos, después de todo. Eso me gustaría mucho.

Mi padre entra en la cocina con su portátil, riendo como si dentro tuviera un regalo.

—¿Has mirado tu email?

—Esta mañana, no.

—Josh Langley se ha puesto en contacto contigo. Quiere saber si estás teniendo en cuenta las ofertas de las universidades, o estás considerando el borrador de la suya. Y también nos ha llegado la oferta de la UCLA, aunque todavía no hemos recibido nada de la LSU. —Mi padre no se va a quedar tranquilo hasta que las universidades con los cinco mejores equipos de béisbol me ofrezcan una beca. La LSU, la Universidad de Luisiana, es de

momento la única que se resiste, y eso le molesta particularmente porque su equipo es el primero del ranking—. Bueno, de todas maneras, Josh quiere hablar contigo la semana que viene. ¿Te parece bien?

—Claro —digo, aunque ya he decidido que no quiero entrar directamente en la liga.

Cuanto más pienso en mi carrera deportiva, más claro tengo que quiero ir a la universidad. Tengo toda la vida por delante para jugar al béisbol, pero solo unos cuantos años para ir a la universidad.

Y mi primera opción es la Universidad de California, porque es la única que no me dio la espalda en mis momentos más bajos.

Sin embargo, papá se alegrará de hablar con Josh Langley. Hemos decidido darle una nueva oportunidad a nuestra relación padre-hijo desde que hemos vuelto a tener buenas noticias del béisbol. Sigue sin querer hablar conmigo sobre Kris, y se cierra en banda cada vez que alguien lo menciona, pero, por lo menos, ya no sale corriendo de la habitación. Y vuelve a mirarme a los ojos.

Es un comienzo.

Addy

Sábado, 17 de noviembre, 14:15

No puedo montar en bici por culpa de la fractura del cráneo y el esguince en el tobillo, así que Ashton me lleva en coche a la revisión médica. Todo se está curando como debería, aunque la cabeza me duele instantáneamente si la muevo demasiado deprisa.

El daño emocional va a tardar más tiempo en curarse. La mitad del tiempo siento como si Jake hubiera muerto para mí, y la otra mitad desearía matarlo yo misma. Ahora puedo reconocer que Ashton y TJ no se equivocaban sobre cómo eran las cosas entre Jake y yo: él se ocupaba de todo, y yo le dejaba. Sin embargo, nunca le habría creído capaz de lo que hizo en el bosque. Noto el corazón igual que me dolía la cabeza después de que Jake me atacara: como si me lo hubieran partido en dos con un hacha mellada.

Respecto a quien tampoco sé bien cómo sentirme es con Simon. A veces me entristece muchísimo pensar en cómo planeó arruinarnos la vida a los cuatro porque pensaba que le habíamos arrebatado lo que todo el mundo

quiere: tener éxito, amigos, ser querido. No pasar desapercibido.

Pero la mayoría del tiempo desearía no haberle conocido nunca.

Nate vino a verme al hospital, y he podido verle un par de veces más desde que salí. Estoy preocupada por él. No se ha abierto mucho conmigo, pero, por lo poco que hemos hablado, creo que el hecho de que le arrestaran le hizo sentir bastante inútil. He intentado convencerle de que no es así, pero no creo que mis palabras hayan calado mucho. Ojalá me escuchara, porque si hay alguien que sabe lo mucho que puedes joderte la vida decidiendo que no vales mucho, soy yo.

TJ me ha escrito unas cuantas veces desde que me dieron el alta hace un par de días. No deja de lanzarme indirectas sobre pedirme salir, así que al final he tenido que ser clara con él y decirle que se olvide. Ahora mismo no puedo enrollarme con la persona que inició toda esta reacción en cadena. Me da pena, porque si las cosas hubieran sido de otra manera, creo que habríamos tenido posibilidades. Pero creo que estoy empezando a darme cuenta de que hay ciertas cosas que no pueden deshacerse, independientemente de las buenas intenciones que tengas.

Tampoco pasa nada. No creo, como mi madre, que TJ fuera mi última y mejor esperanza para evitar convertirme prematuramente en una solterona. Mi madre no es ni mucho menos lo experta en relaciones que se piensa que es.

Casi prefiero aprender de Ashton, que está entusiasmada por el interés que Eli demuestra en ella. La localizó después de terminar de arreglar las cosas con Nate y le ha pedido una cita. Ella le ha dicho que todavía no está preparada para salir con nadie, pero él no deja de tomarse descansos de ese trabajo loco que no le deja respirar para invitarla a elaboradísimos planes, meticulosamente calculados, que no pueden considerarse citas. Y no puede negar que le está gustando.

—Aunque no sé si me lo puedo tomar muy en serio —me dice, mientras me tambaleo sobre las muletas hacia el coche, después de mi revisión—. O sea, mira qué pelos lleva.

—A mí me gustan. Le dan personalidad. Además, parecen suaves, como una nube.

Ashton sonrío y me aparta de la frente un mechón suelto de mi propio pelo.

—A mí me gusta el tuyo. Si te lo dejas crecer un poquito, podemos hacernos pasar por gemelas.

Ese es mi plan secreto: desde el principio, lo que yo quería era el corte de pelo de Ashton.

—Tengo algo que enseñarte —me dice mientras nos alejamos del hospital—. Buenas noticias.

—¿En serio? ¿Cuáles? —A veces, me cuesta recordar qué se siente al recibir buenas noticias.

Ashton sacude la cabeza y sonrío.

—Prefiero que lo veas antes que contártelo.

Aparca frente a un edificio de apartamentos nuevos en lo más parecido a un barrio de moda que hay en Bayview. Ashton camina a mi ritmo mientras entramos en un vestíbulo bien iluminado y me lleva hasta un banco.

—Espera aquí —me dice, apoyando mis muletas contra el banco.

Desaparece detrás de la esquina y, cuando vuelve, diez minutos después, me lleva a un ascensor y subimos al tercer piso.

Ashton introduce la llave en la puerta 302 y la abre, dejando a la vista un apartamento bastante grande con techos muy altos, como un loft. Tiene un gran ventanal, paredes de ladrillo visto y suelos de madera pulida. En cuanto lo veo, me enamoro.

—¿Qué te parece? —me pregunta.

Yo apoyo las muletas contra la pared y entro dando saltitos en el espacio abierto de la cocina, admirando la pared cubierta de azulejos. ¿Quién iba a pensar que en Bayview hubiera cosas así?

—Es muy bonito. ¿Estás..., esto, pensando en alquilarlo? —Intento parecer entusiasmada en lugar de aterrorizada por que Ashton vaya a dejarme sola otra vez con mi madre. No lleva tanto tiempo en casa, pero el poco que ha estado me he acostumbrado a tenerla aquí.

—Ya lo he alquilado —me dice con una sonrisa, dando una pequeña vueltecita sobre el suelo de madera—. A Charlie y a mí nos hicieron una oferta por el apartamento mientras estabas en el hospital. Aún hay que cerrarla, pero, en cuanto lo hagan, sacaré un pellizquito. Charlie ha accedido a asumir el pago de su crédito universitario como parte del acuerdo de divorcio. Mi empresa de diseño aún va creciendo lentamente, pero tengo suficiente colchón económico como para mantenerme. Y Bayview es mucho más barato que San Diego. En el centro, un apartamento como este costaría el triple.

—¡Es genial! —Espero estar fingiendo bien la emoción. Por supuesto que

me alegro por ella, pero voy a echarla de menos—. Más te vale tener una habitación de sobra para poder venir a verte.

—Tengo una habitación de sobra —dice Ashton—, pero no quiero que vengas a verme.

Yo me quedo mirándola. Tengo que haberla escuchado mal. Pensaba que durante este último par de meses de convivencia nos habíamos llevado muy bien.

Ella se ríe al ver la cara que se me ha quedado.

—Quiero que vivas aquí, boba. Necesitas salir de esa casa tanto como yo. A mamá le parece bien. Está en esa fase de declive con Justin en la que cree que pasar mucho tiempo a solas con él resolverá sus problemas. Además, en unos meses cumplirás dieciocho, y podrás vivir donde quieras.

Yo la abrazo antes incluso de que haya terminado de hablar y no le queda más remedio que aguantarme por lo menos un par de minutos antes de apartarse. Todavía no dominamos del todo el arte de dar muestras de amor fraternal sin sentirnos incómodas.

—Venga, vamos a ver tu habitación. Está por ahí.

Yo cojeo hasta una estancia luminosa con una ventana enorme y vistas a un carril bici que hay detrás del edificio. La pared es una enorme estantería de obra y las vigas del techo están a la vista, junto a un montón de bombillas de diferentes formas y tamaños estilo vintage. Me encanta absolutamente hasta el más mínimo detalle. Ashton se apoya contra la puerta y me sonrío.

—Una buena manera de empezar de cero para las dos, ¿eh?

Por fin tengo la sensación de que eso pueda ser cierto.

Bronwyn

Domingo, 18 de noviembre, 10:45

El día después de que Nate salga del centro de detención, concedo mi primera y única entrevista a la prensa. No era mi intención hacerlo, pero el mismísimo Mikhail Powers me pilla desprevenida en la puerta de casa, y, como me temía cuando por fin vi todo su carisma volcado en nuestro caso, soy incapaz de resistirme a sus encantos.

—Bronwyn Rojas, la chica más buscada. —Vestía un elegante traje azul marino y una corbata a rayas muy finitas. Los gemelos dorados

resplandecieron cuando me ofreció la mano con una cálida sonrisa. Apenas me di cuenta de que detrás de él había una cámara—. Llevo semanas queriendo hablar contigo. Nunca abandonaste a tu amigo, ¿verdad? Me parece admirable. En realidad, todo lo que has hecho durante el caso me parece admirable.

—Gracias —dije, con voz temblorosa.

Era un claro intento de ablandarme, y le funcionó de maravilla.

—Me gustaría tener tu punto de vista sobre todo este asunto. ¿Podrías concedernos un par de minutos y explicarnos cómo has vivido tú esta dura experiencia y cómo te sientes ahora que por fin ha terminado?

No debería haberlo hecho. Esta mañana, Robin ha tenido su última reunión como asesora legal de mi familia, y su consejo ha sido que no llamáramos demasiado la atención. Como siempre, tenía razón. Pero había un peso que llevaba todo este tiempo intentando quitarme del pecho, y del que no he tenido oportunidad de liberarme antes.

—Solo una cosa —dije, mirando a la cámara mientras Mikhail sonreía como para animarme—. Copié en clase de Química, y estoy muy arrepentida. No solo porque por culpa de ello me haya metido en este lío tan tremendo, sino porque es algo horrible. Mis padres me han educado para ser sincera y trabajar duro, igual que ellos, y yo les he decepcionado. No ha sido justo para ellos, ni para mis profesores, ni para las universidades en las que quería solicitar plaza. Y tampoco fue justo para Simon. —En ese momento, me empezó a temblar la voz, y tampoco pude seguir disimulando más las lágrimas—. Si hubiera sabido... Si hubiera sabido... Nunca podré dejar de arrepentirme de lo que hice. Jamás volveré a hacer algo así. Eso es lo único que quiero decir.

Dudo mucho que eso fuera lo que Mikhail esperara escuchar, pero de todos modos lo usó en el último programa que le dedicó a Bayview. He oído que tiene pensado mandar los reportajes al jurado de los Premios Emmy.

Mis padres no dejan de decirme que no puedo culparme por lo que hizo Simon. Y yo, a la vez, les digo lo mismo a Cooper y a Addy. Y se lo diría a Nate, si me dejara, pero casi no he cruzado palabra con él desde que salió del centro de detención. Ahora habla más con Addy que conmigo. O sea, me parece bien que hable con Addy, ella es la estrella indiscutible de todo esto, pero aun así...

Por fin ha accedido a que nos veamos en su casa, pero no siento la

emoción que solía cuando llamo a su timbre. Algo ha cambiado desde que le arrestaron. No me extrañaría que ahora no estuviera, pero me abre la puerta chirriante y se aparta para dejarme a entrar.

La casa de Nate está en mejor estado que cuando yo venía a echarle de comer a Stan. Su madre ha decidido quedarse con ellos, y ha añadido unos cuantos detalles a la decoración: cortinas, cojines, cuadros enmarcados en las paredes. La única vez que Nate habló un poco más conmigo, después de volver a casa, me dijo que su madre había convencido a su padre para darle una oportunidad a la rehabilitación. Nate no tenía demasiadas esperanzas en que funcionara, pero estoy seguro de que el hecho de que su padre vaya a pasar un tiempo fuera de casa es ya de por sí un alivio.

Nate se deja caer en un sillón del salón y yo me acerco un momento a la jaula de Stan y me asomo, agradecida por el momento de distracción. Stan levanta una de sus patitas delanteras en dirección a mí, y yo no puedo evitar reírme, sorprendida.

—¿Stan acaba de saludarme?

—Sí. Lo hace una vez al año, más o menos. Es su único truco. —Nate me mira a los ojos con una sonrisa en los labios y, durante un segundo, las cosas entre nosotros vuelven a la normalidad. Entonces, la sonrisa se desvanece y Nate agacha la vista—. Bueno, la verdad es que no tengo mucho tiempo. La agente López quiere que acepte un trabajo de fin de semana en una constructora de Eastland. Tengo que estar allí en veinte minutos.

—Eso es genial. —Trago saliva. ¿Por qué ahora me cuesta tanto hablar con él? Hace unas semanas, era lo más fácil del mundo—. Es solo que... Supongo que quería decir, esto... Sé que has pasado por cosas horribles y entiendo que no quieras hablar sobre ellas, pero, si en algún momento te apetece, quiero que sepas que estoy aquí... Y que... me sigues importando tanto como antes. Así que... supongo que nada más.

Es una manera un poco incómoda de comenzar, pero lo que más me duele es que ni siquiera me mira mientras suelto mi triste discursito. Cuando por fin lo hace, sus ojos están vacíos.

—Quería hablar contigo sobre eso. Primero, para darte las gracias por todo lo que hiciste. En serio, te debo una. Probablemente nunca sea capaz de devolverte el favor. Pero supongo que ya va siendo hora de volver a la normalidad, ¿verdad? Y ninguno forma parte de la normalidad del otro. — Aparta los ojos otra vez.

Si se atreviera a mirarme durante más de diez segundos seguidos, estoy segura de que no me diría algo así.

—No, no lo somos. —Me sorprende lo firme que suena mi voz—. Pero eso a mí nunca me ha importado, y a ti tampoco te importaba. Mis sentimientos por ti no han cambiado, Nate. Sigo queriendo estar contigo.

En mi vida he dicho algo tan importante de una manera tan directa, y en un primer momento me alegro de no haberme acobardado. Pero parece que a Nate no podría importarle menos. Y, aunque no me echo para atrás ante los obstáculos que se interponen en mi camino (¿Que mis padres están en contra? ¡No hay problema! ¿Que te meten en la cárcel? ¡Pues te saco!), su indiferencia me desanima.

—Pues yo no entiendo por qué. Tenemos vidas muy distintas y, ahora que la investigación ha terminado, nada en común. Tú tienes que prepararte para ir a la universidad y yo... —deja escapar un resoplido de amargura—, yo estaré haciendo lo opuesto, sea lo que sea eso.

Quiero abrazarle y besarle para que deje de hablar así, pero su cara es como una máscara. Su mente parece estar a mil kilómetros de aquí, esperando a que su cuerpo se reúna con ella. Y yo soy incapaz de soportarlo.

—Si eso es lo que piensas...

Asiente tan rápido que cualquier diminuto atisbo de esperanza que pudiera albergar desaparece.

—Sí. Te deseo buena suerte con todo, Bronwyn. Gracias de nuevo.

Se levanta como si quisiera acompañarme a la puerta, pero ahora mismo creo que no puedo soportar este gesto de cortesía fingida.

—Ni te molestes —le digo, pasando a su lado con los ojos clavados en el suelo.

Salgo de la casa y camino, tensa, hasta el coche, evitando echar a correr y revolviendo el interior de mi mochila con las manos temblorosas hasta que encuentro las llaves.

Conduzco a casa con los ojos secos, sin pestañear, y consigo llegar a mi habitación antes de derrumbarme. Maeve llama flojito a la puerta y entra sin esperar a que la invite, se acurruca a mi lado y me acaricia el pelo mientras yo ahogo los sollozos en un almohadón como si el corazón se me acabara de romper en mil pedazos. Y supongo que así es.

—Lo siento mucho —me dice. Sabía adónde iba, y no hace que le cuente cómo ha ido—. Se está comportando como un capullo.

No dice nada más hasta que me quedo sin lágrimas y me incorporo, frotándome los ojos. Se me había olvidado lo muchísimo que cansa llorar.

—Siento no poder hacer nada para arreglarlo —me dice Maeve, llevándose la mano al bolsillo para sacar el móvil—. Pero tengo que enseñarte una cosa que igual te anima. Ha habido muchas reacciones a tu declaración en el programa de Mikhail Powers. Todas buenas, por cierto.

—Maeve, Twitter me da igual —le digo, con voz débil.

Ni siquiera he vuelto a entrar en mi cuenta desde que empezó todo esto, no era capaz de lidiar con el linchamiento virtual.

—Lo sé. Pero deberías ver esto. —Me tiende su teléfono y señala un post en mi *timeline* de la Universidad de Yale.

«Error es humano @BrownynRojas. Esperamos recibir tu solicitud de acceso».

EPÍLOGO

TRES MESES DESPUÉS

Bronwyn

Viernes, 16 de febrero, 18:50

Ahora estoy medio saliendo con Evan Neiman. Es una cosa que me ha pillado un poco por sorpresa. Al principio pasábamos tiempo con mucha más gente, luego con mucha menos, y hace unas cuantas semanas me trajo a casa después de que unos cuantos quedáramos para criticar un episodio de *The Bachelor* en casa de Yumiko. Cuando me dejó en la entrada de casa, se inclinó para besarme.

Fue... agradable. Besa bien. Analicé el beso casi con ojo clínico mientras sucedía. Le felicité mentalmente por su fabulosa técnica al tiempo que detectaba la ausencia absoluta de química o atracción entre nosotros. No me latía el corazón a mil por hora cuando le devolví el beso, ni tampoco me temblaba nada. Fue un buen beso con un buen chico. Justo lo que siempre he querido.

Las cosas no son exactamente como pensaba que serían cuando me imaginaba saliendo con Evan. Hacemos buena pareja. Saliendo con él automáticamente tengo pareja para el baile de primavera, y eso está bien. Pero, paralelamente, estoy planeando cómo será mi vida cuando me marche de Bayview y él no tenga cabida en ella. Somos una de esas parejas que, con suerte, duran hasta el baile de graduación.

He solicitado plaza en Yale, pero no he pedido respuesta anticipada. Sabré si me han aceptado el mes que viene, exactamente igual que todos los demás solicitantes. Pero ese ya no me parece el acontecimiento más importante ni determinante de mi futuro. Últimamente he ido al despacho de Eli durante los fines de semana para hacer prácticas, y está empezando a parecerme

interesante quedarme en una universidad más cercana y seguir trabajando con Presunción de Inocencia.

Las cosas fluyen, y yo intento fluir con ellas. Pienso mucho en Simon y en lo que los medios de comunicación definieron como «derecho al mérito»: Simon estaba convencido de que se merecía algo que no recibía, y de que todo el mundo era culpable y debía pagar por ello. Resulta casi imposible de entender, salvo por ese pequeño rincón de mi cerebro que me empujó a copiar para sacar una nota que no me merecía. No quiero volver a ser esa persona.

Ahora solo veo a Nate en el instituto. Su asistencia es mejor de lo que solía ser, y supongo que le va bien. No lo sé con seguridad, porque ya no hablamos. Nunca. No bromeaba cuando decía que cada uno tiene su vida.

A veces me da la sensación de que me mira de reojo, pero probablemente son imaginaciones mías.

No consigo apartarlo de mi mente, y eso es una mierda. Albergaba la secreta esperanza de que empezar a salir con Evan haría que me olvidara un poco de Nate, pero la verdad es que eso no ha hecho más que empeorarlo. Así que intento no pensar en Evan a no ser que esté con él y, precisamente por eso, paso por alto cosas que no debería en calidad de medio novia de Evan que soy. Como esta noche, por ejemplo.

Esta noche toco un solo de piano con la Orquesta Sinfónica de San Diego. Forma parte de su programa de conciertos con alumnos de instituto, un programa en el que llevo intentando entrar desde que estaba en primero sin conseguir siquiera que me invitaran. Pero el mes pasado por fin lo conseguí. Puede que se haya debido a que todavía soy mínimamente famosa, pero me gustaría pensar que el vídeo que les mandé tocando el Canon de Pachelbel tuvo algo que ver. Desde otoño, he mejorado muchísimo.

—¿Estás nerviosa? —me pregunta Maeve mientras bajamos las escaleras.

Se ha puesto un vestido de terciopelo burdeos para el concierto que tiene un aire renacentista, y se ha decorado la trenza en la que se ha recogido el pelo con unos alfileres con brillantes. Su club de teatro va a representar el *Rey Arturo*, a ella le han dado el papel de Lady Ginebra y se le está yendo un poco de las manos eso de meterse en el personaje. Aunque tengo que reconocer que el vestido le queda muy bien. Yo voy más tradicional, con un traje de tela Jacquard de cuello redondo en tono gris y negro con un estampado de lunares que se ajusta en la cintura y se ensancha un poco a la

altura de las rodillas.

—Un poco —contesto, aunque me está escuchando solo a medias mientras sus dedos vuelan sobre la pantalla del teléfono.

Probablemente está quedando con el chico que hace de Lanzarote en el *Rey Arturo*. Ese mismo que, según ella, no es más que un amigo. Claro que sí.

Yo también tengo el teléfono en la mano: estoy mandando mensajes con instrucciones de última hora a Kate, Yumiko y Addy. Cooper va a traer a Kris, aunque antes van a cenar con sus padres, así que puede que lleguen tarde. Con los padres de Kris, claro. El padre de Cooper está empezando a aceptar lentamente la situación, pero todavía no ha llegado a ese punto.

Yumiko me escribe: «¿Quieres que busquemos a Evan?», y ahí es cuando me doy cuenta de que no le he invitado.

No pasa nada. Tampoco es para tanto. Ha salido en el periódico, y estoy seguro de que si lo hubiera visto y quisiera venir, me lo habría dicho.

Estamos en la Sala Sinfónica Copley, frente a un montón de público. Cuando llega mi turno, entro en un escenario tan enorme que el piano que hay en el centro parece diminuto. Los espectadores están en completo silencio, salvo por alguna que otra tosecilla ocasional, y mis tacones repiquetean sonoramente sobre el suelo abrigado. Me aliso la parte delantera del vestido antes de sentarme en el banquito de marfil. Nunca he tocado para tanta gente, pero no estoy ni la mitad de nerviosa de lo que me esperaba.

Flexiono los dedos y espero a que me llegue la señal desde bambalinas para comenzar. Cuando lo hago, me doy cuenta inmediatamente de que va a ser mi mejor interpretación. Todas las notas fluyen, pero no es solo eso. Cuando llego al crescendo y las notas más suaves empiezan a sonar, vierto hasta la última gota de tensión acumulada durante los últimos meses en las teclas que hay bajo mis dedos. Siento cada nota como si fuera un latido. Y sé que el público siente lo mismo.

Un sonoro aplauso retumba en la sala cuando termino. Me pongo de pie e inclino la cabeza, perdiéndome en el clamor del público hasta que el director de escena viene a buscarme y me lleva a las bambalinas. Allí recojo el ramo de flores que me han dejado mis padres, y lo abrazo con fuerza mientras escucho al resto de intérpretes.

Luego he quedado con mis amigos en el vestíbulo. Kate y Yumiko me han traído un ramito de flores, que junto con las que ya tengo en las manos. Addy tiene las mejillas sonrojadas y sonrío. Lleva puesta la chaqueta del equipo de atletismo encima de un vestido negro, la deportista de instituto más inesperada que te podrías encontrar. El corte de pelo que lleva es una melenita corta casi exactamente igual que la de su hermana, salvo por el color. Ha decidido teñírselo entero de morado en vez de rubio, y la verdad es que le queda bien.

—¡Ha sido genial! —me dice con alegría mientras me da un abrazo—. Deberían haberte dejado tocar a ti todas las piezas.

Para mi sorpresa, Ashton y Eli aparecen justo detrás de Addy. Ashton me dijo que vendría, pero no pensaba que Eli fuera a salir tan pronto del despacho. Supongo que debería habérmelo imaginado. Ahora están juntos oficialmente y, no sé cómo, Eli consigue sacar tiempo hasta de debajo de las piedras para hacer lo que sea que quiera Ashton. Tiene esa sonrisa bobalicona que se le pone cuando está con ella, y dudo mucho que haya escuchado una sola nota de lo que he tocado.

—Te he grabado —me dice Cooper, enseñándome su teléfono—. Cuando lo edite un poco, te lo mando.

Kris, que está guapísimo con su chaqueta deportiva y sus vaqueros oscuros, pone los ojos en blanco.

—Cooper por fin ha aprendido a usar iMovie y no hay quien le pare. Créeme, lo he intentado. —Cooper sonrío, sin pizca de arrepentimiento, y aparta el teléfono al tiempo que desliza su mano junto a la de Kris.

Addy no deja de girar el cuello para mirar a su alrededor en el vestíbulo. Es tan descarado que me pregunto si habrá traído a una cita.

—¿Esperas a alguien? —le pregunto.

—¿Qué? No —me dice, haciendo un gesto con la mano para quitarle importancia—. Solo estaba echando un vistazo. Es un edificio muy bonito.

Addy tiene la cara de póker más falsa del mundo. Yo intento seguir su mirada, pero no veo por ninguna parte a nadie con pinta de chico misterioso. Y ella tampoco parece demasiado decepcionada.

La gente se para a hablar conmigo, así que pasa media hora antes de que Maeve, mis padres y yo consigamos salir a la calle. Mi padre entrecierra los ojos cuando mira a las estrellas titilantes en el cielo.

—He tenido que aparcar bastante lejos. No creo que os apetezca caminar

tanto con tacones. Esperadme aquí mientras traigo el coche.

—De acuerdo —dice mi madre, dándole un beso en la mejilla.

Yo agarro mis flores y miro a toda la gente que nos rodea, tan bien vestida, riendo y murmurando mientras se dispersan por las aceras. Una hilera de coches elegantes avanza por la calle y yo me quedo mirando, aunque sé que es demasiado pronto para que el de mi padre esté entre ellos. Un Lexus. Un Range Rover. Un Jaguar.

Una moto.

Se me acelera el corazón cuando las luces de la moto se apagan y el conductor se quita el casco. Nate baja de la moto, pasando junto a una pareja de mediana edad, y avanza sin apartar los ojos de los míos.

Yo me quedo sin respiración.

Maeve le da un tirón de la manga a mi madre.

—Deberíamos acercarnos al aparcamiento para que nos vea papá.

Yo soy incapaz de apartar los ojos de Nate, así que, más que verlo, escucho el profundo suspiro de mi madre. Al final decide marcharse con Maeve y, para cuando Nate llega a mi altura, estoy sola en la acera.

—Hola. —Me mira con esos ojos de ensueño enmarcados por esas oscuras pestañas, y una oleada de rencor me recorre las venas. No quiero ver esos estúpidos ojos, esa estúpida boca, ni ninguna otra parte de esa estúpida cara que tan mal me ha hecho sentir durante los últimos tres meses. Por fin he tenido una noche en la que he podido volcarme en algo que no fuera mi patética vida amorosa. Y ahora él me la ha arruinado.

Pero no pienso darle el gusto de que lo sepa.

—Hola, Nate. —Me sorprende lo tranquila e inexpresiva que suena mi voz. Nadie se imaginaría lo desesperado que está mi corazón por intentar salirseme del pecho—. ¿Cómo has estado?

—Muy bien —me dice, metiéndose las manos en los bolsillos. Parece casi... ¿incómodo? Es una actitud que no le conocía—. Mi padre está otra vez en rehabilitación. Pero dicen que eso es positivo, que significa que le va a dar otra oportunidad.

—Cómo me alegro. Espero que funcione. —Parece que no lo digo en serio, aunque lo cierto es que se lo digo de corazón. Cuanto más tiempo le tenga frente a mí, más me va a costar actuar con naturalidad—. ¿Cómo está tu madre?

—Bien, trabajando. Se lo ha traído todo desde Oregón, así que... Supongo

que pretende pasar aquí una temporada. Bueno, ese es el plan, al menos. —Se pasa una mano por el pelo y me dedica otra mirada con los ojos entrecerrados. Así solía mirarme justo antes de besarme—. He visto tu actuación. Me equivoqué la primera vez que te escuché, aquella noche en tu casa. Hoy, lo de esta noche, ha sido lo mejor que he escuchado en mi vida.

Yo aprieto los tallos de las flores con tanta fuerza que me pincho con las espinas de las rosas.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué has venido? Quiero decir —señalo al público con la barbilla—, este no es precisamente tu ambiente.

—No —reconoce Nate—. Pero para ti era importante, ¿verdad? Quería verlo.

—¿Por qué? —repito.

Quiero preguntarle muchas más cosas, pero no puedo. La garganta se me cierra, y me horrorizo al notar cómo los ojos me escuecen y se me empiezan a llenar de lágrimas. Me concentro en respirar y en apretar las manos contra las espinas, con la esperanza de que el dolor me distraiga un poco. Vale, ya está. Lágrimas retrocediendo. Desastre evitado.

En los segundos que he tardado en recomponerme, Nate ha aprovechado para acercarse. No sé adónde mirar, porque no hay un solo centímetro de su anatomía que no provoque que me derrita.

—Bronwyn. —Nate se frota la nuca y traga saliva, y entonces me doy cuenta de que está tan nervioso como yo—. Me he comportado como un imbécil. El arresto me hizo perder la cabeza. Pensaba que estarías mejor sin mí, así que..., bueno, forcé las cosas. Lo siento.

Yo clavo los ojos en sus deportivas, que parecen el lugar más seguro al que mirar. No confío en mi capacidad para hablar.

—La cosa es que... Yo nunca he tenido a nadie, ¿sabes? No te lo digo para que te sientas mal por mí, ni nada de eso. Solo intento explicarme. Yo no sé, no sabía, cómo funcionan estas cosas. Que no puedes hacer como que no te importa una mierda y ya está. —Nate cambia el peso de un pie al otro, algo que yo percibo porque sigo con los ojos clavados en el suelo—. Últimamente he estado hablando con Addy sobre esto porque... —se ríe un poco— la verdad es que no me dejaba en paz. Le pregunté si pensaba que te enfadarías si intentaba hablar contigo, y ella me dijo que eso daba igual. Que te debía

una explicación. Y tiene razón. Como siempre.

Addy, la metomentodo. Ahora ya sé por qué casi se rompe el cuello mirando para atrás en la Sala Sinfónica.

Me aclaro la garganta para intentar deshacer el nudo que tengo, pero no sirve de nada. Voy a tener que hablar con él ahí metido.

—No eras solo mi novio, Nate. Eras mi amigo. O eso pensaba. Y de repente dejaste de hablar conmigo como si no fuéramos nada. —Tengo que morderme el interior de los carrillos con fuerza para evitar echarme a llorar otra vez.

—Lo sé. Lo era... Dios, es que ni siquiera puedo explicártelo, Bronwyn. Eras lo mejor que me había pasado en la vida, y me acojoné. Estaba convencido de que te iba a echar a perder. O que tú me echarías a perder a mí. Porque eso es lo que pasa en casa de los Macauley. Pero tú no eres así. —Deja escapar un largo suspiro y se le agrava la voz—. Tú eres única. Lo sé desde que somos niños y yo, simplemente, la jodí. Por fin tuve una oportunidad contigo, y la cagué completamente. —Parece que espera que le diga algo, pero todavía no puedo—. Lo siento —me dice, volviendo a cambiar el peso de un pie a otro—. No debería haber venido. Vengo aquí y te suelto todo esto así de repente. No quería arruinarte tu gran noche.

Cada vez hay menos gente en la acera, y el aire de la noche se está volviendo frío. Mi padre no va a tardar en llegar. Por fin consigo alzar la vista, y todo es tan abrumador como me temía que sería.

—Me hiciste mucho daño, Nate. No puedes aparecer aquí montado en tu moto en medio de... esto —hago un gesto señalando su cara— y esperar que todo se arregle. Las cosas no funcionan así.

—Lo sé. —Los ojos de Nate buscan los míos—. Pero esperaba que... Bueno, como tú has dicho antes, como éramos amigos, quería pedirte... Bueno, probablemente sea una tontería, después de todo, pero ¿sabes cuál es el Cine Porter, el de la calle Clarendon? ¿Ese en el que ponen pelis que no son de estreno? Ahora están echando la segunda película de *Divergente*. Me preguntaba si..., bueno, si te apetece que vayamos algún día a verla.

Se hace una larga pausa. En mi mente bulle un revoltijo de pensamientos, pero hay una cosa que tengo clara, si le digo que no es por orgullo y en un intento de protegerme, no porque no me apetezca.

—¿Como amigos?

—Como lo que tú quieras. O sea, sí, como amigos estaría genial.

—Odias esas películas —le recuerdo.

—Con todas mis fuerzas. —Parece arrepentido de su propuesta, y casi se me escapa una sonrisa—. Pero tú me gustas mucho. Y te echo muchísimo de menos. —Yo frunzo el ceño y Nate se apresura a añadir—: Como amiga. —Nos quedamos mirando unos segundos hasta que le empieza a temblar la mandíbula—. Vale. Como estoy intentando ser sincero, más que como amiga. Pero entiendo que tú ahora no puedas pensar en eso. Aun así, me gustaría llevarte a ver esa mierda de peli y pasar contigo un par de horas, si me dejas.

Se me encienden las mejillas y las comisuras de mi boca siguen luchando por curvarse hacia arriba. Mi rostro es un voluble traidor. Nate se da cuenta y se le ilumina la cara, pero, al ver que no digo nada, se levanta el cuello de la camiseta y agacha la cabeza como si yo ya hubiera rechazado la invitación.

—Bueno, piénsatelo, ¿vale?

Yo inspiro hondo. Cuando Nate me dejó, se me rompió el corazón, y la idea de abrirme a ese tipo de dolor otra vez me asusta. Pero ya me puse en la línea de fuego una vez, cuando le dije lo que sentía por él. Y cuando le ayudé a salir de la cárcel. Se merece una tercera oportunidad.

—Si reconoces que *Insurgente* es una obra maestra del cine y me confiesas que te mueres por verla, tendré en cuenta tu propuesta.

Nate levanta la cabeza y me sonrío como si acabara de ver salir el sol.

—*Insurgente* es una obra maestra del cine y me muero por verla.

La alegría bulle en mi interior, y cada vez me cuesta más que no se me note en la cara. Lo consigo, porque no pienso ponerle las cosas tan fáciles. Nate puede esperarse sentadito a que terminemos de ver todas las películas de la saga antes de que pasemos a ser algo más que amigos.

—Qué rápido —le digo—. Me esperaba más resistencia.

—Ya he perdido demasiado tiempo.

Asiento levemente con la cabeza.

—De acuerdo, entonces. Te llamaré.

La sonrisa de Nate se desvanece levemente.

—La verdad es que nunca nos hemos dado el teléfono, ¿no?

—¿Sigues teniendo el de prepago? —le pregunto. El mío lleva tres meses cargándose en mi armario... por si acaso.

Se le vuelve a iluminar el rostro.

—Sí, lo tengo.

El sutil pero insistente sonido de un claxon penetra en mi cerebro. El

BMW de mi padre se dirige directo a nosotros, y mi madre baja la ventanilla del asiento del copiloto para asomarse. Si tuviera que usar una sola palabra para describir su expresión sería «resignación».

—Vienen a por mí —le digo a Nate.

Él extiende el brazo para cogerme la mano y me da un breve apretón antes de soltármela, y juro por Dios que noto cómo me empieza a chispear la piel.

—Gracias por no mandarme a paseo. Espero esa llamada, ¿vale? Cuando estés lista.

—Vale.

Paso a su lado para ir al coche de mis padres y noto que se da la vuelta para mirarme. Por fin me permito sonreír, y ahora que he empezado, ya no puedo parar. Pero no pasa nada. Porque estoy viendo su reflejo en la ventanilla trasera del coche, y él tampoco puede parar de hacerlo.

AGRADECIMIENTOS

Hay mucha gente que me ha ayudado en ese apasionante viaje que va desde la concepción de una idea hasta su publicación, gente a la que le estaré eternamente agradecida. A las primeras que les debo un profundo agradecimiento es a Rosemary Stimola y Allison Remcheck, sin las que este libro no existiría. Gracias por darme una oportunidad, por vuestros magníficos consejos y por vuestro inquebrantable apoyo.

A Krista Marino, gracias por ser una editora increíble y por comprender tan bien mi historia y sus personajes. Tus acertados comentarios y tu orientación fortalecieron este libro de maneras que no creía posibles. Al equipo de Random House/Delacorte Press, decirles que me siento honrada de contarme entre sus autores.

Los escritores siempre son mucho mejores cuando forman parte de una comunidad. A Erin Hahn, mi primera compañera de críticas, gracias por ser una crítica sincera, una animadora incansable y una buena amiga. Gracias a Jen Fulmer, Meredith Ireland, Lana Kondryuk, Kathrine Zahm, Amelinda Berube y Ann Marjory K por vuestras inteligentes lecturas y vuestras sabias palabras. Todas contribuisteis a mejorar este libro.

Gracias a Amy Capelin, Alex Webb, Bastian Schlueck y Kathrin Nehm por hacer llegar *Alguien está mintiendo* al público de todo el mundo.

Gracias a mi hermana, Lynne, en cuya mesa de la cocina me senté y anuncié: «Por fin voy a escribir un libro». Has leído todas y cada una de las palabras que he escrito desde entonces, y creíste en mí cuando todo esto parecía una fantasía. Gracias a Luis Fernando, Gabriela, Carolina y Erik por vuestro amor y vuestro apoyo y por soportar que me llevara el portátil a todas las reuniones familiares. Gracias a Jay y April, que forman parte de todas las historias sobre hermanos que escribo, y a Julie, que siempre se interesa por cómo voy con la escritura.

Inmensa gratitud a mi padre y a mi madre por haberme inculcado el amor a

la lectura y la disciplina que requiere escribir. Y a mi profesora de segundo de Primaria, Karen Hermann Pugh, que en paz descansa, que fue la primera persona que me dijo que en mi interior habitaba una narradora. Ojalá hubiera podido agradeceréte en persona.

Todo el amor del mundo a mi inteligente, divertido y bondadoso hijo, Jack. Siempre estoy orgullosa de ti.

Y, por último, a mis lectores, gracias de todo corazón por haber elegido invertir vuestro tiempo en este libro. Nada me hace más feliz que compartirlo con vosotros.

Todo el mundo tiene secretos, ¿verdad? Pero, ¿qué serían capaces de hacer para protegerlos?

Simon Kelleger fue demasiado lejos al contarle a todo el mundo, a través de una App, los secretos más íntimos de sus compañeros de clase...

Ahora que Simon está muerto solo queda un gran secreto por desvelar. Tenemos cuatro sospechosos y os proponemos un reto: ¿averiguaréis quién lo asesinó?

#AlguienEstáMintiendo



Una nueva app está acorralando a la élite del instituto Bayview para estudiantes de perfil elevado. Las filtraciones de la vida privada de los estudiantes corren como la pólvora por la nueva red social creada por Simon Kelleher, alumno de la misma institución.

Pero la cosa se pone muy seria cuando Simon es asesinado justo delante de sus víctimas. Los cuatro cabecillas de la «crème de la crème» estudiantil se convierten en sospechosos directos del asesinato.

¿Qué secretos guardarían para arriesgarse a acabar con Simon?

¿Quién será el culpable?

Un *thriller* que te mantendrá conteniendo la respiración hasta el final.

Simon Kelleher es Gossip Girl en el mundo real, donde el peligro de hacer un mal uso de las redes sociales está latente en la sociedad, sobre todo entre los más jóvenes.

SOBRE LA AUTORA

Karen M. McManus estudió la carrera de Lengua Inglesa en el College of the Holy Cross y cursó un máster de periodismo en la Northeastern University. Cuando no trabaja ni escribe en Cambridge, Massachusetts, le gusta viajar con su hijo. *Alguien está mintiendo* es su primera novela.

Título original: *One of Us Is Lying*

© 2017, Karen M. McManus

Publicado originalmente en Estados Unidos por Delacorte Press, un sello de Random House Children's Books, división de Penguin Random House LLC, Nueva York.

Todos los derechos reservados

© 2017, Sara Cano Fernández, por la traducción

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Este libro es una obra de ficción. Todos los personajes, organizaciones y hechos son producto de la imaginación del autor o usados de manera ficticia.

ISBN ebook: 978-84-204-8657-4

Adaptación del diseño de Alison Impey y Kerri Resnick: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografías de la cubierta (de derecha a izquierda): © Hero Images / Getty Images, © Ollyy / Shutterstock, © Henrik Sorenson / Getty Images, © Cameron McNee / Gallery Stock

Conversión ebook: Javier Barbado

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Alguien está mintiendo

Dedicatoria

Primera parte. Simon dice

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Segunda parte. El escondite

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo trece

Capítulo catorce

Capítulo quince

Capítulo dieciséis

Capítulo diecisiete

Capítulo dieciocho

Tercera parte. Verdad o atrevimiento

Capítulo diecinueve

Capítulo veinte

Capítulo veintiuno

Capítulo veintidós

Capítulo veintitrés

Capítulo veinticuatro

[Capítulo veinticinco](#)

[Capítulo veintiséis](#)

[Capítulo veintisiete](#)

[Capítulo veintiocho](#)

[Capítulo veintinueve](#)

[Capítulo treinta](#)

[Epílogo. Tres meses después](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)